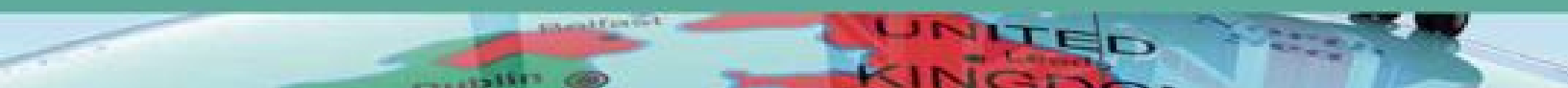


Claudia Velasco

Ese VUELO de Londres a Madrid



Edición especial Kindle Unlimited



Ese vuelo de Londres a Madrid

Edición especial Kindle Unlimited

Claudia Velasco



Ese vuelo de Londres a Madrid

Edición especial Kindle Unlimited

ISBN ebook: 9788419941787

Derechos reservados © 2020, por:

© del texto: Claudia Velasco

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

No puedes volver atrás y cambiar el principio, pero puedes comenzar donde estás y cambiar el final.

C.S Lewis

Londres, Inglaterra. 10 de noviembre de 2018.

Entró en la habitación a la carrera, se metió en el cuarto de baño, se duchó, se vistió a toda prisa y se puso los pendientes delante del espejo sin dejar de mirar sus dos maletas sin deshacer y la ropa de Sebastián, que aún seguía en el cesto de la ropa sucia, pero ya no daba tiempo a meterla en la lavadora; cerró los ojos y respiró hondo intentando convencerse de que podría vivir con eso unas horas más.

Giró sobre los tacones, cerró la puerta del vestidor y salió a la habitación que ya parecía otra después de haberle dado un buen repaso. Era increíble, pero cada vez que pisaba Londres se pasaba un par de horas limpiando y ordenando la casa de su novio que vivía en medio del caos con una tranquilidad pasmosa, sin notar ni ver la cama sin hacer, los platos sucios en la cocina, la ropa por el suelo del dormitorio o del baño, las cajas de *pizza* o de comida a domicilio abandonadas en el salón. Sebastián nunca veía nada, ni le molestaba nada, si quería quedarse con él, le tocaba arrimar el hombro, limpiar y poner algo de orden, o cerrar los ojos y vivir en medio del caos, y esa última opción era inviable.

Bajó las escaleras del dúplex, ubicado en pleno barrio de Belgravia, pensando en que quedaban como mucho diez minutos para que Sebastián llegara, y entró en la cocina donde su futura suegra discutía acaloradamente con el servicio de *catering* que ella misma había contratado. Se le puso delante y le sonrió.

—Tu hijo está al caer, deberíamos ir preparándonos. ¿Qué problema tienes, Diana?

—Pedimos vino vegano y no lo han traído.

—¿No son todos los vinos veganos? —preguntó con auténtica curiosidad, y ella abrió los ojos, escandalizada.

—No, cariño, la clarificación del vino normal se lleva a cabo con albumina de huevo, caseína que es una proteína derivada de la leche, o gelatina que se obtiene de cartílagos de animales, y los veganos se hacen con clarificantes derivados del trigo, la patata o los guisantes. Me extraña que no lo sepáis. —Miró con elocuencia a la encargada del *catering* y Daniela suspiró.

—¿Tú tienes algún problema con el vino no vegano?

—No, pero vuestros amigos... —Le indicó el salón lleno de gente y Daniela la agarró del brazo.

—No te preocupes, por muy veganos que sean no rechazarán ningún vino. Ven conmigo, que se hace tarde.

Se la llevó al salón donde todos sus amigos, algunos primos, los hermanos, el padre y los abuelos de Sebastián esperaban nerviosos a que llegara el cumpleaños, y les sonrió a todos recordando las últimas instrucciones de rigor: silencio, luces apagadas y gritar sorpresa cuando el homenajeado entrara por la puerta principal.

Todo estaba organizado al milímetro, porque Sebastián cumplía los treinta y sus padres querían hacer algo especial para él, ella se había prestado como cómplice y había ayudado en todo lo

necesario para organizar una fiesta sorpresa perfecta y espectacular en su piso. Él no sabía nada, claro, ni siquiera lo sospechaba, incluso le había dicho que no podría viajar a verlo ese fin de semana a Londres, sería una sorpresa total; era muy emocionante.

Miró el localizador que los dos se habían instalado en plan broma en el móvil y comprobó que ya estaba en la puerta principal del edificio. Llamó la atención de la gente y todos corrieron a su sitio para esconderse, se apagaron las luces y esperaron agazapados hasta que sintieron el ruido de la llave en el picaporte y la puerta abriéndose. Pero Sebastián no venía solo.

—¡Sorpresa!

Gritaron todos menos ella, que intuyó el desastre. Y se encendieron las luces y entonces todo el mundo pudo ver a Sebastián Relish-Bowles abriéndose los pantalones con una mano mientras con la otra sujetaba contra la pared a una rubia muy guapa que saltó asustada y se bajó la falda de un tirón al notar el alboroto.

El silencio fue instantáneo y demoledor. No se escuchó ni una mosca volando, y Sebastián parpadeó incrédulo antes de buscarla a ella con los ojos y forzar una sonrisa culpable que solo contribuyó a empeorar la situación más humillante y más bochornosa a la que se podía enfrentar una novia.

Roma, Italia. 10 de octubre de 2020

«Amamos tal como nos amaron», decía el psiquiatra y psicoanalista John Bowlby hablando sobre la teoría del apego en un interesante artículo de *El País*, que venía a explicar que si habías tenido una figura fuerte y segura que te cuidara de bebé, sabías compartir tu intimidad; sin embargo, si habías tenido la mala fortuna de tener justo lo contrario, es decir, frialdad y desidia, no sabías y se te daban fatal las relaciones y la intimidad, y concluyó que tenía toda la razón.

«Qué gran verdad», pensó y deslizó el dedo por la pantalla del teléfono para mirar el resto de la prensa antes de que se le pasara la hora del almuerzo.

Era la una de la tarde y ya tenía que comer para que a las dos menos diez en punto Antonella pudiera acabar su turno, plegar e irse a casa sin montar un escándalo de los suyos, así que abrió su táper y miró su tortilla de patatas pensando en que sería lo único que comería hasta las diez de la noche, por lo tanto, más le valía disfrutarla.

Sacó de la mochila un mantelito de papel, un vaso, una botella de agua, los cubiertos, pan y un yogur, y se dispuso a comer lo más relajadamente posible en ese despachito sin ventanas donde las chicas de la recepción y de las relaciones públicas del hotel tenían sus taquillas. Un sitio pensado para las reuniones exprés con su jefa, para guardar sus cosas o para sentarse cinco minutos en medio de un turno, no para comer, pero que era donde más a gusto se sentía, sobre todo si podía estar sola.

—¡Daniela!

—La madre que me parió —masculló con el tenedor a medio camino y miró a su jefa con los ojos muy abiertos—. Me has asustado.

—Lo siento, pero tu cliente, lord Mulgrave, acaba de llegar, la *suite* presidencial está ocupada y Antonella no se entiende con él. Sal ahí fuera y cálmalo un poco hasta que busquemos una solución.

—Estoy comiendo.

—¿Crees que no lo veo? ¡Venga!, vamos —gritó ella en su italiano de Roma más cerrado, y Daniela miró su tortilla con pesar, cerró el táper y salió al pasillo estirándose la falda y arreglándose el pelo.

—¿Dónde piensas meterlo?

—El de la presidencial es el cantante estadounidense ese tan famoso, le he dicho a su *manager* que lo cambiaremos a la *suite* Michelangelo por seguridad, por las *fans*, y se lo ha creído, pero necesito tiempo para afinarlo todo. Consígueme quince minutos y está resuelto.

—OK, de acuerdo.

Recorrió los pasillos a la carrera y salió al vestíbulo principal del Excelsior Pompeyo Roma, uno de los hoteles más lujosos de toda Italia, con la mejor de sus sonrisas para saludar a lord Hugh Mulgrave, un noble británico, habitual del hotel, que estaba apoyado en el mostrador de la recepción acosando a una impertérrita Antonella.

—Lord Mulgrave, qué alegría verlo en Roma —exclamó guiñándole un ojo a su compañera, y ella resopló—. No sabía que vendría a vernos hoy.

—Gracias a Dios, Daniela, ¿dónde estabas?

—Mi turno no empieza hasta las dos, pero ya estoy aquí y...

—Esta mujer dice que mi *suite* no está disponible.

—No lo está, pero lo estamos solucionando, si tiene un poquito de paciencia, yo...

—¿Paciencia?! —gritó dando con el bastón en el suelo y Daniela dio un paso atrás—. Tus padres ni siquiera habían nacido cuando yo ya me alojaba aquí, ¿sabes? ¡Solúcionalo ahora mismo o me voy al Rome Cavalieri! ¡Jodidos italianos incompetentes!

—Tío, Hugh, por el amor de Dios. —John Mulgrave, sobrino y secretario del venerable marqués de Mulgrave, se personó a su lado con las manos en alto y miró a Daniela a los ojos—. Lo siento, Daniela, pero es que no puede estar esperando aquí eternamente.

—Solo lleva diez minutos esperando —intervino Antonella—. Pueden pasar al bar y el hotel los invita a un aperitivo, Daniela puede acompañarlos.

—Por supuesto, vamos al bar mientras preparan la *suite*...

—¿Bar?, ¿qué bar?, ¿creéis que podéis apaciguarme con alcohol, panda de imbéciles?

—Madre mía, tío Hugh, escucha, tranquilízate...

El pobre John se dirigió a su tío intentando que bajara el tono y Daniela se apartó de ellos viendo aparecer por la puerta principal a un tipo elegantísimo que avanzaba por el vestíbulo como por una pasarela de Armani. Lo siguió con los ojos, observando cómo se dirigía al mostrador con el pasaporte en la mano, preparado para registrarse como una persona normal, no como el marqués de Mulgrave que era un cliente difícil y bastante maleducado, y pensó que le sonaba de algo, pero fue incapaz de situarlo.

—Buenos días —saludó coqueta Antonella, y él dejó la maleta de ruedas a su espalda y le entregó la documentación con una sonrisa.

—Buenos días.

Su compañera se puso manos a la obra para hacer el *check-in* y Daniela aprovechó para mirarlo con atención porque era muy guapo, pero, además, tenía una nariz rotunda, elegante y muy varonil. Una que le daba el aspecto de un galán de Jane Austen.

Un galán de Jane Austen, repitió en su cabeza cayendo en quién era y contuvo el impulso de ponerse a gritar. Se alegró muchísimo de verlo allí e hizo amago de ir a saludarlo, pero alguien la agarró por el brazo con firmeza y se la llevó hacia un pasillo.

—Están repasando la *suite* presidencial, puedes subir a tu huésped en cinco minutos.

—Muchas gracias, Bianca. Sois las mejores.

Acarició el brazo de la jefa de camareras, que había aparecido de la nada, y se dirigió al marqués de Mulgrave con mucho tiento.

—Milord, ya está todo listo, en cinco minutos estará en su *suite* y el hotel lo invita a comer en nuestro *bistró* o...

—Es igual, no voy a dejar de quejarme porque me inviten a una jodida comida. Voy a hablar personalmente con los Ambrosio, no es normal este trato a un cliente que lleva más de cincuenta años viniendo a esta mierda de hotel.

—Tiene toda la razón. Está en todo su derecho de quejarse.

—Qué vas a decir tú. —Se le agarró al brazo y caminó con ella hacia los ascensores—. Eres lo único bueno de este sitio, la única que habla un inglés decente.

—Muchas gracias. Por cierto, muchísimas gracias por su último regalo, pero no hacía falta.

—John se ocupa de esas cosas, aunque los dos estamos de acuerdo en que te mereces un detalle por tu buen hacer y —bajó el tono acercándose a su oído—, disculpa por meterme antes con los italianos, pero es que no puedo con ellos, aunque tengan estas ciudades, estos monumentos y estos museos, no los aguanto.

—Yo soy española, no me ofende. —Soltó una risa y él sonrió.

—Tampoco me gustan los españoles, así que no arreglamos nada.

—A ti es que no te gusta nadie, tío.

Bufó su sobrino pulsando el botón de la última planta y Daniela movió la cabeza dándose cuenta de que el chico guapo de la nariz rotunda se dirigía hacia los ascensores justo a tiempo. Sin pensárselo dos veces, bloqueó la puerta, él entró y agradeció el gesto sin mirarla a los ojos, hasta que ella se le puso delante y le habló directamente.

—¿No te acuerdas de mí? —Levantó esos ojos azules tan profundos, y que ella recordaba tan dulces, y frunció el ceño—. Vuelo Londres-Madrid, noviembre de hace dos años, Business Class de British Airways. Yo lloraba muchísimo y...

—¿Eres tú? —Le sonrió primero con mucha alegría y luego dio un paso atrás controlando un poco el entusiasmo—. ¿Qué haces en Roma?

—Trabajo aquí, en el hotel.

—Vaya, qué casualidad.

—¿Te quedas muchos días?

—Bueno...

—Me encantaría poder invitarte a comer o a tomar algo en compensación por esa noche tan rara. Seguro que ha sido el peor vuelo que has tenido en tu vida, aún me da mucha vergüenza recordarlo.

—No fue para tanto.

—Intenté localizarte después de eso, pero, ya sabes, fue una temporada un poco oscura, perdí mi teléfono móvil... En fin, me alegro tanto de volver a verte.

—Lo mismo digo. —El ascensor se detuvo y él miró la llave electrónica que llevaba en la mano antes de volver a clavarle los ojos—. Esta es mi planta. Ya nos veremos por aquí.

—Claro, estoy en la recepción de dos de la tarde a diez de la noche.

—Estupendo, adiós —se despidió dejándola un poco fría y lo siguió con los ojos hasta que las puertas se cerraron y el marqués de Mulgrave se dirigió a ella en su tono habitual.

—Una chica como tú no debería andar invitando a los hombres, jovencita.

—Tío, no te metas —intervino su sobrino.

—¿Por qué no, lord Mulgrave?

—Porque eres una dama y deberían ser ellos lo que te cortejen a ti.

—No quiero cortejar a nadie, ni que me cortejen. —Le sonrió al llegar a la última planta y lo acompañó a la *suite* presidencial—. Solo quiero agradecer un gesto precioso, en uno de los peores momentos de mi vida, que ese joven tuvo conmigo hace dos años.

—Yo que tú no perdería el tiempo, está claro que le interesas bien poco.

—¡Tío! —exclamó el pobre John muy avergonzado.

—No pasa nada, milord, no pienso insistir demasiado.

2

—¿Qué tal el día, cumpleañosera?

—Mucho trabajo, como siempre. ¿Qué tal tú?

Entró en su apartamento contestando el teléfono a Gloria, su mejor amiga, que llamaba desde Madrid a las once de la noche para desearle feliz cumpleaños, y tiró el bolso y todo lo demás al suelo. Se descalzó y abrió la nevera para buscar una lata de refresco.

—¿No has celebrado ni un poquito el cumple?

—Bueno, las chicas del hotel me regalaron un *cupcake* con una velita y me cantaron el cumpleaños feliz, pero nada más, ni siquiera he comido. ¿Qué tal va todo por ahí?

—Qué horror, me deprime mucho escucharte —bufó y Daniela se desplomó en la cama encendiendo la tele y el ordenador—. Por aquí todo bien, al fin nos han traído el Chester que se le había antojado a Carmen y estamos de celebración.

—Me alegro mucho.

—¿Vas a venir a la boda de María?, dice que aún no se lo has confirmado.

—Le envié un *email* declinando la invitación, no puedo ir a Madrid en esas fechas, es temporada alta, ¿sabes? Se lo reenviaré para que le quede claro.

—¿No te cogerás vacaciones? Estaremos todas las del colegio y...

—A saber dónde estaré yo el año que viene y si sigo aquí. Con algo de suerte cogeré vacaciones en octubre, no en julio —respondió un poco tajante y Gloria respiró hondo.

—Pues, qué lástima, María se llevará un disgusto.

—No creo, seguro que me ha invitado por ti, no te preocupes por eso.

—OK, tú misma.

—¿Sabes con quién me he encontrado hoy?

—Sorpréndeme.

—Con mi héroe del avión, el que me consoló y se quedó conmigo hasta que pisamos Madrid después de la célebre fiesta sorpresa de Sebastián.

—¿En serio? No me lo puedo creer.

—En serio, fue increíble.

—¿Hablaste con él?

—Claro, es huésped del hotel y pude saludarlo. Parecía diferente, pero, bueno, mañana a ver si lo pillo con más tiempo.

—¿Diferente? ¿Por qué?

—Para empezar, ahora lleva el pelo muy corto y va de traje y corbata, ya no es el chaval del pelo largo y la barba del avión, sin embargo, esos ojos y esa nariz son inconfundibles. Lo reconocí casi enseguida.

—Joder, qué pequeño es el mundo. Me acuerdo de que estaba como un tren.
—Sigue igual, pero más serio. Ya te contaré.
—El mundo es un pañuelo, Dani. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya?
—Dentro de un mes hará dos años.
—Ahora quédate con sus datos.
—Lo intentaré. Bueno, guapa, voy a ver si duermo, que estoy muy cansada.
—De acuerdo, pero piénsate otra vez lo de la boda, sería una excusa para vernos.
—No, gracias. Un beso.

Colgó y se acomodó en la cama leyendo el correo electrónico pendiente sin pararse a pensar ni medio segundo en María Rivas y su boda en pleno mes de julio en Madrid. Una locura con el calor de esas fechas y en mitad de las vacaciones de mucha gente, y a la que no pensaba asistir bajo ningún concepto, ninguno, porque le caía fatal María Rivas, ella y su novio, y la cosa era recíproca, lo sabía todo el mundo.

Miró algunos correos de amigos que se habían acordado de su trigésimo cumpleaños, respondió a todo el mundo y luego se concentró en dos de Pedro Casillas, su mentor, que solía encargarle unos trabajos muy bien remunerados.

Se estiró viendo que le mandaba unos audios y decidió escucharlos para una primera toma de contacto. Pulsó el *play* y cerró los ojos comprobando que se trataba de algunas llamadas de teléfono relacionadas con un capo de la droga que ya conocía. Cuatro audios muy cortos en los que intervenían dos hombres que hablaban un inglés neutro, pero con un trazo eslavo inconfundible. Nada complicado, determinó enseguida y tomó nota mental de algunos detalles, luego copió los audios en su disco duro externo, los borró del correo, apagó el ordenador y se desplomó en la almohada reconociendo que estaba realmente agotada.

Llevaba casi dos años trabajando en Roma, tierra natal de su madre, después de dejar su trabajo como perito judicial de lingüística forense en España.

Un cambio de aires repentino que le había regalado una nueva vida y un nuevo oficio como recepcionista en un hotel de lujo, donde se mataba a trabajar y donde no ocupaba sus habilidades ni su formación, pero donde había encontrado, curiosamente, una paz muy necesaria después del duro golpe que había supuesto que el, por entonces, amor de su vida, su novio, su prometido, la dejara en evidencia y en ridículo delante de todo el mundo.

Se levantó de la cama intentando espantar la imagen de Sebastián morreándose en el recibidor de su casa con otra, mientras cuarenta personas de su círculo más íntimo gritaban «¡sorpresa!», y se metió debajo de la ducha de agua caliente sujetando las náuseas, porque, aún, después de dos años, recordar aquello le provocaba náuseas y un dolor concreto en el centro del pecho.

Tras el chasco que había dejado a todo el mundo mudo, ella había agarrado sus dos enormes maletas, porque encima había llevado la mayor parte de sus cosas en ese viaje, decidida a quedarse con él de forma permanente, las había tirado por las escaleras, no había querido oír a nadie, menos a él, había cogido un taxi y se había plantado en Heathrow decidida a volver a España cuanto antes.

No tenía mucho dinero, pero sí tenía una tarjeta de crédito con muchos puntos de viaje de

Sebastián y suyos, y los había gastado todos en el primer vuelo a Madrid que había encontrado, uno en *business* de la British Airways que le había costado una pequeña fortuna y que la había colocado, sin querer, junto a ese chico tan agradable que prácticamente le había salvado la vida.

—Bebe un poco de agua —le había dicho con suma delicadeza pasándole una botellita—. ¿Estás bien? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Muchas gracias. —Se había enjugado las lágrimas con la manga y él se había apresurado a pasarle un paquete de pañuelos de papel—. Estoy bien, gracias.

—¿Seguro? No quisiera parecer indiscreto, pero ya te vi llorando en la sala de espera y me estoy preocupando. —Le sonrió y ella intentó devolver la sonrisa.

—Le había organizado una fiesta sorpresa a Sebastián, a mi novio, y cuando llegó y encendimos las luces la sorpresa fue para todos, especialmente para mí, porque entró besándose con otra.

—No... —bufó sonriendo y Daniela soltó una risa amarga—. Vaya, lo siento, es que parece de película.

—De una mala película, sí.

—Lo siento mucho.

—Gracias. —Volvió a echarse a llorar y él le acarició el antebrazo sin decir nada—. Hoy le iba a decir que me mudaba definitivamente a Londres, a vivir con él. Soy idiota.

—No digas eso.

—Lo he dado todo por él, ¿sabes? Iba a mudarme al fin a Inglaterra porque hace seis meses nos prometimos, pero llevo años pegada al teléfono, al Skype, trabajando y ahorrando para viajar a verlo, yendo sola a todas partes porque mi novio nunca estaba en Madrid, y apostando por nosotros y, ahora... ahora todo a la mierda porque a saber desde cuándo me es infiel.

—¿Es londinense? ¿A qué se dedica?

—Sí, es de Londres y se dedica al arte, es pintor.

—Qué interesante.

—Y ahora de vuelta a Madrid, sola y sin nada, como siempre. La historia de mi vida.

—¿La historia de tu vida?

—Nunca he sido una prioridad para nadie, siempre acabo perdiendo a la gente que me importa y con Sebastián no iba a ser diferente.

—Mi madre te diría que al menos has tenido la fortuna de conocer el amor.

—El amor y su ausencia, que es lo que siempre me toca.

—¿Cómo te llamas?

—Daniela.

—OK, Daniela. No sé qué decir ante eso, pero sí sé que no hay mal que cien años dure.

—Vale. —Respiró hondo y lo miró a los ojos—. Muchas gracias por preguntar.

—Eres muy joven para hablar así, ¿qué edad tienes?

—Veintiocho, ¿y tú?

—Treinta y cuatro.

—¿Casado, soltero, divorciado?

—Soltero y sin compromiso, no se me dan muy bien las relaciones estables. Tengo una vida complicada.

—¿Qué clase de vida complicada? ¿A qué te dedicas?

—Trabajo para el Gobierno. ¿A qué te dedicas tú?

—Soy perito judicial, lingüística forense.

—Vaya, qué curioso. ¿Qué haces exactamente?

—Hago estudios de estilo idiolectal para la Policía.

—¿Estilo idiolectal? ¿Eso qué es?

—El estilo idiolectal es esa manera única y personal de hablar y de expresarse que diferencia a unas personas de otras, y que es tan definitiva como la huella dactilar o el ADN.

—¿En serio? Qué interesante.

—Lo es, y cada día se utiliza más por el tema de la huella digital y las redes sociales y todo eso.

—O sea, ¿que eres policía?

—No, soy una colaboradora externa.

—¿Una asesora? —Ella asintió, sintiéndose mucho mejor hablando de trabajo y aceptó la bandeja con la cena que les trajo la azafata—. ¿Qué clase de casos investigas?

—Delincuencia organizada, narcotráfico, delitos fiscales, delitos medioambientales, delitos contra la vida, de todo un poco, lo que me encarguen.

—¿Y cómo se llega a ser perito judicial en lingüística forense?

—Estudié Filología Hispánica e Inglesa y luego hice un máster en Lingüística Forense. Allí un profesor, que es comisario de la Policía Judicial española, me fichó y empecé a colaborar con su unidad.

—Debes tener un oído extraordinario. ¿Cuántos idiomas hablas?

—Cuatro con corrección y dos más con menos nivel, pero tampoco es mucho mérito, mi padre es español, mi madre italiana, esos dos idiomas los traía de casa, luego estudié francés e inglés, hice el Erasmus en Londres y... ¿qué? —Lo miró muy atenta y él sonrió.

—¿Eres de esa clase de personas que localizan un acento al vuelo y lo sitúan con precisión casi quirúrgica?

—Más o menos. —Se echó a reír y dejó de comer—. Por ejemplo, ya sé que eres de Londres, más concretamente del oeste de Londres, yo diría que te criaste en Westminster, aunque tienes trazas de *Geordie*¹, lo que me hace suponer que uno de tus padres es de Newcastle.

—¡Joder!, qué fuerte.

Exclamó riéndose a carcajadas y ella siguió comiendo muy tranquila, olvidando durante dos horas el mal trago con Sebastián, la humillación, la traición y todo eso. Habían llegado a Madrid en un santiamén charlando de todo, como si se conocieran de toda la vida, y él no se había separado de ella hasta que recogieron el equipaje y la dejó en la zona de salidas con Gloria que había acudido al aeropuerto a recibirla después de enterarse de la tragedia por boca del propio Sebastián.

Al despedirse le había dicho que se llamaba Edward y le había pasado su número de teléfono

por Bluetooth, prometiendo volver a verse, sin embargo, no había vuelto a saber nada de él hasta esa misma tarde en el Excelsior Pompeyo Roma.

Por desgracia, después de una de sus apoteósicas peleas con su ex por teléfono, su abuela le había quitado el móvil y lo había metido en el lavavajillas, había puesto el programa intensivo y lo había destrozado haciéndole jurar que no volvería a hablar con ese impresentable.

Ella era así, de cortar por lo sano, y tenía razón, pero le había hecho perder el único número de contacto que tenía de Edward, que parecía un galán de Jane Austen, pero que, además, era la mejor persona del mundo. Al menos eso le parecía a ella porque, aún sin conocerla, había optado por preocuparse y preguntarle cómo estaba en lugar de ponerse los auriculares, concentrarse en su iPad o en un libro e ignorarla como hubiese hecho todo el mundo.

¹ Geordie. El acento de Tyneside (especialmente Newcastle) es conocido como Geordie. Es seguramente uno de los dialectos más peculiares y característicos del Reino Unido.

3

—¿Has visto al huésped inglés que registraste ayer en medio del lío con Mulgrave por la *suite* presidencial? —Se acercó al mostrador para relevar a Antonella y ella la miró con cara de duda —. Ya sabes, alto, guapete, con el pelo corto, traje, ojos azules...

—No es inglés, es irlandés.

—No es irlandés, pero es igual, ¿lo has visto?

—Bueno, no es irlandés, es norirlandés, nacido en Belfast como Jamie Dornan.

—Vale —asintió sin ninguna intención de discutir con ella sobre el tema y se puso delante del ordenador.

—¿Por qué?

—Porque lo conozco y quería saludarlo. —Abrió el registro de huéspedes buscando a algún Edward y Antonella se lo cerró dándole a una tecla del ordenador.

—No te molestes, ya se ha ido esta mañana, aunque tenía reserva hasta el domingo. Afortunadamente la pagó entera o Grandinetti me hubiese montado un pollo de los suyos.

—¿Se ha ido? ¿En serio?

—Sí, y es una lástima porque lo tenía a punto de caramelo. Lo había invitado a conocer la noche de Roma y no se había negado —continuó ella parloteando y pasando de su cara de asombro.

—¿Y no habrá dejado nada para mí?, ¿una nota o...?

—No, ¿por qué tenía que dejarte algo?

—Por nada, no te preocupes, gracias.

Volvió a abrir el registro y miró la lista de huéspedes dos veces a ver si conseguía su número de teléfono o su dirección de correo electrónico, pero no encontró ningún Edward; miró a su compañera, que ya estaba a punto de marcharse, señalándole la pantalla.

—¿Con qué apellido lo registrarte?, ¿lo recuerdas?

—No podemos estar cotilleando eso, existe la protección de datos, ¿sabes?

—Lo sé, pero es importante.

—*Merde* —protestó, sin embargo, milagrosamente se detuvo y accedió a ayudarla. Se acercó al ordenador y lo señaló con el dedo—. Ahí lo tienes, Jack Lynch. Acabas de decirme que lo conoces y resulta que ahora no te sabes ni el apellido.

—Es complicado, pero mil gracias. Es muy importante.

—No intentes ir a por él, porque yo lo vi primero.

Le guiñó un ojo y desapareció contoneándose sobre sus inmensos tacones. Daniela abrió la ficha de Jack Lynch y comprobó sus datos: Jack Sean Lynch, 2 de Donegall Square, Belfast. Irlanda del Norte. Un correo electrónico y un número de teléfono. Los anotó en un papel y se lo

guardó en el bolsillo de la chaqueta contemplando la posibilidad de que, en medio de la enorme crisis emocional que estaba sufriendo la noche que lo había conocido, se hubiese confundido con su nombre y con todo lo demás. Le extrañaba mucho porque tenía una memoria prodigiosa, pero era perfectamente plausible, de hecho, aquel día seguía estando confuso y revuelto en su cabeza.

—Daniela, disculpa. —John, el sobrino del marqués de Mulgrave, se le acercó y la sacó de sus cavilaciones con una sonrisa.

—Buenas tardes, ¿necesitas algo?

—Pedimos el coche a primera hora, mi tío tiene que salir ahora y ahí fuera no hay nadie.

—¿Cómo que no? —Miró la hora y salió con él a la calle lateral donde, efectivamente, había taxis, pero no el coche del hotel que siempre se ponía a disposición de Mulgrave—. Espera un segundo.

Agarró el móvil y llamó al chófer que le dijo que a él nadie le había avisado de nada, así que le tocó suplicar casi de rodillas para que se materializara allí cuanto antes. Gracias a Dios acabó accediendo, le colgó y luego miró a John Mulgrave con una sonrisa.

—Quince minutos, viene en quince minutos, hay mucho tráfico en Roma a estas horas y...

—Mi tío querrá matar a alguien.

—No, si le avisas que baje un poco más tarde.

—Ahí lo tienes —le indicó al venerable anciano con la cabeza y Daniela respiró hondo—. Esta mañana ha llegado su nueva enfermera y está de mejor humor.

—Madre mía —masculló por lo bajo viendo a la exuberante mulata que lo llevaba del brazo y se le acercó forzando la mejor de sus sonrisas—. Milord, ¿cómo está?

—Buenas tardes, te presento a Eva, mi nueva asistente médica, Daniela.

—Hola, encantada. Lamento informarle de que hay un pequeño retraso, el coche está al llegar, pero el tráfico y...

—Muy bien, pues, nos tomaremos algo en el bar. ¿Te apetece una copa de *champagne*, Eva?

—La mujer, que era guapísima, asintió y él miró a Daniela tan tranquilo—. Vente tú también, señorita española, espera el coche con nosotros.

—Lo siento, pero estoy de guardia hasta las diez de la noche, no puedo ausentarme de la recepción. Quizás otro día.

—Está bien, tú te lo pierdes. ¡John!, avisa cuándo llegue el maldito coche.

—Sí, tío, no te preocupes.

El joven movió la cabeza, resignado, y salió otra vez a la calle para esperar al chófer fumándose un pitillo. Daniela respiró más tranquila y regresó a su sitio con unas ganas enormes de tomarse esa copa de *champagne* o de lo que hiciera falta, pero aquello era imposible. Se puso delante del ordenador para revisar algunos temas pendientes hasta que vio salir a Mulgrave con su enfermera, les dijo adiós con la mano y siguió atendiendo la recepción con la mejor disposición posible, aunque en lo único que podía pensar era en tener un minuto libre para mandar un mensaje a Edward, Jack o como se llamara su héroe del avión.

—Daniela. —John Mulgrave volvió a aparecer en su campo visual y ella lo miró frunciendo el ceño.

—¿Algún problema?

—No, no, tranquila, solo te quería preguntar una cosa.

—Claro, ¿de qué se trata?

—Como podrás comprobar, mi tío me ha dado de lado esta noche y..., bueno..., me gustaría invitarte a cenar o a tomar algo donde quieras.

—¿No lo vas a acompañar?

—No, prefiere ir solo con Eva. ¿Qué me dices?

—Te lo agradezco mucho, pero no salgo hasta las diez.

—OK, así subo, me cambio y descanso un poco.

—No sé, yo...

—Te conozco desde hace casi dos años, sueles portarte maravillosamente con nosotros y solo será una cena entre amigos. Conozco un sitio en el *Trastevere* que abre hasta muy tarde y no me apetece cenar solo. Venga, no me digas que no.

—No tienes que recompensarme por hacer mi trabajo y eso incluye los regalos que me mandas o invitarme a cenar.

—No recompenso nada, solo invito a una buena amiga a pasar una velada tranquila.

—OK, vale, está bien —se oyó decir en voz alta y asintió—, pero no puedo quedarme hasta muy tarde, mañana madrugo.

—Me parece perfecto, a las diez te espero en la puerta.

—Mejor a las diez y cuarto, antes tengo que cambiarme.

—Estupendo.

Le guiñó un ojo y se fue hacia los ascensores tan contento. Daniela se sorprendió bastante de haber aceptado la invitación de un cliente del hotel, pero decidió obviar las cargas éticas que pudiera acarrear aquello y se alegró de tener plan para esa noche, el primero en mucho, mucho tiempo.

4

—¿En qué lío te has metido?

—¿Yo? —Dejó la cafetera encima de la mesa de su cocina americana y Juan se echó a reír a carcajadas desde Madrid—. ¿Por qué lo dices?

—Alguien ha estado investigándote, han saltado dos alertas de seguridad.

—¿A mí? ¿En serio?

—Sí, aunque puede ser una búsqueda rutinaria. Te lo cuento por ser tú, porque aún no le he dicho nada al jefe, ni he hecho el informe correspondiente.

—Vale, gracias por decírmelo, pero yo te llamaba para pedirte un gran favor.

—¿No te habrás saltado algún protocolo de seguridad? —la interrumpió, y Daniela abrió el armario para sacar su mochila—. ¿No andarás husmeando por alguna red profunda de Internet?

—No.

—¿Ni buscas trabajo en alguna empresa británica?, ¿pública o privada?

—Nada de eso.

—Vale, pues se tratará de una búsqueda normal. Estás en las bases de datos de medio mundo como perito lingüista y, aunque hayas dejado el oficio, se te incluye en cualquier *dossier* de expertos.

—¿Qué tiene que ver Gran Bretaña con todo esto?

—Ambas búsquedas se hicieron desde allí, pero tranquila, ya sabes que solo se trata del protocolo de seguridad que aplica Pedro a todos sus colaboradores. Diariamente saltan varias alarmas como esta, yo las compruebo y, en tu caso, lo hablo contigo porque me has llamado y me caes bien. —Soltó otra risa, y Daniela sonrió—. OK, ¿qué favor me querías pedir?

—Al fin he conseguido datos concretos de Edward, mi héroe del avión, ¿recuerdas?, aunque ahora sé que no se llama Edward, y tengo un número y un correo electrónico, pero no hay forma de contactar con él. Quería pedirte que usaras tu magia para situarlo mejor si eso es posible.

—¿De dónde has sacado esos datos concretos?

—Apareció en mi hotel hace seis días y hablé con él, pero desapareció otra vez, aunque dejó sus datos en el registro, claro.

—¿Has birlado la información?

—Bueno, tampoco es eso, abrí el registro de huéspedes, revisé los nombres *et voilà*. No me juzgues, llevo dos años intentando contactar con él, lo sabes mejor que nadie.

—Ya, ya lo sé. OK, no es muy ortodoxo, pero dispara. Veré qué puedo hacer.

—Jack Sean Lynch, 2 de Donegall Square, Belfast. Irlanda del Norte.

—¿Vive en el ayuntamiento? Qué interesante.

—¿Cómo dices?

—En Donegall Square está el ayuntamiento de Belfast, hice allí mi Erasmus, ¿recuerdas?

—Bueno, igual es la dirección de su oficina. En el avión me dijo que trabajaba para el Gobierno, si no recuerdo mal, porque también estaba segura de que me había dicho que se llamaba Edward, y no es así, por lo tanto, no me hagas mucho caso.

—Vale, veré qué encuentro y así cerramos de una vez por todas el caso del héroe desaparecido.

—Exacto, muchísimas gracias. Te deberé una.

—Lo apunto en tu expediente. ¿Qué te dijo cuándo hablaste con él? Se acordaba de ti, me imagino.

—Sí, se acordaba, pero estuvo un poco frío, aunque no pierdo la esperanza de poder, algún día, invitarlo a tomar algo y agradecerle lo bien que se portó conmigo.

—Ya, ya...

—Oye, que solo quiero ser agradecida.

—Claro, con un tío alto, guapo y con pinta de galán de Jane Austen. —Se echó a reír y Daniela con él—. Si se hubiese parecido a Danny DeVito no sé yo si llevarías dos años detrás de sus huellas.

—Que te dijera que tiene cara de galán de Jane Austen no significa que me guste. Solo era una descripción gráfica.

—Vale, tú misma.

—¿Qué tal vosotros? ¿Qué tal Hanna?

—Todos bien. Mi suegra viene de Alemania dentro de dos semanas para la Navidad y ya se queda a esperar el nacimiento de la niña, así que haciéndome el ánimo.

—Seguro que irá genial, siempre ha sido muy maja contigo.

—Ya veremos dentro de unos meses. ¿Qué haces tú en navidades?

—Trabajar, me he apuntado para cubrir los turnos de Nochebuena y Nochevieja, tendré un plan estupendo.

—Una juerga continua, vamos.

—No tengo nada mejor que hacer.

—Sabes que tienes las puertas de mi casa siempre abiertas.

—Y yo que te lo agradezco en el alma, Juanito, pero me quedo a trabajar en Roma. Estaré bien.

—Bueno, tú sabrás. Te dejo, si me entero de algo del señorito Edward o como se llame, te aviso.

—Eres el mejor. Un beso.

Le colgó, respiró hondo, cogió sus cosas y salió corriendo camino del hotel porque tenía que sustituir a Paola, una de las chicas del turno de mañana, que se había puesto enferma y se había tenido que ir a casa.

Bajó a la calle y caminó a toda prisa por el *Trastevere* directo al Puente Palatino, lo cruzó y allí cogió un taxi que la acercara a la Plaza Navona. Un trayecto que solía hacer a pie todos los días porque le encantaba callejear por Roma, pero que esa mañana tenía que hacer en coche para llegar antes.

La verdad es que tenía una suerte bárbara por poder vivir en la *Via dei Salumi*, en el corazón

del *Trastevere*, y todo gracias a su abuela Lucía, que había nacido y crecido en el barrio y le había conseguido ese chollo muy rápido, en cuanto había aparecido en su piso pidiéndole asilo hacía dos años.

Cerró los ojos y pensó en aquel día, un despejado jueves del mes de enero, cuando había llegado a Roma con una maleta, su ordenador y poco más porque había decidido salir de Madrid de repente, de la noche a la mañana, después de romper con Sebastián, porque estaba entrando en una depresión profunda y necesitaba cambiar de aires radicalmente.

Su psicóloga le había dicho que lo peor era huir sin resolver sus problemas porque se los llevaría a donde fuera y, encima, estaría sola, sin un sostén familiar o social que la protegiera un poco, pero la verdad es que apenas tenía familia, a sus padres no los veía desde hacía años y sus amistades tenían su propia vida y sus propios problemas, así que, en cualquier parte, siempre estaría sola.

Su único compañero de vida durante mucho tiempo, con sus idas y venidas, había sido Sebastián Relish-Bowles, él y su familia, que siempre la habían tratado muy bien y sin él, sin toda esa dinámica de relación tóxica que habían sobrellevado durante casi diez años, no tenía nada. La vida se le había acabado, necesitaba inventarse una nueva y había optado por mudarse a Roma, donde había vivido parte de su infancia.

En Italia tenía a su abuela materna, a dos tíos y a sus primos, aunque apenas se llevara con ninguno de ellos por culpa de su madre, a la que su familia no quería ver ni en pintura, pero su *nonna* Lucía no le había dado la espalda, la había recibido en su casa, la había ayudado a conseguir el apartamentito de la *Via dei Salumi*, y allí había empezado de cero.

Gracias a los cuatro idiomas que hablaba y a los contactos de Pedro Casillas, su mentor, había conseguido trabajo como recepcionista en el Excelsior Pompeyo Roma, había aparcado su estresante oficio y se había dedicado a algo completamente distinto y menos agobiante. Una buena decisión que no era definitiva ni permanente, porque seguía colaborando con Pedro y su equipo como perito lingüista, pero que le había cambiado la vida de arriba abajo y le había regalado un poco de paz, sobre todo, porque Roma estaba muy lejos de Londres, donde Sebastián había rehecho su vida de inmediato con su amiguita rubia del cumpleaños.

—*Siamo arrivati, signorina.*

Le dijo el taxista y ella movió la cabeza comprobando que ya estaban en la esquina de Corsia Agonale. Le pagó, se bajó de un salto y se encaminó hacia la Plaza Navona, en uno de cuyos extremos más bonitos estaba su trabajo. Sorteó a una bandada de turistas, miró el ambiente de las terracitas y, de repente, vio entre los clientes de una a Edward, o a Jack Lynch, muy elegante con una americana azul marino y una camisa blanca, sin corbata, sentado en una mesa tomando café y charlando muy acaramelado con una chica oriental muy guapa.

No se detuvo a saludarlo, claro, porque no pretendía molestar a nadie, pero tomó nota mental de que seguía en Roma, aunque no en su hotel, lo cual era muy extraño.

Cruzaron una mirada fugaz que él desvió enseguida, como si le quemara, y siguió hablando con su chica a muy corta distancia, ella continuó andando muy rápido, concluyó que igual había dejado el Excelsior Pompeyo Roma por su culpa, porque lo había incomodado al abordarlo en el

ascensor, y se sintió fatal porque ella no era así, no le gustaba nada incordiar ni reclamar la atención de la gente. No le gustaba imponer su presencia a los demás y mucho menos a él, que se había portado tan bien con ella cuando más lo necesitaba.

«Qué desastre», pensó entrando en la zona de empleados del hotel y se puso el uniforme mandando un mensaje a Juan para que no investigara a Jack Lynch. Ya no necesitaba saber nada más de él. Acababa de caer en la cuenta de que no tenía ningún derecho de hacer indagaciones sobre un tío que había compartido con ella un vuelo Londres-Madrid hacía una eternidad.

Un vuelo que para ella lo había significado todo, pero que, seguramente, para él había pasado al olvido de inmediato.

Salió del vestuario convencida de que había estado a un tris de parecer una acosadora medio tarumba y entró en la recepción, donde Antonella estaba lidiando con una avalancha de clientes. Se apresuró a ayudarla, pero antes se tuvo que detener para saludar al gerente del hotel, Pierre Paolo Grandinetti, que se le acercó y la sujetó por el codo con una sonrisa de las suyas.

—Gracias por venir tan precipitadamente, preciosa, eres un cielo, la verdad es que solo me llegan alabanzas sobre ti. Le diré a Helena que te lo compense con un día libre.

—No hace falta, no tenía nada que hacer y solo serán unas horas extra.

—Es igual, nos gusta agradecer la predisposición del personal. Te lo compensaremos.

—Gracias, pero no hace falta, en serio. —Se apartó de él, porque siempre le parecía demasiado cariñoso, y le indicó con la cabeza a Antonella—. Disculpe, pero tengo...

—Claro, claro. A trabajar, y gracias otra vez por venir.

—Hala, doña perfecta —masculló Antonella por lo bajo al verla a su lado y luego le guiñó un ojo—. Mantente alejada de ese tío, es un pulpo.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué necesitas?

—Registra a todo el minibús de japoneses que acaba de llegar, voy al cuarto de baño. Ah, y ahí debajo tienes un paquete. Lo trajo un mensajero hace dos horas, es de los Mulgrave.

—Vale, muchas gracias. —Le echó un ojo a la caja, que era rectangular y no muy gruesa, y dedujo que sería otro libro porque, desde que le había contado a John que le encantaba leer, siempre le regalaba libros.

—Seis regalos en el último año. Todo un récord, sobre todo, viniendo del maleducado señor Mulgrave.

—¿Crees que debería informar a Helena?

—Helena ya lo sabe y pasa bastante, tampoco te están regalando un coche o dando una pasta gansa, pero, créeme, recibir regalitos de los huéspedes solo te puede poner en un compromiso. Yo que tú le diría a esa gente que no necesitas más regalos suyos.

—Ya se lo he dicho, pero está visto que no hacen caso.

—Dile que, si lo siguen haciendo, perderás tu empleo.

—No necesito mentir, pero, la próxima vez que vengan, hablaré seriamente con John Mulgrave.

—Eso es. Me largo diez minutos, ahora vuelvo.

5

Acabó su clase doble de zumba y se despidió del profe con la mano. Él, que se llamaba Mauro, era cubano y tenía locas al noventa por ciento de sus alumnas, le guiñó un ojo y se puso una mano en el pecho a modo de agradecimiento. Daniela le sonrió y salió al pasillo camino de las duchas.

Se había pasado toda la mañana traduciendo y cumplimentando los impresos que Mauro y su novio necesitaban para solicitar la convalidación de sus estudios en el Ministerio de Educación Italiano, y eso le había descuadrado toda la mañana, sin embargo, le vendría bien un cambio de rutina y pensó en pasar por la *Gelateria Valentino*, al lado de la Fontana de Trevi, para comprarse un helado de fresa bien grande.

Ir hasta allí era de los pocos caprichos que le gustaba darse, de los pocos lujos que se regalaba de vez en cuando, y ese día le apetecía mucho, así que salió del gimnasio y se fue directa hacia la *Via del Lavatore* acordándose de su madre, que era otra devota de los helados de la *Gelateria Valentino*.

Su madre.

Pensar en ella siempre le provocaba sentimientos encontrados. Por una parte, la echaba de menos, porque hacía mucho tiempo que no la veía, pero, por otra, se cabreaba enseguida y empezaba a imaginar infinitas charlas con ella en las que le podía recriminar todas sus equivocaciones. Una quimera absurda, porque con Sofía Bianchi no se podía dialogar, tampoco era muy propensa a escuchar, y si osabas enfrentarla a la realidad, ya podías darla por perdida, porque entonces se ofendía, agarraba la puerta y se largaba sin mirar atrás.

Así era su madre, diametralmente opuesta a ella, que desde bien pequeña había tenido que aprender a ser responsable. Que había que tener que madurar a la fuerza y sin ninguna concesión, porque cuando eras hija de unos padres egoístas y negligentes y dependías de que alguna de tus abuelas quisiera cuidarte, no te quedaba otra que espabilar y comportarte como era debido.

«¡Joder!», soltó por lo bajo empezando a agobiarse, como siempre le ocurría cuando se acordaba de sus progenitores, y se detuvo delante de una librería para mirar el escaparate mientras recuperaba el control de sus pensamientos. No le gustaba pensar en ellos, no debía pensar en ellos y no permitiría que le arruinaran el día, eso nunca, y menos aún en medio del precioso ambiente navideño que inundaba toda la ciudad.

Respiró hondo y volvió a ponerse en marcha, llegó a la Fontana de Trevi repleta de turistas, como siempre, la bordeó, se acercó a la heladería y se puso a la cola sacando el libro que llevaba en la mochila. Se concentró en leer porque la espera iba para largo y, de repente, oyó a su espalda la voz de un hombre que le encendió todas las alarmas profesionales, se movió un poco y

miró de reojo a ese grupo de amigos que charlaba tan animado sobre dónde irían a cenar esa noche.

Era él, sin lugar a duda, era ese tío. Un poderoso y escurridizo señor de la droga eslavo, involucrado en tráfico de personas y falsificación de documentos, entre otras cosas muy graves, que la Policía Judicial española llevaba meses investigando e intentando localizar porque se había escapado de Marbella unas horas antes de que le echaran el guante.

A ella le había tocado validar varios audios suyos —cuando conseguían pincharle un móvil a él o a uno de sus colaboradores— y, según iban apareciendo más audios después de su fuga, había ido entregado una docena de informes sobre su posible paradero, dependiendo de las modificaciones lingüísticas a las que irremediabilmente se veía expuesto, por lo tanto, lo conocía al dedillo y no tuvo ninguna duda de que se trataba de él. La cosa estaba clarísima y no podía ignorarlo, miró a su grupito de amigos con una sonrisa y les cedió su puesto en la cola diciéndoles en italiano que tenía prisa.

Lo siguiente había sido salir corriendo hacia el hotel y mandar un mensaje a Pedro para que se pusiera en contacto con ella de inmediato usando el protocolo de seguridad habitual.

—¿Qué pasa, Dani? —le preguntó quince minutos más tarde mientras ella entraba en la salita de descanso cerrando la puerta para ponerse el uniforme.

—He visto al prota de mi último informe en la cola de una heladería. Lo he oído charlar en italiano con un grupo de amigos, a un metro de mí. Era él.

—¿Estás segura? —Ella guardó silencio y él bufó—. Claro que estás segura. ¿Dónde exactamente?

—*Gelateria Valentino. Via del Lavatore*. Hablaban de ir a cenar a Ostia Antica.

—Daré aviso. Muchas gracias y si lo vuelves a ver, mantente alejada.

—Me extraña que no estén alojados aquí, igual han llegado esta mañana y yo no los he visto.

—Sabes muy bien que lleva un equipo de escoltas más grande que el del Papa, procura que no te vean interesada en él, ni cerca de él, ni nada parecido. Si aparecen por tu hotel, no muevas ni una sola pestaña, mucho menos te acerques al teléfono móvil. ¿Prometido?

—Claro, da bastante miedo.

—Genial, te prefiero asustada que jugando a Sherlock Holmes. Muchas gracias y luego hablamos.

—Mantenme informada.

—Un abrazo. Adiós.

Le colgó bastante emocionada ante la idea de poder ayudar a pillar a ese delincuente internacional tan escurridizo y guardó sus cosas en la taquilla con mariposas en el estómago.

Investigar era una aventura. Localizar, estudiar, clasificar y entregar en bandeja un delincuente a la justicia era un placer, y solía provocarle un subidón de adrenalina enorme, así que, por un minuto, se permitió echar de menos su antiguo trabajo y se planteó, por primera vez en mucho tiempo, que igual estaba acercándose la hora de volver a España y a su vida de siempre. Total, se había matado a estudiar y trabajar para eso, y lo que la había sacado de aquello, es decir, Sebastián y sus gilipolleces, hace tiempo que ya eran agua pasada.

—Daniela. —Antonella la recibió con una gran sonrisa y se le acercó con una alegría inusual —. ¿Sabes con quién me encontré anoche?

—¿Con quién?

—Con Jack Lynch, el guaperas de Belfast.

—Qué bien —respondió y se acercó al ordenador espantando cualquier vínculo emocional con ese tío. Antonella entornó los ojos y se puso las manos en las caderas—. ¿Ha entrado algún grupo de seis personas hoy?

—No, ¿por qué?

—Curiosidad.

—¿Y no sientes ninguna curiosidad por Lynch? ¿No era que lo conocías?

—Me equivoqué. —Leyó la lista del *check-in* de la mañana y no vio nada llamativo.

—Mulgrave ha confirmado que viene a pasar la Nochevieja con nosotros, con su enfermera y su sobrino. John ha preguntado si estarías trabajando esos días.

—Vale, gracias. Vete ya si quieres.

—Lynch tiene pinta de tener pasta, ¿no crees? Tiene mucha clase y encima es muy guapo. Te digo una cosa, ese no sale vivo de Roma, a ese me lo cepillo yo antes de una semana, y, con algo de mano izquierda, igual me lo quedo para siempre.

—OK. —Se echó a reír moviendo la cabeza y ella le dijo adiós con la mano.

—Ya te invitaré a mi boda. Me voy. Adiós.

—Adiós.

Respondió, siguiéndola con los ojos y reconociendo que Antonella Pellegrini podía ser insufrible, pero era realmente guapa y, como la mayoría de las italianas, tenía mucha presencia y mucho estilo. Pensó que seguramente pegaba a la perfección con un galán de Jane Austen como Edward o Jack o como se llamara, que también era un tío muy atractivo y muy elegante.

Por un segundo se permitió fantasear con la posibilidad de verlo otra vez e intentar con él alguna clase de amistad o relación cordial, porque le seguía despertando mucha ternura y agradecimiento, pero enseguida la desechó, porque no podía olvidarse de cómo había reaccionado al verla desde esa terraza de la Plaza Navona.

«No, Daniela, ese barco ya zarpó», se dijo en voz alta para convencerse, y mucho menos si se hace novio de Antonella, porque si eso pasa, dudo mucho que pudieras soportarlo.

6

—El hotel está lleno, *overbooking* total.

—¿En serio?

—Sí, hoy hay una cena de Nochebuena de lujo y el comedor se quedó sin reservas hace un mes.

—Supongo que cada uno celebra la Navidad como quiere, aunque no lo entiendo —bufó Juan desde Madrid y Daniela sonrió entrando en el vestíbulo que parecía el polo norte después de haber sido decorado personalmente por su jefe—. ¿Qué harás después? ¿Mañana comes con tu abuela?

—No, mi abuela se ha ido a la costa con mi tío Giulio. Doblaré turno y me sacaré una pasta.

—¿Para qué necesitas tanta pasta?

—Para vivir, en fin, mi querido Juanito, solo quería desearte una buena noche, dale un beso a Hanna, a tu suegra, a tu familia y a todo el mundo por ahí.

—No me hace mucha gracia que estés sola en Nochebuena.

—Soy la única soltera y sin familia de la plantilla, lo normal es que me ofrezca voluntaria para cubrir estas fechas. Y no estoy sola, todo lo contrario.

—¿Nochevieja también?

—Claro, y es divertido porque está todo muy bonito y la gente va muy elegante y parece muy feliz. Espíritu navideño, ya sabes.

—OK. Espero que cenes bien. Mañana hablamos a ver si Papá Noel te ha traído una vida más normal. Adiós.

—Chao.

Le colgó, miró la recepción tan bonita y se alegró de poder pasar la Nochebuena trabajando en un sitio así de espectacular.

En realidad, no era la única que se quedaba pringando en Nochebuena, había un equipo bastante grande en las cocinas, el comedor, el bar y los servicios esenciales, tampoco es que fuera una heroína, al contrario, era una más y se iba a embolsar una paga extra muy maja por los servicios prestados; se podía considerar una privilegiada.

Llegó al mostrador y soltó encima los regalitos que *marketing* había preparado para los clientes, los ordenó en una bandeja tal como le habían pedido, y luego se dedicó a cumplir con lo que tenía pendiente, además de ayudar a varios turistas con sus mapas y sus preguntas habituales.

En cuatro horas apenas respiró, enseñó como veinte veces a ir andando desde la Plaza Navona al Foro o al Vaticano y cambió tanto de idioma que a las cinco de la tarde estaba un pelín mareada y con ganas de tomarse un respiro, por lo que decidió ausentarse un segundo para ir a buscar un café. Se inclinó para coger el móvil de la mochila, se enderezó y se encontró de frente

con una pareja de jubilados que la saludó en un italiano pésimo antes de indicarle el mapa que llevaban en la mano.

—Buenas tardes, ¿qué necesitan?

—Ay, gracias a Dios que hablas español, es un alivio, llevamos todo el día por ahí y solo hablan en italiano o en inglés.

—Vaya, lo siento. ¿Dónde querían ir?

—A la Plaza del Popolo y a la Basílica de Santa María del Popolo, a pie si es posible.

—Claro que es posible, solo está a unos veinte minutos andando, o pueden coger un taxi y llegar en cinco minutos si ya están muy cansados. Les puedo pedir uno.

—Yo creo que sí, Pepe, estoy que me muero.

Soltó la señora, que se enzarzó en una discusión con su marido, y Daniela dejó de prestarles atención al ver entrar a un elegante mensajero con un gigantesco centro de flores de pascua. Le sonrió y esperó a que lo dejara encima del mostrador.

—Hola, ¿para quién son las flores?

—Daniela Mendoza —contestó mirando su *tablet* y ella frunció el ceño.

—Soy yo, ¿son para mí?

—Eso pone aquí, *bellissima*.

—Vaya, qué raro. No conozco a nadie...

—Un admirador secreto, seguro. —Le guiñó un ojo y le indicó el sobre que estaba pegado al papel celofán—. Mira ahí. Feliz Navidad.

Feliz Navidad contestó y liberó el sobre con un poco de esfuerzo, sacó la bonita tarjeta color crema que contenía y la leyó con una sonrisa.

Eres la recepcionista más amable y eficiente del mundo, Daniela, te mereces mucho más que unas humildes flores de pascua, pero queremos demostrarte de alguna manera lo que te apreciamos y agradecemos tu trabajo.

Feliz Navidad.

Un saludo.

John Mulgrave.

Era la primera vez en su vida que le regalaban flores, sonrió como una idiota, las admiró un rato y cogió el teléfono fijo para llamar a John Mulgrave. Su número figuraba en la marcación automática, lo buscó y pulsó el botón de llamada sin poder dejar de mirar sus flores de pascua y a sus dos huéspedes que seguían discutiendo si ir o no a pie a la Plaza del Popolo.

John no respondió e imaginó que estaría preparándose para su Nochebuena en Londres, le dejó un mensaje de agradecimiento, dio un paso hacia el arreglo floral e hizo el amago de cogerlo, pero no pudo, porque en ese mismo instante la mano enorme de alguien se cerró entorno su muñeca y la hizo saltar del susto.

—No lo toques.

—¿Edward? —Lo miró como quien ve a un fantasma y él se acercó más al mostrador y le clavó los ojos azules muy serio—. ¿Qué haces tú aquí?

—No toques las flores y apártate, por favor. Con calma.

—¿Perdona?

—Daniela, apártate.

Por su espalda vio aparecer a dos personas, una de ellas la chica oriental de la Plaza Navona, y, enseguida, a varios policías vestidos como en las películas, con la cara tapada, cascos y fusiles automáticos.

Lo miró a él y a la pareja de jubilados y se apartó del centro floral empezando a asustarse, porque aquello estaba llenándose de policías y personas desconocidas que daban órdenes a diestro y siniestro mientras, por un pasillo, aparecía uno de sus jefes y los guardias de seguridad.

El corazón se le subió a la garganta y agarró el teléfono móvil como si sirviera para algo, sin poder mover un solo músculo, observando cómo alguien se llevaba al matrimonio de españoles hacia la salida y le hablaba a ella a gritos. Era igual que una serie de Netflix, pensó de repente, pero siguió quieta, incapaz de reaccionar, hasta que Edward rodeó el mostrador, la agarró de una mano y la sacó de allí a la carrera.

—Seguimos en la tele y en directo.

Anunció uno de sus compañeros mirando su teléfono móvil, y ella se acercó, como los demás, para ver a través de Twitter cómo varios canales de televisión seguían transmitiendo en directo desde las inmediaciones de la Plaza Navona, donde su hotel, el Excelsior Pompeyo Roma, había tenido que ser desalojado por un aviso de bomba.

Siguió un poco las informaciones de los reporteros, que no tenían mucha idea de lo que estaba pasado, igual que ellos que eran los protagonistas, y se apartó para sentarse cerca de la puerta de esa especie de hospital de campaña donde los habían recluido tras sacarlos de urgencia a la calle.

Era muy agobiante estar allí sin saber qué estaba pasando fuera, porque nadie les informaba de nada, y sin poder moverse, porque tampoco los dejaban volver al hotel o a sus casas. Se tapó la cara con las dos manos repasando sus últimas dos horas de vida que habían sido las más terroríficas de su existencia.

Por una parte estaba Edward, que sí se llamaba Edward y no Jack, le había dicho él mismo, aunque también le había dicho que enseguida volvía para hablar con ella y no había vuelto a aparecer por ahí, eso la tenía un pelín desesperada, y luego estaba el tema del desalojo de uno de los hoteles más lujosos de Italia por culpa de un aviso de bomba, lo suficientemente creíble, como para haber provocado ese operativo policial la tarde de la Nochebuena, en pleno centro de Roma.

Solo había una cosa clara y es que, afortunadamente, no había estallado ninguna bomba. Eso, dos horas después de que empezara la locura, estaba resuelto, solo quedaba esperar a que les dejaran volver al trabajo para restaurar la normalidad entre los doscientos huéspedes que tenían registrados.

—Daniela. —Pierre Paolo Grandinetti, el gerente del hotel, se le puso delante y ella se levantó para saludarlo—. En cuanto nos dejen, volvemos al trabajo. ¿Estás preparada para volver y cubrir tú sola toda la noche? Hay muchas personas que dicen que se niegan y no podemos dejar el hotel sin personal, es una locura y...

—Estoy bien, yo vuelvo —lo tranquilizó y él le sonrió—. Ya está todo revisado y bajo control, ¿no?

—Sí, la Policía y dos unidades antiterroristas han inspeccionado hasta el último rincón cuatro veces. Si no, no os lo pediría. ¿Cuántos huéspedes tenemos?

—Doscientos, lleno hasta los topes.

—OK, continuaremos con la cena y los planes originales. Son las siete de la tarde y algo podremos salvar. ¡Helena! —llamó a su jefa directa que había llegado corriendo desde su casa y la agarró por el hombro—. Daniela se queda en la recepción hasta que entre el turno de mañana,

y el resto del personal de cocinas y camareras y limpieza se reduce al sesenta por ciento, pero con eso podremos funcionar.

—Daniela, ¿tú estás bien para quedarte sola con la recepción toda la noche? —preguntó ella y Daniela asintió.

—Sí, no te preocupes por mí, tenía previsto quedarme toda la noche y tampoco creo que pudiera dormir después de esto, no hay problema.

—Vale, de todas maneras, le pediré a alguien que venga a relevarte mañana a las ocho y no a las diez.

—Gracias.

—Muy bien, en cuanto nos lo permitan, volvemos al trabajo como si no hubiese pasado nada.

Volvió a asentir agarrando el teléfono para responder a Juan, que era la cuarta vez que la llamaba, luego a Pedro, a Gloria y a su abuela Reme, que estaba en Estepona muy preocupada por lo que veía en la tele, y se alejó del grupo para saludar a su padre que, oh, milagro, había puesto las noticias después de que su hermana y su madre lo llamaran para avisarle de que su hija, que trabajaba en Roma, igual estaba siendo víctima de un ataque terrorista.

—Me han avisado Sonia y tu abuela, ¿estás bien?

—Sí, gracias a Dios, fue una falsa alarma.

—¿Y qué haces en Roma trabajando en un hotel?

—Te lo conté hace dos años. Necesitaba un cambio de aires y me apetecía vivir otra vez en Roma.

—¿Con tu madre?

—No, vivo sola. ¿Cómo estás tú?

—Bien, ahora empezando a preparar la cena de Navidad, ha venido toda la familia de Ivana, somos ciento y la madre, aunque haremos un gran asado para todo el mundo.

—¿Mucho calor en Buenos Aires?

—Mucho, pero se está muy bien. Bueno, Daniela, si necesitas algo, llámame, quédate con este número. Espero que sigas bien, Ivana y tus hermanas te mandan saludos.

—Adiós, Daniel, saludos para ellas también. Feliz Navidad.

Le colgó con esa desazón que siempre le producía hablar con su padre, al que nunca podía llamar papá, y se lo imaginó allí tan contento en el hemisferio sur, disfrutando de su maravillosa vida de burgués, con su maravillosa mujer, sus maravillosas hijas y tan lejos de todo su pasado. Ese pasado que no soportaba y que incluía a su madre, Sofía Bianchi, esa italiana loca que casi lo había vuelto loco a él y a la que no podía ver ni en pintura.

—Daniela... —Oyó a su espalda y se giró de un salto para mirar a Edward a los ojos.

—Creí que no volvería a verte. —Dio un paso hacia él y le habló en un susurro—: ¿Me puedes explicar qué coño está pasando aquí?

—Oye...

—¿Eres poli o algo así? ¿Cómo sabías que había un aviso de bomba? ¿Por qué llegaste al hotel antes que las brigadas antiterroristas? ¿Por qué no me dejaste tocar las flores? ¿Sospechas algo de los Mulgrave? ¿Me estáis vigilando a mí?

—Te lo explicaré todo, lo prometo, pero ahora quédate aquí y cuando os dejen salir, que será enseguida, vete a casa. Te llamaré luego y hablaremos.

—Tengo que trabajar y no me llamarás.

—¿Por qué no te voy a llamar? Estoy diciendo que sí lo haré.

—Nah, no me fío de ti. No soy policía, pero he trabajado con ellos y ya intuyo de qué vas, lo más probable es que te dé la espalda y no vuelva a verte nunca más, pero no importa, sé cómo funcionan estas cosas.

Guardó silencio sosteniéndole la mirada, con esa pinta solemne y tan varonil que tenía, y ella se fijó en que le había crecido bastante el pelo y estaba más guapo. Se cruzó de brazos y él se pasó la mano por la cara en un gesto claro de desesperación.

—Vale, ya nos dejan salir. Adiós.

—¡Eh! —La sujetó por un brazo y volvió a ponerla delante de sus ojos—. Voy a hablar contigo y te lo explicaré todo. Cuando hago una promesa la cumplo, allá tú si desconfías de todo el mundo.

—Uy..., vaya genio. Hasta otra y gracias por intentar salvarme la vida.

Lo dejó ahí plantado sabiendo, fehacientemente, que no volvería a verle el pelo, porque estaba claro que era policía y pasaría de explicarle nada, y se puso en la cola para abandonar el hospital de campaña muy tranquila. Se encontró a la pareja de jubilados españoles, a los que había estado traduciendo todo el tiempo todo lo que pasaba, y caminó con ellos hacia el hotel, pensando en lo primero que le había dicho Pedro Casillas cuando había conseguido localizarla tras el desalojo del hotel.

—El aviso de bomba no fue un aviso, fue un descubrimiento fortuito. Hay gente investigando un tema potente relacionado con el Excelsior Pompeyo Roma y se enteraron por casualidad de la movida. Tenéis todos los teléfonos intervenidos y a la Policía italiana, la Interpol, la Europol, el MI5 y a Scotland Yard encima, porque van detrás de un pez gordo que se aloja ahí o tiene algo que ver con el hotel. No me han querido dar más detalles porque es información confidencial, lo que viene a confirmar que se trata de algo muy grande.

—Madre mía, ¿yo también estoy con el teléfono intervenido?

—Estáis todos investigados, clasificados y bien identificados. Es rutina, lo sabes. ¿Te acuerdas de Rodrigo San José?

—Sí, claro, me encanta Rodrigo San José.

—Pasaré a saludarte las Navidades y a ver cómo estás.

Al colgar había visto la luz y había dado por hecho que Edward era uno de los que andaba detrás de ese tema tan gordo relacionado con el hotel. De ahí el cambio de nombre, el comportamiento extraño, su presencia en Roma... Ya le había dicho en el avión que trabajaba para el Gobierno, sin especificar dónde, solo bastaba con sumar dos más dos para darse cuenta de lo que estaba pasando.

Encima, tras hablar con él mirándolo a los ojos, no había hecho falta ser muy lista para darse cuenta de que no podía explicarle nada, ni hablar claro. Seguro que era un niño bonito de

Scotland Yard y seguro que no volvería acercarse a ella, mucho menos si estaba relacionada, aunque fuera de forma colateral, con uno de sus objetivos.

—Daniela, cariño. —Rodrigo San José, el amigo de Pedro, que llevaba la seguridad de la embajada española en Italia, se le acercó nada más entrar en el hotel y le dio un abrazo—. ¿Cómo estás? Menudo susto.

—Estoy bien, gracias por venir. Ahora nos tenemos que poner las pilas para sacar la Nochebuena adelante.

—Claro, te dejo trabajar. Aquí tienes el regalo de Pedro. Feliz Navidad.

Desapareció de inmediato y ella agarró el móvil de prepago que le había puesto en la mano y se fue al cuarto de baño de señoras para hablar tranquila. Encendió el teléfono y al segundo le entró una llamada de su jefe.

—De momento este es un canal seguro. Había una bomba en el hotel, pero no se activó por algún motivo. Los GEOS italianos la tienen y la están estudiando, pero no se hará público, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Quieres seguir allí? Porque si tienes algún reparo, déjalos plantados y vuelve a casa.

—No, estoy bien, no pasa nada, prefiero seguir trabajando.

—Vale. Mi contacto en Scotland Yard me ha dicho que el tío al mando del operativo sobre el Excelsior Pompeyo Roma es un británico del MI5 condecorado y muy profesional. Dice que lo tiene todo atado y que cerrará el caso en cuestión de semanas, con lo cual, las escuchas y la vigilancia se acabarán enseguida.

—Qué fuerte, parece de película, como el desalojo de esta tarde, que se fue bastante de madre.

—Me temo que se mezclaron objetivos y cuerpos de seguridad, y eso siempre es un desmadre.

—Ya veo. ¿Me irás contando lo que pasa? No quiero verme en medio de un asalto armado o algo parecido.

—Imagino que serán más sutiles que todo eso, pero estaremos encima y te contaremos lo que pasa. No te preocupes.

—Gracias.

—Me han jurado que el oficial responsable es un tío infalible. He estado investigando y ya tengo su nombre.

—¿Cómo se llama?

—Edward, Edward Dankworth.

8

—Edward Dankworth —dijo al verlo en el rellano, delante de su puerta, y él frunció el ceño y le extendió un cartón con dos vasos de café enormes.

Daniela, que acababa de levantarse después de hacer un turno de veinticuatro horas, ni se molestó en sorprenderse al verlo allí. Estaba demasiado cansada para eso, había dormido mucho, pero aún le faltaban horas de sueño. Se apartó y lo dejó entrar en el piso.

—Mejor ni pregunto cómo sabes mi dirección.

—Ni yo cómo conoces mi apellido.

—Parece que jugamos en la misma liga.

Cerró la puerta y lo miró a los ojos cruzándose de brazos. Él sonrió y se giró para observar el pisito de un ambiente muy atento, luego dejó los cafés encima de la barra de la cocina americana y respiró hondo.

—No quería molestar, pero te dije que vendría a hablar contigo y he venido antes de volver a mi hotel.

—Dijiste que llamarías, no que vendrías, pero es igual, a estas alturas ya no me sorprende nada.

—Vaya, tienes un montón de libros. —Se acercó a la estantería que cubría una pared entera y luego miró su cama perfectamente hecha—. Es increíble lo ordenado que tienes un sitio tan pequeño. Es muy acogedor.

—No soporto el desorden. ¿Qué querías?

—Hablar contigo. —De dos zancadas agarró los vasos de café y le puso uno en la mano—. Y enterrar el hacha de guerra, porque ni siquiera sé por qué estás tan enfadada conmigo.

—No es enfado, es perplejidad. Siéntate, por favor, y gracias por el café —le ofreció su único sofá y ella se sentó en uno de los taburetes de la cocina—. No me hagas mucho caso, me pongo muy borde cuando me siento engañada.

—Yo nunca te he engañado.

—Supongo que no, pero...

—Me hice cargo de un caso relacionado con tu hotel bastante después de que se hubiesen elaborado los informes preliminares sobre sus empleados. Todos estabais fichados y controlados cuando me pusieron al mando, y no necesité revisar nada, ni echar un vistazo a esas comprobaciones, así que, cuando te encontré por casualidad allí, se me descuadraron bastante las cosas, pero no podía revelarte que estaba trabajando, que usaba un alias y que no podía quedar contigo ni a tomar un café sin comprometer la operación. ¿Lo entiendes?

—Ahora sí.

—Si alguien te ha dado mi apellido, también te habrá dicho que la Interpol, la Europol, el MI5, la Policía italiana y Scotland Yard, estamos en medio de un operativo muy importante que tiene

a tu hotel como objetivo. —Ella asintió—. OK, pero no puedo darte detalles.

—También me han dicho que vosotros descubristeis por casualidad que había intenciones de atacar contra el hotel. —Asintió tomando un sorbo largo de café—. ¿Por eso llegaste unos minutos antes que la Policía italiana?

—Correcto.

—¿Por qué sospechaste de las flores de pascua?

—Eso carece de importancia.

—No, para mí no. ¿Los Mulgrave son tu objetivo?

—Podrían haber enviado la bomba en cualquier soporte. Según las llamadas que interceptamos, la intención era introducir el artefacto en la recepción a través de un paquete o un envío rutinario, como un centro de flores, por ejemplo. ¿Por qué me miras así?

—¿Sabes que puedo detectar cuándo alguien miente? De hecho, eso es parte de mi trabajo.

—¿Me estás analizando?

—Deformación profesional. Aunque creo que tú estás demasiado bien entrenado para mí. Controlas cada sílaba y cada inflexión en la voz, es increíble, no pienso perder el tiempo estudiándote. No obstante, mi instinto me dice que los Mulgrave, que son británicos y, por lo tanto, de interés especial para tu país, tienen algo que ver con toda esta movida.

—¿Qué tal si hacemos un trato?

—¿Qué trato?

—Intentemos confiar el uno en el otro, seamos amigos, comportémonos como tal y dejemos el trabajo fuera de nuestra relación personal.

—Tengo mil preguntas.

—Que contestaré gustoso cuando cerremos el caso y ya no sea peligroso implicarte.

—Trabajo con la Policía, he llevado muchos casos de extrema delicadeza, de carácter confidencial y muy peligrosos, y nunca, jamás, he abierto la boca, porque soy una persona fiable, responsable, profesional y discreta.

—Lo tendré en cuenta cuando quiera contratarte.

—Qué capullo —le soltó moviendo la cabeza y él se echó a reír.

—Ayer detuvieron al traficante serbio Peter Karadzic mientras paseaba por Ostia Antica. Iba con sus primos y sus respectivas mujeres, ha caído la cabecera del cártel casi al completo. Enhorabuena.

—Ya me han advertido que me tenéis el teléfono pinchado y me parece insólito. Eso era información confidencial.

—Y no la tocamos, al contrario, colaboramos, y lo importante es que tu buen oído y tu instinto han ayudado a echarle el guante.

—¿Ni por cortesía profesional vais a dejar de espiarme?

—¿Tienes algo que ocultar? —Volvió a sonreír y Daniela relajó los hombros y lo miró reconociendo lo guapo que era, a pesar de tener un aspecto lamentable.

—¿Hace cuánto que no duermes?

—Ya ni me acuerdo. De hecho, debería irme. No quería interrumpir tu descanso y...

—¿A qué cuerpo perteneces? ¿MI6, MI5, Scotland Yard, Interpol?

—Dejémoslo en Inteligencia británica.

—Debes ser muy bueno para estar allí y me han hablado maravillas de tu trabajo.

—Ah, ¿sí?, bueno, tampoco es para tanto. Soy un currante y eso suele dar sus frutos.

—Qué modesto. ¿Cómo entraste en Inteligencia?

—Entré en la Royal Navy a los dieciocho años, me formé como ingeniero en telecomunicaciones y pasé a formar parte de la Inteligencia Naval, de ahí a lo siguiente fue una transición casi natural.

—¿Por qué la marina a los dieciocho años?

—Tradición familiar y, además, me gustaba mucho, desde siempre.

—¿Tradición familiar?

—Abuelos, tíos, mi padre, mi hermano mayor...

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Dos, uno mayor, que es oficial de la Royal Navy, y el pequeño, que es actor.

—¿Actor? Vaya, qué interesante.

—Sí, es muy interesante. Bueno... —Hizo amago de levantarse y ella levantó una mano.

—Sé que te resulta incómodo hablar de tu vida personal, entiendo tus circunstancias, pero a mí me da igual que seas un mando de la Inteligencia británica, solo quiero saber más sobre ti porque nunca he podido olvidar lo bien que te portaste conmigo en uno de los momentos más jodidos de mi vida, y me encantaría que fuéramos amigos.

—Yo tampoco he podido olvidar ese viaje, a pesar de todo, fue estupendo.

—Sí.

—¿Qué pasó con tu novio? Siempre di por hecho que había cruzado el Canal de la Mancha a nado para pedirte perdón de rodillas y que, al final, habías vuelto con él.

—No, no se podía arreglar algo que ya estaba más que roto.

—Era un capullo, me alegro de que no hayas vuelto con él.

—Y yo. —Se bajó de la banqueta y de repente cayó en que no se había parado a pensar en algo muy importante—. Oye, ¿has escuchado todas mis llamadas personales?

—Yo directamente no, he leído algunos informes y... —No pudo disimular una sonrisa y Daniela abrió mucho los ojos.

—¿Me has oído hablar de ti como el galán de Jane Austen, mi héroe y esas cosas?

—Un poquito.

—La madre que me parió.

—Mi hermano ha hecho varias pelis y series de época, supongo que tenemos un *look* un poco anticuado.

—Qué vergüenza. —Se tapó la cara con las dos manos.

—Vergüenza yo, que parezco un tío del siglo XIX.

—Ay, madre. —Se echó a reír roja como un tomate y luego se puso en jarras—. OK, esto es un poco humillante, pero, en fin, no voy a darle más vueltas. ¿Quieres comer algo? Me iba a

preparar algo de cenar. He estado durmiendo todo el día y no he comido. No sé hacer muchas cosas, pero puedo con una tortilla.

—Estando en el *Trastevere* podríamos bajar a cenar a algún sitio por aquí, ¿no?

—Vale, me ducho, me visto y te invito a cenar, porque invito yo. Llevo dos años soñando con poder invitarte a algo.

—Es muy halagador, pero no es necesario.

—Para mí, sí. Eres el tío más majo que me he encontrado en un avión, y esa noche, si no llega a ser por ti, no sé qué habría sido de mí.

—Tampoco fue para tanto, yo solo quería entrarle a la chica guapa del asiento de al lado y me diste el motivo perfecto.

—Ya, ya... —Movi6 la cabeza y camin6 hacia el cuarto de ba6o, pero antes se detuvo y lo mir6 entornando los ojos—. Y sabías perfectamente lo que era el estilo idiolectal.

—Sí —Sonri6 de oreja a oreja y se meti6 las manos en los bolsillos—, pero fue interesante ver c6mo me lo explicabas tan bien y c6mo hablar de tu trabajo te hacía olvidar al capullo de tu novio.

Era la segunda noche en una semana que salían a cenar juntos y no podía dejar de observarla. Aún a riesgo de parecer silencioso o distante, lo cierto es que prefería callarse y prestarle atención a interrumpirla para contarle cualquier cosa sin importancia, porque lo único que le importaba en ese momento era seguir sus movimientos, escuchar su voz, perderse en sus ojos color caramelo, que eran exactamente del mismo color que su pelo, y disfrutar de ese entusiasmo natural que derrochaba en las distancias cortas, porque con los demás o en el trabajo, Daniela Mendoza era mucho más seria y reservada.

Se apoyó en el respaldo de la silla al ver que soltaba una carcajada y también se echó a reír, aunque no sabía muy bien por qué, porque estaba medio atontado de tanto mirarla, y siguió sonriendo hasta que ella suspiró y volvió a concentrarse en su ensalada César.

—Siento soltarte todo este rollo sobre el trabajo, Edward, pero es que nunca tengo a quién contarle estas cosas.

—¿No tienes muchos amigos en Roma?

—No, la verdad es que no, aunque viví aquí de pequeña, no tengo a ninguno, salvo algunas personas del hotel, y tampoco es que disponga de mucho tiempo para...

—Pero sí familia, ¿no?

—Sí, abuela, dos tíos y algunos primos, pero no tenemos demasiada relación.

—¿Y tus padres dónde viven?

—Mi padre, que es de Madrid, vive en Argentina desde hace diez años, y mi madre, que es de Roma, pues... la última vez que supimos de ella seguía en los Estados Unidos.

—¿La última vez que supisteis de ella?

—Ya, suena raro, pero es que todo en mi familia es un poco raro.

—Háblame de tus padres. —Lo miró sin levantar la cabeza y él insistió—. Por favor.

—Bueno... —Suspiró y se apoyó en el respaldo de su silla—. Mi madre, que se llama Sofía, tenía diecisiete años cuando fue a pasar unas vacaciones de Navidad a Madrid, allí conoció a mi padre, que se llama Daniel, que por entonces tenía veinte años, y se enamoraron. Luego ella, al volver a Roma, descubrió que estaba embarazada y entonces sus padres hicieron lo peor que podían hacer...

—¿Lo peor que podían hacer?

—Obligarlos a casarse y se casaron aquí, en la Basílica de Santa María del Trastevere. Después de la boda se fueron juntos a Madrid para vivir en casa de mis abuelos, porque mi padre aún estaba estudiando, y entonces nació yo. Dos años después se divorciaron y fin de la historia.

—¿Y tú te viniste a Roma con ella?

—No, me dejó en Madrid con mi padre, que en realidad era dejarme con mis abuelos, y ahí me quedé hasta los cinco años, hasta que decidió que quería ejercer de madre. Entonces nos vinimos a Roma a vivir las dos solas, pero enseguida me dejó en casa de sus padres y empezaron los problemas de verdad. Se despendió bastante y la guerra con sus padres y con mis abuelos de España empezó a ser insostenible. Yo no me acuerdo de mucho, pero sí recuerdo los gritos por teléfono o a mi *nonna* Lucía rogándole para viniera a verme y se hiciera responsable, y las veces que me quedaba esperándola inútilmente a ella, y también a mi padre, que tampoco es que se portara muy bien. En fin, que me volví un problema para todo el mundo porque nadie quería hacerse cargo de mí, hasta que, cuando estaba a punto de cumplir los once años, Sofía decidió mandarme de vuelta a España con mis abuelos y fue entonces cuando mi abuelo Pepe, que era un señor muy serio, les dijo que de acuerdo, que se quedaba conmigo, pero solo si le cedían mi custodia legal. Los dos, Daniel y Sofía, firmaron corriendo los papeles y yo me instalé en Madrid con mis abuelos, que se convirtieron en mis tutores legales hasta mi mayoría de edad.

—Vaya.

—Ya, es un rollo, no debiste preguntar. ¿Pedimos algo de postre?

—¿Se volvieron a casar? ¿Tienes hermanos?

—Mi padre ha estado casado tres veces, la última ha funcionado, es una mujer argentina muy agradable, tienen tres hijas. De mi madre, pues, no sé qué decirte. Cuando cedió mi custodia fue porque se había enamorado de un estadounidense y quería irse con él a Florida sin ninguna carga. Se fueron juntos, pero no estuvo mucho tiempo con él, luego ha tenido más parejas y otra hija que no conozco, y la última vez que la vi, hace cuatro años en Nueva York, me presentó a otro tío muy raro que no me gustó un pelo, pero ella me dijo que estaba encantada, aunque me presentó como su hermana, lo que me hace suponer que le miente, como a todo el mundo.

—¿En serio?

—Sí, siempre ha sido un desastre. No se lleva bien con nadie, ni conmigo ni con su madre o sus hermanos. Es muy egoísta y solo llama para pedir algo. Mi *nonna* Lucía tiembla cuando la llama por teléfono o aparece en Roma sin avisar.

—Lo lamento mucho.

—Al menos tuve la suerte de tener a mis abuelos. ¿Y qué me dices tú de tus padres?

—Mis padres llevan cuarenta años casados, yo nací en Londres y viajamos bastante de pequeños por el trabajo de mi padre, pero, básicamente, mi vida ha transcurrido en Inglaterra sin ningún sobresalto. Mi padre es oficial de la marina, mi madre es médico, y hace unos diez años se instalaron en Newcastle, de donde es mi madre, porque a mi padre le dieron un puesto gubernamental. No hay mucho más. Mismo barrio, mismo colegio, mismos amigos de toda la vida, una infancia feliz y una vida sin complicaciones.

—Hasta que te pasaste a la Inteligencia británica y entonces tu vida se convirtió en un remolino de misterios, alias e investigaciones secretas. —Le sonrió y Edward se quedó prendado de esa sonrisa tan bonita unos segundos antes de poder contestar.

—Sí, supongo que me gusta el riesgo.

—¿Qué opina tu familia de tu trabajo?

—No les gusta, pero me apoyan, como siempre.

—¿Y me vas a contar algo de la investigación relacionada con mi hotel?

—No.

—Vaya por Dios.

—¿Tomamos el postre en otro lado? ¿Vamos a buscar una heladería decente?

—Me encanta que tomes helados en invierno, mucha gente ni se lo plantea. —Levantó la mano para llamar al camarero y pedir la cuenta, y él estiró la suya y se la bajó—. Conozco la heladería perfecta.

—Estupendo, iremos donde quieras, pero a la cena invito yo. Tú invitaste a la primera.

—OK, uno cada vez, y así no discutimos.

Movió la cabeza sacando la cartera para pagar y observó cómo ella se ponía de pie y se giraba para despedirse de los dueños del local, que eran amigos de su abuela. Sin querer, deslizó los ojos por ese trasero espectacular que tenía y bajó la vista por sus piernas esbeltas y largas, enfundadas en los vaqueros y en unas botas altas sin tacón, como de montar, que le sentaban de maravilla.

Era guapísima, pero no se le notaba porque no se sacaba ningún partido, pensó, viendo el moño que se había hecho con un bolígrafo y el jersey gastado que llevaba puesto. No era muy coqueta o no le apetecía serlo, dedujo observando su anorak largo y soso y su cara sin maquillar. O era eso o es que salir a cenar con él no le hacía ninguna ilusión, afortunadamente.

—*Si chiama Edward ed è di Londra* —oyó que decía en italiano y vio cómo se giraba para llamarlo con la mano—. Edward, ven, esta es la señora Gaia, la dueña del restaurante, y dice que eres muy guapo.

—Encantado —la saludó con un par de besos y Daniela se le agarró del brazo.

—*Buona notte, signora Gaia. Arrivederci.* Vamos, Edward, que ya quiere casarme contigo.

—Buenas noches —se despidió con la mano de la venerable ancianita y salió a la calle donde un frío polar le congeló el aliento—. ¿Conoces a mucha gente por aquí?

—La familia de mi madre vive en el Trastevere desde antes de la Segunda Guerra Mundial, nos conoce todo el mundo. ¿Te apetece andar? Podemos cruzar el río e ir a la Fontana de Trevi, mi heladería favorita está allí.

—Vale, vamos. —Notó cómo se le agarraba con fuerza al brazo y se metió las manos en los bolsillos.

—Lord Mulgrave ha anulado su reserva para Nochevieja.

—Supongo que eso supone un gran trastorno para el hotel.

—¿Y para ti? —Se detuvo para mirarlo a los ojos y él entornó los suyos—. ¿De verdad nunca me vas a contar nada de tu operativo?

—Nunca.

—¿Aunque esté acertando con tu objetivo? Igual podría ayudarte un poco.

—Nadie ha dicho que estés acertando con mi objetivo.

—¿Seguro? —Se le acercó para mirarlo de cerca y él le sostuvo la mirada—. Conseguiré sacártelo.

—Eres tenaz, pero no conseguirás nada. Venga, vamos, que está haciendo mucho frío.

—He estado pensando en tu operativo y estoy casi segura de que de los Mulgrave están en el ajo, pero me cuesta asimilar que estén metidos en algo grave porque, aunque lord Mulgrave sea un maleducado, es un anciano de ochenta años y John, no sé, es muy majete y muy atento.

—¿Por eso te fuiste a cenar con él?

—¿No hay nada que no sepas de mi vida?

—Os hemos controlado a todos, ya lo sabes.

—Vale.

—¿Era una cita? ¿John Mulgrave te tira los tejos?

—Siempre he dado por hecho de que es gay. No me ha tirado los tejos jamás, sin embargo, es una persona muy educada, muy culta, muy interesante y salir a cenar con él supuso mi primera salida nocturna en muchísimo tiempo.

—Te manda regalos.

—Cada vez que se van de Roma tiene un detalle de agradecimiento conmigo. Lo he preguntado en el trabajo y, aunque es conveniente no aceptarlos, mientras sean discretos, me han dicho que puedo quedármelos. Y suelen ser libros, no es para tanto. ¿Tú qué opinas? ¿Crees que es peligroso recibir regalos suyos o confraternizar con él?

—¿Cuándo piensas volver a tu trabajo con la Policía española? —cambió radicalmente de tema y ella movió la cabeza.

—Sigo colaborando con ellos de vez en cuando.

—Lo sé, pero digo de forma permanente.

—No lo sé, tampoco está tan mal lo del hotel.

—Ya, pero es incomprensible que alguien con tu talento y tu formación haya dejado todo tirado para venirse a trabajar en un hotel.

—Después de lo que pasó con Sebastián, necesitaba un cambio de aires radical y creo que venirme a Italia fue la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—Vale, si tú lo dices.

—Estuve fatal y la mejor manera de superar el amor y su ausencia es estar ocupada, muy ocupada, lo aprendí siendo una cría, por eso me convertí en una empollona.

—«El amor y su ausencia», me hablaste de eso en el avión y se me rompió el corazón.

—Lo siento mucho, pero para algunas personas esa es la historia de su vida: sentir amor e inmediatamente su ausencia. A mí me ha pasado siempre, con mis padres, con mi entorno, con mis amigos, con Sebastián, que ha sido mi único novio...

—¿Tu único novio? Eso es imposible.

—En serio, lo conocí a los dieciocho y me pasé diez años rompiendo y reconciliándome con él. Somos la noche y el día. Una mierda, la verdad. Ya hemos llegado.

Se le soltó del brazo y se adelantó para entrar en su heladería favorita, la *Gelateria Valentino*, que a esas horas de la noche y en pleno invierno, aún seguía abierta y llena de turistas.

Él se quedó en la puerta un poco perplejo por el fondo de tristeza que siempre tenían sus palabras, aunque ella lo disimulara con sentido del humor y mucha sorna, y, otra vez, como en

ese avión hacía dos años, se le rompió un poco el corazón. La observó con ternura, sintiéndose fatal, hasta que oyó en el oído el leve chirrido del auricular y, a continuación, la voz grave de Keiko.

—Coge el puto teléfono.

—Hola —contestó al móvil y se disculpó con Daniela levantando la mano. Le señaló el helado de menta—. ¿Qué coño te pasa?

—Ya es suficiente, fin de la cita. Dale puerta y vuelve al hotel.

—Yo mido los tiempos, cortad la escucha e idos todos a la cama. Buenas noches.

—Estamos solos, hace quince minutos que paramos la monitorización, porque tu amiguita no tiene nada que contar y encima es un puto drama, así que tranquilo. Ahora despídete de ella, métela en un taxi y vuelve aquí.

—¿Perdona?

—Corta ese jodido rollo ya, deja de mirarla con cara de cordero degollado, compórtate y vuelve ahora mismo al hotel o tendremos un problema, Eddie.

—¡¿Qué?! —soltó indignado y se giró al ver aparecer a Daniela Mendoza con los dos cucuruchos de helado y una sonrisa que le encogió el alma.

—Y dile que te largas mañana a Londres para pasar la Nochevieja con tu familia. Esas son las órdenes de arriba, mayor, no las incumplas —le colgó y él miró el móvil estirando los hombros, guardó la compostura y forzó una sonrisa.

—Gracias, tienen una pinta estupenda.

—De nada, espero que te gusten. ¿Pasa algo? ¿Algún problema en el trabajo?

—Nada que no se pueda resolver. Vamos, volvamos andando a tu barrio y te dejo en casa, yo luego me voy corriendo al hotel porque mañana cojo un vuelo muy temprano.

—Ah, ¿sí? ¿A dónde vas?

—A Londres, a pasar la Nochevieja y el Año Nuevo en casa.

—¡Felices Reyes! —gritó Gloria desde Madrid y ella se apartó del mostrador para saludarla.

—Felices Reyes. Feliz Día de la Befana². ¿Qué tal estás?

—¿Y la Befana te ha traído muchos regalos?, porque los Reyes Magos sí que te han dejado alguno en nuestra casa.

—Oh, qué ilusión. Muchas gracias.

—¿Qué haces?

—Trabajando, aún estamos en temporada alta, al menos hasta el 10 de enero. ¿Cómo estáis?

—Genial, ahora nos vamos a casa de mis padres para abrir los regalos con mis sobrinos.

—Estupendo, dales recuerdos.

—¿Qué has sabido del galán de Jane Austen?

—Nada, igual ya no vuelve, su trabajo es un poco complicado. —Evitó hablar de Edward, porque era consciente de que podían estar grabándolas, y volvió a su puesto sonriendo a unos clientes que se acercaban a ella con un mapa—. Gloria, cariño, tengo que dejarte. Luego te llamo, y come roscón de Reyes por mí.

—Eso está hecho. Te llamo esta noche. Adiós.

—Chao. Buenos días, ¿puedo ayudarlos en algo?

Se dirigió en inglés a la pareja de australianos que estaban interesados en ir al Foro andando y salió a la calle con ellos para indicarles el recorrido. Estuvo un rato lidiando con su sentido de la orientación, luego se despidió y se quedó en la puerta principal viendo el trasiego de botones y carros con equipaje que entraban y salían por la Plaza Navona, donde, obviamente, no había tráfico de vehículos, lo que dificultaba al máximo el trabajo de los encargados de las maletas.

Había que hacer un pequeño recorrido por los adoquines desde la calle lateral del hotel, que sí daba a una avenida transitada, para entrar por la puerta principal con el equipaje y el huésped de turno, cuando lo más normal hubiese sido que se habilitara una puerta trasera para hacer lo mismo y evitar el esfuerzo extra. Sin embargo, llevaban siglos pidiéndolo y allí nadie hacía nada, más valía no comerse demasiado el coco y volver a su trabajo.

Entró en la recepción, donde estaba de encargada en ausencia de Antonella, y caminó hacia el mostrador pensando, una vez más, en Edward Dankworth, que la noche del 30 de diciembre había desaparecido de Roma después de cenar con ella, dar un paseo nocturno y, lo más importante, después de haberle contado cosas de las que nunca hablaba con nadie.

Era silencioso y prestaba atención, sabía hacer preguntas y crear un ambiente de confianza. Lo había conseguido en el avión y dos años después en Roma, ella se había relajado y había hablado más de la cuenta. Lo que no siempre era lo más apropiado.

Cuando era pequeña, su madre salía mucho con una amiga que se llamaba Maeva, y esa mujer, que era guapa, de buena familia y tenía una suerte bárbara, se pasaba la vida contando sus dramas infantiles y adolescentes. Era su forma de relacionarse con el mundo, en cualquier parte y a cualquier hora. Era una cansina de cuidado y, al principio, ganaba apoyos y amistades, pero luego las espantaba porque la gente se daba cuenta enseguida de que era una tía afortunada y que siempre caía de pie. Había millones de personas mucho peor tratadas por la vida que ella y muy cerca de ella, pero ella no se cansaba de contar sus miserias y de mirarse el ombligo, y Daniela, que nunca se olvidaba de nada, nunca se había olvidado de la tal Maeva, y había jurado que nunca se parecería a ella.

Así, pues, aunque podía ganar un concurso de dramones y abandonos infantiles, no solía regodearse en sus problemas familiares, nunca los hablaba con nadie. Había muy poca gente que conocía su origen, sus padres ausentes, su infancia en aviones de acá para allá como una maleta que nadie quería reclamar. No lo contaba por pudor y porque no quería ser como la amiga de su madre; aún se sorprendía de haberse abierto tanto con Edward, que al final, en realidad, era un perfecto desconocido.

Por alguna razón mágica, él le inspiraba confianza, se sentía bien a su lado, a gusto y relajada, compartían muchísima complicidad y había acabado abriendo la caja de Pandora y poniéndolo en antecedentes de su pasado y de su vida de mierda. Una vida que creía haber superado y que, a los treinta años, ya no la condicionaba para nada, pero que podía espantar al más pintado porque, estaba claro, una persona con una familia desestructurada y una falta de afecto evidente solía ser un rollo, incluso como amiga, e igual lo había asustado y por eso se había largado de Roma y no había vuelto a contestar a sus mensajes. Ni siquiera había respondido a su saludo de Nochevieja, una respuesta que había esperado durante horas mirando el móvil como una idiota.

Solo habían pasado siete días desde que se habían despedido en el portal de su casa, pero algo le decía que ya no lo volvería a ver. Una certeza concreta en el pecho, que ya había sentido antes con otras personas, le decía que Edward Dankworth ya era historia y, en el fondo, le daba muchísima pena.

Por supuesto, él seguiría con su trabajo y su operativo sobre el Excelsior Pompeyo Roma, o no, no tenía ni idea, pero en lo puramente personal, podía apostarse una cena a que ya pasaba olímpicamente de ella y sus historias y tenía que empezar a asimilarlo.

—Excelsior Pompeyo Roma, buenos días —contestó al teléfono fijo en italiano y sonrió al oír al otro lado de la línea el inglés pulcro y educado de John Mulgrave.

—Daniela, feliz Año Nuevo. ¿Cómo estás?

—Feliz Día de la Befana, John, y feliz Año Nuevo. ¿Cómo estáis?

—Muy bien, han sido unas fiestas tranquilas. Te llamo porque la reserva *online* no funciona. ¿Puedes ayudarme?

—Claro, dime, ¿cuándo queréis venir?

—La semana del 20 de enero. A la *suite* presidencial, por supuesto. Seis días, tres personas.

—Dame un segundo. —Abrió la página de reservas, se acordó de que seguramente los estaban escuchando y sintió un escalofrío por todo el cuerpo—. OK, perfecto, del 20 al 26 de enero.

—Genial, inauguran una exposición extraordinaria de Tintoretto en el Castillo de Sant’Angelo. Mi tío está como loco por verla. Se había extraviado la invitación, pero nos llegó hace dos días.

—Me alegro mucho. Os veré pronto, entonces.

—Resérvame la tarde noche del 22 de enero y te vienes a la inauguración conmigo. ¿Te apuntas? ¿Te gusta Tintoretto?

—Muchísimo, y me deben algunas horas, cuenta conmigo.

—Estupendo. Me acabas de convertir en un tipo muy feliz. Hasta el 20. Adiós.

—Adiós.

Esperó a que John colgara y ella no colgó, se quedó escuchando en silencio los ruidos de la línea y supo de inmediato que el operativo de escuchas seguía activo.

Normalmente trabajaba con audios de teléfonos pinchados, conocía todas las variaciones auditivas al respecto, a ella no la podían engañar, todo seguía en marcha, y pensó en Edward, que ya estaría de vuelta de Londres trabajando en Roma y sin ninguna intención de relacionarse con ella.

Respiró hondo un poco triste, pero espantó el malestar, como solía hacer ya de manera automática con casi todo, y se arregló la falda del uniforme sintiendo otra vez un escalofrío concreto por toda la espalda, levantó los ojos y se encontró de frente con otros idénticos a los suyos. Sin querer dio un paso atrás y frunció el ceño.

—¿Mamá?

—*Ciao, bambola.*

² La Befana es la versión italiana de los Reyes Magos. Una señora mayor que volando es su escoba lleva regalos a los niños buenos y carbón a los malos. Su nombre deriva de la palabra epifanía y se celebra el 6 de enero.

11

—¿A dónde vas?

—Al hotel.

—Te pasas todo el día trabajando, no me extraña que no tengas vida personal

—Vivir en Roma es muy caro, ¿sabes? Tengo que trabajar y mucho.

Se giró y la miró decidiendo no discutir con ella, pero Sofía, que era la menos empática de los mortales, se le acercó con sus aires de princesa ibicenca y agarró la funda donde llevaba el vestido de cóctel y la zarandeó.

—¿Y por qué te llevas un vestido tan elegante?

—Tengo un compromiso. —Se inclinó para agarrar sus zapatos de tacón, los metió en una bolsa y luego en la mochila—. Tengo que irme.

—Llévame, llévame a tu compromiso, me aburro como una ostra en este puto piso.

—Siento no disponer de un alojamiento mejor para ti, madre, pero es lo que hay.

—En el hotel seguro que tienes acceso a hombres con muchísimo dinero, no sé por qué no te buscas uno que cuide de ti para que empieces a vivir como las personas normales. —Giró, mirando elocuentemente el estudio de veinticinco metros cuadrados, y Daniela quiso estrangularla, pero se contuvo y respiró hondo.

—No necesito buscar hombres que cuiden de mí. Soy una mujer adulta y autosuficiente.

—Respuesta típica de solterona reprimida. Seguro que eres feminista, ¿no? Todas las que decís esas cosas lo sois, pero, en el fondo, lo que os pasa es que solo sois unas frías incapaces de encontrar alguien que os quiera.

—¿Perdona?

—Si no te lo digo yo, no te lo dirá nadie. Espabila, *bambola*, ya tienes treinta años, te quedan dos o tres años útiles para cazar un buen partido. Hazme caso.

—¿Tú te escuchas cuando hablas?

—La vida es dura, bonita, aunque vayas de profesional autosuficiente, nunca ganarás tanto dinero como un hombre..

—No sé de qué siglo vienes, pero no pienso quedarme a discutirlo contigo.

—¿Te crees que por tener carrera y hablar idiomas eres especial? Lo único que te hace especial es que eres guapa y tienes buen tipo, lo demás a los tíos se la suda.

—¿Qué?

—Lo peor que pudiste hacer es dejar a tu novio inglés con pasta. ¿No te había puesto un anillo en el dedo?, pues haberlo aprovechado. Eres muy torpe, *bambola*, no sé a quién has salido. Yo a tu edad ya me había casado dos veces y tenía una hija de doce años.

—Una hija que te criaban tus suegros en España. Muy bonito.

—Ya estás atacándome otra vez.

—Adiós.

Salió del apartamento con ganas de matarla o quemar toda Roma para obligarla a irse de vuelta a los Estados Unidos, y caminó hacia el Puente Palatino tragándose las lágrimas.

Vivir con Sofía Bianchi era igual que vivir en una película de terror, solía decir su padre, y tenía toda la razón. Encima, ellas no vivían juntas desde hacía al menos veinte años, no se hablaban desde hacía cuatro, ni habían mantenido una relación cordial en toda su vida, así que su presencia en sus dominios era insoportable y amenazaba con volverla loca, pero loca de verdad.

Llegó al río, se detuvo para respirar hondo y contestó una llamada de Gloria que ya le había dejado varios mensajes.

—Hola, guapa, siento no haber respondido antes, pero ya sabes...

—Lo sé, pero me preocupo si no contestas. ¿Qué tal vas?

—Hoy se cumplen dieciséis días desde que llegó. Me estoy volviendo loca, te lo digo en serio. No sabes las chorradas que dice y cómo me provoca, es insufrible.

—¿Y qué piensas hacer? No puedes tenerla allí eternamente, ni darle de comer y hacer como si fuerais una familia normal.

—He pensado en dejar el apartamento y largarme yo, porque dice que quiere quedarse en Roma de forma permanente y que me toca a mí ayudarla porque, por supuesto, su madre no le ha abierto ni la puerta.

—No tiene derecho a exigirte nada, no te olvides de eso.

—A ella le da igual todo. Joder... —Se detuvo en medio del puente y se echó a llorar.

—Vente a Madrid si quieres, Dani. Carmen y yo estaremos encantadas de darte alojamiento. Nuestra casa es tu casa, lo sabes, pero no me parece justo que tengas que ser tú la que cambie su vida por una madre que no cuidó de ti ni cuando naciste.

—¿Y qué hago?

—Dile que si no se va en dos días llamarás a la Policía.

—Sabe que soy incapaz de hacer eso. No puedo echarla a patadas.

—Ella siempre ha sabido deshacerse de ti muy fácilmente. Es una egoísta, Daniela, no se lo permitas más.

—De acuerdo. Tranquila, ya se me pasa. Hablaré otra vez con ella y con mi abuela, no pueden cargarme todo el muerto a mí.

—Por supuesto.

—Vale, me voy al hotel y luego tengo un compromiso, estaré bien. Gracias por todo.

—Puedo ir mañana a Roma si consigo un vuelo y te ayudo a enfrentarte con Sofía.

—No te preocupes, tengo que hacerlo yo sola. Un beso.

Le colgó y se enjugó las lágrimas, se puso otra vez en marcha y se dirigió al hotel para cambiarse.

No le tocaba trabajar, porque se había pedido la tarde libre para ir con John Mulgrave a la inauguración de la exposición de Tintoretto en el castillo de Sant'Angelo, pero no podía estar en

casa con su madre y había optado por refugiarse en el trabajo mientras ella invadía cada rincón de su hogar y de su intimidad.

Sofía, que había hecho su aparición estelar en Roma el 6 de enero, se había presentado en el hotel con sus maletas y convencida de que la podía instalar gratis en una de sus lujosas habitaciones. No sabía de dónde había sacado esa idea, ni tampoco de qué manera se había enterado de que trabajaba allí, pero el hecho concreto es que ya estaba en Roma y, después del impacto inicial de verla, había tenido que intentar convencerla de que no podía darle alojamiento gratis, como tampoco podía recibirla en su estudio donde solo tenía una cama y un sofá pequeño.

Con su talante habitual, ella no había hecho ni puñetero caso, argumentando que a una madre no se la dejaba tirada y, sin saber cómo, había acabado en su pisito diminuto con Sofía Bianchi, sus maletones y su mal humor a las once de la noche, después de tenerla todo el día sentada en la recepción de Excelsior Pompeyo Roma invitándola a comer, a merendar y a cenar como si aquello no costara una verdadera fortuna.

Y en ese plan llevaban dieciséis días.

Por supuesto, la *nonna* Lucía se había negado a verla, sus hermanos, sus amigos y hasta algunos vecinos, a los que aún debía dinero, no la querían cerca. Le había tocado toda la carga a ella sola y no podía más. No descansaba porque tenía que dormir en el suelo para que ella usara su cama; ni comía porque llegaba y verla tirada delante de la tele le quitaba el apetito, y empezaba a deprimirse de verdad.

La cosa era muy seria y sin ningún apoyo no sabía si podría sobrevivir cuerda muchos días más. Por eso, estaba decidiendo a dónde se iría lo antes posible, porque sabía, fehacientemente, que hablar con su madre sería inútil, que esperar a que se fuera por su propio pie era una quimera y que la única escapatoria que le quedaba era dejar el apartamento. Solo lo lamentaba por su casera.

—*Ciao, nonna* —respondió el teléfono a su abuela ya entrando en la zona de empleados del hotel y ella bufó indignada.

—Tu madre le ha contado a Fabrizzio, el de los periódicos, que está esperando a que su marido americano venga a buscarla. Al parecer se ha venido a Italia con la idea de que él la persiga después de una pelea. ¿Tú sabes algo?

—No, pero ojalá fuera cierto.

—Serán fantasías tuyas.

—No lo sé, *nonna*, pero a mí me está volviendo loca.

—Vente a mi casa si quieres.

—¿En serio?

—Nunca debiste meterla en tu apartamento. ¿Cómo se te ocurre? ¿No has aprendido nada?

—No podía dejarla tirada en la calle a cinco grados bajo cero.

—Ella no lo habría dudado ni un segundo contigo.

—Lo sé... —Se pasó la mano por la cara y respiró hondo—. Dice que no tiene dinero, que se lo gastó todo en el billete a Roma, y yo seré muchas cosas, pero no soy como ella, no iba a abandonarla a su suerte.

—Ay, hijita, eres tonta, pero ya es tarde para remediarlo. Tu tío Giulio se ha separado de Sienna, al menos de momento, y se ha instalado en casa con dos de tus primos, pero puedes dormir en la salita si quieres, al menos hasta que la loca de tu madre se largue, que se largará.

—Gracias, lo tendré en cuenta, pero creo que me buscaré otra cosa más permanente. Trabajo mucho y necesito un sitio mío donde dormir y hacer mi vida. Hablaré con la señora Lenú para avisarle de que dejaré el piso si mi madre no se marcha pronto.

—Vale, como quieras. Ya hablaremos. *Arrivederci, bambola.*

—*Arrivederci, nonna.*

—¿Estás buscando piso? —La voz de Antonella la sobresaltó y se giró para mirarla a los ojos —. Tengo sitio en mi casa, somos tres chicas y está en Termini.

—¿En serio? Mil gracias. ¿Cuánto pagáis?

—Mil doscientos euros, si te vienes, serían trescientos euros cada una. Nos sobra una habitación pequeña, pero está muy bien. —Abrió su taquilla para cambiarse y Daniela la miró muy agradecida.

—Me parece estupendo, pero tengo que resolver lo de mi piso actual. ¿Puedes esperar para que te dé una respuesta?

—Claro, no hay prisa.

—Me salvas la vida, muchas gracias.

—De nada. ¿Sabes qué? —Se sacó el uniforme y empezó a ponerse una falda estrecha muy bonita—. Hoy se ha montado un tremendo escándalo en la gerencia y nadie dice nada oficialmente, pero un amigo de administración me ha contado que, al parecer, un cliente pidió un barrido de seguridad en su *suite*, mandó a su propio equipo de escoltas para hacerlo, y resulta que se detectaron micrófonos y cámaras.

—¿En serio? —Disimuló como pudo y le dio la espalda.

—No me extraña, porque este hotel antes lo controlaba la mafia. —Bajó el tono y se le acercó —. En los años noventa, ya sabes. Igual aún queda algo oscuro por ahí. Mi padre dice que debería ir pensando en buscar otro trabajo, lo cual me fastidia bastante.

—Sea lo que sea, no creo que tenga nada que ver con nosotros.

—No sé yo, en fin, me voy. ¿Estoy guapa? —Se le puso delante abriendo los brazos y Daniela sonrió.

—Estás perfecta, ya lo sabes.

—Genial, porque mi futuro marido me ha invitado a cenar.

—¿Tu futuro marido?

—Jack Lynch, creo que la cosa empieza a cuajar. Adiós.

—Adiós, pasadlo bien —respondió y se desplomó en una de las butacas casi sin respiración.

¿Jack Lynch? ¿Edward volvía a la carga con su alias y con Antonella Pellegrini?

Veintidós días sin saber nada en absoluto de él y... «¿Lo primero que sabía es de que salía a cenar con Antonella? ¿En serio?», se preguntó vistiéndose para la exposición, más cabreada que otra cosa, y se puso los tacones maldiciéndolo por lo bajo.

Ni una llamada respondida, ni un mensaje, ni un saludo de Año Nuevo, NADA, pero sí tenía

tiempo para quedar con Antonella mientras pasaba su vida en Roma trabajando en un operativo que encima era una mierda, porque ya había llamado la atención de la gente del hotel.

Madre del amor hermoso, bufó, saliendo a la recepción para encontrarse con John Mulgrave. ¿No puedo conocer a nadie normal en mi vida? ¿No puedo relacionarme con personas medianamente sencillas?

—¿Perdona? —John Mulgrave se le acercó por la espalda y le sonrió con su amabilidad habitual—. ¿Decías algo?

—Nada, John, estaba hablando sola.

—Estás impresionante. —Le cogió las dos manos para admirarla de arriba abajo y ella sonrió.

—Muchas gracias, tú también.

—También espero que estés receptiva —le ofreció el brazo y salieron a la plaza—, porque tengo que proponerte algo y no aceptaré un no por respuesta.

12

—Le ha hecho una oferta de trabajo irrechazable para alguien en su situación.

—No es problema nuestro —interrumpió Keiko estirando sus largas piernas por debajo de la mesa de cristal de la sala de reuniones del MI5, y él entornó los ojos.

—Quiero decir —continuó, ignorándola—, que una vez descartada como colaboradora necesaria voy a advertirle...

—No es problema nuestro —repitió Keiko y él tiró el bolígrafo encima de la mesa haciendo saltar a su jefe y al resto de sus compañeros—. ¿A ti qué coño te pasa?

—También soy responsable de este caso y no pienso permitir que tus debilidades personales interfieran en mi trabajo. Llegaste tarde y mal a nuestra investigación, porque eres quien eres se te ha puesto al mando, pero todos sabemos que no estás donde tienes que estar, y no pienso poner en riesgo mi trabajo y el de un equipo de veinte personas porque a ti esa tía te dé pena.

—¿No será que a ti te pone celosa? —se oyó decir eso en voz alta y supo enseguida que la había cagado.

—Esto pasa cuando dos oficiales al mando también comparten cama —soltó una jefaza de la Interpol y los dos la miraron—. Fuiste tú, Keiko, la que pediste que, ya que te imponían un superior de Inteligencia, fuera tu niño bonito, dejémonos de remilgos y hablemos claro.

—No voy a tolerar que...

—¡Cállate, Edward! Callaos todos —bufó el general Parker y él dio un paso atrás, se apartó de la pizarra y bajó la cabeza respirando hondo—. Me importa una mierda la relación personal de mi gente, vuestras rencillas las aclaráis en la calle, lo que ahora me importa saber es por qué demonios estoy hablando de una ciudadana española, que ha sido descartada como colaboradora necesaria y que me importa un carajo, en la recta final de este operativo millonario contra una banda organizada que sigue operando como le da la gana y delante de nuestras propias narices.

—Porque necesito su autorización para explicarle a Daniela Mendoza lo que está pasando y sacarla de en medio, señor. Si se va a trabajar con Mulgrave estamos permitiendo que...

—Ella no es problema nuestro —repitió Keiko para sacarlo de sus casillas y él optó por darle la espalda—. Si la pones sobre aviso estamos vendidos porque puede decirle algo a su amiguito Mulgrave y...

—No dirá nada.

—¿Y tú qué sabrás?

—Es perito lingüista, ha trabajado con la Policía Judicial española muchos años y sigue colaborando con ellos, es de los nuestros. No dirá nada por más que te empeñes.

—Solo es una triste recepcionista de hotel, Edward. Triste y pringada, porque la vida le va de puta pena, no creo que podamos confiar en ella.

—¿Perdona? —preguntó con las manos en las caderas y ella le tiró un beso.

—Nunca se ha puesto en preaviso a ningún implicado en ninguna investigación. No vamos aclarándole a la gente lo que hacemos, aunque les perjudique directa o indirectamente, nada de avisar a nadie, y menos a esa chica, que es completamente irrelevante —opinó el gran jefe y Edward guardó silencio cada vez más indignado—. Mayor Dankworth, si no te importa, continúa con el informe, por favor.

Él respiró hondo y echó mano de toda su instrucción y de toda su capacidad para acatar órdenes como oficial de la marina británica para no mandarlos a todos a la mierda. Caminó otra vez hacia la pizarra y se dedicó a desgranar los avances del Operativo Nobilis, que ya tenía más de un año y medio de vida, aunque él se había hecho cargo del caso en su recta final, hacía solo cuatro meses, cuando, acabada una investigación de fraude fiscal multimillonario en Mónaco, lo habían llamado para dirigir ese operativo contra una serie de ricos nobles británicos que tenían montada la red de tráfico de drogas y de evasión de impuestos más rentable de toda Europa y que, de repente, estaba relacionada también con grupos terroristas islámicos.

Un trabajo a su medida que, sin embargo, se había vuelto insoportable al tener que compartirlo con Keiko Rubens, una policía de la Interpol con la que había mantenido una relación intermitente y con la que había terminado matándose por culpa de su resistencia a escuchar, su intransigencia, su rebeldía continua, su falta de disciplina y, sobre todo, por esa obsesión casi enfermiza que había desarrollado contra la pobre Daniela Mendoza, que no era más que un elemento divergente en medio de un operativo policial gigantesco.

—No vuelvas a provocarme en público, y menos delante de nuestros superiores —le dijo ya en la calle, terminada la reunión, y ella, que parecía una modelo de Kenzo, se le acercó y le acarició el pecho.

—Y tú no vuelvas a nombrar a esa puta delante de mí, mucho menos en mi trabajo.

—¿Cómo te atreves a llamarla «puta»? ¿A ti qué coño te ha hecho?

—Eso me ha hecho —lo señaló con el dedo—. No juega en mi liga, es evidente, pero, por alguna razón, te pone cachondo y te preocupa y no paras de hablar de ella. No la quiero en nuestras conversaciones, ni en nuestras reuniones. ¿Te queda claro?

—No, no me queda claro. —Le apartó la mano y dio un paso atrás.

—Vale, ve y fóllatela, ¿es eso lo que quieres? —Le miró muerta de la risa y él frunció el ceño—. Tíratela y quítate el antojo, te lo perdonaré. No me voy a preocupar por una pobre capulla lamentable que solo inspira lástima. Anda y ve a por ella, cielo, yo te estaré esperando.

—¿Me estás dando tu autorización? ¿En serio? ¿Tú quién coño te crees que eres?

—Estás teniendo una pataleta, Eddie. Cálmate un poco.

—Estoy calmado, eres tú la que parece tener trastocadas las ideas y los conceptos. Tú no eres nada mío, no eres nadie para autorizarme a hacer algo o para perdonarme algo, como tampoco tienes ningún derecho a hablar así de una persona como Daniela Mendoza.

—Ya te he dicho que vayas a Roma, te tires a la gilipollas esa y termines de una puta vez con todo esto.

—Hablar contigo es agotador e inútil, me largo.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—Llevo dos años rompiendo contigo.

—Sí, claro. —Se echó a reír a carcajadas y él le dio la espalda—. ¿De verdad te largas y me dejas sola?

—Adiós, Keiko.

—Esta noche es la cena benéfica organizada por mis padres en el Palace, Edward, no llegues tarde.

—Vete a la mierda.

Susurró sin mirarla y echó a andar hacia Pimlico decidido a coger el metro, pero, finalmente, optó por caminar para despejarse un poco y tratar de superar el inmenso cabreo que llevaba encima.

Llegó a Vauxhall Bridge Road y enfiló hacia Victoria con la intención de llegar a Belgravia en media hora, o en mucho menos, porque a buen paso cruzar Westminster no le costaría nada.

Miró el cielo lluvioso y pensó en Daniela, a la que por motivos de seguridad había dejado de ver el 30 de diciembre, pero a la que no había perdido de vista en ningún momento. De ese modo se había enterado de la llegada inesperada de su madre a Roma el 6 de enero. Circunstancia que le había partido la vida en dos, era evidente, incluso la había visto llorando en la calle, pero no había hecho nada por acercarse y consolarla.

Varias veces había estado a un tris de llamarla o de visitarla en el hotel, para charlar con ella e intentar brindarle un poco de apoyo, pero, por su bien, no lo había hecho, porque, por una parte, estaba el dispositivo de la investigación en marcha, y por otra, estaba Keiko que desde hacía semanas no lo dejaba en paz con sus celos y su paranoias, y a la que veía perfectamente capaz de buscarla para darle una paliza o para meterla en un lío aún mayor.

Keiko Rubens, esa oficial de la Interpol hija de un inglés muy rico y de una japonesa aún más rica, que era la mujer más arrogante y menos empática del universo. Una agente que había conocido hacía dos años en una investigación conjunta y con la que había empezado una aventura fugaz y muy divertida pocos días después de conocer a Daniela Mendoza en un avión, sin más intención que tener un *affair* sin importancia, claro, aunque la cosa se había desmadrado bastante rápido.

En cuestión de un mes, le había presentado a sus padres, a sus amigos y le había dado la llave de su piso en Chelsea. Hablaba de él como de su novio, no lo dejaba en paz y, por más que ponía límites y barreras, ella se había ido metiendo de lleno en su existencia y era imposible quitársela de encima.

Una relación tóxica e insoportable que había empeorado cuando había llegado a Roma para hacerse cargo del Caso Nobilis.

Trabajar con Keiko como subalterna sabía que le acarrearía más de un enfrentamiento, pero todo se había descontrolado cuando había tomado las riendas del asunto, había pisado el terreno y se había encontrado de bruces con Daniela Mendoza, la preciosa española del avión a la que había consolado, después de que su novio le hiciera la mayor putada del universo, y por la que había estado penando dos años enteros.

Muchas veces había contado esa anécdota a sus más allegados y muchísimas veces había fantaseado con la idea de volver a verla, porque se había quedado prendado de ella. Durante días, después de aquel insólito vuelo, había estado esperando a que lo llamara y nunca, en dos años, había dejado de pensar en cómo encontrarla sin tener que usar los medios policiales a su alcance.

Daniela Mendoza —aunque por aquel entonces aún no conocía su apellido— se le había grabado a fuego en el alma, pero había dado por hecho que había vuelto con su novio y había decidido guardarla en un rincón de la memoria y respetar su espacio. No pensaba convertirse en un acosador intentando localizarla a través del MI5 y, al final, había ido aparcando el asunto hasta ese día en el ascensor del Excelsior Pompeyo Roma, cuando se le había puesto delante y le había preguntado si se acordaba de ella.

Seguramente, ella jamás sería consciente del cataclismo que había provocado en ese punto exacto de su vida y de la investigación que estaba llevando a cabo. No sabía si algún día tendría ocasión de contárselo, pero lo cierto es que había puesto a un equipo de veinte personas patas arriba porque, después de reponerse de la impresión de verla y de simular indiferencia con una calma inaudita, se había puesto frente a su equipo para que le enseñaran uno a uno los expedientes de todos los empleados del hotel.

Su gente había tenido que echar mano de lo que ya tenían superado, porque estaban en otro estadio de la investigación, y habían repasado las fotos y las fichas hasta dar con la de Daniela Sofía Mendoza Bianchi. Una perito lingüista en su país natal que llevaba dos años trabajando como recepcionista en el Excelsior Pompeyo Roma. Un cambio de vida bastante radical pasado por alto por un becario de Londres, que tampoco había sido capaz de relacionarla con uno de los sujetos más importantes de la investigación, el artista plástico Sebastián Relish-Bowles.

A él, nada más verla en ese contexto, se le había venido el nombre de Sebastián Relish-Bowles a la cabeza y, echando un vistazo a sus redes sociales públicas, habían encontrado enseguida imágenes con su anterior prometida, la señorita Daniela Mendoza, que, sin saberlo, a partir de ese momento exacto, había pasado a convertirse en un elemento clave para el Caso Nobilis.

Keiko había brindado con champán por el descubrimiento fortuito, todo el mundo había saltado de felicidad porque llevaban meses buscando un vínculo entre Relish-Bowles y John Mulgrave, que era otro de los objetivos principales, y todo apuntaba a que se trataba de Daniela, que había tenido la desdicha de contarle, en ese vuelo de Londres a Madrid, que su novio se llamaba Sebastián y era pintor.

Sin embargo, e incluso con la evidencia delante, nunca llegó a creerse de verdad que ella fuera un elemento fundamental en esa red de delincuencia organizada. Nunca, y, a pesar de haber sido él mismo el que la metiera en la trama, se había empeñado desde el principio en eliminarla del sumario.

Con esa certeza le había puesto escuchas, un seguimiento permanente, físico y cibernético, se había prestado a quedar con ella y a grabarla intentando conseguir algo que la comprometiera. Lo habían intentado todo y, al final, afortunadamente, después de casi cuatro meses de arduo trabajo, había logrado probar que Daniela Sofía Mendoza Bianchi solo era un elemento inocente y discordante que estaba allí por casualidad. Ella no tenía ni idea de lo que hacía su exnovio o su

cliente VIP, llevaba una vida impoluta, económicamente muy discreta, colaboraba activamente con la Policía de su país e, incluso, mientras la estaban vigilando, había ayudado a capturar a un delincuente perseguido en todo el mundo.

En resumen, no tenía tacha, ni posibilidad de tenerla, y, con eso probado, había logrado dejarla al margen de la investigación, a pesar de lo cual Keiko seguía manteniendo la teoría de que Mulgrave la usaba de alguna manera, como correo o como señuelo y, aunque había aceptado apartarla del foco, entre otras cosas porque quería alejarla de él, no se olvidaba de ella y si se le cruzaban los cables, podía perjudicarla seriamente.

Había que desligar a Keiko Rubens inmediatamente del Caso Nobilis, decidió entrando en Belgravia. Todo el mundo había visto su comportamiento inaceptable en la reunión de esa mañana, y era evidente que su relación personal estaba interfiriendo en el ritmo normal de la investigación, por lo tanto, alegraría conflicto de intereses y la dejaría en Londres mientras el equipo cerraba el caso en Roma.

Total, tampoco es que quedara mucho que hacer por allí. Acababan de colocar un último cebo, destapando algunas escuchas en el hotel para alterar los ánimos, y estaban seguros de que los implicados se asustarían y empezaría a tropezar. Solía pasar, así que la cosa estaba casi al dente y necesitaba abordarla con tranquilidad, no con una Keiko descontrolada y celosa a su espalda.

—Hola, jefe, te he llamado cuatro veces.

Le dijo Jeff, su segundo de abordo, en cuanto lo vio entrar en el piso de Belgravia que estaba justo frente a la propiedad de los Relish-Bowles, donde el puñetero Sebastián vivía sin dar palo al agua, aunque ganaba una pasta como coordinador de la red de camellos de lujo que trabajaban para John Mulgrave.

—Apagué el teléfono en la reunión y se me pasó encenderlo. Lo siento. ¿Qué ha pasado? —Se le sentó al lado y miró las pantallas del ordenador donde tenían monitorizado a Relish-Bowles—. Necesito que me habilites una línea segura y me conectes con Daniela Mendoza enseguida. Tengo que hablar con ella urgentemente y sin que trascienda, ¿de acuerdo?

—¿Qué vas a hacer?

—Contarle algo en privado y que solo autorizo yo.

—OK, dame un minuto.

—Muy bien. —Se levantó para ir a buscar una cerveza a la nevera decidido, a pesar de la opinión de su superior, a explicarle a Daniela lo de Mulgrave y a rogarle que no aceptara la oferta de trabajo que le había hecho la víspera en Roma, y Jeff lo llamó.

—Mayor, ¿has leído ya mis mensajes?

—No, dime qué pasa.

—Sebastián Relish-Bowles sale mañana a primera hora camino de Italia.

—¿Qué? ¿A Roma?

—No, a Milán. Viaja con su novia y su perro. Han reservado billetes en primera y una villa en el Lago Como. Todo en cuestión de horas.

—Perfecto... —Se pasó la mano por el pelo pensando en que ya estaban a punto de caramelo y sonrió.

—Estoy conectando con la señorita Mendoza.

—Gracias. —Agarró el teléfono y se apartó del salón para hablar más tranquilo. Oyó tres tonos de llamada nervioso como un adolescente y respiró hondo.

—¡*Pronto!*

—Daniela, soy Edward...

—Este ya no es el teléfono de Daniela —lo interrumpió una mujer en inglés y él frunció el ceño.

—¿Perdone? ¿Con quién hablo?

—Sofía, soy su madre. Ahora este teléfono lo uso yo, ella se ha comprado otro, aunque no me sé el número. Tendría que mirarlo en la agenda, pero si hablo con usted, no puedo buscarlo. ¿Cómo ha dicho que se llama? Es británico, ¿no? Me encanta como hablan los británicos.

—Yo... —Ella hablaba muy rápido y en un inglés neoyorquino con marcado acento italiano, y parpadeó algo confuso.

—Si me dice quién es, cuando hable con ella le diré que lo llame. ¿Le parece?

—No se preocupe, ya la llamaré al hotel.

—Este fin de semana no, se ha ido de viaje.

—¡¿Cómo que se ha ido de viaje?! —preguntó un pelín alterado y Sofía Bianchi se echó a reír.

—No se preocupe, que no se ha ido para siempre. Solo serán unos días, o eso me ha dicho.

—¿Unos días? ¿A dónde?

—Milán.

Ciento cincuenta mil libras al año, aquello era una verdadera fortuna. Miró otra vez las cuentas que había hecho en un papelito roñoso, donde había calculado lo que le quedaría después de impuestos, gastos y demás, y sonrió otra vez dando gracias a Dios porque nunca, jamás, había llegado a imaginar que pudiera ganar tanto dinero.

Se metió debajo de la ducha de ese hotel cinco estrellas adonde la había invitado John Mulgrave y sonrió otra vez, pensando en lo poco que le costaría con ese sueldo pedir una hipoteca para comprarse un pisito en Madrid, el sueño de su vida, porque nunca había tenido un hogar propio, algo realmente suyo, nunca en treinta años; lo primero que haría sería eso: ir al banco, endeudarse como todo el mundo y comprarse una casa.

Quiso saltar de felicidad y pensó en que, al final, Dios sí se había acordado de ella porque muy poca gente podía aspirar a ser asistente personal de gente como los Mulgrave, que vivían en una mansión en las afueras de Londres estilo *Downton Abbey*, donde podría vivir si quería porque había espacio para ella y para mil personas más.

Hacía dos días, tras asistir a la inauguración de la espectacular exposición de Tintoretto en el castillo de Sant'Angelo, John Mulgrave la había invitado a cenar y le había hecho la propuesta, quería que trabajara para ellos como asistente personal, que se hiciera cargo de su agenda y de la de su tío, que viajara con ellos y se ocupara de todos los detalles de su vida y de sus necesidades. Le explicó que lord Hugh nunca había querido contratar a alguien específicamente para ese puesto, porque tiraba de su mayordomo, su *valet* o de él mismo para muchas cosas, pero que, al final, había cedido y había entendido que necesitaban una persona joven, profesional, cabal, que hablara idiomas y a la que los dos apreciaran para ocupar un puesto de tanta responsabilidad.

Antes de que abriera la boca le había puesto la cifra del sueldo encima de la mesa y le había pedido que se lo pensara con calma. Le había dado una semana para que le diera una respuesta, aunque ella no tenía dudas y le iba a decir que sí. ¿Cómo rechazar algo semejante que, además, incluía viajes y acceso a los eventos culturales y sociales más importantes del mundo?

Nadie podía rechazar semejante chollo, mucho menos si era para vivir «gratis» en Inglaterra, porque encima le daban alojamiento en su casa familiar o en el apartamento que ella eligiera en Londres. Demasiado bueno para ser cierto, aunque el empleo supusiera renunciar a su vida privada y a su tiempo libre, le había advertido John, dos cosas de las que ella carecía normalmente, por lo que aquello no le suponía ningún problema.

El mayor escollo podía ser lidiar con lord Mulgrave, pero eso tampoco le preocupaba. Él la apreciaba, era bastante más amable con ella que con el resto del mundo, había aprendido a llevarlo hacía tiempo y no le daba miedo. Respeto sí, pero no le asustaban sus palabrotas o su

mala educación, eso hasta le hacía gracia, podría adaptarse, estaba segura, y ganando un pastón muchísimo más.

Salió de la ducha y se secó el pelo bocabajo porque, aunque tenía servicio de peluquería a su disposición, prefería peinarse sola, y miró el vestido de noche que le había mandado de regalo John con un poco de resquemor.

No pensaba ponerse un vestido elegido y pagado por otra persona. No estaban en una película de los años ochenta y ella no tenía necesidad de ir a una cena como la princesa de Mónaco; fue al armario y sacó su vestidito negro de cóctel de Zara, que le quedaba a las mil maravillas. No necesitada nada más.

Se lo puso, se maquilló un poco y se dejó el pelo suelto, lo tenía larguísimo y las ondas se le marcaban solas, le valía así. Se puso los taconazos, se echó perfume y cogió su bolso pensando de pronto en su madre, que estaba enrollándose con un vecino de su edificio.

Los había pillado una vez en el rellano y otra dentro de su propia casa, le había pedido que se fuera con él y la dejara en paz, pero ahora podría decirle que se quedara con el apartamento o hiciera lo que le viniera en gana porque, en cuanto hablara con John y presentara su renuncia en el hotel, pensaba marcharse a Londres para perderla de vista a ella, a su noviecito de veinticinco años y a Roma entera.

Miró el móvil y abrió el Gmail donde tenía dos correos electrónicos de Juan y otro de Pedro recriminándole que hubiese cambiado de teléfono sin avisar y pidiéndole que se pusiera en contacto de forma urgente con uno de los dos. Supuso que se trataría de trabajo y lo dejó correr porque estaba de fin de semana en Milán y no pensaba trabajar ni hablar de trabajo.

Salió al rellano y miró la hora. John le había dicho que le mandaría un coche porque él estaba en el lago Como con unos socios y que se encontrarían allí en una cena para que lo asistiera como intérprete con unos clientes italianos y españoles. Era una buenísima forma de conocer un poco su trabajo y empezar a tantear su papel de posible asistente personal que le había propuesto, y ella había accedido encantada a acompañarlo. Era emocionante cambiar de aires, salir de Roma, alejarse de su madre y del hotel.

En el fondo, era una maravilla poder respirar lejos de todo, incluso del recuerdo del señor Edward Dankworth, al que por alguna inexplicable razón no se podía quitar de la cabeza.

—Daniela...

Alcanzó a oír y lo siguiente fue sentir un tirón en la muñeca y ver a ese tío, Edward Dankworth en persona, llevándosela casi en volandas por un pasillo lejos de la recepción del hotel. Ella lo siguió mirándole la espalda un poco desorientada hasta que reaccionó y se detuvo en seco.

—¡Eh!, ¿qué haces? ¡Suéltame!

—Sígueme y te lo explico todo.

—No. —Le sostuvo la mirada y él bufó mirando a su alrededor.

—No me lo pongas difícil, Daniela, por favor te lo pido.

—¿Difícil?, ¿el qué? ¿Qué haces tú en Milán? ¿Me estás siguiendo?

—¿Confías en mí? —Le clavó los ojos azules y ella reculó.

—No, y tengo un compromiso. Si me disculpas, me voy. Me recogen en cinco minutos.

—Ya sé que te recogen en cinco minutos para llevarte al lago Como. —Se pegó a su cuerpo y le habló desde muy cerca. Ella sintió un escalofrío por toda la columna vertebral y dio un paso atrás—. Eso es precisamente lo que intento evitar, que vayas allí y te metas en un lío.

—¿Qué clase de lío?

—Joder, Daniela, ¿puedes confiar en mí sin hacer preguntas? Te lo explicaré todo en tu habitación. ¿Vamos? —le ofreció la mano y ella dudó unos segundos, pero algo en su interior la hizo aceptar y ceder, y asintió agarrándose a su mano para subir por las escaleras de vuelta a su *suite*.

—Quiero que me lo expliques todo y con detalle o...

—Lo haré. Ahora manda un mensaje a John Mulgrave y dile que estás enferma, que te has puesto malísima y que no podrás subir a ese coche para ir a Como. Venga, no perdamos más el tiempo.

—Vale.

Llegaron a su *suite*, donde la puerta estaba abierta, y vio con horror que dentro había un chico desconocido con un detector de micrófonos recorriéndolo todo. Lo miró con los ojos muy abiertos y él le sonrió mientras Edward cerraba la puerta y le indicaba el móvil.

—Envía ese mensaje, Daniela, por favor.

—Voy... —Envió un mensaje a John diciéndole que se había puesto malísima y que lamentablemente no podría participar en su cena, y luego siguió a Edward con los ojos, porque no paraba de moverse—. Ya está.

—Muy bien, ahora llama a recepción y pide que no te pasen llamadas porque estás enferma y vas a dormir.

—Desde que existen los teléfonos móviles casi nadie llama a la centralita de un hotel.

—Es igual, hazlo, por favor.

—Muy bien. —Llamó e hizo lo que le pedía y de paso leyó el mensaje de respuesta de John Mulgrave, en el que la disculpaba y lamentaba su malestar—. Ya me ha respondido. ¿Ahora qué hacemos?

—Todo en orden. Todo está limpio, mayor.

—Gracias, Jeff. Ve al centro de mando y ponte a disposición de Brambilla.

—¿Tú qué harás?

—Yo me quedo con la señorita Mendoza. ¿Tengo el ordenador conectado? —El tal Jeff le entregó un portátil muy finito y un teléfono con antena—. Estupendo, gracias.

—¿Te lo vas a perder?

—No, lo seguiré desde aquí. Tampoco podemos intervenir, lo mismo da Milán que Como.

—Es verdad, me voy. Adiós, señorita Mendoza.

—Hasta luego —respondió ella observando el panorama, como quien ve una peli de 007, y se cruzó de brazos.

—Mantendremos la línea abierta y más tarde nos vemos en el punto de encuentro, Jeff. Gracias.

Lo siguió hasta la puerta, lo dejó salir y luego cerró activando la lucecita de «No molestar» que

había junto al picaporte. Daniela continuó sin poder moverse y sin querer, porque evidentemente no era el momento más oportuno, se fijó en lo bien que le sentaban los vaqueros y la camiseta gris que llevaba puesta. Tenía el pelo aún más largo que la última vez, se le veía mucho más clarito y le caracoleaba detrás de las orejas. Era un tío muy guapo, pensó, observando como encendía el ordenador y se ponía un pinganillo en la oreja.

—Edward, ¿me vas a explicar qué está pasando?, por favor.

—Esta noche habrá una intervención policial conjunta en la villa del lago Como donde te esperaban para cenar. Policía italiana, Interpol, Europol, MI5, MI6. Se trata del último escalón del Caso Nobilis. El caso en el que llevamos trabajando muchísimo tiempo desde Londres y Roma.

—Vaya... y... ¿John Mulgrave?

—Tenías razón, John Mulgrave era mi objetivo, pero hay otros más. Algunas personas de las que me gustaría hablar contigo tranquilamente. Siéntate, por favor, ¿quieres beber algo?

—¿Crees que Mulgrave pretendía involucrarme?

—No lo sé, espero que no o le meteré un puro... —La miró dejando el ordenador encima de la cama y se sentó respirando hondo—. Siéntate, por favor.

—Joder... —Se desplomó en un sofá pensando en su oferta de empleo truncada—. Me había ofrecido el trabajo de mis sueños.

—Lo sé, y lo siento mucho.

—¿En qué está metido?

—Tráfico de drogas, blanqueo de dinero, evasión de capitales, fraude fiscal, tráfico de personas y, lo que a mí me compete más, vínculos con el terrorismo yihadista. Hay una lista bastante larga de cargos contra él y la organización que lleva dirigiendo y haciendo crecer desde que iba a la Universidad de Cambridge.

—¿Lo que a ti te compete más?, ¿terrorismo?, ¿seguridad nacional?, o sea, ¿que eres del MI5?

—La finca de su tío y varias propiedades de la familia son granjas de marihuana, de opio y laboratorios de drogas de diseño —continuó, ignorando sus preguntas—. Tiene cientos de empleados trabajando bajo tierra y una red de camellos de lujo por media Europa. Lo que le ha proporcionado lazos con gente muy peligrosa que financia actividades terroristas en el Reino Unido.

—¿Su tío también está involucrado?

—Al parecer, él empezó el negocio familiar en los setenta, pero el emporio actual solo es obra de John Mulgrave. Creemos que el tío Hugh no es consciente en absoluto de lo que pasa en sus propiedades, ni del capo en el que se ha convertido su sobrino.

—¿Y el hotel...?

—Roma es uno de sus centros de operaciones y el Excelsior Pompeyo Roma una de sus oficinas principales.

—¿En serio?

—El gerente del hotel, Pierre Paolo Grandinetti, es un colaborador de los suyos. Le facilita clientes, puntos de encuentro y le da cobertura de seguridad en su *suite* presidencial. Imagino que

a esta hora ya habrá sido detenido en Roma.

—Madre mía. —Se puso de pie y caminó por la habitación intentando asimilar las novedades que indirectamente le afectaban muchísimo y, cuando se giró y lo miró a la cara, lo pilló observándole las piernas con mucha atención—. ¿Qué pasa?

—Tienes unas piernas espectaculares, pero creo que deberías quitarte esos tacones.

—¿Qué?!

—Tengo ojos y no soy de piedra, pero no es por mí. Caminar con tacones por encima de una moqueta agota, y deberías ponerte cómoda. Será una noche larga.

—Si hoy es el gran día de la intervención, ¿por qué no te vas a Como?

—No tenemos jurisdicción en Italia, no puedo entrar con la Policía, solo puedo ser testigo de las detenciones y, además, necesito quedarme contigo.

—Puedo quedarme sola, no voy a moverme de aquí.

—No pienso dejarte sola y necesito contarte algo importante.

—¿Hay algo más?

—Me temo que sí.

—OK. —Se descalzó y dejó los zapatos en el armario, se dio la vuelta y se le puso delante—. Dispara, creo que ya estoy curada de espanto.

—Sebastián Relish-Bowles.

—¿Qué pasa con él?

—Es socio de John Mulgrave, de hecho, es el coordinador de sus camellos de lujo.

—No, imposible. Sebastián será muchas cosas, pero principalmente es un pasota y un miedoso, no es capaz de saltarse ni un semáforo en rojo. Su padre es juez y se moriría antes de... —Le sostuvo la mirada y supo que no estaba especulando, que le estaba hablando de hechos probados. Se mareó un poco y se sentó para no caerse al suelo—. Supongo que lo tenéis más que cogido.

—Absolutamente. Lo siento.

—La madre que lo parió. ¿Desde cuándo hace estas cosas?

—Que hayamos probado, dos años.

—¿Después de dejarlo conmigo?

—Que hayamos podido probar, sí.

—Madre mía, madre mía, madre mía...

Se levantó corriendo y se encerró en el cuarto de baño, se puso de rodillas junto a la taza y vomitó hasta la primera papilla.

—Daniela, ¿estás bien?

Edward tocó la puerta, pero ella no respondió pensando en las relaciones de Mulgrave con Sebastián, y en su propio papel en medio de toda aquella trama de película. Seguramente la habían utilizado, de alguna manera la habían usado, y Sebastián no había dudado en ponerla en peligro, o no, porque no tenía por qué conocer su relación con los Mulgrave. En teoría, ni siquiera sabía que ella estaba en Roma y, mucho menos, que trabajaba en un hotel. Todo era muy confuso, pero no tardaría mucho tiempo en aclararlo.

Se lavó la cara y los dientes, respiró hondo y abrió la puerta para encontrarse de bruces con

Edward que estaba apoyado con las dos manos contra el dintel.

—¿Sebastián conoce mi relación con Mulgrave?

—No que sepamos, pero esta noche, si llegas a ir a Como, te hubieses encontrado con él.

—¿Con Sebastián?

—Sí, la villa donde te estaban esperando la alquiló Relish-Bowles hace dos días y, ahora mismo, está allí con su novia y sus amiguitos más peligrosos.

—Me va a dar un infarto.

—No, venga..., ven..., siéntate. —La sujetó por los hombros y la sentó en la cama—. En ninguna escucha Sebastián te ha mencionado, nunca, así que imagino que la sorpresa de verte allí habría sido tan grande para él como para ti.

—Supongo que este dato, el que yo los conozca a los dos, no ha pasado inadvertido en tu investigación, ¿no?

—No, pero te descartamos hace tiempo como sospechosa. Tranquila.

—¿En serio?

—Te doy mi palabra de honor.

Le acarició el pelo y ella, ante el contacto, se echó a llorar. Él la estrechó contra su pecho besándole la cabeza y dejándola desahogarse mucho rato, muchísimo, hasta que se puso tenso, y Daniela al notarlo se apartó para mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Van a entrar —susurró, señalándole el auricular que llevaba en la oreja—. Venga, vamos a seguir el operativo en directo.

Pasó por encima de ella y se sentó a su lado en la cama, agarró el ordenador y lo colocó sobre sus rodillas para que lo pudieran ver los dos. Ella buscó un pañuelo de papel y se sonó pegándose a su cuerpo para observar las imágenes de varias cámaras, incluidas las de los cascos de los policías, que estaban entrando sigilosamente en esa lujosa villa del lago Como donde, a no ser por Edward Dankworth, hubiese estado cenando a esas horas de la noche con una panda de delincuentes internacionales.

Prestó atención a las órdenes que daban en italiano y se las tradujo bajito, agarrándolo por el brazo hasta que él, completamente inmerso en lo que estaba pasando, deslizó su mano, entrelazó los dedos con los suyos y la asió muy fuerte.

Se despertó y supo que aún era de noche, pero no hizo ningún amago de seguir durmiendo, porque escuchó el susurró de Edward Dankworth hablando por teléfono y se acordó de inmediato de todo lo que le había contado, de todo lo que estaba pasando, de todo lo que iba a pasar, y se le contrajo el estómago.

Se pasó la mano por la cara pensando en Mulgrave, en Sebastián, en su jefe y en toda la gente que esa noche había sido detenida simultáneamente en Roma, en el lago Como y en Inglaterra, y volvió a sentir náuseas, pero se contuvo y miró a Edward que, con sus vaqueros y su camiseta gris, hablaba pegado a la ventana para no molestarla.

Era un cielo de tío, muy considerado, muy educado, su héroe del avión y de su vida entera, porque nunca podría olvidar todo lo que había hecho por ella desde que se habían conocido.

En un avión de Londres a Madrid se había preocupado y se había portado como un caballero con ella y, esa noche, en un hotel de Milán, le había salvado prácticamente la vida. Encima, se había quedado a su lado y no la había dejado sola, incluso cuando su lugar estaba en otro sitio en ese momento, y no había dejado de hacerla sentir bien y segura, sensación que muy pocas veces había experimentado a lo largo de su vida.

—¿Alguna novedad? —le preguntó al verlo colgar, y él se le acercó sonriendo.

—Todos van camino de Roma para pasar a disposición judicial. En Inglaterra más de lo mismo. Hemos conseguido sorprenderlos y con eso me doy por satisfecho.

—Me alegro muchísimo. Enhorabuena.

—Gracias. —Se acostó a su lado de un salto y le guiñó un ojo. Daniela no se movió y se limitó a observarlo muy atenta—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? Sigue durmiendo, son las cuatro de la mañana.

—Sí. —Apartó la vista y se apoyó en la almohada con muchas ganas de poder acurrucarse sobre su pecho, pero aquello era imposible. Cerró los ojos y trató de concentrarse en otra cosa—. ¿A qué hora te vas mañana a Roma?

—A las nueve, tú puedes quedarte aquí, pero prefiero que vuelvas a casa enseguida.

—¿Me tocará ir a declarar?

—Por ahora no, no te preocupes por eso.

—Muchas gracias por todo, en serio.

—No hay de qué. —Le sonrió y Daniela hizo lo mismo sosteniéndole la mirada—. ¿Qué? ¿En qué piensas?

—En que eres muy guapo.

—¿Guapo yo? «Érase una vez un hombre a una nariz pegado...».

—¿Qué dices? Tienes una nariz perfecta, varonil y muy elegante. Si Jane Austen te hubiese conocido, hubiese escrito una novela entera inspirada en ti.

—Vaya, qué bonito. —Se echó a reír—. Espero que Dios te conserve el oído, porque lo que es la vista...

—Hablo en serio. —Le dio un empujón en el pecho y él le cogió la mano y no se la soltó.

—Tú sí que eres guapa.

—No tienes que ser tan educado, Edward Dankworth, no tienes que...

De repente, sintió que se le acercaba y la sujetaba por el cuello con su mano enorme y tan cálida, y se disolvió entera. Se calló de golpe y cerró los ojos esperando a que la besara y tardó, pero al fin lo hizo. Pegó sus labios a los suyos y le dio un beso inocente, muy suave y muy dulce, un poco tímido, hasta que ella abrió la boca, le mordió la suya y le plantó un beso de verdad.

—No he dejado de desearte desde que te vi hace dos años en la sala de espera de Heathrow y llorando en ese avión, y luego cuando te encontré en Roma, yo...

Confesó muy serio después de devolverle el beso con mucha contundencia y ella le acarició la cara con las dos manos y volvió a besarlo, a sentir su lengua deliciosa dentro de la boca, y el sabor de su saliva y de sus labios, y de su piel, porque le levantó la camiseta y se dedicó a lamerlo y a comer cada rincón de su pecho mientras le abría los pantalones y él la tocaba y le sacaba el vestido gimiendo y elevando la intensidad cada vez más rápido, hasta que se le puso encima y la miró a los ojos con una sonrisa.

—Eres preciosa y no lo sabes —susurró, apartándole el pelo de la cara, y ella sonrió—. En serio, no tienes ni idea de lo guapa y sexy que eres, y eso te hace aún más sexy.

—¿Vas a seguir hablando, mayor Dankworth?

—¿Tienes prisa? —La sujetó por las caderas y le rompió de un tirón las braguitas.

—Un poco sí... —Suspiró arqueando la espalda y lo sujetó por las nalgas un pelín desesperada—. Un poco sí.

Separó los muslos y se abrió igual que una flor al sentirlo tan cerca, se movió un poco y casi pierde el sentido cuando percibió que la tocaba con los dedos antes de penetrarla y llenarla entera, de inmediato, sin medias tintas, así, del todo, completamente.

Subió las manos por su espalda suave y se aferró a él mientras se lanzaban a un balanceo loco y un poco salvaje, como solían ser las primeras veces con alguien que te gustaba mucho, y le lamió la barbilla y la boca, y lo besó incansablemente a la par que él bajaba la cabeza y le mordía los pezones y se aferraba a tu trasero gimiendo de placer... Era una sensación maravillosa tenerlo dentro y percibir su deseo y su deleite, porque disfrutaba mucho, y olerlo y acariciarlo y comérselo, convencida de que Edward Dankworth se iba a convertir, sin lugar a dudas, en el mejor polvo de su vida.

Se puso debajo del chorro de agua caliente intentando espabilar, porque estaba agotado y solo le apetecía quedarse en la cama durmiendo o, mejor aún, haciendo el amor con Daniela Mendoza, algo imposible esa mañana, así que cerró los ojos e hizo un esfuerzo sobrehumano por centrarse un poco.

Llevaba más de dos años fantaseando con ella y deseándola, pero tocarla le había despertado una ansiedad salvaje que le costaría muchísimo mantener a raya, estaba seguro. Iba a ser muy difícil separarse de ella, pero no tenía más remedio porque tenía que viajar a Roma y trabajar, que era lo que tocaba, aunque pretendía desquitarse en cuanto se reencontraran porque no pensaba dejarla en paz nunca más.

Esa madrugada había confirmado lo que ya sospechada, es decir, que ambos compartían una química demoledora, de esas que se encontraban solo una vez en la vida. La suerte estaba echada y no pensaba darle la espalda, mucho menos cuando uno de sus mayores dolores de cabeza, el Caso Nobilis, estaba a punto de pasar a ser el problema de otro.

Afortunadamente, gracias a un equipo de primera formado por varios cuerpos policiales, Nobilis se había cerrado en el terreno con éxito. Todos sus objetivos estaban localizados, detenidos y a punto de pasar a disposición judicial, y aquello era una gran victoria. Después de tantísimas horas de trabajo y tantísima energía invertida, ya podía entregar el caso en bandeja a los fiscales y los jueces competentes, y eso siempre suponía un enorme alivio.

Ese era el fin último de su trabajo, dejarlo todo atado para que actuara la justicia y, esta vez, a pesar de los contratiempos, los retrasos, las Keiko Rubens de turno y las implicaciones personales de última hora, lo habían conseguido de nuevo, así que pensaba celebrarlo a lo grande con su unidad en cuanto volviera a Londres.

—Buenos días.

Daniela entró en la ducha y lo sobresaltó, pero enseguida sonrió, estiró la mano y la abrazó contra su pecho.

Sin cruzar ni una sola frase se inclinó para besarla, la levantó a pulso y la empotró contra los azulejos penetrándola sin ninguna ceremonia. Ella se acomodó a la perfección y lo miró a los ojos sonriendo antes de empezar a besarlo con esa ansiedad tan suya, regalándole un polvo sublime que lo dejó temblando debajo del agua caliente.

Era sexy y suave y sensual, muy cálida, femenina, estaba buenísima, y, además, era pasional y vehemente, como lo era en todo en su vida, y follaba como Dios, para qué lo iba a negar, pensó sintiéndose de repente el tío más afortunado del planeta.

—Vaya, estos sí que son unos buenos días —le dijo muerta de la risa y se puso debajo del chorro de agua caliente buscando el champú—. ¿Ya te vas?

—Quince minutos. —Miró la curva de su trasero, la agarró por las caderas y se la pegó al cuerpo—. Eres preciosa, creo que nunca más podré apartarme de este culito.

—Escucha. —Se volvió y lo obligó a mirarla a los ojos—. Voy a coger un vuelo a las doce. ¿Crees que mañana podremos ir al trabajo tranquilamente? El grupo de WhatsApp de los empleados del hotel está que arde.

—No lo sé, creo que sí, pero ahora no puedo pensar en eso. —Le pellizcó los pezones, que eran sonrosados y perfectos, y se inclinó para morderlos.

—Edward... —gimió acariciándole el pelo y él la abrazó por el trasero sin dejar de lamer sus pechos—. Te vas a ir en diez minutos y me gustaría saber... ay... santa madre de Dios...

—Te mantendré informada.

—Luego desapareces y no contestas ni a mis mensajes.

—¿Desaparecer yo? Nunca te he perdido de vista, señorita Mendoza, y ahora mucho menos.

—¿Ahora mucho menos?

—Ahora el único fin de mi vida será meterte en la cama... o en la ducha. —La giró y la tomó por detrás y, aunque estaba demasiado ansioso para ir despacio, consiguió llevarla a otro orgasmo antes de abandonar la ducha—. Joder, eres... eres de otro mundo..., pero tengo que irme.

—Vale.

Lo miró con resignación y él le dio un beso en la boca antes de volver a la habitación para buscar su ropa por el suelo, vestirse y mirar el ordenador y el teléfono para comprobar si tenía muchos mensajes o llamadas perdidas. Vio que nada de trabajo, aunque sí seis llamadas de Keiko Rubens y, decidió que, muy a su pesar, tenía que irse o perdería el avión.

—Cuando sepas algo de mi futuro o del Excelsior Pompeyo Roma dime algo, por favor.

—¿Eh? —Levantó los ojos y la vio en medio de la habitación envuelta en un albornoz—. Claro, no te preocupes, no creo que la detención del gerente afecte a vuestro trabajo.

—Vale, gracias.

—Dame un beso. —La agarró por la nuca y le pegó un beso largo antes de dejarla y acercarse a la puerta—. Esta noche voy a dormir contigo a tu casa. ¿Te parece?

—Lo siento, pero no puedo invitarte a mi casa, está mi madre y apenas cabemos las dos.

—Entonces quedamos en mi hotel, te llamaré, ¿OK? —Salió al pasillo y luego volvió para guiñarle un ojo—. ¿OK?

—OK.

Le soltó esa sonrisa radiante e inocente que tenía y volvió a excitarlo, pero se contuvo, cerró la puerta y bajó las caleras corriendo hacia el vestíbulo principal, salió a la calle y pidió un taxi llamando a Jeff para enterarse de las novedades.

—¿Qué hay, capitán?

—Ningún cambio, jefe, te estamos esperando en el aeropuerto.

—Voy de camino. —Se metió en el taxi y le colgó viendo entrar una llamada de Keiko Rubens, respiró hondo y, como se sentía feliz y animado, decidió contestar—. ¿Qué pasa?

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Por qué cojones nadie me avisó de la puta intervención, Edward?!

—Estás fuera del caso.

—Yo no acepté esa decisión y tú no eres nadie para dejarme al margen.

—Adiós.

—¿Estás con esa zorra? ¿Ya te la has follado? ¿Te ha gustado? ¿Te la ha comido bien?

—Adiós, Keiko.

—Te voy a joder la vida y a ella mucho más. No sabes de lo que soy capaz.

—A ella ni te acerques o entonces sí que me cabrearé y el que empezará a joder vidas seré yo.

Le colgó viendo el aeropuerto muy cerca y un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral. Respiró hondo, marcó el número de Jeff y habló mirando la hora.

—Necesitaré que alguien siga escoltando a la señorita Mendoza hasta que pise Roma. Sale de Milán a las doce y una vez en Roma que Peter y Sarah se ocupen y no se separen de ella, ¿de acuerdo? No la quiero desprotegida.

—¿Pasa algo?

—Espero que no, pero prefiero prevenir. No me fio de Keiko Rubens.

—Tú mandas, jefe.

No se sentía así desde los dieciocho años, cuando había conocido a Sebastián en casa de su amiga Gloria. Por aquel entonces, él era un chico inglés muy guapo que estaba haciendo el Erasmus en Madrid y que se había hecho amigo de Andrés, el hermano de su mejor amiga, y ella se había enamorado como una loca de él.

Por Sebastián había combinado dos carreras con trabajos de todo tipo para ganar dinero y poder ir a verlo, por Sebastián había conseguido hacer el Erasmus en Londres y, por Sebastián, había sacrificado horas de sueño y de descanso, de vida normal, para estar a su lado. Y no se arrepentía de nada de aquello, porque darlo todo siempre le había parecido la mayor de las recompensas, sobre todo si lo que entregabas se lo dabas a alguien que te gustaba muchísimo, como Edward Dankworth, con el que, sin haberlo planeado ni en sueños, se había acostado en Milán, de donde había vuelto flotando, con mariposas en el estómago y muy alterada, como hacía siglos que no se sentía. Como cuando había conocido a Sebastián hacía doce años en Madrid.

«Increíble», pensó, mirándose en el espejo de su cuarto de baño, donde su madre le había dejado una nota anunciándole que se había largado a Venecia con su noviecito de veinticinco años.

A mediodía había aterrizado en Fiumicino, sin poder dejar de recrear la pasión loca que había compartido con Edward, y se había pasado media tarde dando vueltas por el centro para no tener que ir a su casa y ver a su madre. Había pasado por el hotel, que estaba tomado por la Policía, porque continuaban realizando un registro en el despacho del gerente, Pierre Paolo Grandinetti, y en la *suite* presidencial, y después había ido a la heladería para comprarse un helado y pasear un poco, hasta que el cansancio la había obligado a volver al Trastevere donde, milagrosamente, se había encontrado el piso solo y la nota de su madre avisándole de su viaje inesperado al norte.

Con esa sorpresa tan agradable, se había puesto más feliz todavía y había avisado a Edward de que se quedaba en casa durmiendo. Él, que era un cielo, le había respondido que mejor, porque estaba hasta arriba de trabajo, que descansara y que ya se verían al día siguiente, y ella le había mandado un beso, había cambiado las sábanas y el edredón de la cama, y se había quedado dormida encima, con la ropa puesta y una sonrisa bobalicona en la cara.

Todo su mundo estaba patas arriba y ella se había dormido con una sonrisa bobalicona en la cara.

Su trabajo pendía de un hilo, su ex, ese por el que había bebido los vientos, estaba detenido por tráfico de drogas, su empleo soñado se había esfumado. Todo su mundo estaba sufriendo un cataclismo y, sin embargo, ella solo podía pensar en Edward Dankworth y en su cuerpazo fuerte y calentito, en sus ojos color turquesa y en su boca juguetona y deliciosa.

Era muy guapo y muy masculino. Te tocaba con propiedad y con ganas, como queriendo devorarte, y esa sensación no tenía precio. En su vida normal, daba la impresión de ser un hombre sereno y sosegado, un poco flemático, que hablaba con pausa y tranquilidad, pero en las distancias cortas era otra cosa, era puro fuego y muy vehemente, un poco salvaje y muy posesivo, y aquello la había dejado completamente fuera de juego. Encima era adorable y tierno, cariñoso, divertido e inteligente.

Si los galanes de Jane Austen, de los que tenía su aspecto o, al menos, a ella se lo parecía, habían sido la mitad de buenos amantes, ya se podían dar por satisfechas todas las heroínas de las novelas, pensó riéndose sola, porque aún le temblaban las rodillas después de los tres polvos magníficos que le había regalado en Milán.

«Estás perdiendo el norte», se regañó, soltándose el pelo para meterse en la ducha tras una siesta de tres horas, e hizo amago de sacarse las braguitas y la camiseta, pero el sonido seco del timbre la hizo saltar y salió al salón mirando la hora y temiéndose lo peor, es decir, que Sofía hubiese decidido volver antes de Venecia.

—Hola, ¿no era que no podías venir?

Le abrió la puerta al verlo plantado en el rellano con su abrigo, una mochila y una botella de vino, y él no contestó, la metió dentro de casa, tiró todo al suelo y la sujetó por el cuello para besarla y desnudarla al mismo tiempo.

Sin cruzar una sola palabra cayeron de inmediato encima de la cama y él la penetró sin quitarse la ropa, pero no le importó, porque solo le importaba poder besarla y sentirlo con los ojos cerrados y sonriendo, así de simple, porque era lo mejor que le había pasado en muchos años.

—Hola —le susurró pegado al oído después de llegar muy rápido al clímax, y ella lo abrazó muerta de la risa.

—Me encantan tus saludos, mayor Dankworth. Espero que no vayas por ahí saludando a todo el mundo así.

—Muy graciosa. —Se apartó y se desplomó en la almohada sacándose las botas—. Llevaba todo el día pensando en esto. No podía esperar a mañana, señorita Mendoza.

—Lo mismo digo.

—¿Tu madre se ha ido? —Miró el estudio y ella asintió tapándose con el edredón.

—De momento sí, pero es de las que va y viene y nunca se sabe. ¿Qué tal los detenidos? ¿Sabes algo de Sebastián?

—Casi todos han pasado a disposición judicial. Tu Sebastián ya tiene cuatro abogados de lujo intentando sacarlo bajo fianza. No te preocupes por él.

—Me preocupo porque sigue siendo mi amigo.

—¿Tu amigo? ¿Hace cuánto que no hablas con él?

—Dos años por lo menos.

—Y más vale que siga siendo así, es un elemento peligroso.

—Me cuesta tanto creerlo. —Se levantó y se puso la bata—. Sigo sin entender qué ha podido pasar para que un tío con una vida cómoda, sin necesidades, con un trabajo que le apasiona, una familia estupenda y cientos de amigos, se metiera en algo así.

—Seguramente consume y Mulgrave lo tenía por los huevos.

—Sé que consumía marihuana de vez en cuando con los amigos, pero ¿consumir drogas duras? No sé, me cuesta creerlo.

—No lo sé, pero su adicción será parte de la estrategia de su defensa, ya lo verás. Al menos no está pringado con el tema del tráfico de personas y su vinculación al mundo terrorista. Me consta que a eso era completamente ajeno.

—Bueno, menos mal.

—Esta tarde pude ver a John Mulgrave y parece muy tranquilo. Por supuesto, se ha negado a hablar con la Policía.

—¿Qué ha pasado con su tío?

—Lo tienen retenido en Londres mientras acaban de registrar sus propiedades, pero no pueden imputarlo. No tenemos pruebas solventes contra él.

—¿Crees que el atentado frustrado contra el Excelsior Pompeyo Roma está relacionado con todo esto?

—Sí.

—¿No vas a darme detalles?

—No.

—Vale... —Vio vibrar el móvil encima de la cocina americana y corrió para cogerlo y leer el mensaje de texto que le habían mandado—. Es de la dirección del hotel, hasta nuevo aviso permanecerá cerrado. Me parece que me quedará sin trabajo.

—Solo será cuestión de unos días.

—Por si acaso empezaré a mandar currículums.

—Vente conmigo a Londres, puedo darte trabajo. Una perito lingüista tan buena nos vendría de maravilla.

—Muy amable, pero, aunque me encanta Londres, es carísimo para vivir y no me veo capaz de compartir casa otra vez con cinco o seis personas.

—Vente a Londres conmigo significa que te ofrezco trabajo y mi casa, vivo solo y en Lambeth, es un barrio muy céntrico, muy bonito. ¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco y me encanta, pero no creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? Dentro de una semana, como mucho, levantaremos el campamento definitivamente y me tengo que volver a Inglaterra, ¿qué haremos entonces?

—No lo sé, pero vivir juntos no creo que sea una de las alternativas.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Acabamos de conocernos.

—No es verdad, nos conocemos desde hace más de dos años.

—Nos conocimos hace dos años en un avión, estuvimos dos horas y media juntos, nos hemos vuelto a ver hace cinco meses y nos acostamos anoche por primera vez. ¿Qué me estás contando?

—¿Necesitas un certificado de millas o de horas aprobadas? No somos unos críos y no me importa jugármela. No quiero dejar de verte y si no funciona, no pasa nada. El tiempo, los años

de conocerse o de noviazgo no garantizan que todo vaya a salir bien. Tú lo sabes mejor que nadie.

—¿Cuándo ha sido tu última relación?

—No he tenido una relación seria en toda mi vida.

—¿Y la chica guapa de la terraza de la Plaza Navona?

—Salí con ella, es una colega de la Interpol.

—Y... —Se detuvo a pensar en que se había acostado con él sin plantearse ni por asomo si estaba o no soltero y, de repente, se sintió bastante mal—. ¿Seguro que lo tienes todo zanjado con ella o con quien sea?

—Por supuesto.

—Obviamente, no soy muy tolerante con la infidelidad, ni partidaria del poliamor o las relaciones abiertas, prefiero que seas sincero conmigo y me digas la verdad.

—¿Te estaría invitando a vivir conmigo en Londres si tuviese novia?

—Supongo que no, pero...

—Mira, haz lo que quieras, Daniela. Tú piénsalo, decide qué harás con tu trabajo y volvemos a hablarlo más adelante. Mi opinión es que en unos quince días todo este revuelo se pasará y el Excelsior Pompeyo Roma volverá a la normalidad, pero también pienso que estás desaprovechada en esa recepción y que deberías retomar tu trabajo como perito lingüista. Por supuesto, no me puedo meter en tus decisiones, pero, si decides volver a tu profesión y quieres hacerlo en Londres, estaré allí esperándote.

—Vale, muchas gracias.

—A no ser que yo no te guste lo suficiente, entonces...

—Nah, ya sabes que ese no es el problema. —Le sonrió y él le devolvió la sonrisa encendiendo la tele—. Bueno, voy a darme una ducha, si quieres comer algo compré dos sándwiches Caprese donde la señora Gaia, uno era para mi madre, pero ahora es todo tuyo. Son riquísimos, aunque mejor si se calientan un poquito.

—Gracias. Ven, dame un beso. —Se acercó y se inclinó para darle un beso en la boca, él la besó y luego la sujetó mirándola a los ojos—. ¿Qué tienes que hacer el próximo fin de semana?

—Si no tengo que volver al hotel, nada. ¿Por qué?

—Tengo un compromiso familiar en Newcastle. Mi padre cumple setenta años y le harán una gran fiesta. Nada formal, de día y en plan barbacoa, pero me encantaría que vinieras conmigo. Podemos pasar el finde haciendo un poco de turismo, puedes conocer a mi familia, comprobar que soy un buen chico y montar a caballo. ¿Te gusta montar a caballo?

—No sé montar a caballo, tampoco esquiar, patinar o nadar.

—¿No sabes nadar?

—No tuve una infancia muy normal.

—Bueno, eso podemos remediarlo, yo te enseñaré a nadar. ¿Montar en bicicleta?

—Eso sí, me enseñó mi amiga Gloria cuando volví a Madrid a los once años.

—Perfecto, podemos pasear en bici y descansar. Te encantará Newcastle y nos merecemos unas minivacaciones después de todo este lío con Mulgrave. ¿Hace cuánto que no te tomas unas

vacaciones?

—Nunca, no es algo que forme parte de mi vida.

—¿Cómo que las vacaciones no forman parte de tu vida? A todo el mundo le gusta tener vacaciones.

—A mí no. Voy a ducharme.

—No, ven aquí. —No la soltó y se incorporó para prestarle más atención—. ¿Por qué no?

—Es igual.

—No es igual, dime por qué no.

—No me gusta hablar sobre eso y quisiera darme una ducha caliente, si no te importa.

—Sí me importa.

—No me gustan las vacaciones, ni las fiestas, ni los festivos, porque cuando era pequeña y llegaban esos días empezaban las peleas y las discusiones a mi alrededor.

—¿Por qué todo el mundo quería quedarse contigo?

—No, todo lo contrario, porque todo el mundo empezaba a querer quitarse al muerto de encima y se peleaban por ver dónde me aparcaban y quién se hacía cargo de mí. —Percibió cómo le cambiaba la cara y respiró hondo—. No sé para qué preguntas. Mejor no preguntes.

—Vale, está bien, olvídate de eso, no quería... —Se acercó, le dio un beso y apoyó la frente en la suya—. Lo siento, no quería... En fin..., creo que deberíamos intentar cambiar esos malos recuerdos y podríamos empezar por ir a Newcastle juntos. Lo pasaremos genial, y yo me muero de ganas de ir contigo.

—Muchas gracias, pero... ¿con tu familia?

—No es una presentación en sociedad, es un fin de semana familiar y entre amigos, nada más.

—Dame un momento, me voy a duchar y te digo algo.

—Vale.

Lo dejó en la cama viendo el telediario y se metió en la ducha pensando en lo rápido que se lo tomaba todo.

Igual tenía que ver con que a los treinta y seis años ya no le daba la gana ser paciente, o porque era así de impulsivo por naturaleza, y aceptó que vale, que él podía ser así, pero ella no, porque ella aún se tomaba las cosas con algo de pausa, por lo tanto, lo de vivir juntos en Londres quedaba descartado del todo, sin embargo, un fin de semana en Newcastle descansando y conociendo gente nueva podía estar bien.

¿Por qué no?, decidió poniéndose el pijama y cepillándose el pelo. Necesitaba un respiro y ese sería, con él a mano, el mejor del mundo.

Salió al salón para decírselo y se lo encontró durmiendo a pata suelta. Solo se había quitado el jersey y las botas y no quiso despertarlo, apagó la tele, las luces, se acostó a su lado y se acurrucó en su espalda oliendo su aroma tan delicioso, pensando, con los ojos cerrados, en que aquello era demasiado bueno para ser cierto.

Principios de abril y el clima en Londres era ideal. Poco frío, despejado y un aire muy agradable que a ella parecía fascinar, aunque en realidad, todo en Londres parecía fascinarle.

La miró de reojo, mientras caminaban por la orilla del Támesis hacia el puente de Waterloo, estiró la mano y la abrazó por el cuello para darle un beso en la cabeza, luego entrelazó los dedos con los suyos y, de repente, sintió que estaba exactamente donde tenía que estar y con la persona que tenía que estar, y un escalofrío le recorrió toda la espalda. Era una sensación realmente confortable y muy feliz, y se alegró de haberla convencido para pasar cinco días juntos en Inglaterra, tres de ellos en Newcastle, aunque el primero y el último lo disfrutarían en Londres.

Habían llegado a Gatwick a mediodía y se la había llevado directo a su casa para hacer el amor y comer y compartir tiempo a solas hasta las cinco de la tarde, cuando ella, después de un baño muy sexi, le había comentado que quería ir al *Southbank Book Market*, el mercadillo de libros viejos junto al puente de Waterloo, para buscar a una amiga y dar una vuelta por la orilla del Támesis que, al parecer, era una de sus grandes aficiones cuando estaba en la ciudad.

Por supuesto, no se había podido negar, aunque sus planes iniciales eran no abandonar el dormitorio hasta el día siguiente, y había accedido a salir a pasear un rato. Luego podrían cenar por ahí y disfrutar de la noche juntos antes de volver a casa pronto, porque al día siguiente tenían el vuelo a Newcastle muy temprano.

—¿Cuánto tarda el vuelo a Newcastle? —le preguntó como si le estuviera leyendo el pensamiento, y él la miró a los ojos.

—Una hora y diez. El nuestro sale a las nueve de la mañana, tendremos que madrugar un poco. El de vuelta tiene un horario mucho más razonable, a las cuatro de la tarde. Llegaremos a tiempo para cenar y dormir aquí y al día siguiente...

—Igual hubiese sido más lógico viajar directamente desde Roma a Newcastle.

—No, porque quería estar a solas contigo y enseñarte mi casa.

—Vale. —Se le abrazó al pecho y lo besó—. Qué suerte que te respetaran tus cinco días libres.

—Los había reservado hacía tiempo.

—Hala, ahí está. Ahí está mi amiga Marcella, qué bien que siga por aquí. —Le señaló la fila de puestos llenos de libros del mercadillo y él miró el pintoresco paisaje sintiendo como el teléfono móvil le vibraba en el bolsillo de los vaqueros.

—Adelántale y salúdala, ahora voy yo, tengo que contestar a una llamada de trabajo, ¿OK? —La acercó, le dio un beso en la boca y luego la siguió con los ojos mientras ella abría los brazos para saludar a su amiga, que era una señora muy mayor vestida con ropa hindú—. Hola, Pete, lo que sea, que sea rápido, porque te recuerdo que estoy de vacaciones.

—¿Te la vas a llevar a Newcastle?! —preguntó Keiko Rubens histérica y él miró el teléfono sorprendido.

—¿Qué haces con el teléfono de Pete?

—Si no me coges el puto móvil, algo tendré que hacer.

—Adiós.

—¡No te atrevas a colgar, Edward o voy ahora mismo a tu casa y quemo viva a esa hija de puta!

—Estás fatal, y como sigas así, voy a denunciarte.

—¿Vas a denunciarme después de conseguir que me apartaran de mi caso? Eres un cabrón hijo de la gran puta, Edward. ¿Qué más quieres? ¿Matarme?

—Adiós.

—En tu oficina me han dicho que vas con ella al cumpleaños de tu padre, de tu puñetero padre, a esa fiesta a la que a mí no habías querido invitarme. Te lo rogué y me dijiste que era solo para la familia más cercana y, ahora, ahora me entero de que te llevas a esa muerta de hambre contigo. ¿Cómo quieres que me sienta?

—¿Qué?

—No puedes hacerme esto, no puedes. Quiero que vengas ahora mismo y me pidas perdón de rodillas o voy a cargarme a la zorra esa. Sabes que lo haré.

—¿Tendré que pedir una orden de alejamiento? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que hable con tus superiores?

—Si no vienes ahora mismo a mi casa, el sábado me presentaré en la de tus padres como tu novia cornuda, abandonada y ultrajada, ellos me apoyarán.

—Mis padres ni siquiera han oído hablar de ti, Keiko.

—Ya veremos.

—¿De verdad crees que es razonable todo esto que estás haciendo? Tienes treinta y ocho años, compórtate o tomaré medidas legales contra ti. Estás avisada. Déjame en paz.

Le colgó con el pulso alterado; lo que hiciera contra él no le importaba en absoluto, pero lo que pudiera hacer contra Daniela le preocupaba muchísimo, y miró el río pensando en qué medidas concretas podía tomar para contenerla, porque la cosa ya estaba pasando de castaño oscuro.

Cuando habían empezado a salir se había enterado de refilón de que había prendido fuego al coche de su exmarido varias veces, que le había destrozado la casa y sus cosas, pero ella siempre contaba aquello como una anécdota de lo más divertida, y lo había dejado correr. Además, parecía una tía razonable y muy civilizada, sin embargo, desde que había decidido romper con ella, los episodios de celos y de locura transitoria habían ido en aumento y su máxima era contra Daniela Mendoza.

Se giró para buscarla con los ojos, con un miedo concreto en el centro del pecho, y la vio charlando con dos chicos jóvenes mientras hojeaban un libro. No podía exponerla, pensó, agarrando el teléfono móvil, no podía. Buscó en la agenda el nombre de la última persona a la que habría gustado recurrir, pero que, dadas las circunstancias, era la única que podía establecer algo de calma y cordura en lo que estaba pasando, y marcó su número, respirando hondo.

—Subdirectora Hamilton, al habla el mayor Dankworth.

—Hola, Edward. ¿Qué pasa? ¿Algún contratiempo con Nobilis?

—No, se trata de un asunto personal. Necesito tu ayuda.

—¿De qué se trata?

—Keiko Rubens.

—Ya la hemos apartado del caso, ¿qué más puedo hacer por ti?

—No se trata de eso. Solo quería informarte de las abiertas y reiteradas amenazas de la agente Rubens contra mi novia, y también contra mí. Son cada vez más violentas y estoy empezando a preocuparme.

—Vaya, ese es un tema muy delicado.

—Lo sé, y antes de tener que tomar medidas legales y denunciarla por insultos y amenazas y conseguir una orden de alejamiento contra ella, prefiero informarte a ti, que eres su superior, para que la llames al orden y nos evitemos consecuencias penales mucho más graves.

—¿Consecuencias penales? Mira, Edward...

—Voy a ir contra ella en vía penal si sigue acosándome y amenazándome por teléfono, solo quería comentártelo antes de que lleguemos a ese punto sin retorno. ¿Te ocuparás del tema o me voy directamente a la comisaría?

—No, por favor, dame un margen y hablaré con ella, aunque no sé si esto empeorará las cosas. Ya sabes que es bastante ingobernable.

—Lo sé, por eso empiezo a preocuparme de verdad.

—OK. Hablaré con Keiko lo antes posible, y gracias por confiar en mí.

—Es por cortesía profesional, pero si persiste en su comportamiento tendré que...

—Lo sé, lo entiendo. Muchas gracias.

—Adiós.

Le colgó intentando imaginar que, con algo de suerte, el problema terminaría allí, y se giró para ir a buscar a Daniela, que seguía charlando sobre libros en francés y en inglés, en español y también en italiano. Se acercó y la abrazó por la espalda con todo el cuerpo.

—Marcella, este es Edward. Edward, esta es Marcella, la amiga que me dejaba libros gratis cuando estaba estudiando aquí.

—Encantado. —Le dio la mano y ella lo observó con mucha atención.

—Tenías razón, Dani, parece un galán de Jane Austen.

—Te lo dije, es muy guapo, y un caballero. —Le acarició la cara con la palma abierta y luego le dio un beso en la mejilla—. Deberíamos irnos ya. Antes de volver a Roma a ver si paso a verte otra vez. *Arrivederci, cara Marcella.*

—*Arrivederci, bellissima. Arrivederci,* Edward.

—*Arrivederci* —se despidió y abrazó a Daniela por la cintura para volver andando a su barrio—. Cuando me hablabas de tu amiga Marcella pensaba que era una chica de tu edad

—No, es una emigrante italiana que llegó aquí en los años ochenta. Es muy maja y de verdad me dejaba un montón de libros gratis. ¿Estás bien? ¿De qué iba la llamaba de trabajo? Te he visto muy serio.

—Nada grave.

—¿Seguro? —Buscó sus ojos y él estuvo a tris de contarle todo lo que estaba pasando con Keiko, pero prefirió no preocuparla porque en teoría ya estaba en vía de solución, así que se inclinó y le dio un beso en la boca.

—Seguro, no te preocupes. ¿Tienes mucha hambre? Conozco un sitio cerca de casa que te va a encantar.

—Es realmente preciosa.

—¿Qué?

Se giró para mirar a su padre y él le sonrió quitándole la copa de champán vacía de la mano, le dio un golpecito en el hombro y movió la cabeza.

—Tu chica, es realmente guapa y muy interesante.

—Sí, lo es.

Volvió a posar los ojos en Daniela, que estaba intentando mantener una charla en ruso con su tía abuela Lena, y sonrió porque solo con saber que estaba cerca se sentía el tío más afortunado que pisaba la tierra.

Llevaban tres días juntos en Inglaterra, dos de ellos en Newcastle, y la experiencia no podía ser más placentera. Habían disfrutado de una tarde noche estupenda en Londres, habían charlado hasta tarde, se habían amado con locura y con calma, se habían reído un montón. Les había dado tiempo a todo, y en Newcastle también, a pesar de estar rodeados por la familia y los amigos, que seguían alucinados porque había aparecido en casa con una chica. Algo que, a diferencia de sus hermanos, no había hecho jamás.

Deslizó los ojos por sus pantalones negros de talle bajo, que le sentaban de maravilla, se deleitó en su ombligo y en la tersura de su vientre, que asomaban tímidamente por debajo de su blusa blanca tan bonita y, sin querer, suspiró. Estaba definitivamente loco por ella, aceptó y sonrió encantado, porque ya era hora de que a su edad perdiera el norte y el sentido común por una mujer, sobre todo si esa mujer era alguien como Daniela.

—La tía Lena está encantada con poder recordar el ruso —Su madre llegó por su espalda y se la acarició—, y con haber encontrado a alguien para hablar en francés. Daniela está teniendo mucha paciencia con ella.

—Dice que está fascinada con la tía Lena.

—Ya, pero desde ayer apenas la deja en paz.

—No creo que le importe. —Se volvió y abrazó a su madre por el cuello para darle un beso en la cabeza—. Ha salido todo genial, lo hemos pasado muy bien.

—La verdad es que sí, ¿no crees, Richard?

—Estupendamente, cariño, ha sido estupendo tener a todo el mundo hoy aquí, y la barbacoa me encantó. Habrá que repetir.

—Por supuesto. A ver si Edward, ahora que tiene novia, viene más a vernos.

—Ya estamos.

—Es cierto, mi vida, ¿hace cuánto que no te veíamos dos días seguidos y con tanta tranquilidad? Pareces otro.

—Acabo de cerrar un caso muy largo y complicado y estoy relajado, eso es todo.

—Y ella tiene mucho que ver —le señaló con la cabeza a Daniela y él asintió—. Y nosotros que nos alegramos, es casi perfecta.

—¿Casi?

—Es guapa, inteligente, educada, atenta y muy cariñosa contigo, pero, me ha asegurado rotundamente que no quiere tener hijos.

—¿La acabas de conocer y le has preguntado si quiere tener hijos? ¿En serio?

—No directamente, fue en medio de una charla informal, con tus sobrinos por en medio, y ella dijo no, yo no voy a tener hijos. No me siento capacitada para ser madre, eso se lo dejo a las demás.

—Mamá, ¿cómo has podido...?

—Solo tengo tres hijos varones, mi única esperanza es que me traigáis nueras dispuestas a darme muchos nietos.

—Ay, Kathy, qué pesadita eres a veces. —Su padre se acercó y le besó la mejilla antes de marcharse—. Voy a ayudar a llevar a la tía Lena a la cama.

—¿No lo has hablado nunca con ella?

—No, por supuesto que no.

—¿Por qué? Es normal cuando te enamoras de alguien.

—Acabo de conseguir que esté conmigo, que acepte a venir a conoceros, no estamos aún en ese momento de hablar de hijos, y tú no deberías meterte donde no te llaman.

—Cielito, quiero que me des muchos nietos como tú y, con ella como madre, serán perfectos.

—Eres increíble... Me voy a la cama antes de empezar a enfadarme contigo.

—Edward.

—¿Qué? —Se detuvo y la miró a los ojos.

—Te quiero, cariño, y me ha alegrado muchísimo verte aquí con una chica como Daniela. Ha sido la mejor sorpresa que nos podías dar, porque me parece ideal para ti y se ve que estás loco por ella.

—OK.

—Y no quiero meterme donde no me llaman, solo estoy tanteando el terreno, y me ha extrañado que se negara tan rotundamente al tema de la maternidad. Mi experiencia me dice que cumplidos los treinta casi todas las chicas...

—Ella no ha tenido una infancia muy normal, ni una familia estable, supongo que eso marca a cualquiera.

—Vaya, pues lo siento.

—Y con el trabajo de locos que yo tengo, tampoco estoy ahora por la labor de tener niños, ya lo sabes, lo hemos hablado mil veces, tengamos la fiesta en paz. Buenas noches.

—Ahora no, pero un día...

—Un día sí, al menos media docena, no te preocupes. Hasta mañana.

Le dio un beso en la mejilla y se metió en la casa a la carrera. Aun no era demasiado tarde, pero estaba agotado porque llevaban dos días de paseos, turismo y charlas interminables con la

familia. Encima habían tenido la fiesta de su padre y eso agotaba a cualquiera, así que solo quería meterse en la cama, ver una serie o una peli y descansar.

Entró en su habitación y se metió en el cuarto de baño para darse una ducha pensando en su hermano Oliver, que había anunciado esa misma tarde la llegada de su cuarto hijo para el otoño. Ya tenía tres chicos, de ocho, seis y dos años, y, de repente, iban a por el cuarto buscando una niña o eso aseguraban ellos, Oliver y Susan, que se habían casado hacía diez años.

Oliver siempre había sido un tipo formal y familiar, nada que ver con él o con su hermano pequeño, Simon, que toda la vida habían ido por libre, aunque su madre se empeñara en lo contrario, y se alegró por él y por su mujer, y de paso por sus padres, que estaban en esa edad en que la mayor alegría de sus vidas consistía en disfrutar de sus nietos.

Salió de la ducha, se puso un pantalón de pijama y una camiseta y se giró para ir a la habitación de invitados donde estaba Daniela, pero antes miró el móvil y leyó los mensajes pendientes: ocho de ellos de Keiko Rubens deseándoles la muerte y uno de su jefe directo, el general Parker, informándole de su nuevo caso que esta vez se circunscribiría exclusivamente al Reino Unido.

Copió los mensajes de Rubens y se los reenvió a la subdirectora Hamilton, de la Interpol, insistiendo en que estaba preocupado y que necesitaba que metiera mano al tema cuanto antes, y luego los guardó en una carpeta donde estaba recopilando todas las amenazas. Apagó el teléfono y se fue a buscar a Daniela, a la que su madre, siguiendo el estricto protocolo social, había instalado en una habitación aparte, bien lejos de la suya.

—Hola. —Abrió la puerta, entró y la cerró con llave quitándose la ropa, Daniela lo miró desde la cama y le sonrió.

—Hola, guapo —le dijo en español y levantó el edredón para hacerle sitio—. Es muy medieval esto de que me den una habitación para mí sola y tú la asaltes todas las noches.

—Es absurdo, pero vamos a dejarlo, ya lo discutí largamente sin ningún resultado. ¿Cómo estás? —La abrazó mordiéndole el hombro y deslizó la mano por debajo de su camiseta de tirantes.

—Bien, tu padre me ha dejado este libro de su biblioteca. Me pilló cotilleando mientras estabais todos en la barbacoa. Espero que no le haya molestado. Entiendo que a muchas personas no les gusta que husmeen sus libros, aunque no había tocado ninguno.

—¿Qué dices? Puedes tocar lo que quieras, están para leerlos y tú le has encantado a todo el mundo. Es imposible que se molesten contigo. —Le quitó el libro y se le puso encima separándole las piernas—. Aunque ahora serás solo mía, ¿OK?, apenas te he visto esta tarde.

—Estoy aquí solo por ti, Edward, soy toda tuya. —Le sonrió mirándolo a los ojos y él se quedó quieto, pensando en que no la podía querer más, pero no se lo dijo y le devolvió la sonrisa antes de inclinarse para besarla.

—No sabes lo feliz que me hace oír eso.

—*Santa Madonna mia!* —gritó alguien a su lado y ella saltó por el susto y por las turbulencias que hicieron crujir el avión entero. Las azafatas empezaron a andar de prisa por el pasillo, se encendieron las luces de los cinturones de seguridad y el comandante habló por los altavoces para explicar que una bolsa de aire los estaba afectando de lleno.

—*Pazienza, per favore* —acabó diciendo con su acento napolitano y Daniela sonrió a su acompañante y se tapó con el abrigo para intentar seguir durmiendo.

Estaba agotada después de pasar cinco días en Inglaterra con Edward. Seguramente, los cinco mejores días de su vida, y necesitaba descansar. Cerró los ojos y trató de dormir, porque al día siguiente tenía que incorporarse al trabajo para cumplir un turno de diez horas seguidas y no se podía escaquear.

Respiró hondo y enseguida la imagen de su galán de Jane Austen se le vino a la cabeza. Su pelo rubio, ondulado y suave, sus ojazos color turquesa, su cuerpo espiado y perfecto, su boca de labios gruesos y sus manos preciosas, cálidas y seguras. Todo él, todo Edward, que era el hombre más adorable, atento y caballeroso del universo.

Sonrió, pensando en sus charlas y en cómo la hacía reír y sentir tan bien, y quiso abrazarlo y comérselo a besos, pero eso era imposible. Sería imposible durante un par de semanas, porque él se tenía que quedar en Londres para trabajar, cerrar el Caso Nobilis y poner en marcha una nueva investigación; más le valía tener paciencia y tomárselo con calma, porque no había nada que pudiera hacer para remediar la separación. Nada, al menos, que no supusiera renunciar a toda su vida para instalarse con él en Londres.

Contemplar la posibilidad de mudarse a Inglaterra le produjo un escalofrío por todo el cuerpo. Objetivamente, no tenía nada que la atara a Roma, ni a Roma ni a ninguna parte. Estaba sola, no tenía apenas familia ni amigos, su trabajo era un parche en medio de una crisis personal que ya consideraba superada, y no disponía de más pertenencias que una maleta, un ordenador y una caja de libros. Mudarse sería sencillo, no así apostar por vivir con alguien que apenas conocía, aunque ambos se desearan tanto, se gustaran tanto y se llevaran tan bien.

Como decía él, no necesitaban superar una yincana o unas pruebas de nivel para poder vivir juntos, no había reglas para eso, y estaba claro que estaban locos el uno por el otro, pero ella no lo veía tan seguro. Le gustaba con locura, creía que estaba enamorada de él desde hacía mucho tiempo, desde que lo había visto por primera vez en ese vuelo de Londres a Madrid, pero todo aquello era entelequia, y dar el paso a la realidad la asustaba y la hacía ir con calma, con prudencia, aunque a Edward tanta prudencia le pareciera injusta e innecesaria.

—Oye, somos adultos, no estamos haciendo un pacto de esclavitud perpetua. Se trata de intentarlo, de estar juntos y de disfrutar juntos. La vida ya es muy jodida a nuestro alrededor

como para desperdiciar el tiempo separados. Quiero vivir contigo, quiero hacerte feliz y cuidar de ti, y que tú hagas lo mismo por mí.

Le había dicho por última vez en el aeropuerto antes de despedirse, después de pasarse cinco días intentando convencerla de que un cambio de aires le vendría bien, y retomar su trabajo como perito lingüista mucho más. Que estaba loco por ella y que no quería vivir como novios de quince años hablándose por teléfono o por el Skype.

Y ella lo entendía perfectamente, pero llevaba una mochila demasiado pesada de miedos y precauciones y convicciones inamovibles encima. Convicciones como creer que siempre perdía a la gente que le importaba, que siempre acababa sola y escaldada, que el abandono era una parte intrínseca de su vida y que no podía luchar contra eso, no, porque le había tocado vivir así y no estaba dispuesta a exponerse otra vez a lo mismo.

No había hecho falta explicarse demasiado para que él entendiera sus temores, porque parecía que la conocía mejor que nadie y comprendía sus circunstancias familiares y personales muy bien, pero también estaba dispuesto a mejorar eso, le había dicho, porque le quería demostrar que ella era su prioridad, que podían ser felices y estar juntos, que podía enseñarle una vida mejor. Una llena de seguridad y estabilidad, porque el mundo real estaba lleno de parejas felices, familias unidas y personas que se amaban para siempre.

Cuando le decía esas cosas creía que no lo podía querer más, aunque no se lo había dicho en voz alta y se limitaba a abrazarlo y a besarlo y a darle las gracias por estar en su vida, porque era un regalo del cielo.

Un verdadero regalo del cielo. Se acarició el jersey que llevaba puesto y que le había birlado de su armario de Londres, y sonrió pensando en que, si conocías a la familia de Edward, podías explicarte por qué él era así.

En Newcastle había tenido la oportunidad de conocer a casi todos sus allegados, a sus padres, Richard y Katherine, a sus dos hermanos, Oliver y Simon, a su adorable tía abuela Lena, que era hija de una inmigrante rusa llegada a Londres durante la Primera Guerra Mundial, a un par de primos y a sus tíos, porque la celebración por el setenta cumpleaños del señor Dankworth, del almirante Dankworth para ser exactos, había reunido a un grupo nutrido de familiares y amigos en su casa y todos ellos se habían mostrado encantadores con ella.

Su hermano mayor, Oliver, era capitán de navío y a sus cuarenta años estaba casado y tenía tres hijos, el cuarto en camino, y tanto él como su mujer, Susan, le habían parecido muy simpáticos y gente muy interesante. Con el pequeño, Simon, al que había reconocido nada más verlo, porque era un actor muy famoso que no usaba su apellido real, había conectado de inmediato y se lo habían pasado muy bien juntos. Se parecía mucho físicamente a Edward, solo se llevaban dos años y estaban muy unidos, y habían dedicado las horas libres a pasear, a andar en bici por el campo, a charlar, a comentar libros y películas. En definitiva, a conocerse, porque estaba muy sorprendido de que su hermético hermano mediano llevara a una chica a una reunión familiar en Newcastle.

Todos se habían mostrado sorprendidos, no obstante, la habían tratado muy bien, habían sido muy acogedores con ella, nadie la había interrogado más de la cuenta y habían respetado su

intimidad, algo que había valorado muchísimo, porque quedarse en casa de alguien siempre acarreaba ciertos compromisos de horarios y socializaciones que, en casa de los Dankworth, que era grande, preciosa y estaba repleta de libros, eran irrelevantes.

Gente estupenda, educada, afectuosa y respetuosa, tal como era Edward y, aunque le habían asignado una habitación de invitados para ella sola, lejos de la de su «novio», parecían ser abiertos y bastante modernos, muy divertidos, con sentido del humor y mucho mundo, algo que ella siempre valoraba en las personas.

—Al fin hemos aterrizado —le anunció su acompañante.

Se sentó mejor observando cómo la gente empezaba a matarse por abandonar el avión. El alboroto era siempre el mismo, a todo el mundo le entraban las prisas por bajarse, pero ella no se movió y miró la hora comprobando que ya eran las ocho de la noche. Con algo de suerte, si su madre seguía sin aparecer, a las diez estaría metida en la cama.

—Hola, guapo —lo saludó en español saliendo del avión y él se echó a reír.

—Me pone mucho que me hables en español. ¿Qué tal?

—Acabo de salir del avión y voy camino del tren. ¿Cómo estás? ¿Ya llegaste al restaurante?

—¿Qué tren?

—El Leonardo Express.

—¿Eso qué es?

—Cómo se nota que eres un pijo, Edward Dankworth. El Leonardo Express es el tren que lleva del aeropuerto a Termini. Allí cogeré un autobús para el Trastevere.

—Coge un taxi, debes estar agotada. Invito yo, mándame la factura y te hago una transferencia.

—No, gracias. No me cuesta nada ir en tren, estoy acostumbrada. Y no tienes que invitarme a todo, ¿sabes? Creía que eso ya lo teníamos zanjado. Dime, ¿ya estáis cenando?

—Vale, paso, no voy a discutir contigo. Sí, estamos cenando, me he levantado para llamarte y comprobar que has llegado bien. Ya te echo de menos. Sigo sin entender que me dejes solo aquí.

—Edward...

—Esto es una crueldad y espero que la subsanes pronto. La pelota está en tu tejado.

—Estás muy bueno, pero eres muy pesado.

—En una pareja siempre hay uno que necesita más y en este caso me ha tocado a mí.

—Eso no es verdad. Vuelve a la cena con tus amigos y gracias otra vez por todo, me lo pasé genial.

—No tienes que darme las gracias.

—Vale, voy a pasar el control de pasaportes. Mañana hablamos, un beso.

—De eso nada, llámame en cuanto llegues a casa. Un beso.

Le colgó moviendo la cabeza, porque era muy agradable, pero a la vez muy raro, que fuera tan protector, y pasó el control de pasaportes en un tris. Salió a la zona de llegadas, miró el vestíbulo lleno de gente de Fiumicino y buscó los cartelitos que señalaban la estación de trenes. Los encontró, dio un paso para ir hacia allí, pero no pudo porque varias personas le cortaron el paso, subió los ojos y se encontró de frente con los de esa chica oriental tan guapa, la novia de Edward.

—¿Señorita Daniela Mendoza? —le preguntó, y ella solo atinó a dar un paso atrás para mirar a

los dos tíos de civil y los dos policías de uniforme que la acompañaban.

—Soy yo.

—Agente Keiko Rubens, oficial de la Interpol. —Le puso la credencial delante de la cara y le sonrió—. Soy la responsable del Caso Nobilis, me consta que lo conoce.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Necesito que nos acompañe. Necesitamos hacerle algunas preguntas.

—¿Ahora? Acabo de llegar, no puede ser mañana a...

—No, no puede ser mañana. Hemos venido a buscarla por una razón de peso, tengo una orden judicial para interrogarla, y como se niegue a acompañarme de forma voluntaria, le pediré a uno de estos agentes que la espose.

—¿Me va a detener? ¿Se me acusa de algo?

—Ya veremos. Agente Pilatos, espose a la señorita Mendoza, por favor.

—¡No! —Se apartó con el ceño fruncido—. No hace falta, voy donde me diga, pero necesito hacer una llamada de teléfono.

—Lo siento. —Le cogió el móvil que llevaba en la mano y le volvió a sonreír—. Por lo que a nosotros respecta, a partir de este momento está usted investigada en el Caso Nobilis, y hasta que no acabemos con el interrogatorio, queda incomunicada.

—¿Disculpe?

—¿Nos acompaña por las buenas o por las malas?

—Una de la madrugada del 4 de abril de 2021. Agente Keiko Rubens iniciando el interrogatorio de la señorita Daniela Sofía Mendoza Bianchi. Ciudadana española de treinta años residente en Roma. Empleada del Hotel Excelsior Pompeyo Roma. Empezamos.

Pulsó un botón del equipo de grabación que había incorporado a la mesa y le clavó los ojos dejando una carpeta llena de papeles en la silla que tenía al lado. Daniela se pasó la mano por el pelo a punto de sufrir un ataque de ansiedad y respiró hondo.

—Llevo cinco horas retenida, cuatro de ellas encerrada aquí sin agua. Podría haber venido mañana a una hora más razonable.

—Lo siento, princesa, pero las cosas son así de duras. Agente... —le hizo un gesto con la mano a la mujer policía que había junto a la puerta y le habló sin mirarla—, como sea que se llame, tráigale una botella de agua a la dama, ¿o prefiere un té?

—Agua, por favor. Gracias —le dijo en italiano a la policía, que era muy joven, y ella se fue cerrando la puerta.

—¿Qué relación la une al ciudadano británico Sebastián Relish-Bowles?

—Fue mi novio.

—¿Y ahora?

—Ninguna, hace dos años y cinco meses que no hablo con él.

—Es muy precisa en los tiempos.

—Nuestra ruptura fue traumática.

—Ah, claro. —De pronto se echó a reír a carcajadas y Daniela se sentó mejor en la silla con todas las alarmas encendidas porque aquello no era nada normal—. Lo recuerdo, la fiesta sorpresa, el novio infiel, la vergüenza del siglo. Lo sé, Edward, el mayor Dankworth, lo suele contar en todas las fiestas. Es una de sus anécdotas estrella. Es muy divertida, no puede negarlo.

—¿Disculpe? —Percibió cómo se le encogía el corazón, pero ella la ignoró y siguió mirando sus notas.

—¿Y qué me dice de John Mulgrave?

—Un cliente VIP del hotel donde trabajo. —La policía jovencita volvió con una botella de agua y ella se la agradeció y bebió un trago largo.

—¿No tienen una relación personal?

—No, salvo que dos días antes de su detención me había ofrecido trabajo como asistente personal. Aunque me imagino que eso ya lo tienen en sus grabaciones, ¿no?

—¿Va de lista?, porque aquí las preguntas las hago yo.

—Madre mía —bufó en español y se atusó el pelo.

—¿Qué dice? A mí se dirige en inglés, ¿está claro?

—Clarísimo.

—¿Cómo es posible que tenga relación personal y directa con dos de los detenidos principales del Caso Nobilis?

—Casualidad, pero, como le he dicho antes, hace más de dos años que no tengo ninguna relación, de ningún tipo, con Sebastián Relish-Bowles, y con el señor Mulgrave nuestro trato se reducía al hotel, donde lo atendía a él y a su tío personalmente, porque eran clientes preferentes.

—Mentira, fue una noche a cenar con él a un sitio en el Trastevere y otra tarde al castillo Sant'Angelo para ver una exposición de Tintoretto.

—Es cierto, dos veces en dos años, pero no pasaban de ser compromisos derivados de mi relación profesional con él.

—Y le mandó muchos regalos.

—Seis libros, «como agradecimiento», decía él.

—¿Le permiten recibir regalos de sus clientes? ¿Lo sabían sus superiores?

—Lo comuniqué a mi supervisora y dijo que no había ningún problema porque eran de un valor bastante discreto.

—Pues yo creo que esos regalitos y esas citas la involucran de lleno en una trama donde hay tráfico de drogas, de personas y vinculaciones terroristas. —Parpadeó muchísimo y Daniela miró a la policía de la puerta sin poder creerse lo que estaba pasando—. Le puedo meter un puro que la hará pudrirse en la cárcel muchos años, igual veinte. ¿Qué le parece?

—Me parece que, si quiere acusarme de algo, acúseme y déjeme llamar a un abogado.

—Tú vas de muy lista y eso es contraproducente porque me puedes cabrear de verdad. —Tiró el boli encima de la mesa y le sonrió—. Te voy a tutear porque no mereces otro trato. Deberías saber que puedo retenerte setenta y dos horas aquí dentro sin agua, ni comida, ni dejarte ir al baño. Nadie va a preguntar por ti, ya sabemos que no le importas a nadie, cuidadito conmigo.

—Mañana me esperan en el trabajo a las doce del mediodía.

—Llamaré para avisar que te hemos detenido. ¿Quieres que llame a alguien más? Yo creo que no, porque no tienes a quién llamar.

—Me gustaría hablar con el mayor Dankworth —soltó simulando toda la calma del mundo y ella la miró un segundo y luego se echó a reír a carcajadas.

—Edward ya terminó contigo. Su misión acababa hoy, en cuanto te dejó en el aeropuerto. Ha hecho muy bien su trabajo y ahora se merece un descanso. Ya no tiene nada que ver con Nobilis ni contigo, ¿está claro?, ahora solo dependes de mí.

Guardó silencio con ganas de echarse a llorar o de montar un pollo lo suficientemente grande como para que apareciera alguien más por allí, pero se contuvo y miró la mesa sin abrir la boca.

—Vale, ya veo que al fin te has hecho cargo de la situación, me alegro. Ahora voy a volver a preguntar y repasaremos juntas el sumario.

No supo cuánto tiempo estuvo respondiendo preguntas a esa mujer tan fría y tan rara, porque le habían quitado el reloj y el móvil, y allí no había ventanas para ver si ya había amanecido, pero las que fueran, se le hicieron eternas. Ella repreguntaba una y mil veces lo mismo y ella

respondía lo mismo, y así hasta que la dejó ir al cuarto de baño con la policía y cuando regresó la estaba esperando con una taza de café y un semblante más conciliador.

—Vamos a ver, Daniela, ¿sabes lo que es la sororidad?

—Sí.

—Estupendo. Me caes bien, de hecho, te admiro, porque en tu situación, siendo una hija no deseada y no teniendo a nadie en el mundo, has sabido sobrevivir bastante bien, incluso te ganas en pan decentemente y por eso voy a aplicar esta solidaridad entre mujeres y te voy a echar un cable. Agente —Miró a la policía y le hizo un gesto despectivo para que se fuera—, déjeme a solas con la detenida. ¡Vamos!, fuera.

—Sí, señora.

—Estos italianos son un poco lentos de entendederas. ¿No crees? Es un comentario racista, pero no se lo dirás a nadie, ¿verdad, Daniela?

—No. —Bebió un sorbo de café y se temió lo peor allí sola con ella.

—Vale, te voy a contar una cosa. Te voy a dejar marchar, aunque no haya terminado aún contigo, pero antes quiero que sepas algo. Se trata de Edward, de mi novio, porque él es mi prometido, ¿sabes? —Le enseñó el pedrusco que llevaba en el dedo y después se desplomó en su silla estirando las piernas—. Tienes que saberlo, porque me da que te has pillado un poquito por él. Lo sé, es guapo, de buena familia, educado, y encima tiene un polvazo, pero te ha estado mintiendo, ha estado jugando contigo mucho tiempo, sin embargo, no deberías tenérselo en cuenta, porque solo estaba haciendo su trabajo, y él es muy concienzudo en su trabajo. Con este caso seguro que lo recomiendan para una medalla, porque lo ha bordado, pero suele provocar daños colaterales y esta vez te ha tocado a ti.

—Vale —respondió con un hilito de voz y ella le guiñó un ojo.

—¿Sabes lo que es Pegasus? —asintió y la agente Rubens volvió a ponerse de pie—. Es el dispositivo de escucha más sofisticado del mundo y tú lo tenías en tu teléfono, además de micros en tu casa. Los instaló el propio Edward cuando fue por primera vez a tu piso a explicarse contigo. Fue idea mía que apareciera en tu pisito para acercar posiciones, ¿sabes?, y es que se atrapan más moscas con miel que con vinagre.

—Vale.

—Y nos fue muy bien, aunque le costara hacer el trabajo y tuviera que desaparecer de vez en cuando para no saturarse y asquearse, consiguió meterte en su bolsillo y tenerte a su disposición. Lo mismo hizo con tu compañera Antonella Pellegrini. La llevó de cena, de paseo y le echó un polvo en su casa, pero, bueno, eso carece de importancia, al menos para ti, porque yo aún no consigo acostumbrarme a que se lleve al huerto a las sospechosas para cumplir con sus objetivos.

—Necesito un poco más de agua —susurró con unas náuseas tremendas y ella le acercó una botella de agua.

—Lo sé, da asco, pero es lo que hay. —Agarró la carpeta que había dejado en la silla y la tiró con violencia encima de la mesa para que se esparcieran todos los papeles delante de sus ojos—. Aquí están las transcripciones de todas vuestras charlas. La última que tengo fue hace poco más

de una semana en tu piso, el día que Edward retiró los micros, porque decidimos que ya teníamos suficiente para joderte viva.

—¿Cómo dice?

—Sí, seguimos grabándote hasta hace nada. ¿No te lo crees? —Agarró una hoja y leyó intentando imitarla—: «No me gustan las vacaciones, ni las fiestas, ni los festivos, porque cuando era pequeña y llegaban esos días empezaban las peleas y las discusiones a mi alrededor...». Son tus palabras, ¿no?

—Madre mía. —Las lágrimas le subieron a la garganta y se tapó la cara con las dos manos.

—Él siempre lleva pinganillo, siempre, y nosotros lo oímos y lo grabábamos todo. Lo pasamos en grande oyendo tus tragedias. Menuda mierda tu vida, Daniela, deberías escribir un libro, seguro que te forras.

—¿Cuándo podré irme de aquí?

—He escuchado vuestros polvos y vuestras charlas interminables. Un rollo. Él seguro que sacará anécdotas para contar, como lo hace con tu historia de la fiesta sorpresa y tu novio infiel, porque le divierte un montón lo patética que eres, pero a mí no creas que me hace mucha gracia. —Se le acercó y buscó sus ojos—. ¿No te habrás llegado a creer en serio que le gustabas? Ya sé que es muy convincente, pero... mírate..., una chica como tú, que no tiene dinero ni para coger un taxi, con un chico como él... Cualquiera se daría cuenta de que...

—¿Hay algo más referente al caso que me quiera preguntar?

—No pegáis nada, él juega en otra liga, lleva conmigo mucho tiempo, y tú, querida, no estás tan mal, pero eres un puto drama, aburres a las piedras y no existe persona en el mundo que quiera cargar con alguien así.

—Necesito salir de aquí, no me siento bien.

—Voy a dejar que te vayas. Tranquila. Vamos.

La hizo levantarse y la acompañó hasta la puerta, abrió y llamó a la agente para que le trajera sus cosas.

—Puedes irte, pero estaré vigilándote, aún estás en mi lista negra, no lo olvides. Puedo joderte la vida cuando me dé la gana. Adiós.

La dejó en manos de la policía y ella la acompañó a la salida de esa comisaría de las afueras de Roma donde no había nadie. Recogió una bolsa con su móvil y el reloj, la maleta y la mochila, y salió de allí sin poder caminar muy bien, porque tenía todo el cuerpo entumecido.

La pobre chica, que la miraba como a una marciana, se ofreció a pedirle un taxi y ella asintió, se dobló sobre sí misma y vomitó hasta la primera papilla.

—¿Se encuentra bien?

—No mucho, pero gracias. ¿Qué hora es?

—La siete de la mañana.

—Muchas gracias, ¿cómo se llama usted?, ¿qué comisaría es esta?

—Esta es la comisaría número 1 de Ardea y yo soy Paola Chiesa.

—Gracias, agente, me quedo con su nombre.

—Claro, vaya con cuidado.

Se despidió de ella y se subió al taxi, sacó el móvil y vio que seguía encendido. Abrió los mensajes y comprobó que alguien, seguramente la propia Keiko Rubens, había violado todos sus derechos y había manipulado su teléfono para mandar un mensaje a Edward donde le informaba que estaba en Roma y a buen recaudo.

«Menuda pareja de psicópatas», pensó sin poder contener el llanto. Vio las llamadas perdidas de él y de otras personas, pero no hizo caso a ninguna y marcó el número de Pedro Casillas en España.

—¿Qué pasa, Daniela? Es muy temprano —le preguntó con voz de susto y ella se ahogó en un sollozo antes de poder hablar—. ¡¿Qué ocurre?! ¡Dani!

—Me han detenido en el aeropuerto viniendo de Londres y me han tenido retenida once horas en una comisaría de las afueras de Roma. Una agente de la Interpol llamada Keiko Rubens, pero creo que se ha saltado todas las normas y ha vulnerado alguno de mis derechos. No lo sé, porque nunca he estado investigada, pero ha sido muy raro, necesito que averigües qué está pasando, por favor.

—¿Investigada? ¿En qué caso?

—Nobilis.

—No puede ser.

—Eso dice ella. Me tuvo cuatro horas encerrada sin agua, ni alimento, en una oficina sin ventanas y sin dirigirme la palabra, y luego me interrogó como una loca, riéndose de mis respuestas, humillándome y haciendo toda clase de comentarios personales, y finalmente me enseñó las transcripciones de mis charlas con el jefe de la operación, el mayor Dankworth, en el ámbito más privado, y me dijo, abiertamente, que me había utilizado para sacarme información.

—¿Cómo que te ha utilizado?

—Empezamos a salir juntos, de hecho, llegaba de Londres después de pasar cinco días con él en Inglaterra cuando esa mujer, que dice que es su prometida, me detuvo en el aeropuerto. Ahora dice, con las transcripciones en la mano, que me utilizó y que se reían juntos de lo que yo le contaba porque, como soy idiota, le conté mi vida entera y... madre mía..., qué vergüenza. ¿Con qué clase de gente he estado tratando, Pedro?

—Vale, no llores más, ¿dónde estás?

—Acabo de salir de ese sitio, voy en un taxi camino de mi casa.

—¿Tienes algún dato de la comisaría?

—Tengo el nombre de una policía y creo que he memorizado bien el número. Te lo envío por mensaje.

—De acuerdo, voy a llamar a Juan, voy a despertar a todo el mundo y averiguaremos qué coño está pasando, y si de verdad estás imputada, buscaremos un abogado. También avisaré a Rodrigo San José para que se ocupe de lo que necesites, ¿vale? Tranquila, no te dejaremos sola.

—Muchas gracias.

—Mientras tanto, localiza tú a tu amigo Dankworth y ponlo en antecedentes.

—Obviamente no es mi amigo, ahora ni siquiera me parece una buena persona. Es un psicópata igual que su novia, los dos están mal de la cabeza y dan miedo.

—Muy bien, como quieras, ahora vete a casa y no te muevas de allí.

21

—Mayor, le llama por la línea uno alguien de la Policía Judicial española, dice que es urgente.

—¿Perdón?

Levantó los ojos de la mesa de reuniones, donde tenía desplegado un organigrama y un esquema del nuevo caso que le habían asignado, y miró primero a Jeff antes de observar, con cara de interrogación, a Clarisse, la nueva ayudante que aún andaba bastante despistada.

—Una llamada de España, en realidad una videollamada, y dice que es urgente.

—Este despacho está protegido por un protocolo de máxima seguridad, Clarisse, nadie puede llamar y preguntar por el mayor Dankworth directamente —bufó Jeff y ella se encogió de hombros.

—Dice que es importante.

—¿Y quién es?

—Me lo ha dicho, pero soy incapaz de reproducirlo.

—Vale, gracias —se acercó a la pantalla del ordenador y vio el icono de la videollamada encendido, pulsó el OK y enseguida le apareció la imagen de un hombre maduro acompañado por un chico más joven que esperaban bastante serios a que los atendiera. Respiró hondo y los saludó—. Buenos días, soy el mayor Dankworth, ¿en qué puedo ayudarles, caballeros?

—Mayor Dankworth, me llamo Pedro Casillas, soy comisario de la Policía Judicial española, lo llamo desde Madrid. Esta es mi mano derecha, el subcomisario Juan Martínez.

—¿Quién les ha facilitado este número?

—El comisario Robert Williams de Scotland Yard. Se trata de algo urgente.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

—Daniela Mendoza —soltó el chico más joven y a él se le contrajo el pecho.

—¿Qué pasa con ella?

—La señorita Daniela Mendoza que, como a usted le consta, es colaboradora de nuestra unidad de delitos mayores como perito lingüista, fue detenida ayer en el aeropuerto romano de Fiumicino por su compañera, la agente... —leyó despacio— Keiko Rubens, de la Interpol, dentro del marco de la investigación del Caso Nobilis.

—¿¿Qué?!! —saltó y Jeff se le acercó para ver qué estaba pasando.

—La tuvo retenida once horas en una comisaría de las afueras de Roma sin ninguna asistencia jurídica, sin ninguna garantía, sin avisar a nuestra embajada o a nosotros, aunque la señorita Mendoza, por su estatus de máximo nivel de seguridad, gracias a la confidencialidad y la naturaleza de su trabajo, debería ser tratada con la cortesía profesional correspondiente.

Guardó silencio a punto de sufrir un infarto y sacó el móvil para marcar otra vez el número de Daniela, que llevaba horas sin responder a sus llamadas.

—¿Mayor?

—Lo siento, es que esto es completamente irregular. La agente Rubens fue apartada del caso y tampoco tiene jurisdicción en Roma. Es... es...

—¿Cómo está la señorita Mendoza? —intervino Jeff al ver su desconcierto y Juan Martínez respondió bastante cabreado.

—¿Cómo va a estar después de pasar once horas encerrada en una oficina sin ventanas, sufriendo un trato lamentable y con una mujer que violó reiteradamente sus derechos?

—Y si encima ahora nos dice que ni siquiera trabaja con usted o en el caso... —opinó Pedro Casillas mirándolo con los ojos muy abiertos—. Ha cometido un delito, la detuvo ilegalmente y la hostigó durante once horas. Tengo una lista de veinte infracciones cometidas por esa señora contra nuestra compañera y exijo responsabilidades.

—El primero que exigirá responsabilidades seré yo, comisario, no se preocupe... Yo... —Respiró hondo pasándose la mano por la cara—. No consigo hablar con Daniela desde ayer. Me envió un mensaje diciendo que estaba en Roma, a buen recaudo y di por hecho que estaba en su casa y que quería dormir. Estaba agotada y... ¡joder!, ¡me cago en la puta! Jeff, llama a la Interpol, ponme con Hamilton y ve pidiendo una orden de detención contra Keiko Rubens. ¡Ya!

—Daniela dice que le quitaron el móvil y lo manipularon, de ahí ese mensaje para usted.

—Llevo toda la mañana intentando hablar con ella.

—No hablará con usted, está muy afectada y todo lo que oyó y leyó en ese despacho, más las malas artes de su compañera, la han dejado muy mal, está sobrepasada. Mejor, déjela tranquila.

—Lo siento, comisario, pero mi relación con Daniela va bastante más allá de un mero trato profesional. Agradezco muchísimo que me avisara y su interés y diligencia en resolver este despropósito, pero de lo personal ya me encargo yo, muchas gracias. Sobre...

—Su compañera se ha asegurado que la señorita Mendoza no quiera volver a tener trato personal con usted, mayor —interrumpió Juan—. Le leyó transcripciones, le enseñó cómo la espiaba y monitorizaba incluso en los momentos más íntimos, y no solo durante la investigación de su caso, sino mucho después. Soy su amigo desde hace muchos años y me ha pedido que le diga que no vuelva a acercarse a ella o tomará medidas legales contra usted.

—Eso es imposible.

—No queremos convertir esto en algo personal, mayor, pero Daniela es como una hija para mí, y es una hermana para el subcomisario Martínez. Estamos conmocionados con todo esto y muchísimo más si ahora nos informa de que la agente Rubens ni siquiera tiene autorización para hacer lo ha hecho. Se ha cometido un delito de abusos contra una persona inocente y completamente indefensa, y no entiendo por qué.

—Lamento decirle que es un tema puramente personal, la agente Rubens está bastante descontrolada desde que la apartamos del caso, me ha amenazado reiteradamente y, de hecho, alerté a su superior directo para que pusiera fin a su conducta, sin embargo, está visto que nadie ha hecho nada.

—¿Por qué la apartó del caso?

—Conflicto de intereses.

—¿Derivada de la relación sentimental que usted inició con la señorita Mendoza?

—Sí.

—Más razón para emprender acciones legales contra esa mujer. Se han saltado todas las normas profesionales, éticas y morales en este asunto, y no pararemos hasta resarcir en parte el daño causado a nuestra compañera.

—¿Tienen los datos de dónde la tuvo retenida?

—En la comisaría número 1 de Ardea, y la agente que estuvo presente parcialmente en el interrogatorio se llama Paola Chiesa.

—¿Parcialmente?

—Pasaron mucho rato a solas, pero estamos intentando recuperar las grabaciones de la sala de interrogatorios a través de la Policía italiana. Esperamos tenerlas durante el día.

—Yo me ocupo de eso, llamaré al comandante general de los Carabinieri, acabamos de trabajar juntos en...

—Jefe, tengo a Hamilton al teléfono, le he explicado lo que pasa, pero quiere hablar contigo — interrumpió Jeff y él agarró el aparato y miró a los españoles muy serio.

—¿Dónde está Daniela ahora? ¿Está sola? ¿Hay alguien con ella?

—Hasta que no aclaremos oficialmente esto, mayor, el paradero de nuestra colaboradora no es un asunto que vayamos a discutir con usted. Buenos días, muchas gracias y, por favor, manténganos al tanto.

—Joder, qué bordes —bufó Jeff al ver cómo colgaban y Edward lo miró de reojo.

—Anula todo y concéntrate en encontrar a Rubens. Llama a nuestra gente de Italia para que localicen y escolten a la señorita Mendoza y necesito un vuelo a Roma ya. —Marcó por enésima vez el número de Daniela con su móvil y de repente oyó que le contestaba. Se puso tenso y le habló alejándose de su compañero—. Cielo, gracias a Dios, ¿cómo estás? Acabo de hablar con tu jefe de España y... ¿Daniela?

—Escucha, te llamo para zanjar esto de una vez. No quiero más llamadas, ni cruces de mensajes, ni nada parecido. ¿De acuerdo?

—¿Cómo dices?

—Eres un tío inteligente, Edward, y creo que razonable y educado. Al menos eso espero, y si no es así, tampoco es que me importe.

—Oye...

—Imagino que ya estarás al tanto de lo que me ha pasado con tu novia, tu prometida o lo que sea, no es asunto mío. Lo único que quiero es aclarar las cosas para que dejes de llamarme, ¿OK? No vuelvas a llamarme, no hace falta, ya lo tengo todo medianamente claro, no sigamos con este teatrillo que me humilla a mí y te deja fatal a ti. No quiero volver a saber nada de vosotros y mucho menos quiero meterme en más líos con tu chica. Eso es todo. Adiós.

—¿Qué?! ¿No te habrás creído todas las sandeces que te ha podido llegar a decir Keiko?

—No hizo falta que hablara mucho tu Keiko, tenía pruebas y transcripciones, pero ¿sabes qué?, no voy a discutirlo contigo. Repito: dejadme en paz. Yo ya os he olvidado, seguid a lo vuestro y

respetad mi espacio o tendré que acudir a la Policía. Transmíteselo a tu novia de mi parte. Vosotros en vuestro sitio, yo en el mío y todos en paz. Adiós.

—¡Daniela!

Oyó el clic del teléfono y pulsó rellamada, pero ella, por supuesto, no respondió. Parpadeó confuso, cabreadísimo, y se giró para mirar a Jeff.

—Encontradme a Keiko Rubens, la quiero esposada y detenida antes de que acabe el día.

—Tienes a la subdirectora Hamilton en espera.

—Al carajo la subdirectora Hamilton, dile de mi parte que se lo advertí y que pagará con su puesto por lo que ha pasado. Es tan responsable como Rubens de toda esta mierda y me encargaré de que las dos respondan pública y privadamente. Se van a cagar, díselo de mi parte.

—¿Tú a dónde vas? —Lo siguió con los ojos y él agarró la chaqueta de un tirón.

—A Roma, a dónde voy a ir.

Abrió un ojo y le costó unos segundos situarse, pero giró en la cama y, al ver la decoración con motivos españoles de la habitación, recordó que estaba en casa de Rodrigo San José.

Se restregó los ojos hinchados y observó el poster taurino que había en la puerta, y los de Sevilla y Córdoba en las paredes, y pensó que en España nadie decoraría una habitación de invitados así, pero que fuera del país la gente era capaz de hacer cualquier cosa por honrar al terruño, aunque en este caso, el homenaje no venía de parte de Rodrigo, sino de su mujer, una dominicana encantadora de nombre Yamilé, que era más papista que el papa.

Se sentó y miró la hora. Las siete de la mañana. Había dormido unas diez horas después de que Rodrigo la sacara de su piso sin darle más opción que obedecer, porque tanto Pedro como él estaban decididos a ponerla a salvo después de la noche toledana que le había dado esa tía, la novia de Edward, en la comisaría de Ardea.

Pensar en ella le daba escalofríos y ganas de vomitar, pero, en el fondo, no le tenía miedo. Sabía que no sería capaz de infringirle daño físico, porque si esa hubiese sido su intención, ya lo habría hecho, pero jamás podría olvidar su cara de desquiciada, sus ojos de loca, el tono de su risa o de su voz, el desprecio con el que la había tratado. Eso le había hecho daño, mucho, y tardaría tiempo en olvidarlo.

Salió de la cama y se metió en el cuarto de baño para ducharse y ponerse en marcha. Estaba agradecidísima con Rodrigo y su mujer porque se habían portado genial con ella y le habían dado cobijo cuando más necesitaba un lugar seguro para descansar, pero no iba a abusar de su hospitalidad y pensaba largarse temprano para no molestar más y pasar por su piso antes de acudir al trabajo.

Después de su «visita» a la comisaría de Ardea había avisado al hotel de que no podía ir a trabajar, porque estaba enferma, y luego se había tirado un rato largo hablando con Pedro y con Juan de lo que le había pasado. Les había contado al detalle todo lo que recordaba, había respondido a todas sus preguntas, tras lo cual se había dado un baño, había intentado aparcarse el llanto, la pena y la sensación de burla, de humillación y de pérdida que tenía encima, y había decidido llamar a Edward Dankworth para zanjar de inmediato toda esa mierda.

Le había dicho exactamente lo que le quería decir y se había quedado a gusto. A ella podría haberle tomado el pelo, podría haberla engañado, espiado y hasta ridiculizado delante de su equipo o de sus amigos, pero no la iba a hundir, no la iba a destrozar, no se lo permitiría, porque el único capullo allí era él, él y su novia que era una sociópata de manual. Así que lo mejor que le podía pasar era perderlos de vista para siempre, y cuanto antes mejor.

Por supuesto, le dolía muchísimo haber perdido los papeles con él, dejarse llevar y pensar que había iniciado una relación verdadera con el tío más perfecto del planeta, por supuesto, pero eso

la cabreaba con ella, no con él, que, al fin y al cabo, hacía su trabajo y no tenía por qué tener en cuenta el «daño colateral» que estaba provocando.

Según su propia novia, él utilizaba a la gente, se acostaba con sus objetivos y era capaz de cualquier sacrificio por conseguir su propósito. Al parecer, era una especie de James Bond en el mundo real, sin alma ni sentimientos, ni una pizca de humanidad; y a un personaje semejante nadie lo querría al lado, por mucho que te gustara, y, menos aún, sabiendo que se burlaba de ti a tus espaldas y usaba tus tragedias y tus penas como anécdotas de lo más divertidas para animar sus cenas o las fiestas con sus amigos.

En resumen, era un hijo de puta, y de esos ya había tenido docenas en su vida, así que adiós muy buenas. No pensaba gastar ni un minuto más de su tiempo con él, ni en recordar todo lo que habían compartido, ni iba a intentar entender por qué había llegado tan lejos, por qué había necesitado presentarle a su familia y hacer el paripé actuando como un novio enamorado.

No lo entendería nunca, pero seguro que existía alguna patología psiquiátrica para explicarlo.

—¿Dónde vas, chiquita? —le dijo Yamilé, que ya estaba en la cocina preparando el desayuno, y ella le sonrió.

—Buenos días. Me iba a mi casa y luego al hotel, no quiero molestar más. Os agradezco tanto que...

—De eso nada, siéntate ahí y desayuna —le ordenó Rodrigo entrando en la cocina y ella lo miró y se sentó—. ¿Cuántas horas llevas sin comer?

—No sé, pero...

—Nada de peros, quieta ahí, que te tengo que contar algunas cosas.

—Vale, gracias, pero no quiero molestar más, yo...

—Solo ha sido una noche y no te hemos visto el pelo. Tú no molestas, nena, no seas tonta —Yamilé le puso una taza de café delante y le señaló las tostadas—. Come, te voy a poner un zumo. ¿Has hablado con tus padres para contarles que estás bien?

—Muchas gracias. —Obvió lo de sus padres, porque no le iba a explicar a esa mujer tan maja que a ellos les daba igual cómo estuviera, y miró a Rodrigo—. ¿Hay alguna novedad?

—Lo primero es que han confirmado con la Interpol y los británicos que la mujer que te retuvo no tenía jurisdicción en Italia y que ni siquiera está dentro del Caso Nobilis. Fue apartada hace un mes, ninguno de sus compañeros o superiores sabía nada, por lo tanto, la detención irregular se ha convertido en ilegal de todas, todas. Le va a caer un puro que te cagas.

—¿Qué? ¿No es cosa suya?

—No, están que se suben por las paredes, sobre todo el mayor Dankworth.

—¿Y cómo pudo utilizar una instalación oficial de la Policía italiana para retenerme?

—Porque llegó con credenciales y palabrería. Muchos la conocían del Caso Nobilis, muchos la habían visto en Roma con Edward Dankworth. Nadie se molestó en comprobar nada, pero ahora se han incoado un montón de expedientes para depurar responsabilidades.

—Entonces podrá denunciarlos —intervino Yamilé—. Si esto llega a pasar en los Estados Unidos podría pedir una indemnización millonaria.

—Con indemnización o no, la denunciaré a ella y a todo Dios. —Se pasó la mano por la cara

—. Grabó el interrogatorio, al menos eso creo, y había una agente de testigo, necesitaré todo eso y un buen abogado porque no pienso dejarlo correr.

—Y haces bien.

—¿No la han localizado?

—Aún no. Además del pasaporte británico tiene pasaporte japonés, así que a mí me da que a estas horas ya está al otro lado del mundo.

—Lo que no entiendo es por qué ha hecho todo esto.

—Parece un tema personal, le han explicado a Pedro. Estaba muy cabreada porque la habían apartado del caso y tenía algunos conflictos serios con sus compañeros, principalmente con Dankworth, y se le habrá ido la pinza. Hay gente para todo.

—Bueno, es igual, ahora ya no importa. Solo quiero pasar página. —Le sonrió, acabó el café y se puso de pie—. Muchísimas gracias por todo, en serio, me habéis ayudado muchísimo, pero debería irme. No quiero, encima, perder mi trabajo.

—Piérdelo y vuelve a Madrid, empieza de cero y recupera tu trabajo con Pedro, Dani.

Se despidió de los dos, que eran estupendos, con un abrazo, y salió de su casa en el precioso barrio de Borgo, muy cerca del Vaticano, para volver andando al centro. Era un paseíto majo hasta la Plaza Navona y necesitaba despejarse; se dedicó a caminar sin mirar la hora y decidiendo sobre la marcha no pasar por su casa, porque era mejor llegar antes al trabajo para hablar con su jefa y explicarle personalmente su ausencia del día anterior.

Llegó en dieciocho minutos a su destino, practicando el saludable arte de no pensar en nada, ni en las personas que le hacían daño, que era su especialidad desde bien pequeña, y entró por la zona de empleados del hotel más relajada. Saludó a algunos compañeros, que tenían un montón de cotilleos sobre el gerente detenido y los Mulgrave, y se fue a buscar a Helena, su jefa, para hablar con ella de su percance, mientras ella paseaba por los pasillos supervisándolo todo haciéndole poco caso; al final, se despidió y se fue a cambiar para empezar la jornada un poco antes y echar un cable a Antonella, la otra víctima de Edward Dankworth, a la que no pensaba contar jamás lo que les había hecho a las dos.

Tampoco se trataba de ir amargando la vida a la gente sin ninguna necesidad.

—Vaya, vaya, ¿qué tal? —le soltó mirándola de arriba abajo—. Creí que no te volvería a ver el pelo.

—Ya estoy aquí, puedes ir a tomar un café si quieres.

—Estoy bien. Tras diez días con esto cerrado, hay muy pocos huéspedes. Al final cierran definitivamente, ya verás.

—Seguro que se reactiva. ¿Ayer no os hablaron de nada de lo que pasó?

—No, ni una palabra, con el marrón en el que nos podrían haber metido a todos.

—Lo sé, es una locura.

Se acercó al ordenador y abrió el programa para meter su código de acceso. Se concentró en la pantalla, porque iba muy lento, y de repente notó la presencia de alguien delante del mostrador, levantó los ojos y se encontró con los azules de Edward Dankworth.

—Tenemos que hablar —le dijo a modo de saludo y ella dio un paso atrás mirando de reojo a

Antonella.

—¿Conmigo o con las dos?

—Daniela, por favor.

—Estoy trabajando.

—No he dormido nada, llevo horas sentado en el rellano de tu piso esperándote, estoy cansado y cabreado, así que no me jodas.

—Si necesitas hablar conmigo cursa un requerimiento judicial e iré a declarar donde quieras, de lo contrario, tú y yo no tenemos nada de lo que hablar, por favor. —Le señaló la puerta y él bufó y la cogió por la muñeca.

—No estoy para chorradas.

—¡No me toques!

—Daniela, sal fuera y atiende a este tío, es policía, supongo que ya lo sabes, y no quiero follones en mi recepción. No en mi turno —intervino Antonella muy seria y ella la miró frunciendo el ceño—. *Arrivederci*.

—Me cago en la... —salió jurando en arameo, avanzó unos pasos por la Plaza Navona y se giró para mirar a Dankworth con los brazos cruzados—. ¿Qué quieres?

—He recuperado las grabaciones de tu encuentro con Keiko, las he oído, sé exactamente lo que te dijo, entiendo tu desconcierto y tu enfado, pero no comprendo, no me cabe en la cabeza que te creas toda esa mierda. Pensé que éramos amigos, que confiábamos el uno en el otro, pero, principalmente, siempre te he tenido como una persona inteligente e intuitiva, Daniela, no puede ser que vayas a dar más valor a su palabra que a la mía.

—No llames encuentro a lo que me hizo tu novia. Me detuvo ilegalmente y me retuvo once horas. Once puñeteras horas intimidándome y tratando de humillarme.

—No es mi novia.

—Bah, es igual, me importa una mierda, la verdad. Haced lo que queráis, sed muy felices, juntos o por separado, pero bien lejos de mí. Adiós.

—No... —La sujetó por el brazo y ella lo esquivó de un tirón—. Así no, no voy a permitir que dudes de mi palabra, de mi relación contigo o de mi honorabilidad, no lo voy a consentir. No tienes ningún derecho a ponerme en entredicho. Yo no te he mentado, al principio hice mi trabajo y te pusimos escuchas, sí, es el protocolo, pero nunca simulé mi interés por ti, ni te llevé a la cama para que acabaras confesando algo relacionado con el caso. Eso no lo hice nunca porque, entre otras cosas, mucho antes de todo esto, en ese puto avión de Londres a Madrid, ya me había pillado por ti.

—¿Eso también se lo has contado a Antonella?

—Nunca me acosté con ella. ¿Qué te crees? ¿Que esto es una película? ¿Que los oficiales de la Inteligencia británica somos Mata Hari? ¿Qué me voy tirando a la gente alegremente? ¿En serio lo crees, Daniela? ¡Mírame!

—No sé qué creer —Levantó la cabeza y fijó los ojos en los suyos tan bonitos, intentando mantener la calma y el tono de voz—, pero sí sé que ya no puedo creerme nada de lo que salga de tu boca, y se me parte el corazón, pero es lo que hay.

—Keiko Rubens quiso vengarse de mí a través de ti y te contó todas esas barbaridades para hacerte daño, sabiendo que con eso me hacía más daño a mí. Se inventó, agrandó y adornó todo lo que te dijo, mintió y mintió, y siguió mintiendo, y yo puedo detenerla, hacer que la juzguen y que pague por lo que nos ha hecho, pero, al final, el problema se resuelve entre tú y yo. Tú decides si quieres darle la razón a ella y destrozar lo nuestro o, por el contrario, confías en mí y lo solucionamos juntos.

—Lo único que quiero es olvidarme de todo este mal rollo. Estoy harta de que me fallen me decepcionen o me utilicen para no sé qué intereses egoístas como los de tu novia. No pienso anclarme en esta situación, solo quiero pasar página y olvidarme de ti. He superado cosas peores.

—Miró hacia el hotel y respiró hondo—. Debo volver al trabajo.

—Si solo te estaba engañando y utilizando, ¿por qué te llevé a casa de mis padres?

—No tengo ni idea, pero ya no me interesa averiguarlo.

—No puedes hablarme así. Así no podemos entendernos.

—Es que no hace falta que nos entendamos. Puedes seguir tu camino en paz, no te voy a reclamar nada, en serio. Adiós. —Hizo amago de volver al hotel y él le cortó el paso.

—¿Eres consciente de que yo no soy como las demás personas de tu vida, Daniela?

—Ahora sí, porque al menos te has molestado en venir hasta aquí para hablar conmigo y darme una explicación. Eso te honra y te lo agradezco, pero no cambia ni mejora mi opinión sobre toda esta situación, inaudita, en la que me habéis metido.

—Yo no soy responsable de lo que haya hecho esa mujer, intenté controlarla, hice todo lo que estuvo en mi mano para...

—Eso lo hablas con ella, yo no quiero oír ni una palabra más sobre Keiko, vuestros rollos, vuestros protocolos o vuestra maravillosa vida de agentes secretos. Eso para mí es ciencia ficción y ya tuve suficiente.

—Estás siendo muy injusta conmigo.

—Tengo que irme.

—No, por favor, Daniela, no nos hagas esto, no... —intentó sujetarla otra vez y ella se apartó empezando a cabrearse de verdad.

—¡Que no me toques! No quiero que me toques, ni hablar contigo nunca más. ¿No lo entiendes?

—¿Sabes qué? —Dio un paso atrás y levantó las dos manos—. Que toda tu vida te hayan abandonado y decepcionado no te convierte en alguien especial, ni en la dueña de la verdad, ni en la única que sufre y lo pasa mal.

Lo miró incapaz de responder a eso, porque era un golpe muy bajo, y sintió cómo el corazón se le partía literalmente en mil pedazos, se dio la vuelta y lo dejó plantado allí sin dirigirle ni una palabra más.

Madrid, 20 de mayo de 2021

—Gracias, cariño, no sabes cuánto te lo agradezco.

Su abuela Reme la cogió del brazo y le dio un beso en la mejilla. Llevaba dos días dándole besos por haber accedido a firmar unos papeles en el notario y ella movió la cabeza, le apretó la mano y le acarició los dedos para que se tranquilizara.

—No ha sido nada, abuela, y así he podido venir a verte.

—Que conste que yo no estoy de acuerdo con todo esto, Reme, es muy injusto lo que están haciendo y usted lo sabe —opinó Gloria, y Daniela la miró con los ojos muy abiertos—. Oye, soy tu amiga, además de tu abogada, y esto es una putada.

—Ya, pero...

—Si su marido estuviera vivo, otro gallo cantaría, Reme. Lo sabemos.

—Gloria, da igual, por favor. —Le sujetó la mano y se dirigió a su abuela, que las estaba mirando con el ceño fruncido—. No pasa nada, abuela. Mira, ahí viene el tío Alfonso con el coche. Te llamo luego y mañana te invito a comer donde quieras.

—No sabes la de problemas que le estoy ahorrando a mi nieta con esto, Gloria, así que mejor calladita, que estás más guapa. Hasta luego, Dani.

Se despidió y se subió al coche de Alfonso, el menor de sus hijos, que era el capullo impresentable que había provocado todo ese lío con la herencia de los abuelos y, lo peor de todo, por el que no podía alojarse con ella en Madrid, porque se había instalado a vivir en su casa y no la quería ver allí ni en pintura.

—No sé cómo los demás hermanos aguantan todo esto —bufó Gloria—. Que tu tío Alfonso sea un fracasado, se haya divorciado, esté parado y tenga depresión, no le da derecho a exigir más que sus hermanos. Tu abuela está cometiendo un error de cojones y al final, cuando falte, habrá lío, ya verás.

—Bueno, pero yo ya me he quitado de en medio. Que hagan lo que quieran.

—No creo que esa haya sido la voluntad de tu abuelo, pero es igual, ¿comemos algo rápido y nos vamos de tiendas?

—De acuerdo, pero a las seis en punto tenemos que estar en Las Rozas, ya sabes que Juan no perdona un retraso.

Gloria asintió y se cogieron del brazo, como cuando eran pequeñas, para caminar por Serrano hacia Goya charlando de todo un poco, aunque ella no podía dejar de pensar en el mal trago que había pasado su pobre abuela al tener que decirle que Alfonsito no quería que se quedara en su

casa. Una decisión que su tío había tomado después de su última conversación telefónica a cuento de la herencia y, en la que, al fin, le había dicho lo que realmente pensaba de ella.

—Chupaste del bote de los abuelos toda la vida, te pagaron ropa, comida y estudios, ya está bien de seguir aprovechándote de la familia. Si tu padre ha renunciado a la parte que le toca para dejártela a ti, tienes la obligación moral de cedérsela a nosotros, al fin y al cabo, en mi casa se volcaron contigo para que no te faltara de nada y todos los hermanos lo sufrimos.

—Si quieres pedirme que te ceda mi parte, estupendo, no me interesa el dinero del abuelo. Es todo tuyo y, en cuando pueda ir a Madrid, lo firmamos, tranquilo, pero recuerda que yo siempre estudié con becas, al cien por ciento, y que mi padre pagaba una manutención a los abuelos para que cuidaran de mí. De chupar del bote poco, igual en eso tú tienes más experiencia que yo.

Y le había colgado y se había montado la de Dios, porque él la había acusado de desagradecida, de faltarle al respeto y de mil historias más que desembocaron, tristemente, en el hecho puro y duro de no poder quedarse en casa de su abuela. Algo que dañaba más a su abuela que a ella misma, pero Alfonso era demasiado cortito y rencoroso para entenderlo.

Lo único positivo era que su padre, desde Argentina, la había apoyado a ella, y había puesto a caer de un burro a su hermano pequeño, y esa muestra de lealtad le había llegado al alma y había propiciado que hablaran por teléfono un par de veces. Un verdadero milagro.

—¿No sabemos nada de la denuncia? —preguntó de repente Gloria y ella la miró distraída.

—De momento nada.

—Si tu abogado lo ha hecho bien, espero que te paguen una indemnización millonaria y te reirás en la cara de tu tío Alfonso y su parte de la herencia.

—Lo último me preocupa es el tío Alfonso y su herencia.

—¿Cuánto ha pedido finalmente Luppi?

—Mucho dinero, porque solo cobrará si ganamos, así que se ha subido al burro, pero Pedro y Rodrigo me han aconsejado que le haga caso y que vaya a por todas. Al parecer, tiene mucha experiencia en este tipo de asuntos, aunque tenemos para largo. Prefiero no pensar en eso.

Se miró en un escaparate de una de esas tiendas tan bonitas y se le encogió el alma, porque cada vez que tenía que hablar de la dichosa denuncia por su detención ilegal y hostigamiento y acoso y mil cosas más que había recopilado su abogado contra Keiko Rubens, la Interpol y hasta la Policía italiana, ella solo podía pensar en Edward Dankworth, en sus ojos color turquesa y en la última vez que lo había visto en la Plaza Navona cuando le había dicho unas palabras tan duras.

Hacía ya más de un mes de aquello y aún le dolía el corazón. Era igual que un desgarró y ni su disciplina, ni su facilidad para echarse las penas a la espalda, ni su autocontrol, habían conseguido que lo superara. Aún lloraba por todo lo que había pasado, por las revelaciones de Keiko, por la sensación de engaño, de vulnerabilidad, por el desprecio con el que la había tratado esa mujer, que en realidad le había dicho verdades como puños. Por la ilusión perdida y la soledad, porque se había pasado toda la vida sola, pero que Edward Dankworth resultara ser un espejismo la había dejado sola de verdad.

Por supuesto, nunca más había vuelto a saber nada de él, ella tampoco se había quedado corta

tratándolo fatal y, lógicamente, él había hecho un último esfuerzo y se había mostrado ofendido y afectado, pero se había dado la vuelta y se había esfumado sin más. Seguro que ya estaba metido en otro de sus súper casos en los que la gente, los objetivos o los testigos entraban y salían de su mundo sin dejar ninguna huella.

Él había seguido con su vida y ella con la suya hecha trizas, pero, aun así, se había negado en redondo a denunciarlo. Él era el superior de Keiko Rubens y el oficial al mando del Caso Nobilis, tenía mucha responsabilidad en todo lo ocurrido, pero no había querido ir contra él, no pensaba hacerlo, porque el recuerdo precioso del chico atento y caballeroso de ese vuelo de Londres a Madrid permanecería siempre en su memoria y no quería estropearlo con todo lo malo que había pasado después.

Estaba loca, decía su abogado, pero le daba igual, no necesitaba castigar a más personas, ni pedir más dinero, porque nada de eso mejoraría o calmaría ese dolor que la partía en dos ni la ayudaría a olvidar a Edward Dankworth.

—¡Hola! —gritó Juan al verlas en la puerta de su casa y salió a saludarlas con su bebé en brazos. Daniela lo abrazó y luego se quedó con la pequeña Anna que, a sus tres meses, era una verdadera muñequita.

—Te ves muy bien con un bebé en brazos —bromeó Hanna, la mujer de Juan, y ella la miró ceñuda.

—Con los de los demás es muy fácil.

—Ya te llegará.

—No, yo nunca en la vida.

—Pues nosotras estamos deseando ser madres —intervino Gloria—. Estamos buscando un donante y nos inseminaremos en septiembre.

—¿Las dos a la vez?

—No, de una en una, hombre. Carmen va primero porque ya tiene treinta y seis y, si todo sale bien, yo dentro de un par de años.

—Es una noticia estupenda.

—Si es niña la llamaremos Daniela, ¿verdad, Dani? Ella será la madrina.

—Pobre niña, pero no he podido impedirlo —bromeó y miró a Juan, que las observaba un poco serio—. ¿Qué pasa, Juanito?, tenía muchas ganas de verte en persona.

—Esta mañana detuvieron a Keiko Rubens en Yufuin, un pueblo de la prefectura de Oita, al sur de Japón.

—¿En serio?, al fin...

—Salió bajo fianza a la media hora, la familia de su madre es una de las potentes de la zona, de todo Japón en realidad, es como si no se hubiese avanzado nada. Los británicos no han podido ponerla bajo vigilancia porque se les escapó delante de sus propias narices.

—Bueno, no le des más vueltas. Mejor dejarlo correr, ya la detendrán, o no, la verdad es que a medida que pasan los días menos me importa.

—Pues debería importarte, porque te provocó un daño innecesario y como agente de la ley tiene doble responsabilidad —opinó Gloria—. Qué puta la tía, si la pillara de los pelos...

—He hablado con tu amigo Dankworth hace una hora, están dejándose la piel con este tema y es bastante frustrante para todo el mundo.

—No es mi amigo. Mira, Anna, te he traído una ropita muy *chic* de Roma. —Se apartó para no mirar a Juan a los ojos y se fue al recibidor a buscar las bolsas con los regalos que le había comprado a la niña, él se levantó y la siguió.

—Dani, ¿podemos hablar?

—Mientras no sea de Nobilis y toda esa mierda. —Bajó el tono mirando a la bebé—. Lo siento, pequeñaja, perdona lo mal hablada que soy.

—Mira, no quiero meterme donde no me llaman, pero tengo que decirlo o reviento.

—¿Qué ha pasado?

—He de reconocer que al principio quería matar a Edward Dankworth por todo este lío y por todo lo que te había hecho, también por la cabrona de su ex, porque esa tía era su ex, lo sabes, ¿no?

—No quiero hablar de eso, por favor.

—Pues yo sí y me vas a tener que escuchar, porque lo justo es justo y tienes que saberlo.

—¿Qué tengo que saber? ¿Que esa loca es su ex y actuó por despecho? ¿Ayuda en algo saberlo?

—No, que ese tío se dejó la piel por dejarte al margen del Caso Nobilis. Se empeñó y no paró hasta probar que tú no tenías nada que ver con Sebastián o con Mulgrave, aunque con la lógica delante parecía lo contrario. Hizo todo lo que estuvo en su mano, incluso se excedió en sus funciones para apartarte del sumario.

—Solo hizo su trabajo.

—No, su trabajo era hacer un organigrama completo de los implicados, podría haberte colocado en él y dejar que la justicia actuara. Podría haber permitido que te detuvieran en el lago Como y podría haber dejado que pasaras a prisión preventiva hasta que los jueces decidieran, pero no lo hizo, y dedicó tiempo y toda su energía para «salvarte» de las evidencias que te implicaban.

—Con todo y con eso, yo soy inocente, tarde o temprano podría haberlo probado.

—Ahora estarías detenida en Italia porque no hubiésemos podido pagar una fianza, y desde la cárcel la cosa se vería bastante peor.

—Bueno, yo...

—Dani, eres una de las mejores personas que conozco, y nunca has sido injusta. No sé qué ha habido entre Dankworth y tú, no quiero meterme en vuestra intimidad, pero, por muy mal que te parezca su comportamiento contigo, tienes que ser consciente de lo que hizo por ti. Se portó como debía, como hizo en ese vuelo de Londres a Madrid... y no se merece tanta inquina.

—¿Inquina?

—No es mi amigo, solo nos hemos hecho medio colegas gracias a este caso, pero me he dado cuenta de lo mal que lo ha pasado por ti y por todo este asunto. Es un profesional y más duro que una piedra, es inglés, pero hay cosas que se notan.

—¿Qué insinúas que haga?

—Nada, solo necesitaba que lo supieras y quería decírtelo en persona, ya está. No voy a decir ni una palabra más.

Han pasado seis semanas desde nuestra última charla en Roma y, a pesar de las circunstancias, estoy más tranquila, por eso quería disculparme contigo por las malas palabras y la mala actitud. Sigo bastante afectada por todo lo que pasó, sin embargo, me gustaría despedirme bien, me gustaría decir adiós sin rencor y, sobre todo, necesito darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Gracias a tu labor y dedicación ahora no estoy en una cárcel italiana esperando para probar mi inocencia, y eso no podré pagártelo en la vida, pero, al menos, quiero agradecértelo como es debido. Muchas gracias, Edward, por todo, también por pasar tiempo conmigo —fuera por el motivo que fuera, para mí significó mucho— y gracias por dedicar tantas horas de tu trabajo a mi persona. Te estaré eternamente agradecida y nunca podré olvidarlo.

Muchísimas gracias.

Daniela Mendoza.

Se dio cuenta de que se le nublaba la vista, porque se le habían llenado los ojos de lágrimas, y se cabreó muchísimo, agarró el portátil y lo estampó contra la pared, respiró hondo y bajó corriendo las escaleras, salió al jardín, dio un par de zancadas y saltó a la piscina con ganas de desaparecer y dejar de sentir toda esa mierda que estaba sintiendo.

¿Quién medianamente normal se despedía a través de un correo electrónico?, ¿eh? ¿Qué eran?, ¿un par de desconocidos?, ¿unos compañeros de trabajo?, ¿un comercial y su cliente?, ¿un médico y su paciente? ¿Qué coño quería transmitirle?, ¿que no era más que un puto funcionario que le había solucionado la papeleta? ¿Era eso? ¿Eso quería decirle?

Maldita sea, Daniela, maldita sea. Masculló, lanzándose a nadar muy rápido para desentumecer el cuerpo y el alma, porque lo tenía todo fatal y, de repente, pensó en coger un vuelo e ir a buscarla, plantársele delante y explicarle con calma que los seres humanos normales no se trataban así, no lo hacían. Aunque ella hubiese desarrollado el arte del distanciamiento y la indiferencia para sobrevivir a unos padres desastrosos y a una vida afectiva lamentable, debía saber que la realidad era otra cosa, que la gente fuera de su círculo se trataba de otra manera, se relacionaban de otro modo, sobre todo si te habían demostrado de todas las formas posibles que les importabas de verdad, que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por ti, que solo querían protegerte y quererte. Que solo querían hacerte feliz.

Por supuesto, podía ponerse en su piel y reconocer que un paso por las fauces de Keiko Rubens, en una situación tan vulnerable, podía desequilibrar a cualquiera. Eso lo entendía perfectamente, no era idiota, pero lo que no podría entender jamás es que una vez aclarado el delito y demostrado que Keiko había actuado por pura maldad, ella siguiera creyendo en su palabra, siguiera dudando de él y lo tratara tan mal. Eso era muy difícil de digerir, por eso le había dicho esas barbaridades la última vez en la Plaza Navona, porque se sentía frustrado y más dolido de lo que había estado en toda su vida, y si encima ahora te mandaba un puto correo

electrónico para agradecer tus servicios y despedirse, la cosa se volvía imposible y cualquier atisbo de acercamiento, que hasta esa misma tarde había mantenido como viable, había quedado ya irremediable y totalmente descartado.

Y era una lástima, porque ella no iba a encontrar nunca, en toda su vida, alguien que la conociera, la entendiera y la quisiera como él, de eso estaba convencido, pero no podía hacer nada para remediarlo. No estaba en su mano y tampoco es que tuviera energías para intentarlo. Ya no más. En pocos meses se lo había dado todo, absolutamente todo, y ella se lo había pagado de la peor forma posible, con la desconfianza y la duda, la deslealtad, porque una amiga de verdad no hubiese vacilado ni medio segundo en defenderlo y ponerse de su parte, así que estaba claro, no valía la pena luchar más.

Llegó al borde de la piscina, después de una media hora nadando sin parar, y se apoyó para mirar el paisaje espectacular que tenía delante, la costa ibicenca en todo su esplendor.

Simon, su hermano, había alquilado una casa de ensueño en la isla y había invitado a un grupo de colegas del teatro y la tele para disfrutar de unos días de vacaciones. Varios actores y actrices que no sabían nada del MI5, el MI6, la Interpol o Scotland Yard, un verdadero alivio; se había apuntado a pasar el fin de semana con ellos para despejarse un poco y desconectar, y no pensaba permitir que un correo electrónico de Daniela Mendoza le aguara la fiesta. Eso ya, nunca más.

—Hola, Edward —susurró una mujer a su espalda y él se volvió para mirarla a la cara—. Tu hermano dice que tienes mal de amores.

—Bueno... —Sonrió, observando lo guapa que era esa chica rubia, que era una actriz muy habitual de las series de HBO, y ella se le acercó más para acariciarle el pecho.

—No me puedo creer que alguien te quiera hacer sufrir.

—He tenido unos meses un poco duros.

—Dicen que eres poli o algo así.

—Algo así.

—¿Vives en Londres?

—Sí.

—¿Y cómo es que no nos habíamos visto antes?

—No lo sé, viajo mucho por trabajo.

Sin mediar palabra, se le pegó al cuerpo y lo besó. Un beso muy sensual, y le mordió la lengua restregándose contra sus caderas. Él, que no era de piedra, se excitó de inmediato y la sujetó por la cintura devolviendo el beso con los ojos cerrados, hasta que, de repente, de manera completamente involuntaria, pensó en Daniela y se apartó.

—¿Cuál era tu nombre?

—Rebecca, debes ser el único ser humano del planeta que no sabe cómo me llamo.

—No veo mucho la tele.

—¿Y follas mucho? Porque ahora mismo me muero de ganas y no estoy para perder el tiempo.

—Vaya...

—Eres guapo y tienes este cuerpazo. —Bajó la mano y le acarició la entrepierna—. Estás buenísimo y además tienes mucha suerte, porque hay al menos un millón de personas alrededor

del mundo que quisieran follarme.

—Ah, ¿sí?

—No verás mucho la tele, pero tienes ojos y te gusto un montón, como a todos. No pierdas tu oportunidad, cariño. —Él frunció el ceño y ella sonrió—. Venga, Edward, ¿te vienes o no?

—¿Puedo invitarte a cenar?, en otro sitio, digo.

Daniela dejó de servirse la ensaladilla del bufé y miró de soslayo al sobrino de Pedro, un chico muy majo, realmente agradable, que llevaba toda la tarde tirándole los tejos.

Respiró hondo y lo miró a los ojos intentando no parecer muy borde, porque era familia de Pedro Casillas y eso era sagrado, sin embargo, quiso ser firme y tajante de una vez por todas para evitar malentendidos. Se apartó de la mesa y le habló con una sonrisa.

—No, Diego, muchas gracias. La verdad es que, como ya te he contado antes, he venido a Madrid solo por unos días y me apetece mucho pasar tiempo con Pedro y Nati, que encima han preparado esta comida tan buena.

—Ya, pero aquí solo hay gente mayor y nosotros podríamos irnos de fiesta, pasar la noche en blanco. Te puedo llevar a mi piso, vivo frente al Retiro.

—No, muchas gracias.

—Es que eres guapísima, te lo dirá todo el mundo. ¿Tienes novio?, porque a mí no me importa, no soy celoso.

—Suficiente. Hasta luego.

Movió la cabeza y le dio la espalda para ir a buscar a Juan y a Hanna, que estaban en la terraza comiendo con el carrito de su niña al lado.

Pedro y su mujer habían tenido el detalle de organizar esa barbacoa coincidiendo con su paso por Madrid y no pensaba enfadarse por culpa del moscón de turno. Se sentó en las escaleras que daban al jardín y sonrió a sus amigos probando la ensaladilla y sintiéndose en casa, porque, aunque Roma se había convertido en su hogar, como Madrid no había nada, y esa semana había comprobado que lo echaba muchísimo de menos.

Suspiró, mirando la animación y oyendo las charlas de sus amigos, y pensó en Edward, al que había mandado un correo electrónico de agradecimiento hacía unas horas después de que Juan le pusiera las pilas y le recordara todo lo que había hecho por ella. En un principio, ahogada por la culpa que le entró de repente, había pensado en llamarlo por teléfono, pero le había parecido un atrevimiento, porque no quería molestarlo ni incordiar y, después de su última charla, estaba claro que era mejor mantener las distancias.

Hacía seis semanas que no sabía nada de él, no iba a aparecer ahora diciéndole lo agradecida que estaba por todo lo que había hecho por ella, no procedía, ya sobraba y, en el fondo, había sido mucho más fácil escribirlo porque sabía que si escuchaba su voz —ese tono y ese acento tan bonito que tenía— se iba a bloquear, no iba a decir nada coherente y lo estropearía todo.

Solo esperaba que él tuviera tiempo para leerlo y comprendiera que, a pesar de cómo habían acabado las cosas entre los dos, ella nunca podría olvidar que prácticamente le había salvado la

vida.

Tampoco podría olvidar el tiempo compartido, las noches de amor loco, el sexo, la intimidad, el viaje a Londres y a Newcastle, su familia, sus risas, sus charlas y sus abrazos tan cálidos y seguros. Aunque todo aquello hubiese formado parte de un espejismo o de un plan superior, había sido muy feliz con él y no podría olvidarlo jamás, pero, lógicamente, eso era harina de otro costal y no se lo había mencionado.

De repente, cerró los ojos y vio los suyos tan azules... y fue como tenerlo delante. Un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral y, por un segundo, sintió que podía estirar la mano y tocarlo, abrazarse a su pecho y besarlo hasta que le faltara el aire, deleitándose en su sabor y en su aliento calentito, y se le detuvo el pulso. Se le llenaron los ojos de lágrimas y solo atinó a sacar el teléfono móvil del bolsillo para comprobar si le había contestado o no al correo electrónico.

—Bueno, Dani, ¿te quedas con nosotros o te vuelves a Roma? —preguntó a su espalda Pedro y ella saltó y se giró para mirarlo.

—Tengo contrato con el hotel hasta septiembre, ya lo sabes.

—Me da igual eso, te queremos de vuelta. Díselo, Juan.

—Se lo digo siempre.

—Seguro que durante esta semanita de vacaciones te has dado cuenta de lo mucho que nos echas de menos. Ya es hora de dejar de perder el tiempo y volver al trabajo normal.

—Tienes toda la razón, pero tengo que cumplir con mis compromisos y el hotel tampoco ha estado tan mal, he aprendido un montón y...

—Y has vivido una peli de espionaje en directo —interrumpió Hanna—. Menuda aventura.

—Un poco siniestra, pero sí.

—Ya tienes algo que contar a tus nietos —opinó Pedro entrando en la casa—. Comed un poco de tarta, que la he hecho yo y está buenísima.

—Gracias.

—¿Mañana te lleva Gloria al aeropuerto? —Juan la miró de soslayo.

—Sí, aunque podría ir en metro, no tengo apenas equipaje.

—¿Y qué sabes de tu madre?

—Ni idea, lo único claro es que no volvió con el noviecito de veinticinco años de Venecia. Mi *nonna* cree que ha regresado a los Estados Unidos o que se ha ligado a uno con más pasta en el norte.

—¿No le has preguntado al novio por ella?

—Sí, pero fue bastante borde, me dijo que se habían separado en Milán y que le debía quinientos euros.

—Increíble.

—¿Qué edad tiene tu madre, Daniela? —preguntó Hanna a la par que el teléfono móvil se iluminaba y empezaba a vibrar, y ella le respondió mirando la pantalla.

—Cuarenta y ocho. Vaya, es un número oculto.

—Contesta —dijo Juan señalándola con el tenedor—. Puede ser importante.

—No creo —dejó que se apagara e hizo amago de guardarlo, pero volvieron a llamar y ya contestó—. Hola.

—No me he olvidado de ti.

—¿Quién es? —Abrió mucho los ojos mirando a Juan, se puso de pie y pulsó el manos libres —. ¿Keiko?

—Sí. ¿Me estás grabando?, porque me importa un carajo —Juan se levantó y sacó su teléfono sonriendo porque grabarla era justamente lo que pensaba hacer, y le hizo un gesto para que mantuviera la calma.

—¿Qué quieres, Keiko?

—Creí que éramos amigas, Daniela, me porté muy bien contigo, te abrí los ojos y así me lo pagas.

—¿Cómo te lo pago?

—¿Denunciándome? Tu abogaducho italiano me pide una pasta y la Policía de medio mundo me persigue para detenerme, pero no lo harán. No pienso pagar por ser concienzuda en mi trabajo.

—Ya sabemos que no estabas trabajando.

—Tú qué sabrás, muerta de hambre. Y dile a Edward que se la tengo jurada, porque me vendió a mis jefes y me dejó con el culo al aire. Me hizo perder el trabajo después todo lo que yo he hecho por él. Es un cobarde y un cabrón, pero ahora me lo pagaréis los dos.

—Díselo tú, ¿no es tu prometido?

—Vete a la mierda.

—¿Qué más?

—Siempre tan listilla, Daniela, das asco. Voy a alegrarme mucho de perderte de vista para siempre, de perderos de vista a los dos, porque me tenéis muy harta. Mi familia no se merece lo que me estáis haciendo.

—Yo no te he hecho nada, lo que te pasa es consecuencia de tus actos, no de los míos.

—Bueno, pues ahora vas a pagar tú por tus actos.

—Ah, ¿sí?

—Sí, porque nuestro niño bonito del MI5 tiene mucho que temer, porque se ha metido demasiadas veces con quien no debía, pero tú no te quedas corta y me he ocupado personalmente de informar de tus actos a las personas adecuadas.

—No sé de qué me hablas.

—Peter Karadzic. ¿Te acuerdas de él? Espero que sí, porque él ya sabe quién eres, cuándo y cómo lo delataste, a él, a su mujer y a su familia, dónde vives, dónde trabajas y a quién te tiras. Buena suerte, bonita. Adiós.

Se apoyó con las dos manos en la mesa para seguir la declaración de Daniela a través de la pantalla y no pudo quedarse quieto porque Jeff y Linda, los compañeros a los que había asignado su custodia, no sabían tratarla. Estaban siendo demasiado tibios, demasiado colegas, y eso no era lo que necesitaba, porque ella, de naturaleza serena, no necesitaba estar tranquila ni a gusto, necesitaba asustarse, y mucho, o no podrían mantenerla a salvo.

Pulsó el micro y le habló a Jeff a través del pinganillo.

—Ven aquí un momento.

Jeff asintió, se disculpó con Daniela y con Linda, que estaban sentadas en el salón de ese chalé franco de las afueras de Windsor donde la habían instalado después de sacarla de Madrid con bastantes pegas, y llegó al punto de control en cinco minutos, entró y se le puso delante levantando las cejas.

—¿Qué pasa, jefe?

—No quiero que pasado mañana se aburra y se largue. Quiero que le pongas las cartas sobre la mesa, sin paños calientes, ¿entendido? Recuérdale que ese tío, que es el cabecilla de una de las mafias más sanguinarias del este de Europa, puede estar mandando ahora mismo a cientos de sicarios para localizarla y darle una muerte lenta. Díselo.

—Díselo tú, que la conoces mejor que todos nosotros.

—No, no quiero intervenir. —Se pasó la mano por la cara sin poder apartar los ojos de ella, que charlaba con Linda tan tranquila, y respiró hondo—. Vuelve allí y acojónala. Vamos.

—Ni siquiera sabemos si Keiko Rubens va de farol, de momento, no hay necesidad de aterrorizar a la pobre chica, a la que encima hemos arrastrado hasta aquí contra su voluntad.

—Es por su bien.

—Ya bastante la acojonaste en Madrid.

—Vuelva allí, capitán, y haga su trabajo, por favor.

Jeff lo miró muy serio, giró y regresó al salón para seguir hablando con Daniela, que en ese momento estaba sentada en un sofá individual, vestida con vaqueros y una camiseta, zapatillas de deporte, el pelo recogido con la ayuda de un bolígrafo y las gafas puestas, observando muy atenta a Linda mientras ella le hacía una serie de preguntas sobre Keiko Rubens, sus amenazas, su trabajo como perito lingüista, etc.

Por un momento se perdió en contemplarla, incluso dio al *zoom* de la cámara para ver mejor sus ojos color caramelo y su boca, pero enseguida se recompuso y recobró el control de sus actos, porque estaban allí por algo muy grave, no para pasar unas vacaciones y necesitaba mantenerse cuerdo y alerta.

Lo cierto es que llevaban dos días de locos.

El sábado por la tarde, mientras estaba en Ibiza con su hermano, le había llegado la alerta de la última amenaza de Keiko Rubens contra Daniela Mendoza. Una amenaza que llegaba dos días después de haber sido detenida en Japón y en la que había nombrado a Peter Karadzic. Ese poderoso señor de la droga eslavó al que Daniela se había encontrado, por casualidad, en una heladería de Roma, después de haberlo estudiado durante meses para la Policía Judicial española, y al que había entregado en bandeja a las fuerzas de seguridad que llevaban un par de años detrás de sus pasos.

En Ostia Antica, cerca de Roma, lo habían detenido a él, a su mujer, a dos primos y a sus respectivas parejas, y, desde entonces, esperaba juicio en una cárcel de alta seguridad italiana. En realidad, nadie sabía su auténtico paradero por motivos de seguridad, para él y para los demás, porque contaba con tantos enemigos como con posibilidades de poder escaparse y desaparecer.

Ese individuo disponía de un ejército de mercenarios entrenados y bien armados, conexiones con la mafia y con los delincuentes más peligrosos del mundo, y ahora iba Keiko, en medio de su enajenación mental, y aseguraba haber destapado a Daniela informándole de que había sido ella la que lo había entregado, a él y a su familia, a la Policía.

Era lo peor, lo más bajo, lo más rastrero, lo más infame que podía hacer.

Aún no sabían si iba de farol, estaban averiguándolo, pero lo primero había sido inmovilizar a Daniela en Madrid, ir a recogerla y llevarla al Reino Unido custodiada y protegida por el MI5.

En diez minutos había dejado Ibiza y dos horas después se había plantado en la casa de Pedro Casillas para hacerse cargo del caso y de su custodia. Por descontado, sus compañeros españoles, Pedro y Juan, le habían puesto todos los impedimentos del mundo para intervenir porque ellos podían ocuparse de la seguridad de Daniela perfectamente, y no tenía dudas, pero el caso era suyo. Él la había metido en ese problema, Keiko Rubens era ciudadana británica, el Caso Nobilis, uno de los epicentros de toda aquella locura, seguía abierto y era SU caso, así que no cedió, se mantuvo firme y, al final, incluso contra la opinión de la propia afectada que tampoco se lo había puesto nada fácil, había conseguido un vuelo privado, agentes de la Policía británica de su embajada dispuestos a escoltarlos, había agarrado a Daniela Mendoza y se la había llevado a Inglaterra para instalarla en uno de sus pisos francos.

Durante todo el proceso solo había hablado con ella un par de veces; la primera, cuando llegó a Madrid y le tuvo que explicar la gravedad del asunto y la necesidad de que él y su equipo la pusieran bajo la custodia del Gobierno británico y, luego ya en Londres, cuando la dejó a cargo de Jeff y Linda y se despidió de ella para ir a su despacho, donde empezaron a movilizar todos sus recursos para detener a Keiko Rubens, averiguar qué estaba pasando de verdad e intentar solucionarlo.

En cuarenta y ocho horas apenas un par de frases, pero era lo que procedía. Su relación personal había terminado hacía seis semanas de manera nefasta, él aún se sentía dolido y traicionado por su falta de lealtad y confianza, y ella parecía ajena a sus sentimientos y tampoco se había dirigido a él de manera personal; así pues, todo se reducía a trabajo. Aunque pensaba dejarse la piel por protegerla, eso era trabajo, y se ajustaría a las normas habituales en estos

casos, es decir, poco contacto visual o directo con el sujeto, frases cortas, nada de intimidad o familiaridad y distancia para evitar situaciones de dependencia emocional.

Levantó la vista y volvió a observarla con atención. Parecía serena, pero estaba muy cansada, y supuso que había dormido tan poco como él. Al fin y al cabo, había dejado su ciudad de repente, no había podido volver a Roma y a su trabajo y, aunque el chalé donde la habían instalado era cómodo y acogedor, el mejor que había encontrado, no era su hogar y estaba sola. Completamente sola.

Por un momento, tuvo el impulso de dejarse de chorradas, entrar a ese salón, darle un abrazo y hablar con ella mirándola a los ojos, decirle que todo iría bien y que no permitiría que le hicieran daño, pero no pudo. Lo más sensato era que siguiera pensando que él no andaba por ahí, que no estaba pendiente todo el tiempo de lo que hacía. Así podría estar más cómoda y a gusto.

—¿Programa de protección de testigos? —oyó que preguntaba y subió el volumen para escucharla mejor—. ¿No hay en el Reino Unido?

—Claro, pero ¿te gustaría entrar en un programa de protección de testigos? —le preguntó Linda riéndose.

—No sé, igual es más sencillo que todo este gasto y este despliegue de seguridad. Tampoco es que yo sea Salman Rushdie.

—Lo importante es que seas consciente de lo que pasa y que todos respetemos el protocolo de seguridad. Con algo de suerte, nadie llegará a contemplar el programa de protección de testigos —susurró Jeff poniéndose de pie—. No te preocupes por eso.

—No me preocupa, en serio, al contrario, soy la candidata perfecta para algo así.

—Ah, ¿sí?

—Sí, solo estoy yo, sin marido, ni hijos, ni familia que me espere. Nadie me echaría de menos. Solo pediría poder despedirme de mis abuelas y luego adiós muy buenas. Desaparecería del todo, nadie lo notaría e, igual con otra identidad me iría mejor.

—No digas eso —la regañó Linda acariciándole el brazo y ella sonrió.

Edward se apartó de la pantalla sabiendo fehacientemente que no bromeaba, que estaba hablando muy en serio, y se cabreó. Se cabreó muchísimo porque seguía siendo injusta y miope, seguía sin entender nada, sin ver nada, y aquello era, desde todo punto de vista, inaceptable.

11 de junio. Tres semanas, tres, encerrada en una casa de las afueras de Windsor. Increíble pero cierto.

Hacía tres semanas ya que su némesis, su enemiga número uno, la había puesto en el disparadero y tres semanas desde que, sin saber cómo, había accedido a las presiones de Edward Dankworth, a sus argumentos catastróficos y a sus miedos, y había cogido un avión con lo puesto para aterrizar en Londres donde una furgoneta la estaba esperando para llevarla hasta allí, hasta esa casita de campo preciosa que, en otras circunstancias, hubiese sido un sueño, pero que en su situación se estaba convirtiendo en una verdadera cárcel.

Salió al jardín trasero, se quitó la camiseta y se quedó en pantalón corto y la parte de arriba del bikini. Linda, su ángel de la guarda, la agente que estaba casi todo el tiempo con ella, le había llevado ropa y otras cosas como dos bikinis y crema protectora; llevaba unos días tomando el sol mientras leía, escuchaba música, estudiaba ruso o trabajaba porque, gracias a Dios, habían accedido a confiarle trabajo del MI5 y estaba haciendo análisis lingüísticos de varios casos mientras esperaba a ver cómo se resolvía su futuro.

Eso era lo único divertido de su encierro, haber empezado a colaborar con el MI5 que llevaba unos temas muy interesantes y que suponían un reto enorme, porque los mejores peritos lingüistas que conocía eran británicos, estaba jugando en primera división y eso era estupendo. Estupendo dentro de todo el follón que la rodeaba, claro.

Se sentó en una tumbona, miró la fuente *art déco* que había al fondo del jardín y se abstraía pensando en todo lo que Keiko Rubens había desatado con solo una llamada telefónica, en las vidas que había cambiado, en las investigaciones que había provocado, en el gasto y el despliegue que estaba cubriendo el Gobierno británico a través de Edward Dankworth y su equipo. En resumen, en todo ese alboroto que había desencadenado y que seguramente era en vano, porque ella seguía convencida de que Keiko mentía, de que se estaba marcando un farol y que soltar el nombre de Peter Karadzic en medio de una llamada amenazante había sido un impulso, fuegos artificiales y nada más.

Sospechaba que acceder a Karadzic no era tan sencillo, por muy agente de la Interpol que fueras, y que se le había ocurrido aquello porque era mala persona, porque lo había recordado de sus escuchas de Roma y punto. Seguramente, no había nada consistente en sus palabras y cada vez que lo pensaba se arrepentía de haber dejado que Juan informara a Edward del tema.

Esa tarde, en casa de Pedro, todos se habían asustado con la amenaza, porque todos conocían el percal, todos sabían cómo se las gastaban los serbios esos comandados por Karadzic, y había sido imposible impedir que llamaran al mayor Dankworth del MI5 para contárselo; y, antes de

decir ni mu, él había aparecido en Madrid como la caballería, con su pinta espectacular y sus ojos color turquesa preocupados, y ella ya no había podido oponer resistencia.

En la cocina de Pedro, mientras en su patio seguía la fiesta con barbacoa, le había explicado las amenazas reales a las que se enfrentaba, el peligro de tortura y muerte, y de otras cosas peores que no se quería ni imaginar, le dijo pasándose la mano por la cara, y ella, que al verlo solo había querido saltar a su cuello para abrazarlo, había tenido que callar y tragar, aceptar el riesgo, coger su mochila, despedirse de sus amigos y salir rumbo a Londres en un avión privado con el mayor Dankworth sentado un asiento por detrás de ella, sin mirarla ni dirigirle la palabra.

Supuso que no había recibido su correo electrónico con sus disculpas, que por eso seguía tan enfadado, no lo sabía, pero desde el principio le había dejado claro con su actitud que estaba allí por responsabilidad profesional, por deber, porque, al fin y al cabo, se sentía responsable de la actuación de la agente Rubens y por nada más.

De ese modo, al aterrizar en Inglaterra la había dejado en manos de Jeff y Linda diciéndole, sin mirarla mucho a los ojos, que ellos serían sus escoltas junto a un equipo preparado para ese tipo de contingencias, que no se preocupara, que él seguiría al mando hasta que todo se resolviera y adiós muy buenas.

Teniendo en cuenta que en su situación las cosas se veían mucho peor, que estaba en otro país con personas desconocidas, que tenía mil preguntas y mil preocupaciones que compartir, verlo irse sin más, después de dejarla dentro de una furgoneta que, por lo que a ella concernía, podía estar llevándola directamente al matadero, la había partido en dos.

No hablarle de camino al aeropuerto de Madrid y durante el vuelo a Londres ya la había descolocado, muchísimo, pero que la dejara huérfana en una pista de Luton con cuatro personas que la miraban como a una extraterrestre, después de haber sido amigos y haber compartido bastante más que un helado por las calles de Roma, era algo inaudito, insólito y muy doloroso.

—Daniela, te llaman de Madrid. —Linda le acercó el teléfono móvil de seguridad y ella se lo agradeció con una sonrisa.

—Gracias, Linda, ¿te quedas a comer conmigo?

—Hoy sí, nos traerán algo del pueblo.

—Qué bien, muchas gracias. —La vio entrar en la casa y saludó en español a Juan, que era el que la llamaba a diario—. Hola, Juanito.

—Hola, guapis, ¿cómo vas?

—No preguntes.

—¿Qué tal el trabajo que te han encargado?

—Terminé dos informes y esta mañana me han dejado otra cosa, pero sin prisa. ¿Qué tal vosotros?

—Bien, todo en orden. Hemos localizado a tu madre.

—¿Dónde está?

—Entró anoche en los Estados Unidos por el aeropuerto de Newark. Iba con su marido, el señor Joseph Amato.

—Al final mi *nonna* tenía razón y estaba esperando a su marido. Me alegro por ella. ¿Qué

sabemos de mi piso?

—Ayer pasaron el recibo del alquiler con normalidad, es importante no tocarlo y dejar las cosas como están.

—Sí, claro. Ahora me tranquiliza saber que Sofía no correrá ningún riesgo apareciendo por allí, y a ver si puedo volver pronto a por mis cosas porque tenía unos libros chulísimos.

—Si no le pediremos a alguien que vaya, los embale y te los guarde.

—Espero que no haga falta. ¿Sabes algo de lo que está pasando con la investigación? A mí no me dicen nada.

—Pensé que Edward te informaría, me dijo que te tendrían al día para que estuvieras tranquila.

—¿Te refieres al mayor Dankworth? Porque a él no lo veo. Lo he visto solo dos veces desde que estoy aquí y apenas habla, y los demás tampoco me cuentan nada.

—Hay gente infiltrada en el entramado y están intentando ver qué se cuece.

—Han pasado tres semanas.

—Lo sé y lo siento, pero esto requiere su tiempo. Lo sabes, ya has trabajado en casos similares.

—No me quiero pasar aquí un año. Si no se resuelve pronto, me voy bajo mi responsabilidad o solicitaré la dichosa protección de testigos, parece de película, pero en España me la podéis dar y todos tan tranquilos.

—¿Cómo que tan tranquilos?

—Aquí me tratan genial, pero no estoy en mi país ni soy una personalidad internacional a la que haya que proteger por el bien mundial, solo soy una pringada con mala suerte.

—Dani...

—Estar aislada, sola y sin saber nada es muy agobiante.

—Lo sé. Voy a pedirle a Edward que hable contigo y te explique.

—No, no, no, por favor. A él déjalo en paz, ya bastante ha hecho por mí y no lo vas a hacer venir de Londres por una chorrada.

—Vale, como quieras. Un poquito de paciencia.

—No me queda otra.

—Ya han pasado los diez minutos de rigor. Mañana te llamo. Adiós.

—Hasta mañana, saludos a todos. Un beso.

Le colgó, se recostó en la tumbona y se tapó la cara con las dos manos respirando hondo, despacito, para controlar la ansiedad y el llanto, porque cada día estaba más llorona. Pensó en un lugar bonito y seguro y, sobre todo, libre. Tragó saliva, subió los ojos y vio aparecer a Edward Dankworth en la puerta de cristal que daba al salón.

Iba vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca, el pelo muy corto y gafas de sol. Era como una aparición e, incluso, llegó a pensar que estaba viendo visiones. No se movió hasta que él se le acercó, caminando con esos andares tan varoniles que tenía, y la saludó enseñándole la carpeta que llevaba en la mano.

—Buenos días.

—Buenos días. —Saltó y se puso de pie, subió la cabeza y lo miró a la cara un poco nerviosa, porque, aún y a pesar de todo, seguía gustándole un montón.

—¿Tienes un minuto? Quería comentarte algo sobre el Caso Pictorem.

—Tengo todo el tiempo del mundo. ¿De qué se trata?

—Tenías razón, el sujeto principal es gibraltareño.

—Estaba clarísimo. Formado en Londres y tal vez en una universidad muy cara como Cambridge, pero de Gibraltar.

—Para nosotros no estaba tan claro. —Le extendió la carpeta—. Lo has clavado, incluso lo de Cambridge. Estos son sus correos electrónicos y sus wasaps de la última semana. Nos gustaría conocer tu opinión. Mezcla palabras en inglés, español y en francés, es todo muy enrevesado, pero igual puedes desenmarañar su lenguaje para poder fijar geográficamente a alguno de sus contactos.

—Claro, será un placer.

Hojeó las páginas con las transcripciones y, por el rabillo del ojo, vio cómo se giraba hacia el jardín y cómo le daba la espalda, dejando a la vista una cartuchera con una pistola. Iba armado. Era la primera vez que lo veía así y la primera vez en su vida que veía una pistola de verdad, así que parpadeó un poco desconcertada.

—¿Qué? —preguntó, buscando sus ojos.

—Vas armado.

—Es una situación excepcional.

—Vaya. Lo siento, es que nunca... En fin, ¿has disparado alguna vez a alguien?

—No hay prisa con eso —contestó cambiando de tema—, pero te agradeceríamos si pudieras echarle un vistazo cuanto antes.

—Sí, no hay problema, será lo primero que haga. Igual en un par de días puedo deciros algo.

—Genial, muchas gracias.

—De nada. Y ya que estás aquí, ¿de lo mío hay alguna novedad?

—Estamos intentando contrastar algunas cosas antes de darlas por buenas. Hay que ser prudentes.

—Vale.

Observó cómo se quitaba las gafas de sol, que eran muy bonitas, y se perdió en sus ojos color turquesa. Los dos se quedaron enganchados sin moverse, mirándose a los ojos sin hablar, ella sintiendo que empezaba a disolverse, hasta que Linda llegó para anunciarle que la comida ya estaba en la mesa.

—Dani, te espero para comer.

—Vale, gracias, Linda.

—Bueno, os dejo, cuando tengas un informe de eso díselo a Jeff, por favor.

—Claro. Hasta luego.

—Adiós.

Asintió, se dio la vuelta y desapareció tal como había llegado, como una aparición.

—¿Edward? Llevo un montón de días dejándote mensajes. ¿Dónde te metes?

—Hola, Rebecca, ¿qué hay?

Se bajó del coche en Windsor y echó a andar hacia el siguiente aparcamiento donde lo esperaba a Jeff con otro vehículo. Miró a su espalda y a todas partes sin notar nada extraordinario y prestó atención a Rebecca Miller, la actriz amiga de su hermano, que no paraba de llamarlo por teléfono.

Nunca entendería a esas personas que se creían con derecho a exigirte cosas. Con potestad de reclamar respuestas y atención, era algo muy desagradable. Había tenido varias experiencias al respecto, la última nefasta con Keiko Rubens, y no estaba dispuesto a tolerarlas ni un segundo. Guardó silencio y la escuchó hablar con un disgusto creciente por todo el cuerpo.

—Simon dice que tu cumpleaños es la semana que viene y me gustaría celebrarlo contigo. ¿Estás huyendo de mí? Me dijiste en Ibiza que cuando volvieras a Londres me llamarías y nos veríamos, y ha pasado un mes y no das señales de vida. ¿Qué coño te pasa, Edward?

—Pasa que no he querido llamarte —se oyó decir eso en voz alta y se sintió un poco mal, pero no estaba para tener paciencia con alguien a la que apenas conocía y que, encima, no le caía ni medianamente bien.

—Vaya cabrón. ¿Tú sabes con quién estás hablando?

—Perfectamente. Tengo que colgar, estoy trabajando.

—A mí nadie me trata así. ¿Quién coño te crees que eres?

—Adiós.

Colgó mirando a Jeff, que lo esperaba fuera del coche, lo saludó y se subió de un salto pensando en cuántas veces le habían dicho «A mí nadie me trata así, ¿quién coño te crees que eres?» a lo largo de su vida, y se sorprendió, porque se lo habían dicho siempre. Siempre que había salido corriendo de una relación o había rechazado a alguien. Y eso sumaba muchísimas veces.

Igual la culpa era suya por ser poco empático o por ser incapaz de enamorarse como ellas exigían, o por ser sincero y no quedarse cuando las cosas empezaban a fallar y no hacía nada por solucionarlo. Seguramente, la culpa era suya, pero también de ellas, que no aceptaban un «no» por respuesta y empezaban automáticamente a comportarse como unas crías caprichosas y exigentes.

Insoportable, y no pensaba pasar por ahí nunca más, ni siquiera por intentar ser educado y cortés.

Lo paradójico del caso, pensó mirando el paisaje, es que a la única persona a la que toleraría ese tipo de exigencias, demandas o explicaciones no estaba por la labor de hacerlas, porque no

hacía esas cosas jamás. Nunca pedía nada ni esperaba nada y se retiraba sin luchar, daba por hecho que no podía reclamar nada a nadie o que no se merecía respuestas, y eso a la vez lo cabreaba y lo partía por la mitad.

Cerró los ojos y pensó en ella, en Daniela Mendoza, que llevaba un mes de encierro en el chalé franco, y se le contrajo el corazón porque aún no podía dejarla libre y a salvo, porque aún no conseguían nada en concreto que le garantizara su seguridad absoluta y, mientras eso no sucediera, la seguiría manteniendo aislada, aunque ella empezara a ensimismarse en un silencio pertinaz que estaba asustando a Linda y a otros escoltas que ya le habían hecho llegar informes al respecto.

—Hemos pensado en organizar un *brunch* todo el equipo para animar a Daniela, aprovechar el jardín y distraernos un poco. ¿Te apuntas? —soltó Jeff llegando a la casa, y él lo miró ceñudo.

—No, no me apunto y no creo que sea buena idea. No está de vacaciones, no quiero que se relaje y olvide lo que está pasando.

—Tiene treinta años, está sola y aburrida, saldrá viva de aquí, pero hundida en una depresión que acabará matándola.

—No exageres, es más fuerte de lo que te crees.

—Supongo que tú lo sabes mejor que yo, se supone eras su amigo, y, que yo recuerde, incluso más que su amigo.

—¿Perdona? —Se detuvo en la entrada principal de la propiedad, cerró la verja y lo miró frunciendo el ceño.

—Hablo como colega, no como tu subalterno, Ed. No te mosquees, solo digo la verdad. Que yo sepa, te has dejado el pellejo por esa chica a la que ahora ni siquiera puedes mirar a la cara. Sé que su paso por las garras de Keiko la alejó de ti y entiendo que estés dolido y cabreado, pero ahora no es momento de alimentar rencores. Daniela te necesita.

—Estoy haciendo todo lo que está en mi mano.

—No me refiero a nuestro trabajo. Sé que estás haciendo lo imposible por resolver esto, me refiero al trato humano. Ni con un desconocido eres así de implacable, tío.

—¿Implacable yo? —Dio un paso atrás completamente ofendido y Jeff le sonrió.

—Creo que hemos compartido suficientes cervezas y borracheras para sentirme con el derecho de hablarte así, pero si te vas a poner peor, dejémoslo.

—Fue ella la que me mandó a la mierda, me dijo que no quería verme nunca más. Solo intento respetar su deseo.

—Te has enamorado, mayor, estás perdido.

Lo dejó con la palabra en la boca y echó andar por el caminito que daba acceso a la casa canturreando. Él parpadeó sin dar crédito a semejante intromisión en su intimidad, pero no fue capaz de hacer nada, porque Jeff era un compañero con el que llevaba compartiendo fatigas desde sus tiempos en la Inteligencia Naval y porque, principalmente, era su amigo. Un amigo que encima tenía toda la razón.

Lo siguió por el jardín delantero y lo perdió de vista para entrar en la zona de control, que estaba en una casita de invitados a pocos metros de la residencia principal. Entró allí y saludó al

compañero de turno, que tenía delante todas las cámaras que monitorizaban al milímetro la propiedad y buscó a Daniela con los ojos, pero no la encontró.

—¿Dónde está? —preguntó sirviéndose una taza de café y el agente se encogió de hombros.

—Ha corrido una hora y media, se ha duchado y se ha vuelto a encerrar en su habitación, señor.

—¿En serio?

—Sí, mayor. Cada vez sale menos al jardín o a charlar con la teniente Higgins o el capitán Burns.

—OK. —Quiso ir a buscarla, porque las cámaras, por un tema de intimidad, tenían algunos puntos ciegos, como parte de la cocina, su habitación y los cuartos de baño, pero no hizo falta, porque de repente la vio aparecer en el pasillo que daba al salón—. Ahí está.

—Sí, el capitán Burns la ha llamado.

—OK.

Fijó los ojos en su pantalón corto y en su camiseta de tirantes y se acabó el café de un trago pensando en que no se podía ser más guapa ni más sexi, aunque llevaras esas pintas y te recogieras el pelo largo como una niña de seis años.

Se apoyó en una mesa sin poder dejar de mirarla y observó cómo hablaba con Jeff, seguramente de trabajo, porque para que se distrajera no paraban de darle faena con audios del MI5, y siguió medio hipnotizado por sus movimientos y su sonrisa. Quiso pulsar el *zoom* para ver de cerca sus ojazos almendrados y oscuros, pero, obviamente, se contuvo y pensó en lo que le había dicho Jeff y en que igual estaba en lo cierto y se estaba pasando de frenada con eso de mantener un trato profesional excesivamente seco con ella.

Que no lo quisiera en su vida, no lo obligaba a convertirse en su enemigo, y menos en esas circunstancias, reconoció sintiéndose culpable y, de repente, cayó en la cuenta de que el orgullo herido lo estaba transformando en una especie de Keiko Rubens, o en otras ex como Keiko Rubens, que al verse no correspondidas lo habían intentado castigar de todas las formas posibles.

«Madre mía», masculló fastidiado ya de tanta gilipollez. A veces no se reconocía, se dijo dejando la taza de café, se despidió del agente y se fue directo hacia la casa principal. Entró por la cocina, pasó por el salón y, al ver que ya no estaba allí, salió a buscarla al jardín donde la encontró en la mesa de la terraza sentada frente a Jeff y con varias carpetas delante.

—Buenos días.

—Hola —lo saludó con una sonrisa y lo siguió con los ojos hasta que él cogió una silla y se le sentó al lado—. Dice Jeff que habéis detenido a los de Gibraltar.

—Sí, una red pequeña, pero bastante peligrosa. Fraude bancario y falsificación de documentos. —Asintió y le sostuvo la mirada—. ¿Qué tal estás?

—¿Yo? Bien, gracias.

—¿Qué tal el ruso?

—Poco a poco. Muchas gracias por dejarme los cursos del MI6, dice Linda que fue cosa tuya.

—No es nada, solo cortesía profesional. —Le sonrió y ella desvió la vista y la fijó en las carpetas.

—Aquí están las transcripciones del atentado frustrado al Excelsior Pompeyo Roma, jamás me

hubiese imaginado que el objetivo era el gerente Grandinetti, es increíble.

—Ya, una llamada de atención de sus amigos de la Camorra.

—Le he pedido a Daniela que les eche un vistazo y nos dé su opinión sobre estos informes. Hay mucho dialecto italiano y otras variaciones que hicieron dudar a nuestros lingüistas —susurró Jeff—. Igual puede ayudarnos a completar la documentación.

—Me parece perfecto.

—Haré lo que pueda.

—OK, os dejo un momento, tengo que hacer unas llamadas. Ahora vuelvo.

Jeff se levantó y se fue, y él se apoyó en el respaldo de su silla mirando la piel tersa y suave de los brazos, el cuello y la espalda de Daniela Mendoza, que tenía una epidermis muy sedosa y con olor a jazmín, deliciosa. La había recorrido entera con la boca, la lengua y la yema de los dedos, y se moría de ganas de volver a hacerlo.

—¿Alguna novedad de lo mío?

—¿Eh? —Parpadeó sentándose mejor y la miró a los ojos—. No, lamentablemente no, pero, de momento, Karadzic y su entorno permanecen quietos. Que no sé qué es peor. Yo preferiría que hubiesen hecho algún movimiento para poder neutralizarlos.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo, estoy segura de que Keiko se marcó un farol. Lo vengo diciendo desde el primer día.

—Puede ser, pero tengo que probarlo y estar muy seguro de eso antes de poder tomar decisiones con respecto a tu situación. Lo siento.

—Más lo siento yo por todo esto que tenéis desplegado aquí.

—Es nuestro trabajo.

Ella asintió apoyándose a su vez en el respaldo de su silla y a él se le fueron los ojos hacia el escote de su camiseta, que marcaba perfectamente la curva del pecho y dejaba a la vista una minúscula parte de su lencería de algodón blanca, sencilla, pero muy sexi. Sintió como se le aceleraba el pulso y decidió mirar para otro lado.

—¿De dónde era exactamente tu bisabuela materna, la madre de tu tía Lena?

—¿Eh? —La miró con cara de inocente otra vez y movió la cabeza—. San Petersburgo, Petrogrado en 1914. Le cambiaron el nombre en agosto de 1914 porque San Petersburgo les parecía demasiado germánico, y mi bisabuela la dejó en 1915. ¿Por qué?

—¿Se perdió la revolución rusa?

—Afortunadamente para ellos. No les habría ido muy bien, eran de la aristocracia o algo así.

—Natalia Sorokina, ¿no?

—Sí, eso es, Natalia Sorokina, luego pasó a ser Natalia Hemsley al casarse con mi bisabuelo en Londres.

—Me encanta su nombre. Te lo pregunto porque el ruso que enseña el MI6 es bastante neutro, me gustaría explorar más acentos y el que habla tu tía Lena es muy bonito. A ver si cuando pase de nivel puedo aprender algo de su ruso, que ahora ya sé que es el de San Petersburgo.

—Yo en eso sí que no te puedo ayudar. En fin, te dejo, debería irme.

—¿Tienes que irte? ¿No puedes quedarte a comer con nosotros?

—¿Comer? Yo...

—No te veo nunca y ya que te has pasado y te has quedado un ratito, pues... Pero no te preocupes, era solo una idea. Gracias por el trabajo que dejas que me pasen, el curso de ruso y todo lo demás. Muchas gracias.

—No es nada.

—Para mí ahora mismo lo es todo, así que mil gracias, como siempre. Hasta luego.

—Hasta luego.

Se puso de pie y observó cómo volvía a ensimismarse en los informes con el semblante serio, un poco triste, y se le removieron las tripas. No le gustaba nada verla tan apagada y decidió hacer caso a su instinto, espantar sus propios malos rollos y comportarse como una persona normal.

—¿Qué hay de comer?

—Espaguetis a la boloñesa, los haré yo al estilo de mi *nonna* Lucía. —Se le iluminó la cara y él se metió las manos en los bolsillos.

—Sabes qué, no tengo nada que hacer en Londres, puedo quedarme a comer con vosotros.

23 de junio, el treinta y siete cumpleaños de Edward Dankworth y no pensaba pasarlo por alto.

Saltó de la cama temprano y salió a correr por el jardín como todos los días. Hora y media dando vueltas en círculo, en un espacio de cuarenta metros cuadrados, como en una cárcel, pero bastante más bonito y cuidado.

Cada vez que se detenía a pensar en que llevaba cinco semanas encerrada allí, se le aceleraba la respiración, así que había aprendido a no darle más vueltas al tema, simplemente trataba de sobrevivir día tras día concentrada en el trabajo que podía hacer, en los cursos de ruso, en sus libros y en las charlas con personas como Linda Higgins, teniente de la ARV, la Unidad Armada de la Policía de Londres, que era una tía encantadora, divertida y muy cachonda. Tenía treinta y seis años y había estado en Afganistán con el Ejército, contaba muchas historias y experiencias buenas, malas y muy malas, y se lo pasaban en grande cuando conseguían abstraerse de su situación y disfrutaban como un par de amigas normales y corrientes.

Linda la estaba ayudando muchísimo, desde el principio, lo mismo el capitán Jeff Burns, del MI5, al que había conocido en Milán y al que ahora consideraba un amigo. Los dos eran sus baluartes y nunca, jamás, podría olvidar lo bien que se estaban portando con ella, de hecho, habían prometido seguir viéndose cuando todo eso pasara, si pasaba, en Londres, en Roma, en Madrid o donde los dejaran.

Cuando vivías como en un programa de Gran Hermano, aislada en una casa plagada de cámaras, cualquier gesto amistoso te llegaba al alma, cualquier charla o risa la valorabas como nunca habías valorado nada, y ellos le procuraban todo eso con mucha generosidad. Eran estupendos, lo mismo que el resto del equipo que vigilaba su seguridad. No tenía ninguna queja con ninguno, lo que no impedía que deseara con todas sus fuerzas salir de allí, y cuanto antes, mejor.

En un mes y una semana le había cambiado radicalmente la vida. De estar tomando ensaladilla en Madrid, durante su semana de vacaciones, a convertirse en sujeto protegido por el MI5 en cuestión de minutos. Aquello era complicado de asimilar con un poco de cordura, todo el mundo se lo decía, pero ella lo estaba llevando bastante bien. De hecho, Linda la había felicitado muy en serio por su comportamiento porque, según le había contado, muy poca gente superaba dos semanas encerrada sin un ataque de ansiedad o de pánico, o sin volverse medio loca, o sin montar un par de pollos descomunales, ella era una alumna aplicada —la historia de su vida—, y eso estaba facilitando el trabajo de todo el mundo.

Personalmente, pensaba que no tenía demasiado mérito porque estaba acostumbrada a vivir sola, sin familia ni nadie que la esperara en ninguna parte, así que la cosa le era mucho más

sencilla. Era lógico que lo llevara muchísimo mejor que cualquier otro ser humano normal, además, ya bastante hacían por ella como para encima no mostrarse colaboradora.

Por ese lado estaba resignada, se dejaba llevar y lo único que le preocupaba era decidir qué haría cuando al fin recuperara su vida, porque había tenido que darse de baja en el hotel, no sabía si la iban a readmitir cuando acabara aquello, si acababa, y sin ese trabajo no se podría quedar en Roma; la opción más sensata parecía ser volver a Madrid, instalarse unos días con Gloria y Carmen, y recuperar su empleo con Pedro Casillas. O también podía pasar de todo y buscarse una nueva existencia en otra parte, algo así como Australia o Islandia. Cualquier sitio le vendría bien para reponerse, pasar página y volver a empezar.

—Buenas. Te he traído huevos frescos, patatas de las buenas, cebollas y otras verduras para la ensalada. —Linda la recibió en la cocina tomándose un café y ella le sonrió de oreja a oreja.

—Mil gracias, eres un sol, Linda.

—Tú pide y yo te lo traigo. No me cuesta nada.

—Gracias, gracias. —Se acercó, le dio un beso en la mejilla y se dispuso a preparar el desayuno—. ¿Sigues estando segura de que el jefe se pasará hoy a mediodía?

—Segura, tenemos una reunión a las once.

—Genial.

—Te he comprado unos *cupcakes* para el postre, ya que es un cumpleaños.

—¿En serio? —Abrió la nevera y vio la cajita de una pastelería de Windsor—. Madre mía, eres la mejor. Mil gracias, guapa.

—Nada de gracias, es un placer, pero guárdame tortilla de patatas, que a mí también me encanta.

—Por supuesto, os haré una especial para vosotros.

—Estupendo.

La miró y le guiñó un ojo, luego observó los ingredientes de la tortilla de patatas que pensaba hacer como regalo de cumpleaños para Edward y sonrió porque le hacía muchísima ilusión tener un detalle con él, que era un apasionado de la cocina española, especialmente de la tortilla de patatas.

Hacía una semana había aparecido de repente en el jardín y, sin venir a cuento, se había sentado a charlar con ella bastante rato. Eso no era nada normal, lo normal era que apareciera dos minutos, ladrara cuatro cosas y se largara sin mirarla a los ojos. Ya se había resignado a que no la tratara como los demás y la novedad la había hecho renacer un poquito.

Llevaba varios días de bajón. Aunque hiciera muchos esfuerzos por sobreponerse, andaba medio tristonza, incluso el médico que había aparecido para hacerle un chequeo le había ofrecido antidepresivos, y sabía que, si seguía mucho tiempo en ese *impasse*, igual iba a necesitarlos, pero el gesto de Edward Dankworth, que había bajado de los altares y se había mostrado tan majo con ella, le había devuelto la vida.

Ya ni se acordaba de por qué estaba tan enfadada con él. Por supuesto, aún le dolía si escarbaba un poco todo el asunto del Caso Nobilis, pero, como le solía pasar con todo el mundo, nunca le duraban mucho los enfados, y con él menos, así que había disfrutado como una niña de verlo allí,

de servirle un plato de espaguetis a la boloñesa, de que él los saboreara y se relajara un rato charlando con su equipo como un tío normal, y de poder mirarlo, porque, solo con verlo, podía alegrar el día a cualquiera.

Eran tan guapo y tan viril. Era un tío, tío, le había dicho a Gloria cuando le había pedido que se lo describiera. Era un hombre muy varonil, era muy masculino, y eso la volvía loca. A pesar de toda la desilusión, la pena, la sensación de engaño y toda esa mierda que los había separado, le seguía pareciendo espectacularmente atractivo, y el placer de mirarlo no se lo podía quitar nadie.

Después de esa tarde, que había dedicado a observarlo con mucha atención, a escuchar su voz grave y pausada, a desmenuzar su acento y sus palabras, él se había ido, pero había vuelto el fin de semana y le había contado que pensaban hacer una visita a Peter Karadzic en la cárcel. Tenían autorización judicial para interrogarlo en relación a otro caso que llevaba el MI5 e iba aprovechar la oportunidad para ganarse su confianza y tantear el terreno.

Según reaccione y podamos ahondar qué sabe o qué no sabe, o si le suena Keiko Rubens, podremos ir atando cabos, le había explicado mientras tomaban un refresco, y luego se había quedado a cenar *pizza* y a ver la tele con ella y con Linda, que los había dejado solos, aunque no habían pasado de comentar tres o cuatro cosas más sin importancia.

Linda le había preguntado más tarde qué había entre ellos, y ella se lo había contado por encima, sin ahondar mucho en el desastre en el que había desembocado su enamoramiento por él, pero, al final, después de escucharla muy atenta, le había sugerido hacer algo especial por su cumpleaños, que era el 23 de junio, y le había encantado la idea.

No podía salir a comprar un regalo o encargarlo por Amazon, pero sí podía cocinar, prepararle algo especial y agradecer en parte todo lo que había hecho y seguía haciendo por ella.

—Hola, nena, ¿cómo estás?

—Hola, Gloria, bien, haciendo un par de tortillas de patatas. ¿Qué tal vosotras?

Contestó el teléfono a su amiga, miró hacia el jardincito que separaba su residencia de la zona de control donde Edward Dankworth estaba reunido con su gente, y notó perfectamente cómo las mariposas le revoloteaban en el estómago. Dejó la última tortilla en un plato grande y sonrió viendo lo bonitas que le habían quedado. Buscó un mantel y los cubiertos y se fue a la terraza a poner la mesa para dos, porque Linda y Jeff le habían avisado que no se podrían quedar a comer con ellos.

—He visto a tu abuela hoy, me la encontré en el Corte Inglés, sigue convencida de que estás estudiando en Inglaterra.

—Sí, se lo ha tragado sin problemas.

—¿Por qué estás cocinando?

—Es el cumpleaños de alguien de aquí y sé que le gusta mucho la tortilla española. Es un detalle sin importancia.

—¿Para el galán de Jane Austen?

—Exacto.

—Ay, mi niña, qué blandita eres. Bueno, te dejo, nosotras nos vamos a la clínica de reproducción. Ya tenemos donante.

—¿En serio? Genial, me alegro mucho. ¿Quién es?

—En resumen, un morenazo de ojos negros, estudiante de Medicina y que toca el piano. Sano y deportista.

—Suenas perfecto.

—Espero que lo sea. Ya te contaré y feliz cumpleaños a tu amiguito.

—Adiós. Gracias.

Colgó y corrió a su cuarto para cambiarse de ropa. Se duchó a mil por hora, se puso un vestido de verano, se hizo un moño y buscó unas sandalias, luego se dio el visto bueno y se fue a la cocina para elegir la tortilla con mejor pinta para llevar a la terraza. Puso la fuente de ensalada en el centro de la mesa, le pasó a los platos otra vez un papel de cocina, colocó bien los vasos y, entonces, escuchó la voz de Edward a su espalda, se giró de un salto y lo miró a los ojos.

—¡Hola, feliz cumpleaños!

—Muchas gracias. Vaya, qué mesa más bonita.

—Es para ti, te quería invitar a comer por tu cumple. He hecho una tortilla de patatas. —Se puso las manos a la espalda y él observó la mesa y luego a ella mordiéndose el labio superior, y supo de inmediato que se había pasado con la idea—. No te avisé porque quería que fuera una sorpresa, pero si no puedes quedarte, no pasa nada. No... no hay problema.

—He quedado a comer con mi hermano y unos amigos en Londres. Hoy es un día complicado con varias celebraciones y...

—Pues claro, por supuesto. No pasa nada. —Le dio la espalda y abrazó el plato de tortilla como si fuera a arreglar algo, y luego se giró y forzó una sonrisa—. Me alegro al menos de haberte visto. Felicidades.

—¿A dónde vas con esa tortilla?

—A los chicos del equipo les vendrá bien para comer. Disfruta de tu día. Hasta luego.

Entró en la casa como si la persiguiera un fantasma y se metió en la cocina sujetando las lágrimas, decidiendo que en su vida volvía a intentar organizar una sorpresa de cumpleaños para nadie porque estaba claro que se le daban fatal.

Dejó la dichosa tortilla junto a la otra y se fue al fondo de la cocina para que no la vieran los del control. Se agarró al borde de la encimera y respiró hondo para no llorar, hasta que oyó cómo se cerraba la puerta principal con un golpe seco y dio por hecho que Edward Dankworth ya estaría fuera, camino de su coche, así que suspiró sin poder sujetar ni un segundo más los sollozos y se echó a llorar a borbotones, agarrada a la mesa y mirando el suelo.

—¿Por qué no me pides que me quede contigo?

—¿Qué? —Dio un salto y lo vio en la entrada de la cocina observándola sin moverse—. ¿Qué haces ahí?

—¿Qué haces tú llorando?

—Nada. —Hizo un puchero buscando el papel de cocina y le dio la espalda—. Estoy bien, no pasa nada.

—¿No pasa nada y lloras así?

—Estoy en baja forma, pero se me pasará.

—Pídemme que me quede contigo y me quedaré, pero necesito que me mires a la cara y me lo pidas.

—Tienes compromisos, acabas de decírmelo, no te voy a incordiar con mi puñetera tortilla. Debí avisarte antes y, además, ¿quién come tortilla de patatas el día de su cumpleaños pudiendo ir a un buen restaurante?

—Daniela...

—Estoy bien, estoy bien. Ha sido un lapsus, no te preocupes por mí, en serio. Vete ya y otro día hacemos una tortilla para comer o cenar o...

—A la mierda con la comida, Daniela, dime que me quede, pídemelo, hazme sentir que me necesitas, por favor, o voy a acabar volviéndome loco.

Se le acercó y se le puso delante, ella se sonó y lo miró a los ojos sin saber qué decir, bastante perpleja, hasta que reaccionó y habló con toda la sinceridad del mundo.

—Dependo completamente de ti, me lo das todo, no tengo ningún derecho a pedirte nada más, Edward.

—No hablo de esta casa, de la protección, de los agentes que te custodian, de la mierda esta que te ha tocado vivir, hablo de nosotros. Que estés llorando así ¿significa que aún sientes algo por mí?

—Nunca he dejado de sentir algo por ti, que estuviera dolida y cabreada, que me sintiera traicionada y utilizada porque tu exnovia me hizo sentir como una mierda, no significa que no me importes. Muy a mi pesar, me importas, y mucho, y me duele que no te quedes a comer algo que llevo toda la mañana preparando porque lo mejor que me pasa aquí es cuando vienes y te dignas a hablar conmigo.

—Lo único que quiero es venir a verte y hablar contigo.

—No lo parece.

—En Roma, hace unas diez semanas, me dijiste que no querías que me volviera a acercarme a ti y eso hago. Aunque nos hayamos visto inmersos en este dispositivo, he intentado respetar tu deseo. Deseo que manifestaste con bastantes malos modos en la Plaza Navona.

—Te mandé un correo electrónico para disculparme.

—¿Ves normal que dos personas adultas, que han iniciado algo increíble, se comuniquen por correo electrónico?

—¿Qué tiene de malo? No te quería molestar.

—Tú no me molestas, tú nunca me vas a molestar, y si me molestas, te lo digo. Yo paro el mundo entero por ti, ¿no te das cuenta? Deja ya de pensar que no tienes relevancia suficiente en la vida de las personas. Eso es falso, le importas a mucha gente, a mí el primero. Joder, no llores más, por favor. —Estiró la mano y quiso tocarla, pero ella dio un paso atrás—. Daniela...

—No sé hacerlo de otra manera, no lo sé. Nunca nadie me ha tratado como tú, desde el principio has sido increíble conmigo, y no sé cómo actuar contigo, no es mi culpa, es que no sé...

—OK, aprenderemos a hacerlo juntos.

—Tampoco me creo la dueña de la verdad o la única que sufre, eso que me dijiste fue muy

injusto.

—Lo sé, lo siento, me siento avergonzado por haber dicho semejante estupidez, pero hablé mi frustración, no yo. Perdóname.

—Yo también te pido perdón por haberte hablado mal y por comportarme mal contigo. Siento mucho si he podido hacerte daño de alguna manera.

—Me hizo mucho daño que no te pusieras de mi parte y dieras veracidad a Keiko Rubens antes que a mí, eso me partió en dos, porque, para mí, la lealtad es sagrada.

—Para mí también, por eso sentí traicionada la confianza ciega que había depositado en ti. Te había contado cosas que nunca, antes, había compartido con nadie.

—Y yo nunca te traicioné, nunca las comenté y mucho menos hice mofa de ellas. ¿Qué te crees? ¿Que soy un imbécil?

—No, pero...

—Podrías haberme dado el beneficio de la duda.

—Estaba demasiado mal para ser razonable.

—Vale, pero que conste que intenté explicarme, defenderme, y no me diste ninguna oportunidad. Fue injusto y también muy doloroso.

—Lo siento mucho, en serio, lo siento mucho.

Dio un paso y se le abrazó con los ojos cerrados. No esperó a que él se adelantara o la animara a tocarlo, no, esta vez no esperó la autorización de nadie para demostrar lo que sentía y se quedó mucho rato abrazada a su pecho, que olía de maravilla y que era el mejor sitio de universo para quedarse, mientras él le acariciaba la espalda y le besaba la cabeza.

—OK, ya pasó. Estoy bien, siento la pataleta. —Al cabo de unos minutos se apartó y le sonrió acariciándole la pechera de la camisa—. Deberías ir a tu comida de cumpleaños, ya seguiremos charlando otro día. Ha sido estupendo poder hablar y...

—Yo te quiero, Daniela —le dijo mirándola a los ojos, y ella hizo un puchero sintiendo como se le doblaban las rodillas.

—Yo también te quiero.

—Me alegra oír eso.

Extendió la mano, la sujetó por la nuca y le plantó un beso en la boca. Uno hambriento y húmedo, de esos que se le daban tan bien, y ella lo devolvió temblando de emoción, de alivio y de incredulidad, porque lo que acababa de pasar era demasiado bueno para ser cierto.

—Daniela...

Abrió un ojo y miró el reloj digital de la mesilla, las seis de la mañana, intentó tocarla y no la encontró, se giró y la pilló en la cama, pero sentada con el ordenador entre las piernas y los cascos puestos. Le acarició la espalda desnuda y ella se volvió para sonreírle.

—¿Te he despertado?

—Deja eso ¿quieres?, ven aquí.

—Es que tengo una duda, necesito comprobar algo o no podré seguir durmiendo. —Observó cómo se levantaba, cogía su camiseta del suelo y se la ponía quitándose los cascos, y suspiró viendo cómo el pelo, largo y suelto, le rozaba las caderas.

—¿A dónde vas?

—Al salón, sigue durmiendo. Acabo enseguida.

—¿Cuál es la duda?

—Luego te la cuento.

—No, señora, ya me has despertado, será mejor que tengas una buena explicación. —Se apoyó en los codos y la miró a los ojos—. Vamos.

—He estado revisando el material relacionado con el aviso de bomba de mi hotel, los *emails* y las llamadas telefónicas que tu equipo interceptó, y no me parecen auténticos.

—¿Cómo que no te parecen auténticos?

—Todo es demasiado aséptico, demasiado profesional. Contienen un lenguaje neutro que es perfecto para despistar a los investigadores, pero que no suele ser el habitual en este tipo de advertencias. Lo mismo en los audios donde aparece esa gente hablando entre sí. Hay algo que no me cuadra y mucho menos viniendo de la Camorra, que es de donde se supone que proceden.

—Parecían bastante claros y con los contactos de Grandinetti...

—Lo sé, pero tienen un pulso que me chirría y me gustaría aclararlo.

—¿Un pulso que te chirría?

—Me recuerdan a alguien, pero tengo que hacer un estudio más exhaustivo, si me dejas, claro, porque necesitaré otras cosas además de todo el material que me ha facilitado Jeff.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, las grabaciones de mi interrogatorio en Roma, los audios de las amenazas telefónicas de Keiko, de sus reuniones de trabajo. Sus *emails* profesionales, personales, y todo lo que hayáis recopilado sobre ella.

—¿Keiko?

—Solo quiero comprobar una sospecha, nada más.

—¿Crees que Keiko tiene algo que ver con el aviso de bomba?

—No lo sé, pero su estilo idiolectal lo tengo muy identificado, muy definido, y está en todas partes. En las llamadas, en el aviso...

—¿Qué?

—Ya sé que tu gente es la élite, lo mejor de lo mejor, pero el aviso de bomba no formaba parte de vuestro caso principal y a lo mejor se pasaron por alto algunas cosas.

—¿Y por qué Rubens se iba a mojar en algo así? No lo entiendo.

—¿A lo mejor para desviar la atención?

—¿Cómo dices?

Se sentó mejor y movió la cabeza pensando en que, si tenía razón, el Caso Nobilis que parecía tan atado, se podía tambalear y desmoronarse, y la miró completamente desconcertado.

—¿Cuándo te hiciste cargo de Nobilis?, ¿un año después de que ella lo iniciara?

—Catorce meses después.

—¿Por qué?

—Era una investigación conjunta con la Policía italiana y la Interpol, iban a empezar los operativos en el terreno y se decidió que alguien de Inteligencia se hiciera cargo. Yo llegué para establecer un mando único y encaminar el tramo final.

—¿Era eso lo que ella quería?

—No quería un mando externo, pero cedió cuando supo que sería yo... —Frunció el ceño y se pasó la mano por la cara empezando a preocuparse de verdad.

—Vale, no quiero especular, esperaré a tener algo más concreto, porque igual yo soy la desconfiada, ella me cae fatal y solo estoy viendo visiones.

—Objetivamente hablando, ¿hay algún indicio que pudiera obligarme a reabrir el caso?

—No lo sé, de momento solo es una intuición mía. Necesito tiempo.

—OK.

—Desde que Jeff me dejó las transcripciones me saltó una pequeña luz de alarma en la cabeza y, ahora, pues, lo he estado mirando con más calma y hace una hora me desperté y...

—Si llevas razón, tendré que volver atrás y abrir una nueva línea de investigación, y lo antes posible, mejor.

—Edward. —Dejó el ordenador en la mesilla y se le acercó para darle un beso—. Solo se trata de interés técnico. Lo miraré y lo desmenuzaré, lo volveré a mirar y, así, hasta que me quite la espinita de la sospecha, pero, hasta entonces, pasa de mí, no me hagas mucho caso. El plan era que no te enteraras hasta que lo tuviera claro.

—Prefiero saber en qué andas metida.

—Vale. —Le acarició la cara y el pelo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, pero ahora vuelve a la cama y duerme un poco.

—Sí, mayor. Qué mandón. —Se acostó y se le acurrucó en el pecho, él estiró la mano y le acarició la espalda despacio.

—¿Crees que Keiko podría estar dentro de la trama de Nobilis?

—No, no lo sé, no la conozco lo suficiente, pero si ella estuvo detrás del aviso de bomba frustrado, me empezaría a plantear los porqués y los tal vez.

—Necesitaremos encontrar un móvil.
—Si al final no me equivoco, lo encontraremos.
—Tú te equivocas poco.
—Gracias.

Ella guardó silencio y él cerró los ojos pensando en que lo primero sería pedir unas comprobaciones de rutina a su equipo del MI5. Había que volver a verificar las posibles relaciones, filiaciones o asociaciones de todos los investigadores, aunque fueran remotas, con los objetivos, porque al llegar con el caso muy avanzado no habían supervisado esa documentación y a lo mejor se había quedado algún cabo suelto.

En su momento, tampoco había tenido controlada a Daniela en el hotel, y eso había sido por confiarse totalmente del trabajo de los italianos y de la Interpol, así que no pensaba volver a tropezar con la misma piedra.

Menuda cagada si Daniela tenía razón y Keiko Rubens estaba relacionada de alguna manera con el caso o el aviso de bomba frustrado. Si era así, tendría que dimitir, pensó, pasándose la mano por la cara, porque se trataba de un error gravísimo y no se lo podría perdonar en la vida.

Abrió los ojos y miró la pierna esbelta y preciosa de Daniela abrazándolo a la altura de las caderas y suspiró. Se suponían que estaban de vacaciones, descansando un poco después de sus siete semanas de encierro en Windsor, y acababa de estropeársele la diversión, pero no lo permitiría, no, porque todo eran especulaciones y, hasta que el patinazo no estuviera estudiado, documentado y probado, pensaba permitirse el lujo de pasar y desconectar. Los dos se lo merecían.

Afortunadamente, habían sido capaces de hablar y entenderse, de volver a empezar e, incluso, se habían dicho «te quiero» en esa cocina del piso franco donde los podía haber visto cualquiera, pero lo habían hecho y ese se había convertido en el minuto más feliz de toda su vida.

Saltar a la piscina sin nada más que la sinceridad no era muy propio de él, de ninguno de los dos, pero el milagro se había obrado y había dado el primer paso sin pensar, se había entregado y el resultado había sido perfecto. Desde ese mismo instante habían retomado su romance donde lo habían dejado y, seguramente, con mucha más intensidad, porque se sentía en las nubes, estaba loco por ella y solo saber que podía abrazarla y besarla, tocarla y hacerle el amor a todas horas, lo había convertido en el tío más afortunado del planeta.

Con esa novedad, la de ser el tío más enamorado y feliz del mundo, había partido dos días después a Italia para encontrarse personalmente con Peter Karadzic en su cárcel de máxima seguridad. Llevaban semanas gestionando la visita y finalmente habían podido pasar con él dos horas de interrogatorio formal y otro tanto de charla más relajada, incluso amistosa, y había comprobado de primera mano que ese tío no tenía ni idea de quién era Daniela Mendoza, y si lo sabía, no le interesaba lo más mínimo.

Lo habían tanteado de todas las formas posibles, él, Jeff y el perito lingüista que se habían llevado, y no habían visto indicios de amenaza, todo lo contrario, porque Karadzic, que parecía un tipo duro, pero bastante listo, solo estaba interesado en colaborar con ellos, con la Policía de

todo el mundo, con tal de conseguir beneficios legales para su mujer y lo último que buscaba, en ese momento, era meterse en más líos.

Por supuesto, no te podías fiar al cien por cien de un mafioso semejante, pero los indicios apuntaban a que no pondría en peligro los acuerdos a lo que estaba llegando con la Fiscalía por tocar a una chica española desconocida. Solo hablaba de cooperación y cuando le habían nombrado a Keiko Rubens había reconocido el nombre como el de una agente tocapelotas de la Interpol, pero con la que no se había cruzado jamás.

Nunca relajaría la protección de Daniela ni la suya propia, y era consciente de que se pasaría el resto de su vida pensando en Peter Karadzic, pero ese día, después de hablar con él mirándolo a los ojos y percibiendo que sus preocupaciones y prioridades eran otras, había abandonado Italia mucho más tranquilo dando por hecho que, como decía Daniela, Keiko se había marcado un farol, por lo tanto, a la que tenía que controlar de verdad era a ella, a la exagente huida Rubens, a la que necesitaba detenida y encerrada lo antes posible.

Tras la entrevista con Peter Karadzic y concluir, tras seis semanas y media de ardua vigilancia y contravigilancia sobre toda la vida de Daniela Mendoza, de todo su entorno en Italia y en España, que no había ningún indicio de amenaza real con ella, habían decidido levantar su aislamiento y dejarla marchar a casa, aunque esta vez su casa era la suya porque había logrado convencerla de que se quedara en Londres con él porque, además de no estar dispuesto a separarse de ella, disponía de un piso muy seguro bajo la supervisión permanente del MI5.

Con esa premisa y gracias a su inesperada decisión de no oponer resistencia y aceptar que tampoco quería separarse de él, se habían instalado en Londres juntos y medios borrachos de tanto amor, sexo y pasión loca que ya habían probado antes, pero que, de repente, se había vuelto sublime. Los dos estaban entregados y rendidos a la pasión y a lo que estaban viviendo, los dos estaban en la misma sintonía y por eso había decidido pedirse dos semanas de vacaciones para disfrutarlas al máximo con ella.

Era una especie de luna de miel sin horarios ni obligaciones, también sin un destino paradisiaco porque quería ser prudente y no salir de momento del Reino Unido, pero lo estaban pasando en grande y, aunque ella se distrajera revisando asuntos que le «chirriaban», no pensaba rendirse a las preocupaciones. Solo quería estar tranquilo y divertirse, los dos lo necesitaban tras un periodo demasiado convulso y que les había hecho demasiado daño.

—Amor —susurró en español y él le acarició el trasero.

—¿Qué?

—No has podido seguir durmiendo por mi culpa. Lo siento.

—No pasa nada, es mejor saber que no saber.

—Puedo compensártelo. —Le besó el pecho y luego deslizó la lengua por su cuello hasta su boca y lo miró a los ojos—. Eres el hombre más guapo, sexi y varonil que pisa la tierra, no sé ni cómo soporto vivir contigo.

—No seas zalamera, no te pega nada.

—Es la pura verdad, mayor Dankworth, me pones mucho.

—Ya me había dado cuenta.

Se montó en él de un salto y se quitó la camiseta, se inclinó y lo besó dejando que su pelo largo y sedoso le acariciara el pecho. Él, que ya estaba muy excitado, la sujetó por las caderas, la elevó un poco y la penetró despacio, deleitándose en su calor y en lo suave que era, y se deslizó dentro de ella pensando que estaba en el paraíso.

—Veinticuatro semanas, es increíble. Mira, Daniela.

—Vaya, sí que es increíble.

Se acercó para ver mejor la ecografía en 5D del bebé de unos amigos de Edward y le pareció que la tecnología era prodigiosa, porque la niña se podía ver clarísima, pero no se emocionó hasta las lágrimas como las demás y optó por quedarse en silencio, escuchando cómo la orgullosa madre y sus amigas hacían todo tipo de comentarios exagerados sobre lo maravilloso que era aquello.

Les sonrió y sintió la mano enorme de Edward en el cuello y luego deslizándose por su espalda, lo miró de soslayo y comprobó que seguía inmerso en una charla muy animada con sus amigos, que ni siquiera la estaba mirando, así que no le hizo caso y pensó en sus cosas, como en el misterio de Keiko y el aviso de bomba.

Estaba al noventa y nueve por ciento segura de que esa tía insufrible estaba metida en el ajo. El estudio exhaustivo del material que había pedido al MI5 sobre Keiko Rubens le decía que ella había escrito los *emails* de los supuestos terroristas e, incluso, que había preparado unos guiones para esas llamadas cruzadas que había interceptado, oh, milagro, ella misma, y que habían evitado que el Excelsior Pompeyo Roma volara por los aires.

Las personas que hablaban en las llamadas manejaban un italiano pulcro, pero con trazos del dialecto de Brindisi que echaba para atrás y que distaba mucho del típico de la Camorra napolitana, que era lo que aparecía en el informe de la Interpol: «Camorra napolitana, antiguos conocidos del gerente Grandinetti».

Eso no se lo tragaba un experto, menos ella; a partir de ahí, el tema lo tenía claro. Keiko estaba detrás de la supuesta bomba, la cuestión era establecer el porqué, y Edward ya se estaba ocupando del asunto. Aún seguían de vacaciones después de dejar su encierro en Windsor, pero había llamado a Jeff y había puesto a un equipo de cuatro personas a revisar los expedientes, los informes y todo el material del Caso Nobilis desde su génesis, y estaba segura de que encontrarían algo que acabaría implicando a Keiko Rubens hasta los tuétanos.

Solo necesitaba un vínculo con los protagonistas de Nobilis, un móvil, y la podrían empapelar por algo grave, no solo por detención ilegal y amenazas.

—*Un dolce, signore e signori? Abbiamo torte, mousse al cioccolato, gelato e vari caffè...*

—Perdona, ¿qué dice? —Toda la mesa la miró a ella y tuvo que salir de sus cavilaciones para intervenir con una sonrisa.

—¿Queréis postre?, tiene tartas, mousse de chocolate, helados y variedad de cafés.

—No, mejor nos tomamos el postre en esa heladería que tanto te gusta y que Ed dice que es tan buena.

—Vale. *No grazie, signore Maurizio. In questo modo è perfetto. Grazie.*

—*Prego, bambola.*

—¿Cómo te ha llamado?

—*Bambola*, muñeca, es un apodo familiar. —Miró a Edward y él le guiñó un ojo y la cogió de la mano.

—Pues yo mataría por hablar italiano o español, me parece tan sexi —comentó Mercy, la chica embarazada, y Edward asintió.

—También habla francés, es todo un peligro.

Movió la cabeza y le acarició la mano observando el trajín incesante en el local de la señora Gaia donde habían llevado a cenar a la pandilla de Edward, pandilla reducida, decía él, en su segunda noche en Roma.

Después de siete semanas encerrada en Windsor y de una entera descansando en Londres, se había empeñado en ir a Roma para recoger sus cosas y cerrar su apartamento. Ya que había dado el paso radical de quedarse a vivir con él en Inglaterra, necesitaba poner orden en Italia, y él lo había entendido perfectamente, pero se había negado a dejarla viajar sola y se había apuntado a pasar cuatro días con ella en Roma. Un plan estupendo que, al final, se había convertido en multitudinario cuando sus tres mejores amigos, y sus respectivas mujeres, se habían sumado al viaje relámpago. Así que, ahí estaba, en Roma, en agosto, con un calor sofocante y ejerciendo de anfitriona y guía turística.

—¿Me prestarías tu nombre, Daniela? ¿Daniela?

—¿Perdona? —conectó nuevamente con la mesa y sonrió a Mercy—. ¿Cómo dices?

—Tu nombre me vuelve loca. Llevamos meses buscando un nombre original para la niña y... me encanta. ¿Me lo prestarías? ¿O lo tienes reservado para una hija tuya?

—No, no, yo no pienso en eso... Vamos, que no tengo intención de poner mi nombre a nadie. Si te gusta, es todo tuyo.

—¿Y por qué te pusieron Daniela? —preguntó otra persona y ella se encogió de hombros.

—Creo que es porque es un nombre que se pronuncia igual en español y en italiano, además, mi padre se llama Daniel.

—¡Joder!, pues es perfecto, mi suegro se llama Daniel, le encantará que su nieta lleve su nombre, ¿verdad, cielo?

—Seguro —asintió Henry, el futuro padre, levantando su copa de vino.

—Adjudicado, pues.

Todos aplaudieron y ella respiró hondo observando el enorme y descascarillado espejo que presidía el fondo del restaurante. Era una antigüedad muy descuidada, pero daba un toque de lo más decadente al local, que era justamente lo que buscaba la gente cuando iba al Trastevere y, por un momento, se detuvo a pensar en la de veces que habría comido allí sola, desde bien pequeña, y en lo mucho que le había cambiado la vida.

Miró a Edward, aceptando que el amor verdadero era un tsunami que arrasaba con todo: vidas, proyectos, costumbres y decisiones *a priori* inamovibles, y le besó la mano dando gracias a Dios

por él, porque era justo lo que había estado esperando toda su vida: un hombre íntegro, fuerte e inteligente, un valiente. Alguien a quien le importaba, alguien que quería y sabía hacerla feliz.

Se acercó para besarlo en la mejilla, pero una figura inconfundible llamó su atención a través del espejo. Se enderezó para prestar atención y, de repente, lo vio, era Sebastián Relish-Bowles en persona sentándose en una mesa con otros dos hombres.

El corazón se le subió a la garganta porque creía que estaba en la cárcel, porque hacía casi tres años que no lo veía y, sobre todo, porque le cabreaba bastante que estuviera precisamente allí, en ese restaurante que conocía gracias a ella y que formaba parte de su círculo más íntimo y familiar de Roma.

Respiró hondo, se disculpó con Edward y sus amigos, dejó la servilleta y partió hacia su mesa impulsada por un resorte que no pudo controlar. Llegó hasta él y se le puso delante.

—¿Dani? —preguntó con cara de auténtica sorpresa y se puso de pie—. Madre mía, qué alegría verte, estás... estás... espectacular. —Quiso tocarla y ella se apartó.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí, no puedo moverme de Italia.

—Ah, claro.

—Ha sido un malentendido, salí bajo fianza y estoy a la espera de juicio.

—¿Y qué haces en el Trastevere?

—¿Tienes la exclusiva? —Sonrió con aspecto de estar colocado o con varias copas de más, y ella frunció el ceño—. Un pajarito me ha contado que te has metido en muchos follones últimamente. ¿Cómo te va?

—¿Qué follones? ¿Qué pajarito es ese?

—*Bella e con carattere* —bufó uno de sus acompañantes haciéndose el gracioso, así que lo miró y le habló en italiano.

—*Qualche problema?*

—*Nessun problema, signorina.*

Le contestó el mismo tío y le saltaron todas las alarmas, dio un paso atrás y decidió no ser tan borde para poder escucharlo un poco más.

—¿Les gusta Roma?

—Somos italianos.

—Pero no de Roma.

—No, Brindisi.

—Precioso Brindisi.

—*Il mare è meraviglioso.*

—Desde luego.

—¿Te quedas a cenar con nosotros, cariño? —le susurró Sebastián con la voz pastosa y ella se apartó.

—No, gracias, estoy con mi novio y unos amigos. Buen provecho.

—¿Con Edward Dankworth? —Miró hacia su mesa muerto de la risa y Daniela parpadeó.

—¿Quién te ha dicho que él es mi novio?

—Todo el mundo lo sabe, ¿no?

—No.

—No sé, alguien me lo habrá contado.

—Pues no sé quién, porque empezamos a salir hace poco.

—No es eso lo que me han dicho. ¿Qué tal tu denuncia contra la Policía? Menudo lío —desvió el tema y ella se cruzó de brazos—, ¿eh?

—¿Cómo sabes eso?

—Es de dominio público, ¿no? Mira, ahí viene tu novio con cara de pocos amigos. A mí que no se me acerque, que sé que es del MI5. Como me toque, le meto un puro que se va a...

—¿Qué? —preguntó completamente perpleja y quiso seguir preguntando, pero el abrazo de Edward por la cintura la detuvo en el acto.

—Amor, nos vamos.

—OK, te presento a Sebastián Relish-Bowles.

—Hola —lo saludó sin ofrecerle la mano y tiró de ella hacia la salida—. Vamos, Daniela.

—Un segundo, ¿me has cogido el bolso? —Por primera vez lo miró a los ojos, vio que estaba realmente enfadado y decidió que las presentaciones acababan ahí—. OK, vámonos. Adiós, Sebastián.

—*Arrivederci, bellissima.*

—Edward... —Lo siguió hasta la calle con el pulso a mil por hora y lo detuvo unos pasos más allá del local para que la mirara a los ojos—. Escucha, ya sé por dónde tirar con... ¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti?

—¿A qué te refieres?

—¿Hablas con él como si tal cosa? ¿Saludas a sus amigos?

—Edward...

—Si estás conmigo, te quedas conmigo, no te levantas de la mesa para confraternizar con semejante hijo de la gran puta.

—No he confraternizado con él, me llamó la atención verlo aquí y no sé, tuve el impulso de hablarle y genial, porque...

—Estupendo. Vamos. —La agarró de la mano muy fuerte y ella se zafó.

—¿No estarás celoso?, porque si me conoces un poco, que creo que me conoces, es imposible que te pongas celoso.

—¿Te parece normal pasarte media cena ausente, y cuando aparece ese capullo, dejarme tirado para ir a saludarlo?

—No me he pasado media cena ausente, estaba escuchando a tus amigos.

—A mí no me mientas.

—Vale, estoy un poco obsesionada con el Caso Nobilis y se me va la pinza, pero...

—¿Nos llevas a la heladería, por favor?

—Por supuesto, pero no así. Ven aquí.

Se puso de puntillas, le sujetó la cara con las dos manos, lo miró a los ojos y le plantó un beso en los labios. Uno en serio, con toda la intensidad disponible y, luego, sonrió sobre su boca.

—Te quiero, eres el amor de mi vida. Jamás, nunca, ni en sueños, podría dejarte tirado para ir a confraternizar con otro, menos con ese imbécil, pero el que fuera a saludarlo ha sido una idea cojonuda, créeme.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que acabo de encontrar el vínculo de Keiko Rubens con Nobilis.

—Tío, está buenísima.

—¿Perdona? —frunció el ceño y se giró con la silla para mirar el Támesis, que a principios de septiembre estaba plagado de embarcaciones de todo tipo.

—No te cabrees, ya sabes a qué me refiero. Es guapa, muy guapa, agradable, simpática, lista... Es perfecta para ti. Nos encanta, solo te he preguntado si nosotros le caemos bien a ella.

—Claro que sí, ¿por qué no?

—No lo sé, Mercy y las chicas dicen que les fue un poco difícil conectar con ella.

—Es bastante tímida y no os conoce apenas.

—Bueno, hemos cenado, comido juntos, compartido aeropuertos, aviones, taxis y una escapada a Roma, a ver si eso sirve para afianzar vínculos.

—No sé por qué estamos hablando de esto, Henry.

—Ni yo, pero Mercy se quedó un poco fría. —Suspiró y Edward hizo lo mismo—. Están locas por caerle bien a tu novia, que es una belleza mediterránea misteriosa, sexi y realmente interesante. Es la primera chica que te conocemos desde la Universidad, entiende que todos queramos gustarle y que se sienta bien con nosotros.

—Y yo os lo agradezco, pero no creo que sea necesario esforzarse tanto. Está encantada con vosotros. Repito, solo es un poco tímida. Tiempo al tiempo.

—O sea, ¿que podemos invitarla a nuestro *baby shower*?

—Claro, pero no sé si podrá pasarse, tenemos mucho trabajo.

—Os mandaremos una invitación y que haga lo que le parezca mejor, sin ningún compromiso, tampoco queremos aburrirla con nuestras historias. Mi cuñada, que tiene su edad, dice que hemos perdido el norte con esto de la paternidad y que aburrimos hasta a las piedras. Igual es verdad que nos estamos haciendo viejos.

—Son etapas, tío, hace nada nos reíamos de mi hermano Oliver por esto mismo.

—Ya, quién nos iba a decir que acabaríamos igual. En fin, Ed, te dejo, tengo una vista dentro de diez minutos y aún no he llegado a los juzgados.

—Suerte, adiós.

Le colgó y se puso de pie para buscar a Daniela con los ojos.

Después de su paso por la casa de Windsor, desde donde había colaborado activamente con varios casos que le había encargado para distraerla, y de su increíble número de éxitos, había propuesto integrarla en su equipo y su jefe no había puesto ninguna pega en hacerle un hueco, así que llevaba una semana trabajando en su oficina.

Desde luego, Daniela Mendoza tenía un talento extraordinario como perito lingüista y, además, era trabajadora, minuciosa y apasionada. Su impecable labor con la Policía Judicial española la

precedía, por lo que no había tenido que convencer a nadie para «enchufarla» como colaboradora estable y, de momento, el experimento estaba funcionando a las mil maravillas.

Ella adoraba su trabajo y estaba muy emocionada de poder trabajar con el MI5, aunque no fuera como funcionara de pleno derecho, y él estaba encantado de poder colaborar juntos, codo con codo, porque se entendían a las mil maravillas y porque ella era una de las personas más eficientes y efectivas con las que había trabajado en toda su vida.

De pronto, la vio poniéndose de pie al fondo del despacho, donde estaba la mesa de Jeff, y siguió con los ojos sus movimientos suaves y femeninos.

Llevaba un vestido corto muy sencillo, de viscosa le había explicado en casa cuando, al vérselo puesto, había sucumbido el impulso de quitárselo contra la encimera de la cocina, el pelo recogido y tenía las gafas puestas. Parecía concentrada en una charla que le interesaba mucho y tuvo que reconocer que, como decía Henry, nunca, ninguna de las veces que había coincidido con sus amigos, se había mostrado así de atenta o concentrada, nunca, porque siempre parecía ausente, y cuando empezaban a hablar de niños y guarderías o lactancia materna, que era el tema preferido de los últimos dos años, ella desconectaba del todo y se ensimismaba en un silencio clamoroso que le tocaba compensar a él porque era demasiado evidente para pasar inadvertido.

La conocía muy bien y sabía que no era antipatía ni nada parecido, simplemente era falta de conexión con lo que le contaban y un poco de incapacidad para disimular el desinterés. Sabía que no tenía nada en contra de sus amistades, mucho menos de la gente, porque solía ser muy amable y atenta con todo el mundo; simplemente, eran las peculiaridades de una persona inteligente y con un mundo interior muy singular, eso habían dicho de él toda su vida, así la que comprendía perfectamente. Sobre todo, teniendo en cuenta que estaba empezando otra vez su vida en una ciudad nueva.

De repente, se acordó del capullo de su ex, Sebastián Relish-Bowles, con el primero que había pensado vivir en Londres, y se le revolvió el estómago. Verlo en persona, no a través del cristal de una sala de interrogatorios, lo había descolocado lo suficiente como para arruinarle la noche y estar a punto de joderla del todo peleándose con Daniela en Roma.

Nunca había sentido algo así. Él hacía gala de ser frío y controlado, de tener nervios de acero, sin embargo, verlos hablando allí, precisamente en ese escenario, había despertado al monstruo y aún daba gracias al cielo de que ese tipo fuera un cobardica y hubiese reaccionado agazapándose detrás de ella cuando lo había visto o, de lo contrario, a la más mínima muestra de chulería, habría acabado rompiéndole la cara.

Afortunadamente, no le había dado motivos para partirlo en dos y, en el fondo y en la superficie, era lo más sensato, porque en su calidad de miembro de las fuerzas de seguridad tocar físicamente a un tío, aunque ese tío fuera el ex de tu novia, podía arruinarte la vida.

—Amor, ¿te vienes? —Levantó los ojos y la vio en la puerta mordiendo un bolígrafo.

—¿Te caen bien mis amigos?

—¿Eh?, ¿a qué viene eso ahora? —Entró en la oficina y le clavó los ojos oscuros.

—Henry cree que no conectaron contigo y les preocupa, porque están deseando integrarte en el grupo.

—Jo, qué majos. —Suspiró moviendo la cabeza—. Me caen genial, son estupendos y muy divertidos, soy yo la *rara avis* que, a fuerza de estar sola, no sabe relacionarse muy bien con su entorno. Siento mucho haberles dado una impresión equivocada, discúlpame con ellos, por favor.

—Ya les he dicho que te caen bien, que no se preocupen.

—Podríamos organizar una cena en tu piso, puedo hacer algo español o...

—OK, pero solo si empiezas a llamarlo nuestro piso. Vamos... —Se levantó para seguirla a la sala de reuniones y le tocó la cintura—. También puedes pasarte por el *baby shower* de Mercy, seguro que le encanta.

—Vaya, con lo agradables que han sido todos conmigo, me da bastante palo que piensen que yo... no quisiera...

—No pasa nada, solo ha sido un comentario. Somos adultos, tú tranquila.

—Vale. —Sonrió y lo miró a los ojos—. Tal vez debería explicarles que con el único ser humano con el que he conectado desde el minuto uno, en toda mi vida, has sido tú.

—Ese es mi superpoder. —Le sonrió y le abrió la puerta para que entrara en la reunión—. Venga, enseñanos lo que has averiguado.

—Cora Relish-Bowles.

Señaló con el puntero láser el organigrama que había elaborado con Jeff y miró a su público de reojo.

Ahí estaban, en esa sala de reuniones de Thames House, el equipo del MI5 que había colaborado en el Caso Nobilis, el general Parker, superior de Edward, y su ayudante, y, por supuesto, Edward, que la observaba en silencio, con los dedos entrecruzados y muy atento.

—La señora Cora Relish-Bowles, de casada Cora Baines, es hermana de Jonathan Relish-Bowles, abuelo paterno de uno de los implicados más conocidos del Caso Nobilis, Sebastián Relish-Bowle, y, a su vez, es madre de Beatrice Baines, de casada Beatrice Rimington, madre de cuatro hijos, entre los que se encuentra Evan Rimington, exmarido de la agente de la Interpol Keiko Rubens.

—¿Perdona? —preguntó alguien y Jeff sonrió.

—¿Cómo nadie había reparado en ese detalle?

—Suponemos que Rubens, que llevó el caso desde el principio y durante catorce meses antes de que nosotros interviniéramos, tapó sin ningún inconveniente la filiación —intervino Jeff—. No le habrá supuesto ningún problema.

—Que sean familia lejana no prueba que esté implicada en el Caso Nobilis —susurró el general Parker.

—Por supuesto, general, salvo que la agente Rubens, que tuvo muchísimos problemas por violencia doméstica y denuncias de todo tipo antes, durante y después de su divorcio del señor Rimington, encontró apoyo en los Relish-Bowles de Belgravia, especialmente en su primo Sebastián, con el que mantuvo y mantiene una estrecha relación personal.

—Vaya por Dios.

—Según consta en una amplia y abultada documentación legal, los Relish-Bowles mantienen, desde los años sesenta, desde la muerte del patriarca, varias disputas por tierras, casas y propiedades varias —continuó Daniela—. De hecho, el dúplex donde reside Sebastián Relish-Bowles en Belgravia ni siquiera fue al cien por cien de su familia hasta que no intervino la agente Rubens. Llevaba décadas en el limbo por la desaparición de su título de propiedad y por un sinfín de problemas más que Keiko ayudó a solventar, poniendo a disposición del juez Relish-Bowles, padre de Sebastián, la escritura y los documentos que la parte contraria, es decir, su familia política, mantenían ocultos para forzar las firmas de otras cuestiones pendientes de la familia.

—Ella usó los recursos policiales —intervino Jeff— y también su propia iniciativa para hacerse con mucha documentación del patrimonio familiar y se la pasó directamente al juez Relish-

Bowles para, según explica ella misma en una carta remitida a su ex, y leo textualmente: «Joderos a todos, panda de imbéciles. Te dije que me lo pagarías y me lo pagarás como más te duele» —concluyó Jeff y miró a Clarisse para que proyectara las imágenes que habían encontrado en sus perfiles privados de Instagram.

—Este «favor» los unió muchísimo y aquí aparece el tercero en discordia. —Daniela enfocó con el puntero las imágenes de Keiko y Sebastián en el Lago Como y en Portofino rescatadas de sus redes sociales ocultas, y señaló a John Mulgrave, que se veía siempre detrás de ellos disfrutando de las mismas vacaciones—. John Phillip Mulgrave, principal objetivo del Caso Nobilis y gran amigo de Sebastián Relish-Bowles, porque Mulgrave, aunque nadie haya reparado en un dato tan significativo, es pareja desde hace más de diez años del padre de Lily Mamber, actual novia de Sebastián Relish-Bowles.

—Oh, Dios mío... —se oyó decir en la sala, y Daniela lo ignoró y siguió a lo suyo.

—Hace unos cuatro años, coincidiendo con el inicio de la relación de Relish-Bowles con Lily Mamber, él empieza a colaborar «oficialmente» con Mulgrave y se convierte en su camello estrella entre sus amigos ricos, nobles y famosos. El negocio, según habéis podido comprobar, y muy bien, por cierto —Sonrió para relajar el ambiente—, le empieza a ir a las mil maravillas e involucra en la trama a su amiga Keiko, que ya es rica, pero que, por algún motivo que aún desconocemos, igual por pura diversión, accede a darle apoyo. Hay mucho material, lo podréis ver en las carpetas que os hemos dejado, donde se hace evidente que ella los «protege» de alguna manera, les da cobertura, seguramente los pone sobre aviso de redadas e investigaciones y ,finalmente, cuando la Policía italiana, Scotland Yard y el MI5 deciden intervenir la red de Mulgrave al verse asociada con mafias de tráfico de personas y drogas vinculadas con el terrorismo yihadista, ella no se queda quieta, pide trabajar en el caso y se pone al mando desde su génesis, lo ha que desembocado en miles de retrasos, problemas y obstáculos que alargaron la investigación hasta el infinito. Hasta que vosotros aterrizasteis en Roma, tomasteis el mando y a ella no le quedó más remedio que dar un paso atrás y retirarse. Eso sí, limpiando perfectamente sus huellas.

—Lo que viene a explicar el atentado fallido contra el Excelsior Pompeyo Roma —explicó Jeff—. Que la Interpol clasificó como obra de la Camorra y que Daniela, al revisar el expediente, destapó como prefabricado por alguien con el estilo idiolectal de Keiko Rubens. Su informe nos puso detrás de la pista y coincidimos con ella en que apenas se investigó el tema, porque quedó en manos de la Interpol y los Carabinieri que dieron por hecho que la Camorra napolitana estaba detrás.

—Según consta en los informes, en varios correos electrónicos y en muchas llamadas de la agente Rubens a sus superiores, ella insistió reiteradamente en hacerse cargo en exclusiva de la investigación del atentado fallido dejando fuera al MI5, alegando que estaba concentrado en cerrar el Operativo Nobilis.

—O sea, que una agente de la Interpol, involucrada hasta las cejas con los principales protagonistas de un caso de este nivel, ¿también simuló un atentado con bomba? —bufó el general Parker—. ¿Por qué?

—Creemos que como maniobra de distracción para ganar tiempo. Ella era consciente de que quedaban solo unas semanas para la intervención, de hecho, se había barajado la Nochevieja para detener a Mulgrave en Roma, y algo tenía que hacer —respondió Jeff.

—Suponemos que también aprovecharon el revuelo para limpiar sus huellas y sacar material comprometido. El hotel se cerró durante diez días y pudieron entrar y salir sin ningún control, con droga o con lo que quisieran. Cuando se intervino en Milán, acción de la que ella se enteró tarde por decisión del mayor Dankworth, que la había dejado al margen del caso, en el Excelsior Pompeyo Roma no se encontró nada, aunque vosotros teníais más que probado que era el centro de operaciones de Mulgrave.

—¿Y todo esto lo habéis investigado ahora, gracias a que la señorita Mendoza se molestó en revisar unos expedientes?

—Básicamente, sí, le pedimos que les echara un ojo mientras estaba bajo nuestra custodia en Windsor y, en cuanto detectó que algo no iba bien, nos lo advirtió. En ese momento, el mayor Dankworth ordenó crear un equipo nuevo, ajeno a la Interpol, para revisar toda la documentación del caso. También ayudó que tuviera un encuentro fortuito con Sebastián Relish-Bowles en Roma.

—¿A qué se refiere, capitán?

—Hace dos semanas me lo encontré en Roma —intervino ella— y, al hacerme una serie de comentarios y preguntas sobre temas personales y legales que era imposible que supiera por sí solo y que estaban directamente relacionados con la agente Rubens, optamos por volver al principio y estudiarla a ella. Rápidamente dimos con el vínculo.

—Un agujero semejante, en una investigación de este tamaño y con este presupuesto, es algo gravísimo —susurró el general Parker pasándose la mano por la cara y Edward hizo amago de hablar, pero él levantó una mano y lo hizo callar al instante—. Lo único que quiero saber ahora es ¿en qué demonios nos salpica a nosotros todo esto?

—Directamente en nada, señor, porque el Caso Nobilis está atado y bien atado, y se logró cerrar precisamente gracias a nuestra intervención en los últimos cinco meses —contestó Jeff—. Si el MI5 no llega a ponerse al mando, a estas alturas seguiría todo parado y Mulgrave y sus secuaces seguirían haciéndose ricos y campando a sus anchas por medio mundo.

—Hablaré con el juez instructor y con el fiscal, les pasaremos el informe. Seguramente querrán abrir una pieza separada o no, no lo sé. Es una verdadera locura. Hay que llamar también a la Interpol. Joseph, ponme con algún mando y, por favor...

—Se puso de pie y todos con él—, que alguien consiga detener a Rubens antes de que toda esta mierda se haga pública. Muchas gracias.

—Bien... —Todo el mundo, con la cara por el suelo, empezó a salir, y Daniela buscó con los ojos a Edward, que seguía sin moverse de su sitio.

—Señorita Mendoza, Daniela. —El general Parker se le acercó y le tocó el codo—. Tiene talento, me alegro de que esté trabajando con nosotros. Hace unos meses, en esta misma sala, opiné que usted era un elemento irrelevante, y resulta que ahora ha destapado un escándalo que hará tambalear muchas cabezas.

—No podría haberlo hecho sin la ayuda del mayor Dankworth, del capitán Burns y de todo su equipo, general.

—Tiene instinto, eso ni se compra ni se entrena. Ahora entiendo por qué la inquina de esa mujer contra usted, seguro que intuía que acabaría destapándola.

—Bueno, su inquina contra mí es más por una cuestión personal, pero...

—Eso desde luego, pero también había algo más, por eso intentó neutralizarla a través del acoso y las amenazas. Piénselo. Muchas gracias. Adiós a todos.

—General Parker, necesito hablar con usted, señor.

Edward se puso de pie de un salto y lo siguió hacia el pasillo. Daniela sintió náuseas y un malestar concreto por todo el cuerpo, porque sabía que, aunque él mismo la había animado a continuar hasta el final con su teoría, lo estaba perjudicando muchísimo, directa o indirectamente, y se sintió fatal. Miró a Jeff y él le hizo un gesto para que hablara.

—¿Y ahora qué, Jeff?

—No lo sé, amiga, pero me da que nada bueno.

Entró en Harrods corriendo porque, como siempre, iba con la hora pegada, y subió a la planta de niños con ese mareo que no se le quitaba ni comiendo. Se detuvo en la escalera mecánica y respiró hondo entendiendo que, corriera más o corriera menos, no iba a llegar puntual al *baby shower* de Mercy y Henry, más le valía ir despacio y evitar el estrés innecesario que se estaba metiendo en el cuerpo.

Entró en la preciosa zona dedicada a los bebés y dio su nombre a una dependienta, ella asintió y le pidió que la siguiera hasta el mostrador de los bordados y las pijerías varias donde había encargado un juego de sabanitas y un edredón para la pequeña Daniela. Era lo único que se le había ocurrido como regalo para un bebé que ni siquiera había nacido, y a Edward, que era otro pasota, le había parecido algo útil, así que había elegido el menos ñoño del catálogo y había pedido que lo bordaran con su nombre, Daniela, en una esquina y con unas letras sencillas. Solo esperaba que a los padres les gustara, porque ya bordado no se podía cambiar.

—Hola, guapo —contestó en español al teléfono y Edward le respondió riéndose.

—Me pones muy cachondo, Daniela, en serio. ¿Dónde estás?

—Saliendo de Harrods con el regalo, ha quedado muy bonito, bastante discreto, me gusta. ¿Tú qué haces? ¿Has pasado por el supermercado? No tenemos nada en la nevera. Joder, qué maruja me siento... —lo último lo dijo en español y él soltó otra carcajada.

—¿Qué dices? ¿No me estarás insultando?

—Para saberlo deberías aprender un poco de castellano, pero no, no te estoy insultando. ¿Qué tal el partido? ¿Has hecho la compra?

—El partido bien, ganamos, y ayer le pedí a Clarisse que me hiciera la compra por Internet, la traen dentro de una hora.

—No puedes pedirle a tu ayudante que te haga la compra por Internet, para eso la hago yo.

—Tengo una lista de favoritos en la web de Sainsbury's, solo ha tenido que dar al OK y agregar algunas cosas que me habías encargado tú. Dice que no le importa, pero no te llamo por eso. Tengo en mi mano una carta de John Mulgrave para ti.

—¡¿Qué?! —Se quedó quieta en la parada del autobús y respiró hondo—. ¿Cómo ha llegado?

—Su abogado la mandó al Excelsior Pompeyo Roma, tu amiga Antonella avisó a Rodrigo San José, él la recogió y se la hizo llegar a Pedro a Madrid, allí la escanearon y me la acaban de enviar por correo electrónico.

—O sea, ¿que Pedro y Juan la abrieron, la leyeron y ahora tú también? Me encanta el respeto que manifestáis por mi intimidad. —Sonrió subiéndose al autobús y se desplomó en un asiento porque estaba agotada—. ¿Qué dice?

—No es muy larga. Solo quiere asegurarse de que sepas que nunca quiso implicarte en algo ilegal, que la propuesta de trabajo era sincera y ajena completamente a sus negocios individuales y que su tío falleció en agosto. Se despide agradeciendo tu amistad y la atención que siempre les brindaste, bla, bla, bla.

—Vaya, o sea, que el tío Hugh no sobrevivió al escándalo.

—Se ve que no, ¿le vas a contestar?

—No sé, supongo que no. ¿No te ha sentado mal nada del desayuno?

—No. ¿Por qué?

—Tengo el estómago revuelto, vomité en casa antes de salir.

—Tú vomitas por cualquier cosa, debería verte un médico, mi madre...

—No te preocupes, ya estoy llegando a casa de los Cullen, seguro que ahora con un té se me pasa. ¿A qué hora vienes?

—Hemos quedado a las seis para tomar unas pintas en un *pub* de su barrio, te recojo luego, ¿OK?

—¿Te vas a escaquear del *baby shower*? ¿En serio?

—Al parecer, los tíos estamos vetados, eso ha dicho Henry.

—Pues no te molestes en venir a buscarme, son las tres de la tarde, no creo que pueda aguantar hasta después de las seis. Ya nos veremos en casa, adiós.

—Daniela.

—¿Qué?

—No seas tan arisca, quiero ir a recogerte, saludar a Mercy, tomar un trozo de tarta, presumir de novia...

—Serás capullo... Adiós.

Le colgó dando gracias a Dios porque volvía a ser el de siempre y caminó por esa calle tan bonita de Chelsea donde Mercy y Henry Cullen tenían una casa muy acogedora.

En uno de esos callejones alejados de King's Road que tanto le gustaban, habían reformado con sus propias manos una casita antigua de dos plantas y a ella le chiflaba. Habían estado varias veces allí cenando y siempre les decía lo mucho que le gustaba porque por fuera era muy modesta, pero por dentro era amplia, luminosa y espectacular. Y debía costar una fortuna.

Casi todos los amigos de Edward vivían en sitios muy bonitos, también Edward, que tenía un piso precioso en un edificio estilo Tudor de Lambeth, a pocos minutos andando de Thames House, la sede oficial del MI5.

Era un apartamento amplio, con dos habitaciones, vestidor y dos baños. Una cocina en condiciones y una terraza. También tenía un salón inmenso y bien iluminado, todo decorado con sobriedad y buen gusto, muy funcional. El piso de un hombre que trabajaba mucho y viajaba mucho, aunque eso estaba cambiando porque le había pedido que lo pusiera a su gusto y, sin querer, había ido invadiendo casi todos los rincones de su casa, empezando por el vestidor y el cuarto de baño principal, y ya lo empezaba a sentir como un hogar. Un hogar lleno de amor y armonía, porque encima, afortunadamente, los dos valoraban la limpieza y el orden, vivían muy en sintonía y lo mantenían todo impecable con un poquito de atención y gracias a la ayuda

inconmensurable de Carmen, la asistente portuguesa que lo llevaba cuidando un montón de años, y con la que ella hablaba en portugués, que era un idioma que le encantaba.

En la práctica, solo llevaban tres meses juntos, sin separarse apenas, pero solo tres meses, y era increíble lo compenetrados que estaban.

Nunca había tenido una familia al uso, un hogar suyo, una convivencia muy larga con nadie, sin embargo, con Edward, al fin se sentía en casa. Él era el amor de su vida, eso lo sabía desde hacía tiempo, y seguro que estar tan enamorados ayudaba para llevarse bien y sentirse en paz juntos, pero, objetivamente hablando, era perfecto. Se entendían, no discutían y si lo hacían, él no paraba hasta hablarlo y aclararlo todo.

Le estaba enseñando a convivir y a comunicarse; era tan rarito e introvertido como ella, respetaba sin ningún problema sus silencios o sus momentos de soledad. Momentos privados que él también necesitaba de vez en cuando.

En resumen, se lo ponía muy fácil, estaba aprendiendo muchísimo a su lado, empezando por amar sin miedo y confiar. Estaba perdiendo el miedo a perder, a la ausencia, y eso la estaba convirtiendo en otra persona. Una mucho más afable y abierta; no lo podía querer más. Era brillante, divertido, con mucho sentido del humor, cariñoso, guapísimo y sexi. Era un milagro, y no se cansaba de decírselo a todas horas.

Llegó a la casa de los Cullen y tuvo que detenerse por un sofoco raro que le abrazó todo el cuerpo, respiró hondo y miró la decoración de la puerta donde había un enorme corazón rosa que rezaba: «Bienvenida, Daniela». Sonrió y esperó a que se le pasara un poco el malestar, no pensaba entrar allí y armarla, caminó un poco más por la acera y decidió pensar en otras cosas.

Lo primero, en el trabajo, que había vuelto a la normalidad después de que el general Parker rechazara tajantemente la dimisión de Edward por los fallos en el Caso Nobilis.

Una comisión disciplinaria, el gabinete jurídico, varios superiores y compañeros, todo el mundo había opinado y se había decidido que la culpa no era del MI5, sino de la Interpol, la Policía italiana y Scotland Yard por semejante chapuza, y el tema se había zanjado ahí.

Ellos daban por bueno su trabajo, habían cumplido perfectamente con su cometido y habían cerrado en cinco meses un caso monstruoso que había durado demasiado tiempo, así que ahí nadie dimitía y, mucho menos, después de haber descubierto las lagunas y los errores cometidos por otros y de haber puesto la cara colorada a la Interpol que andaba como loca buscando a Keiko Rubens por todo el planeta.

Gracias a Dios, todo había quedado en eso, en varias reuniones entre los jefazos, en poner el grito en el cielo y, luego, en alegrarse por haber llegado mucho más tarde al caso.

Políticamente hablando, estaban limpios de polvo y paja, jurídicamente, también, y a nivel técnico, igual. Todo estaba atado para el MI5, pero no lo estaba tanto para Edward Dankworth, el mayor al mando, que veía por primera vez en su vida una mancha en su impecable hoja de servicio.

Él nunca se perdonaría haber relajado la presión, haber confiado en otras fuerzas de seguridad que no podía controlar, en Keiko Rubens, que encima había sobrevolado su vida personal, y había pasado unos días muy malos autoflagelándose, sin querer hablar del asunto, hundido en un

estado que empezó a asustarla hasta que una noche se abrió, hablaron largo y tendido sobre tema, y decidió pasar página.

—Lo siento por mi equipo, pero, a partir de ahora, las cosas se harán a mi manera, sin espacio para los errores, por mínimos que sean —le dijo sentado en el suelo del salón con una copa de vino en la mano—. Nunca más, bajo ningún concepto, relajaremos las formas, porque no pienso volver a equivocarme.

—Para esto sirven las meteduras de pata, amor, para llamar nuestra atención, enmendar los fallos y empezar de nuevo. A veces fastidiarla es bueno, si no nos equivocamos, no aprendemos nada.

—¿Y tú te quedarás conmigo para arreglarlo?

—Por supuesto.

—Es inaudito todo lo que ha pasado.

—Inaudito me parece a mí que nuestros ex estén metidos en el mismo saco.

—Ella nunca fue nada mío y Relish-Bowles ya no estaba contigo cuando empezó a trapichear para Mulgrave.

—Según nuestros datos, empezó con Lily Mamber bastante antes de su famosa fiesta sorpresa, o sea, antes de dejarme en ridículo delante de todo el mundo.

—Ese tío es un capullo integral, pero gracias a su gilipollez nos conocimos, así que eso se lo vamos a perdonar.

Después de esa noche había dado carpetazo a las lamentaciones y había hecho una remodelación exhaustiva de su equipo. Se había vuelto un poco más insufrible durante un par de días, pero, al final, había conseguido poner las pilas a todo el mundo y establecer unas nuevas reglas que pretendían tranquilizarlo y, sobre todo, que intentarían convertir su trabajo normalmente óptimo en excelente.

—Hola —respondió al móvil sin mirar quién llamaba y la voz que le llegó desde el otro lado le quitó el mareo de golpe.

—Vaya, ya sales sola por Londres.

—Keiko Rubens, ¿cómo estás? —simuló tranquilidad mirando a su alrededor y ella se echó a reír a carcajadas.

—Cualquier día te pasará algo, Daniela. El que avisa no es traidor.

—¿Qué quieres?

—Saludar.

—¿Qué más?

—Recordarte que no me olvido de ti.

—No sé por qué, yo a ti no te he hecho nada.

—Ah, ¿no? —Se echó a reír a carcajadas otra vez y ella miró el móvil intentando grabar la llamada, pero fue incapaz de hacerlo y bufó un poco desesperada—. Te podría hacer una lista de deudas que has contraído conmigo y que te costarán muy caras, muerta de hambre. Tarde o temprano pagarás, te doy mi palabra, pero ahora no voy a perder el tiempo con eso, necesito que le digas a Edward que quiero una reunión con él, solo con él, en Londres, para arreglar toda esta

mierda. Ni siquiera pisaré la cárcel, sé demasiado, seguro que sus amiguitos del MI5, de Scotland Yard y de la Interpol prefieren resolver esto sin causar bajas. Mi padre es íntimo amigo de todos sus jefazos, empezando por el primer ministro, así que más le vale llegar a un acuerdo conmigo o...

—¿Una reunión en Londres?

—¿Estás sorda?

—¿Cómo puede comunicarse contigo?

—Te volveré a llamar dentro de dos días, serás mi recadera, que es para lo único que sirves.

—Pero...

Le colgó de golpe y ella se quedó mirando el teléfono completamente desconcertada. Respiró hondo y trató de tranquilizarme para recordar perfectamente todo lo que le había dicho, hizo amago de llamar a Edward y, entonces, una voz femenina le llegó por la espalda.

—¿Daniela? —Vivien, una de sus amigas, se le acercó y la miró de arriba abajo—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿qué tal?, ¿cómo estás?

—No tan bien como tú —soltó admirando su vestido y luego bufó—. Hija, estás cada día más guapa, será el amor. Siempre estás resplandeciente.

—Tú sí que estás guapa. ¿Cómo lo llevas?

—El primer trimestre siempre es mortal, ya se me pasará. ¿Entramos?

—Claro, pero necesito un segundo. Ve entrando, tengo que hacer una llamada urgente.

—¿Qué diantres hace Daniela aquí?

Tiró el boli encima de la mesa al verla aparecer por la oficina y todo el mundo se giró hacia la cristalera, el primero, Jeff, que bufó bajando la cabeza.

—Te dije que no era buena idea dejarla al margen.

—Joder.

Resopló bastante cabreado y la siguió con los ojos viendo cómo avanzaba por el pasillo con la mochila al hombro y muy seria, esperó a que entrara en su despacho y se metió las manos en los bolsillos.

—Danie...

—¿Tenéis una reunión? —lo interrumpió mirando a todo el mundo y luego fijó los ojos oscuros sobre él—. ¿Por qué nadie me ha avisado?

—¿No estabas en el médico?

—He pasado del médico, ya me siento mejor. —Buscó una silla y se sentó—. ¿Qué me he perdido?

—Nada, estábamos hablando de la cédula durmiente de Canterbury —intervino Jeff mintiendo como un bellaco y ella entornó los ojos.

—Y también del encuentro con Rubens —soltó Edward sabiendo que ya los había pillado con las manos en la masa y que no valía la pena intentar engañarla—. Hemos visitado el edificio que ha propuesto en la City y tiene mil vías de escape.

—Lógicamente, ¿no?

—El edificio pertenece a su padre, llegará en helicóptero y se marchará de la misma forma —continuó Charlie, uno de los técnicos—. La familia Rubens dispone de dos AgustaWestland AW139, que alcanzan los mil doscientos cincuenta kilómetros por hora, dudo mucho que podamos seguirla a menos que tengamos a los nuestros sobrevolando el edificio, lo cual la espantará antes de aterrizar.

—Nada de helicópteros, hemos acordado no armar revuelo. Se trata de un encuentro amistoso aprobado por el Gobierno, me lo ha pedido el ministro del Interior en persona —susurró él pasándose la mano por la cara—, pero usaremos drones y la monitorizaremos todo el tiempo, eso no nos lo pueden impedir.

—A los helicópteros de tráfico no les pondrán pegas, he hablado con el jefe Morgan, y nos darán cobertura si fuera necesario.

—Ni que fuera una terrorista del ISIS —masculló Clarisse y todo el mundo la observó muy interesado—. Lo siento, señor, no quería...

—Bien, para que a todo el mundo le quede claro —Jeff se puso de pie delante de la mesa—: La exagente de la Interpol, Keiko Rubens, usó su situación de poder para proteger durante cuatro años a una organización dedicada al narcotráfico. Organización con probadas vinculaciones con el tráfico de personas y el terrorismo yihadista. El Caso Nobilis, que tantos dolores de cabeza nos ha dado, ha estado empañado y torpedeado en todo momento por ella. Es una fugitiva de la justicia que no solo ha traicionado a su cuerpo policial y a los millones de ciudadanos que lo pagan, sino también al resto de fuerzas de seguridad con las que ha interactuado estos últimos años; o sea, a nosotros. Además de esto, que ya de por sí es gravísimo, ha estado acosando reiteradamente a nuestro jefe y a nuestra compañera Daniela Mendoza, a la que retuvo ilegalmente en Roma y obligó a pasar siete semanas en Windsor bajo nuestra custodia por amenaza probable de muerte. No tenemos ninguna duda de que es peligrosa, una traidora con contactos en las peores cloacas y una delincuente que a lo mejor no mata como el ISIS, pero que sí lo hace de otras formas. Iremos a por ella con todos nuestros recursos. ¿Alguna duda?

—No, señor —contestaron todos.

—OK, pues nos ponemos en marcha ya. A partir de ahora tenemos veinticuatro horas.

—En resumen: el equipo B y C tiene que tomar sus posiciones a medianoche, el A se queda aquí para el control global y el D, ya sabéis... —Edward miró a su gente y luego a Daniela que permanecía quieta—. Muy bien, todos en marcha. Buena suerte.

—¿Ya habéis acabado? —le preguntó ella al ver cómo abandonaban el despacho a toda prisa y él asintió pidiéndole a Jeff y a Clarisse que los dejaran solos.

—¿Nos podéis dejar un minuto? Gracias. —Esperó a que se fueran cerrando la puerta y se sentó en su butaca—. ¿Por qué te has escaqueado de ir al médico? ¿Qué edad tienes?, ¿cinco años?

—¿Desde qué hora estáis reunidos?

—Desde las nueve.

—¿Por qué nadie me avisó?

—Era una reunión del equipo táctico. No asistió ningún perito lingüista.

—Disculpa si no estoy a vuestra altura, pero este caso es tan mío como vuestro. Llevo investigándolo meses, ayudé a destapar a Keiko, ella me llama a mí para contactar contigo, yo...

—Solo te llama a ti porque sabe que mi línea está protegida.

—Estupendo, Edward, muchas gracias... —Se levantó e hizo amago de irse, pero él la detuvo poniéndose otra vez de pie.

—Un momento, espera.

—¿Qué te pasa? No pretenderás dejarme al margen justamente ahora, ¿no? Creí que éramos un equipo.

—Y lo somos, pero este caso tiene unas connotaciones personales que no puedo obviar. No te quiero cerca de ella.

—No tengo que estar cerca de ella, puedo estar aquí, ser testigo en la distancia, ver cómo se resuelve. No soy una militar entrenada ni una espía, pero sí puedo...

—Daniela. —Levantó las manos para hacerla callar, se acercó, la sujetó por las caderas y

retrocedió con ella hasta apoyarse en el borde de la mesa. La puso entre sus piernas y la miró a los ojos—. Escucha, no puedo fallar en esto, ¿OK?, mañana será crucial tenerlo todo bajo control, no puedo permitirme el lujo de estar preocupado por ti.

—Pero...

—No sé si mientras estoy con ella manda a alguien a por ti o si tiene algún plan diabólico para hacerte daño. No me fio de ella, porque sé que sabe que mi único punto débil eres tú, por eso no te quiero ni rozando el operativo. ¿De acuerdo?

—¿El edificio el MI5 no es seguro?

—Jeff y yo creemos que tiene a alguien aquí dentro y no pienso correr riesgos.

—¡¿Qué?! ¿Por qué no me habéis dicho nada?

—No podíamos.

—La madre...

—Esta noche dormiremos en un hotel protegido y mañana, hasta que todo esto acabe, te quedarás allí bajo la custodia de Linda y sus compañeros de la ARV. He hablado personalmente con ella y está al tanto de todo.

—Pero...

—¿Por qué no has ido al médico?

—Porque ya me siento mejor.

—Esa no es una excusa.

—Mira, creo que tenemos asuntos mucho más importantes que tratar que mi dichosa visita al médico, pero si no estás dispuesto a explicarme nada, mejor me voy.

Salió a toda velocidad del despacho y la vio tirar la mochila encima de su mesa antes de desaparecer por el pasillo.

En realidad, tenía motivos más que suficientes para estar enfadada. Había trabajado muchísimo para ayudarlos a destapar a Keiko Rubens, había soportado mucho más de la cuenta, incluso las últimas llamadas de esa mujer, que siempre eran ofensivas y amenazantes. Se había prestado a todo por ayudar y, ahora, la apartaban del desenlace, y sabía que jamás asumiría que era por su seguridad.

Si algo no conseguía digerir la señorita Daniela Mendoza, era que necesitaba protección. No estaba acostumbrada a ser la prioridad de nadie, le había dicho una vez, y era cierto que le costaba muchísimo creer que, para él, que la quería más que a nada en el mundo, lo único realmente importante era su bienestar.

Se resistía y se mostraba un poco rebelde ante su preocupación constante. Estaba aprendiendo de la nada a ser amada de forma incondicional y absoluta, él lo comprendía y en otras circunstancias, en otra vida, hubiese tenido toda la paciencia del mundo con ella, pero en su realidad, con su trabajo y una delincuente inestable y peligrosa como Keiko Rubens acechándola, no podía permitirse esa paciencia; así pues, si tenía que hacer uso de su autoridad para «someterla» y mantenerla segura, lo haría. No se achantaría porque se ofendiera o se sintiera dolida, ya habría tiempo para explicaciones y disculpas. De momento, la prioridad era sacar el

Operativo Rubens adelante y cerrar de una maldita vez todo aquel turbio episodio que ya duraba demasiado tiempo.

—¿Qué ha dicho Daniela sobre...? —Jeff asomó la cabeza y él se encogió de hombros.

—No se lo ha tomado muy bien.

—No me extraña.

—Ya lo entenderá.

—Los del MI6 creen que Rubens lleva dos meses en el país.

—Nos hemos lucido con toda esta mierda, Jeff, mañana hay que cerrarlo al precio que sea. — Miró la hora—. ¿Sabes dónde está? Me refiero a Daniela, hace media hora al menos que se fue de aquí.

—Su mochila sigue en su mesa.

—Joder.

Se levantó y dejó el despacho deshaciéndose la corbata. Le había tocado ir a hablar con el ministro del Interior a primera hora y seguía sin poder quitarse el traje, un verdadero incordio. Salió al rellano de su planta y observó con atención a todo el mundo trabajando en sus puestos, se giró buscándola con los ojos y no la encontró. Buscó el teléfono móvil para llamarla y entonces apareció Clarisse, que salía del cuarto de baño de señoras.

—¿Necesita algo, mayor?

—¿La señorita Mendoza?

—Estaba en el servicio, pero bajó un rato a la calle, dijo que necesitaba tomar el aire.

La madre que la parió, masculló empezando a ponerse nervioso y corrió hacia las escaleras, bajó a toda velocidad, llegó al vestíbulo del edificio y tampoco la encontró, salió a la calle Millbank, miró hacia el río y ahí la pilló, apoyada en la balaustrada, observando el Támesis tan tranquila. Respiró hondo, cruzó la calle por en medio del tráfico y se le acercó intentando parecer tranquilo.

—Hey...

—Si creéis que Keiko tiene a alguien dentro —susurró sin mirarlo—, dudo mucho que se presente mañana a vuestra reunión amistosa. Ya sabrá que estáis planeando detenerla.

—Ya veremos. Se aburre, necesita un poco de protagonismo y se lo estamos ofreciendo.

—¿Qué te dijo el ministro?

—Que nada de escándalos, que su padre es un potente benefactor del primer ministro, que ya bastante daño ha hecho, bla, bla... Lo previsto.

—Sigo sin entender que una mujer rica, querida, guapa y que lo tenía todo, se haya metido en semejante berenjenal, empezando por hacerse policía. Todo en su vida es un misterio.

—Le iban los uniformes, el poder, la autoridad. La Interpol vestía mucho.

—Es una narcisista de manual.

—Exacto, y los narcisistas carecen de empatía, lo ha demostrado por activa y por pasiva, especialmente contigo, por eso me preocupa tanto que...

—A mí también me preocupa, sé cómo es y solo me espero lo peor de ella. Soy consciente de lo que puede hacer contra ti o contra mí, pero eso no mejora el hecho de que me estás apartando

de un caso en el que yo estoy involucrada directamente. Es mi trabajo.

—¿Dudas de mi criterio?

—No, pero sabes que es injusto.

—Puede ser, pero aquí prima la seguridad de todos, y yo soy el responsable.

—OK, es inútil seguir con esta discusión.

—En este oficio no vendemos repuestos de coches, se trata de asuntos que afectan a mucha gente, asuntos de vida o muerte. Tienes que aprender a acatar órdenes, a aceptar las decisiones de tus superiores y, sobre todo, tienes que aprender a disociarlo de nuestra vida personal o no podremos trabajar juntos.

—Lo haré si tú lo haces.

—Yo lo hago, me cuesta muchísimo, pero es lo que intento hacer.

—Vale. —Lo miró de reojo y luego dio la espalda al río para mirarlo de frente—. Estás guapísimo con esos pantalones de vestir y esa camisa blanca tan elegante. Hoy, más que nunca, eres mi perfecto galán de Jane Austen.

—Madre mía. —Movi6 la cabeza relajando los hombros y ella sonrió.

—Estaba pensando en que hace un año estaba en Roma matándome a trabajar, tratando de pasar de puntillas por la vida, pero apareciste tú y todo se volvió tan intenso.

—Lo mismo digo.

—Mañana tenéis que cerrar este caso como sea. Creo que, si tengo que seguir oyendo hablar de Keiko Rubens, Nobilis o la madre que los parió a todos, me tiraré al río.

—Estoy de acuerdo.

—Te quiero. —Dio un paso y se le abrazó al pecho muy fuerte.

—Faltan diez días para tu cumpleaños, ¿qué tal si intento conseguir unos días libres y nos tomamos unas vacaciones? ¿Te haría feliz una escapadita a...?

—A mí me hace feliz que cada día, después de una jornada matadora de trabajo y de preocupaciones, tú vuelves a casa y vuelves conmigo, Edward, lo demás no me importa nada, en serio, no necesito vacaciones.

Dios mío. Se sentó en la cama con el pulso acelerado y le costó unos segundos situarse y darse cuenta de que solo había tenido una pesadilla, una de esas recurrentes que siempre la llevaban a Madrid o a Roma cuando era pequeña, y que le causaban tanta angustia.

Respiró hondo, se tumbó otra vez y miró a Edward que, a pesar del estrés, siempre dormía como un tronco, estiró la mano y le acarició el pecho desnudo recordando que ese era el gran día, el del encuentro con Keiko Rubens en un edificio de esos inteligentes y supermodernos de la City londinense. Tenían que madrugar, pero aún les quedaban un par de horas de sueño, así que cerró los ojos e intentó seguir durmiendo, pero no pudo.

Todavía le costaba asimilar que la hubiese dejado al margen del operativo y que encima la recluyera en ese hotel de Westminster a cargo de Linda y sus compañeros de Unidad Armada de la Policía de Londres. Era una pesadilla, porque no estaba para quedarse encerrada y quietecita, pero no había tenido margen de maniobra ni más opciones que acatar órdenes, como decía Edward, y no pensaba complicarle el día con sus quejas: le tocaría esperar allí, subiéndose por las paredes y pendiente del ordenador, desde donde esperaba ir siguiendo las novedades del operativo en tiempo real.

Por supuesto, era la que menos se fiaba de Keiko Rubens. Aún no entendía su propuesta de paz, que consistía en reunirse con Edward para exponer unas demandas y unas ofertas con las que pretendía negociar su entrega a la Policía. ¿Negociar el qué?, si era más culpable que Charles Manson. Tenía mil cargos en su contra, empezando por obstrucción a la justicia y colaboración con una banda de narcotraficantes, y terminando por detención ilegal, acoso, amenazas de muerte, fuga y así un rosario de acusaciones.

Según el Gobierno británico, valía la pena escucharla. La Interpol estaba desesperada por intervenir en el operativo para saber qué pretendía, y todo el mundo, al final, le estaba bailando el agua, que era justamente lo que buscaba esa tía desequilibrada a la que le encantaba ser el centro de atención.

Lo único que la consolaba era que su equipo, la unidad de Edward, tenía un plan de contingencia alternativo cuyo único fin era detenerla. Muy poca gente conocía sus verdaderas intenciones, porque no se fiaban de nadie, ni siquiera dentro del MI5, pero el equipo táctico estaba preparado y con algo de suerte, negociaciones aparte, era posible que esa misma mañana la insufrible señorita Rubens acabara detenida y a buen recaudo.

Giró en la cama y se quedó contemplando a su galán de Jane Austen, que dormía como un bendito con la respiración acompasada y tranquila. Estaba desnudo, con las sábanas enredadas entre las piernas, y le pareció, como siempre, el hombre más guapo y varonil que pisaba la tierra.

Lo quería tanto que a veces le dolía, le había comentado a Gloria, y ella le había dicho que eso era el amor verdadero. Y seguramente tenía toda la razón, porque nunca había sentido algo parecido por nadie y solo podía dar gracias al cielo de que al menos tanto amor y tanta pasión fueran correspondidos, porque, de lo contrario, hubiese sido imposible soportarlo.

Observó cómo de repente se pasaba una mano por la cara y giraba la cabeza para mirarla a los ojos, y no se movió, ni dijo nada, y él tampoco, pero sí estiró la mano y la sujetó por el cuello para besarla. Y respondió al beso y se estremeció entera sintiendo cómo se le ponía encima para penetrarla sin mediar palabra, devorándole la boca y los pezones, y todo el cuerpo, con esa ansiedad animal que solía regalarle. Y suspiró bajo su peso, aferrándose a él con tanta intensidad que acabó con lágrimas en los ojos, gimiendo, mordiéndole la lengua, el cuello y los hombros, alcanzando un orgasmo muy rápido, pero igualmente delicioso, de esos que solo se permitían de vez en cuando, cuando los preliminares y la paciencia quedaban aparcados fuera de la cama.

—Buenos días —susurró sobre su boca y ella se echó a reír a carcajadas.

—Me encantan tus saludos, mi amor.

—Y a mí los tuyos. Voy a ducharme, quiero desayunar con tiempo.

—Vale.

Lo vio salir de la cama y caminar con esa pinta espectacular que tenía hacia el cuarto de baño, hizo amago de seguirlo, pero decidió quedarse un ratito más acurrucada, cerró los ojos y se durmió.

—Edward...

Cuando volvió a abrir los ojos ya era de día y estaba sola en la habitación. Se sentó en la cama y localizó en la mesa, junto a la ventana, una taza de café vacía. Se maldijo por dormirse en el peor de los momentos y saltó para meterse debajo de la ducha.

Era increíble que no se hubiera despedido de ella como era debido, pero, peor aún, era haberse dormido en medio de un operativo tan importante, masculló cabreadísima.

Se vistió, se arregló un poco, abrió las ventanas y tocó la puerta de la habitación contigua, donde estaban Linda y otro policía de la ARV, para saludarlos y avisar de que ya estaba levantada.

—Son las ocho de la mañana y me he dormido como una idiota —le dijo a su amiga y ella se echó a reír.

—Tu hombre se fue a las seis y media y estaba encantado de dejarte dormida.

—Pero no nos despedimos.

—Mejor. —Entró en su *suite* y la recorrió entera antes de volver a mirarla a los ojos—. Cuando estaba en el Ejército y nos íbamos a una misión complicada, no nos despedíamos, daba mala suerte.

—¿En serio?

—¿Quieres desayunar? Hemos subido unos bollos y el servicio de té tiene de todo. ¿Qué haces?

—La cama, me han dicho que no puede entrar nadie, ni el servicio de habitaciones.

—Ya, pero no pasa nada porque...

—No me digas que la deje sin hacer, me pone nerviosa. Ya cambiarán las sábanas cuando nos vayamos. —Acabó de hacer la cama y recogió sus cosas del cuarto de baño, lo ordenó todo y volvió a la habitación para encender la tele y el ordenador—. Edward no comió nada.

—Se tomó un café, iba a desayunar con sus chicos en Thames House.

—Joder, pues me fastidia mucho no haberlo visto.

—Dentro de nada lo tendrás de vuelta. ¿Qué tal Gloria?

—Gracias a Dios la fecundación funcionó a la primera, Carmen está de casi cuatro semanas.

—Me alegro mucho.

—¿Qué tal Alison? Ya no le queda nada.

—Entramos en la recta final a mediados de mes.

—Ya ves, eso es enseguida. —El ordenador no lograba conectarse con el MI5, así que se levantó y le dio un golpe contra la mesa—. Me cago en la leche, no funciona justo ahora.

—Tranquila, vamos, respira, nunca te había visto tan alterada.

—Es que nos jugamos mucho, Linda, lo único que quiero es cerrar este tema de una vez y, la verdad, entre tú y yo, creo que hoy no conseguiremos nada.

—Bueno, ya veremos.

—Ya, pero... hala, es Edward. —Miró el móvil vibrando sobre la mesa y lo contestó de un salto—. Hola, guapo, no te despediste de mí.

—No quise despertarte.

—¿Cómo va todo?

—Estamos a la espera, el baile empieza a las once en punto. ¿Estás bien?

—Por favor, no hace falta que te diga que...

—Tendré cuidado, tú también, ¿OK?

—Sí, Linda está conmigo, pero no puedo conectarme al MI5.

—Bueno, dentro de un rato igual es viable. Tengo que dejarte, amor. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Le colgó y respiró hondo volviéndose hacia Linda—. Qué mal rollo, me duele el estómago, otra vez tengo ganas de...

Salió corriendo al cuarto de baño con esas náuseas que la traían frita desde hacía semanas, cerró la puerta y se arrodilló junto a la taza para devolver hasta la primera papilla. En cuanto pasara todo aquello iría al médico, se prometió a sí misma, y volvió a tener náuseas, volvió a vomitar y, cuando al fin acabó, se arrastró frente al lavabo para mojarse la cara y lavarse los dientes.

Sabía que aquello era producto del estrés y la fatiga, estaba segura, siempre le había pasado cuando tenía una época muy dura, pero, de todas maneras, iría a ver al médico para quedarse tranquila y, de paso, tranquilizar a Edward, que llevaba muchos días insistiendo para que se hiciera un chequeo que descartara algo más serio.

—Linda...

Salió del cuarto de baño mirando la alfombra y la cama y, al no recibir respuesta, levantó los ojos y lo que vio casi le provoca un infarto.

—Hola, muerta de hambre. ¿Te he asustado?

—Madre mía.

Retrocedió y se dio con la puerta del baño sin poder apartar la vista de Keiko Rubens, que estaba allí de pie, muy elegante, acompañada por dos tipos enormes, uno de los cuales apuntaba a Linda en la cabeza mientras la tenía arrodillada junto a la tele.

—¿Qué te creías?, ¿que te ibas a ir de rositas? Te dije que me las pagarías de alguna manera, monina, y eso harás.

—¿Qué quieres?

—Sebastián te manda recuerdos. El pobre está muy jodido soportando a los putos italianos. —Caminó teatralmente por la habitación, cogió su teléfono y su ordenador, los tiró al suelo, se puso encima con sus tacones y los rompió—. Siempre se acuerda de ti, nos reímos mucho cuando nos cuenta con tanta gracia lo de su fiesta sorpresa. Menuda imbécil has sido siempre, Daniela, él llevaba un año con Lily y tú organizando fiestas sorpresa de cumpleaños, qué patética. Si no tienes más cuidado te pasará lo mismo con Edward Dankworth, el que avisa no es traidor.

—O sea, ¿que él te contó todo aquello?

—John Mulgrave también te manda recuerdos —ignoró la pregunta mirando la habitación muy atenta—. Pobre John, se llevó una tremenda decepción cuando se enteró de que tú eras la ex de Sebastián. Fíjate, tanto tiempo siendo amigos y nunca se me había ocurrido pensar que trataba contigo. Cuando hablaba de su «repcionista favorita», siempre di por hecho que se refería a Antonella Pellegrini. Hasta que Edward no apareció incordiando en Roma, no te había prestado ni atención.

—¿Qué quieres de mí, Keiko? —Se cruzó de brazos, ella dio un golpe en el suelo con su taconazo y la hizo saltar.

—Mírate, estás cagada de miedo y haces bien. En fin, al grano. Te presento a Boris Karadzic. —Le indicó a uno de sus matones y él sonrió—. Es sobrino de tu amigo Peter Karadzic, lo he traído desde Serbia porque está deseando ocuparse de ti, pero no te hará daño si me obedeces, ¿lo entiendes? Di que lo entiendes.

—Lo entiendo.

—Muy bien. Mientras yo me reúno con Edward, tú te vas a ir tranquilamente con el señor Karadzic sin hacer ruido ni montar ningún escándalo, y te quedarás con él hasta que mi cita con el MI5 acabe sin incidentes. Serás mi seguro de vida, Daniela, ¿qué te parece? Si te portas bien, y si Edward y su mierda de equipo no me la juegan, llegaremos a un acuerdo justo para todos y a ti no te pasará nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Perfecto, recoge tus cosas.

—No te muevas, Daniela —susurró Linda, y el tipo que la estaba encañonando le dio con la culata de lleno en la cabeza, cayó de bruces sangrando y Daniela hizo amago de ayudarla, pero, antes de dar un solo paso, un silbido por su derecha la paralizó.

Instintivamente se quedó quieta y dejó de respirar, levantó los ojos y vio caer al serbio sobre la alfombra con un tiro en la frente.

—¡Al suelo! —gritó Linda.

Se tiró al lado de la cama y se tapó la cabeza con las dos manos, como en las películas, oyendo cómo reventaban la puerta y se desataba un zafarrancho de combate con gritos, disparos y órdenes en clave que se mezclaban con los chillidos histéricos de Keiko Rubens.

—Delta, Echo, Quebec, Romeo. Perímetro controlado, sujeto a salvo —dijo un hombre a su lado, una eternidad después, y la agarró del brazo para ponerla de pie—. ¿Está bien, señora?

—Sí, gracias. —Lo miró a la cara y comprobó que iba vestido de combate, todo de negro, como las fuerzas especiales, con casco y gafas de visión nocturna, y dio un paso atrás para sujetarse a la pared—. ¿Linda?

—Estoy bien, no te preocupes. No te muevas, tranquila, está todo controlado.

—Madre mía.

Observó la habitación destrozada y tres cuerpos en el suelo, uno de ellos el de Keiko Rubens, y se tapó la cara con ganas de vomitar. Percibió la mano de Linda en la cintura y la miró indicándole a la gente cubierta de sangre. Era horrible, y ella asintió y le hizo un gesto tranquilizador intentando que caminara, pero no le funcionaban las piernas.

—¡Daniela! —gritó Edward entrando allí como un vendaval y ella suspiró aliviada al verlo bien, pero siguió sin poder moverse, en estado de *shock*, pensó antes de empezar a ver puntitos de colores a su alrededor. Parpadeó tratando de no sucumbir al mareo, subió los ojos, miró los azules de Edward y se desmayó.

—Está bien, perfectamente, el médico dice que conmocionada, pero físicamente bien.

—¿Te has asegurado que le hicieran una valoración exhaustiva?

—Sí, analítica incluida. Es el protocolo, no te preocupes.

Sacó la sartén y cascó los huevos mientras hablaba con su madre, sin dejar de mirar por el rabillo del ojo las noticias donde no se hablaba de otra cosa: el asalto a un hotel de lujo, en el centro de Londres y a plena luz del día, por parte de las fuerzas especiales, para detener a una delincuente internacional buscada desde hacía meses por la Policía de todo el mundo.

—Veníos a Newcastle, necesita paz y tranquilidad. Os cuidaremos bien.

—Es una de las opciones, pero yo tengo mucho trabajo que cerrar aún. En cuanto acabe, pues...

—Que venga ella, no tienes que venir tú.

—No quiero separarme de ella —contestó revolviendo los huevos y disfrutando del aroma a beicon recién hecho—. Ninguno de los dos está por la labor de viajar por separado, a ver si el fin de semana...

—Ay, Edward, me encanta que seas tan protector con tu chica. ¿Cuándo os vais a casar?

—Mamá... —Sonrió y movió la cabeza.

—Una boda en primavera sería perfecta aquí en Newcastle, en Madrid, en Roma o donde os apetezca.

—Aún no hemos hablado de eso y, aunque me encantaría, dudo mucho que ahora esté por la labor de casarse conmigo.

—Vale, lo primero es superar este episodio traumático y descansar. Lleváis una temporada muy dura.

—Exacto.

—Tu padre os manda saludos, cariño. Cuídate, te quiero.

—Yo también te quiero. Adiós.

Le colgó y se sirvió el desayuno sin dejar de mirar la televisión. Se sentó en la mesa de la cocina y encendió el ordenador para leer algunos correos electrónicos de sus superiores y los informes de su equipo que había desclasificado hacía unas horas.

Afortunadamente, no les había fallado el instinto, y mientras preparaban oficialmente el encuentro con Keiko Rubens en la City, extraoficialmente habían previsto un operativo de asalto al The Goring Hotel, donde había dormido con Daniela y donde la había dejado a cargo de la Unidad Armada de la Policía de Londres, con la teniente Linda Higgins a la cabeza.

Por supuesto, a Daniela la habían mantenido completamente al margen de la operación. No la querían poner en preaviso y, aunque toda la vida lamentaría haberla sometido a semejante mal

trago, estaba seguro de que habían hecho lo correcto, porque si Rubens hubiese llegado a intuir que algo se cocía, habría pasado de las amenazas a los hechos en cuestión de segundos y podría haberle costado la vida.

La única forma de acabar con aquella pesadilla había sido dejarla maniobrar a sus anchas y, por fortuna, había picado como una novata.

Llevaba meses con un topo en su unidad, lo sabían, porque el topo era un agente doble y los mantenía perfectamente informados, sin embargo, nunca había llegado a confiar lo suficiente en él como para desvelarle su paradero, por lo que no les había quedado más remedio que tener paciencia y esperar su oportunidad y, al final, la oportunidad había llegado y jugando en casa, así que habían desplegado un dispositivo bastante potente en colaboración con Scotland Yard y la Unidad Armada de la Policía de Londres, que les habían dado una cobertura secreta y perfectamente coordinada.

Sonrió tomando un sorbo de café, porque lo cierto es que la jugada les había salido redonda, y luego pensó en Daniela, que había estado en la inopia alrededor de dos meses, sin sospechar nada de lo que estaba pasando y que, cuando se había enterado, se lo había tomado bastante mal.

En el hospital, donde la habían trasladado por precaución después del asalto, se lo había contado todo. Le había hablado del topo, de los intercambios de información falsa, del operativo en la City y en el hotel, de la necesidad de mantenerla al margen y de los pasos que habían seguido convencidos de que Rubens, que era muy previsible, acabaría yendo a por ella directamente regalándoles así la oportunidad perfecta para detenerla.

—¿Me has usado de cebo?

—No, cielo, eso jamás, pero era una opción bastante plausible que...

—¿Has dejado que esa tía loca se me pusiera delante con dos serbios armados?

—No eran serbios, no tienen nada que ver con Karadzic. Era un farol, son unos polacos que trabajan en...

—Me importa una mierda donde trabajen, ¿estáis locos?

—Daniela...

—Suéltame, ni se te ocurra tocarme. —Se había bajado de la camilla echa una furia y él le había cortado el paso.

—Cariño, sabes que nunca te pondría en peligro. Desde que te conozco me he dejado la piel por protegerte. Tenía dos unidades cuidando de ti, dos francotiradores y a las fuerzas especiales en la habitación de al lado. Yo, jamás...

—Es mejor que no hablemos, Edward Dankworth, porque ahora mismo estoy tan cabreada que, que... me largo...

—Ni un solo segundo estuviste expuesta, antes me pego un tiro que ponerte en peligro.

—Pero el susto no me lo quita nadie y... ¿Linda?, la pobre se llevó dos golpes en la cabeza, ¿sabes? ¿Cómo podéis...?

—Es una profesional, sabía a lo que se exponía y, de hecho, lo provocó, porque necesitábamos distraer a Rubens.

—Estáis todos pirados, no sé qué coño hago con amigos como vosotros, ¡joder!, ¡vaya puta

mierda!

—Imagino que me estás insultando, porque no sé si te has dado cuenta, pero estás despotricando en español.

—Vete a la mierda, Edward. Idos todos a tomar por saco.

—Mi amor.

—Déjame en paz.

Y se había largado y lo había permitido, porque sabía que necesitaba un poco de espacio. Antes de que la policía que la escoltaba interviniera, les había hecho un gesto para que la dejaran marchar en paz, y se había pasado en paradero desconocido toda la tarde, hasta las nueve de la noche, cuando, al fin, había aparecido en casa más tranquila y con pocas ganas de guerra.

—Comprendo que necesitabais hacerlo así, pero quiero que me prometas, que me des tu palabra de honor de que no volverás a hacerme algo parecido. No quiero más secretos, ni medias verdades ni operativos encubiertos para protegerme. Tengo casi treinta y un años, trabajo contigo y, además, soy tu pareja, tu compañera, y no me merezco que me trates como si fuera idiota.

—Nadie te ha tratado como si fueras idiota, pero te prometo que no volverá a pasar.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—Vale, me voy a dar una ducha y luego me voy a meter en la cama, estoy agotada.

—Gracias por volver a casa, estaba empezando a preocuparme.

—Gracias a ti por todo lo demás... ya sabes.

—Te amo, más que a mi vida, Daniela. ¿Lo sabes?

—Lo mismo digo.

—Ven aquí.

Y se habían abrazado y habían acabado dándose un baño juntos y comiendo *pizza* mientras comentaban los detalles del operativo y de la detención de Rubens, que estaba malherida y permanecía bajo custodia policial en el Hospital St. Thomas.

La pura verdad es que la jugada había sido maestra y pensaba invitar a todo el equipo a celebrarlo. Se habían pasado meses tratando de capturar a Keiko Rubens para cerrar definitivamente el Caso Nobilis y todas derivaciones que les había acarreado, y habérsela entregado en bandeja a la justicia había sido un placer.

Un placer que venía a resarcir, en parte, todo el daño que les había hecho, especialmente a Daniela, con la que pensaba tomarse una semana de vacaciones en cuanto el papeleo y los temas pendientes se lo permitieran.

—Hola, guapo.

—Hola, dormilona —la saludó sintiendo cómo le besaba la cabeza y luego la siguió con los ojos, hipnotizado por su camiseta corta y las braguitas de algodón blancas que llevaba puestas—. Qué sexi.

—Sí, con estos pelos. —Se recogió el pelo largo y él le miró su abdomen liso y precioso suspirando—. He dormido diez horas seguidas, es increíble.

—No se puede estar más buena. —Se levantó y la abrazó por la espalda con todo el cuerpo. En

ese momento vibró el móvil sobre la mesa—. Joder, el puto teléfono otra vez, ¿no pueden dejarme en paz?

—Es la doctora Phillips del Hospital de Chelsea —susurró ella señalándole la pantalla y se apartó para servirse un café.

—Deben ser tus pruebas de ayer, me dijo que me llamaría hoy.

—¿Mucho lío en el telediario con el asalto?

—Sí, mucho. Hola. Edward Dankworth.

—Mayor Dankworth, soy la doctora Phillips, quedamos en que hoy le daría el parte de la señorita Mendoza por teléfono, pero se lo mandaremos por correo electrónico durante la mañana.

—Genial, muchas gracias. ¿Todo en orden?

—¿Está ella con usted?

—Sí, ¿qué ocurre?, ¿algún problema?

—Me gustaría hablar con ella personalmente.

—Claro. —Pulsó el manos libres y puso el teléfono en la encimera—. Adelante, la está oyendo.

—¿Señorita Mendoza?

—Sí, soy yo, ¿algún problema, doctora?

—No, bueno, tenemos los resultados de su análisis de sangre y... está embarazada. Sería conveniente que pidiera hora en ginecología para hacerse una revisión lo antes posible... ¿Señorita Mendoza?

Edward miró a Daniela y vio que palidecía de golpe. Él dio un paso atrás y parpadeó bastante confuso. Se pasó la mano por la cara y sintió cómo el corazón le empezaba a latir muy rápido en el pecho, aunque también podía sentirlo en la sien y en los oídos y por todas partes.

—¿Está segura? —preguntó ella con un hilito de voz y la doctora soltó una risita tranquilizadora.

—Es concluyente y seguro que todo marcha bien. Le mandaré el análisis completo por correo electrónico. Esperamos verla pronto por aquí, y enhorabuena. Hasta luego.

La doctora Phillips colgó y el teléfono volvió a vibrar con varias llamadas entrantes, pero ninguno reaccionó y se quedaron quietos, mirándose a los ojos casi sin parpadear durante varios minutos, hasta que Edward se relajó y sonrió de oreja a oreja.

—Vaya, es...

—Madre mía, madre mía... —Daniela se apoyó en la encimera con las dos manos, luego se giró y salió corriendo al cuarto de baño.

—Cariño...

La siguió despacio, pensando en que aquella era la noticia más increíble que le habían dado en toda la vida, y cuando llegó al servicio, se encontró la puerta cerrada.

Se apoyó en el dintel sonriendo como un crío, pensando en sus padres y en que igual tendrían que buscar una casa más grande, y en sillitas de bebés y en un coche familiar, pero, al cabo de unos minutos, la emoción empezó a convertirse en preocupación. Tocó la puerta y le habló con calma.

—Amor, ¿estás bien?

—Sí, solo son las náuseas.

—OK, al menos ya sabemos lo que pasa. —Respiró hondo al no recibir respuesta y volvió a hablar—. Daniela, dime algo.

—Sí que ha dado para mucho ese vuelo de Londres a Madrid.

—La verdad es que sí. —Sonrió—. Tal vez deberíamos pedir a la British Airways que apadrine al bebé... ¿Daniela?

—¿Qué opinas?

—¿Del embarazo? Me parece la mejor noticia del mundo. Yo te amo, nos queremos y...

—¿En serio?

Abrió la puerta y lo miró a los ojos. Lloraba, pero no podía estar más guapa, no pudo resistirse a estirar la mano para apartarle un mechón suelto de la cara.

—Por supuesto que sí, vamos a tener un bebé y ya está creciendo aquí mismo. —Le miró la tripa y se la acarició con los dedos—. Es un milagro.

—No es para nada lo que habíamos planeado.

—¿Habíamos planeado algo?

—En realidad no, pero...

—Entonces es perfecto.

—Claro que es perfecto porque es tu bebé, Edward, solo por eso es más que perfecto.

—Cariño...

—Te quiero tanto, mi amor.

Saltó y se le abrazó con todo el cuerpo, él la hizo girar y se echó a llorar contra su cuello.

No recordaba haber estado tan feliz en toda su vida. Se la llevó en brazos de vuelta a la cocina, la sentó en la encimera y buscó el teléfono decidido a contárselo a todo el mundo.

Epílogo

—¿Quién es la niña más sonriente y preciosa del universo?

—Ma...

—¿Tú?

—¡Sí!

—¿Emma Dankworth?

—¡Sí!

—¿Y quién te quiere más que a nada en el mundo, mi vida?

—¡Papá!

—Eso es, papá te quiere más que a nada en el mundo y necesito muchos besos y muchos abrazos. ¿Me los vas a dar?

—¡Sí!

Daniela oyó la charla con los ojos cerrados, pero luego los abrió para observar a Edward abrazando y comiéndose a besos a la pequeña Emma que, a su año de vida, los tenía completamente locos de amor.

Se movió un poco en la butaca del avión, pero no quiso dar señales de vida porque necesitaba descansar un ratito más, solo un poco más, así que guardó silencio mirando el vestidito y los zapatitos rojos de su niña, y sonrió porque parecía una verdadera muñeca, y todo gracias a sus abuelos Dankworth que se pasaban la vida comprándole ropa.

Era la primera niña de la familia tras tres hijos y cuatro nietos varones; la abuela Katherine estaba volcada con ella, se desvivía por la nieta, que encima era muy cariñosa y muy sociable. La verdad es que los tenía igual de hechizados que a ellos porque realmente, amor de madre aparte, Emma era una bebé deliciosa.

Contempló sus preciosos rizos rubios, que era lo único que había heredado físicamente de su padre, y la vio quitarse de un tirón la goma de la coleta que le había hecho hacía quince minutos. Era una rebelde con los recogidos, las pinzas de pelo, las diademas, los gorros, las bufandas, los guantes o cualquier cosa que no considerara estrictamente necesaria, y sonrió, porque en eso era igual que su madre.

Volvió a cerrar los ojos y pensó en su embarazo inesperado, pero tan feliz. En el amor que ambos, Edward y ella, habían desplegado por su bebé, y el uno por el otro, durante esos meses, y en el nacimiento de Emma que había venido al mundo, con puntualidad británica, un 4 de abril, después de un parto largo, pero muy afortunado.

Como solían decir las abuelas, los dolores y las contracciones y los sinsabores se te pasaban en cuando veías la carita de tu hijo, y eso le había pasado a ella, que se había enamorado de su niña nada más verla.

En realidad, nunca había pensado en ser madre, porque sus antecedentes familiares la habían marcado muy negativamente al respecto, pero algo en su interior se había despertado al saber que estaba embarazada y, desde el minuto uno, supo que todo iría bien, que no habría nada en el mundo más importante que su hija, y que se lo sabría demostrar siempre, y eso estaba haciendo.

Con la ayuda de Edward, que era el mejor padre que podía soñar para sus hijos, había creado un hogar muy acogedor para los tres. Él había participado activamente en el embarazo, en las clases de parto sin dolor, en cada detalle del proceso, y había asistido al parto, había cortado el cordón umbilical con sus propias manos y había dado la bienvenida a su hija con los brazos abiertos, desplegando sobre ella esa protección y ese amor que solo él sabía dar.

Edward era un milagro en muchas cosas, pero como padre era excepcional, y, por esa razón, porque no sabía cómo demostrarle lo mucho que lo amaba, había accedido a casarse con él.

Por supuesto, lo quería por encima de todas las cosas, estaba loca de amor por él, pero una boda tras la noticia del embarazo imprevisto no era lo más aconsejable, lo había pensado siempre, así que se había resistido a aceptar un anillo varios meses. Había opuesto una resistencia feroz con argumentos muy de peso que él comprendía a regañadientes, pero, después de nacer Emma y cuando se habían enterado de que estaba embarazada otra vez, no había podido obviar lo evidente: se querían, estaban hechos el uno para el otro, estaban formando una familia y para él era muy importante el matrimonio. Se habían casado en Newcastle, con el mínimo de invitados, hacia dos meses.

De su familia no había asistido nadie, ni siquiera sus abuelas, que conocían a Edward de paso, cuando habían viajado a Roma y a Madrid para hacer su presentación oficial, y de sus padres seguía sin noticias, ninguno de los dos se había interesado siquiera por el nacimiento de su primera nieta. Los había dejado ya completamente al margen de su vida y había disfrutado de su boda con sus amigos más queridos de Madrid, con Gloria, Pedro y Juan, y sus respectivas parejas, y lo habían pasado genial.

Había sido una boda con hija de por medio, pero habían conseguido tener una ceremonia muy bonita y, al fin y al cabo, como solía decir Edward, ellos ya estaban pillados, bien casados desde hacía años, desde que se habían conocido en ese vuelo de Londres a Madrid, y solo se trataba de hacerlo oficial y celebrarlo.

Vida sentimental y familiar aparte, que en realidad era lo que de verdad les importaba y a lo que los dos dedicaban toda su energía, su vida profesional tampoco marchaba nada mal.

La unidad de Edward, a la que ella seguía perteneciendo como asesora externa, continuaba trabajando duro y cerrando casos bastante sonados. Después del Caso Nobilis habían venido cuatro muy importantes con idénticos resultados de éxito; los habían condecorado y premiado con más responsabilidades y una carga de trabajo bastante mayor, asunto que Edward, Jeff y todo su equipo se tomaban con paciencia y buen talante.

Ellos no paraban de trabajar mientras el juicio por Nobilis, que había ocupado miles y miles de horas de televisión y páginas de periódicos, había acabado con sentencias muy duras. John Mulgrave tenía más de veinte años por delante en una cárcel italiana, aunque todos sabían que acabaría saliendo antes. A Sebastián le habían caído diez años y había huido a Brasil, así que

estaba en busca y captura. Y Keiko Rubens, acusada no solo por la Fiscalía italiana, sino también por la británica, esperaba en una cárcel cercana a Londres la resolución de otras causas abiertas contra ella, incluida una querrela criminal interpuesta por sus antiguos jefazos de la Interpol.

Aún tenía muchos frentes abiertos, pero Daniela prefería no saberlo. No tenía intención de conocer los detalles de su desgraciada vida —desgraciada vida que se había buscado ella solita—. No merecía ni diez segundos de su tiempo, y si la memoria no le fallaba, llevaban al menos un año sin mencionarla, desde que la justicia había fallado a su favor y tanto la Interpol como Keiko Rubens y la Policía italiana habían sido condenadas a indemnizarla con muchísimo dinero por su detención ilegal en esa comisaría perdida de Ardea, en las afueras de Roma.

Solo Rubens había recurrido la sentencia, los demás no, y, al final, hacía seis meses había recibido una indemnización muy jugosa que había invertido íntegramente en liquidar la hipoteca de Edward, que llevaba doce años pagando ese piso precioso pero carísimo, de Lambeth, y que la había resarcido en parte del daño provocado.

Seguramente, nunca podría olvidar esas horas en manos de Keiko Rubens y todo lo que a punto había estado de provocar, como su separación definitiva de Edward, pero, como habían sido más fuertes, le habían ganado la partida y lo habían superado juntos, estaba dispuesta a enterrarlo todo en el fondo de su alma para no volver a sacarlo nunca más a la superficie.

Como había escrito una vez C.S. Lewis: «No puedes volver atrás y cambiar el principio, pero puedes comenzar donde estás y cambiar el final», y eso hacía, eso estaba haciendo desde que había conocido a Edward Dankworth hacía casi cinco años en un vuelo de Londres a Madrid, enterrar el pasado, cambiar su vida y tratar de ser feliz.

—Ya estamos descendiendo a la pista 2 del Aeropuerto de Newcastle upon Tyne. El tiempo es soleado, dieciocho grados. Gracias por viajar con British Airways.

Oyó hablar al comandante del avión y abrió los ojos, observó la mano de Edward, que estaba sujetando a Emma para que mirara por la ventana, se la cogió y le besó la alianza antes de acercársela a la tripa, él la miró de reojo y le sonrió.

—¿Ya te sientes mejor?

—No dejaré que vuelvas a hacerme esto nunca más.

—¿Un bebé? Pues no he hecho más que empezar.

—Muy gracioso. —Se acercó y le dio un beso en la boca.

—¡Mamá!

—*Ciao, amore!* —Sonrió a Emma, que enseguida estiró sus bracitos hacia ella con sus ojitos oscuros sonrientes. La abrazó y se la comió a besos mientras aterrizaban suavemente sobre Newcastle—. Ya estamos en casa de los abuelitos.

—Abus.

—Eso es, los abus, Katherine y Richard. ¿Sabes qué?, te voy a recoger el pelito otra vez.

—¡No!

—Emma, por favor. —Intentó peinarla, pero ella se resistió con todas sus fuerzas.

—Déjala, está más cómoda así.

—No sé ni cómo ve.

—Está preciosa. Venga, vamos.

Edward se levantó para sacar el equipaje de mano, recuperar el carrito y revisar que no se dejaban nada, y bajaron del avión dispuestos a disfrutar de cuatro días de relax en el campo. La pequeñaja acababa de cumplir un año y, aunque los abuelos habían estado en Londres para celebrarlo, le habían organizado una fiesta con primos y amiguitos en su casa, así pues, «a descansar poco», pensó, sintiendo un pequeño mareo.

Catorce semanas de embarazo y el bebé seguía dando guerra. No tenía tantos malestares como con el primero, pero le parecía que llevaba embarazada toda la vida. A los ocho meses de Emma, otra vez embarazada, y estaban muy felices, pero no le había dado tiempo a respirar o a sentirse libre. Entre el trabajo, la casa, la pequeña y su marido, que también se merecía toda la atención de mundo, iban a acabar con ella, aunque sería una muerte muy dulce.

—¡Ay, mi niña! ¡Ay, mi niña! —exclamó su suegra agachándose con los brazos abiertos al ver a la pequeñaja caminando cogida de la mano de los dos, y el abuelo hizo lo mismo y con el mismo entusiasmo.

—Pero ¿dónde está mi princesa? ¿Qué haces, Emma? ¿Ya caminas, preciosidad?

—De la mano, y no para, está lanzada —respondió Edward orgulloso levantándola del suelo para comerle los mofletes antes de entregársela a su madre—. Del gateo a querer correr en dos días.

—Es una campeona. Hola, cariño, ¿cómo estás? —su suegro se acercó para saludarla y le cogió la mochila y la maleta de mano antes de dar un abrazo a su hijo—. Ahora nosotros nos haremos cargo, vosotros a pasarlo bien.

—Gracias, Richard, ¿qué tal vosotros?

—Encantados de teneros aquí, Kathy se ha levantado a las cinco de la mañana, está ansiosa por malcriar a la nieta.

—¿Habéis visto qué ojazos tiene esta niña? Cada día se parece más a su madre —exclamó su suegra mirándolos con la boca abierta—. Pero ¿cómo eres tan guapa, Emma? El vestido le queda perfecto.

—Sí, y es comodísimo —contestó Daniela estirándole la falda.

—Eres una preciosidad, cariño. Me han dicho que vas a tener un hermanito, ¿es eso verdad?

—Sí.

—¿Y sabes cómo se va a llamar?

—Bebé.

—¿Bebé? Tu papá dice que se va a llamar Edward. ¿Te gusta?

—Sí.

—Es un nombre muy bonito. Mi padre también se llamaba así, ¿sabes?, Edward, como tu papá.

Daniela las siguió viendo como Emma interactuaba confiada, segura y tan a gusto con su abuela, que la adoraba, y se le encogió el corazón. Se giró para mirar a Edward y lo vio charlando muy animado con su padre, y percibió por primera vez, de forma muy concreta y muy intensa, lo mucho que le había cambiado la vida, lo feliz que era, lo enamorada que estaba, la soledad que había dejado atrás, e hizo un puchero y, sin venir a cuento, se echó a llorar.

Claudia Velasco
Madrid, agosto 2020

Índice

<u>1</u>	<u>11</u>
<u>2</u>	<u>17</u>
<u>3</u>	<u>25</u>
<u>4</u>	<u>30</u>
<u>5</u>	<u>37</u>
<u>6</u>	<u>42</u>
<u>7</u>	<u>46</u>
<u>8</u>	<u>53</u>
<u>9</u>	<u>59</u>
<u>10</u>	<u>67</u>
<u>11</u>	<u>72</u>
<u>12</u>	<u>80</u>
<u>13</u>	<u>90</u>
<u>14</u>	<u>100</u>
<u>15</u>	<u>104</u>
<u>16</u>	<u>109</u>
<u>17</u>	<u>118</u>
<u>18</u>	<u>124</u>
<u>19</u>	<u>129</u>
<u>20</u>	<u>136</u>
<u>21</u>	<u>145</u>
<u>22</u>	<u>151</u>
<u>23</u>	<u>160</u>
<u>24</u>	<u>165</u>
<u>25</u>	<u>169</u>
<u>26</u>	<u>173</u>
<u>27</u>	<u>178</u>
<u>28</u>	<u>183</u>
<u>29</u>	<u>190</u>
<u>30</u>	<u>198</u>
<u>31</u>	<u>208</u>

[32 215](#)

[33 222](#)

[34 227](#)

[35 233](#)

[36 241](#)

[37 249](#)

[38 257](#)

[Epílogo 265](#)